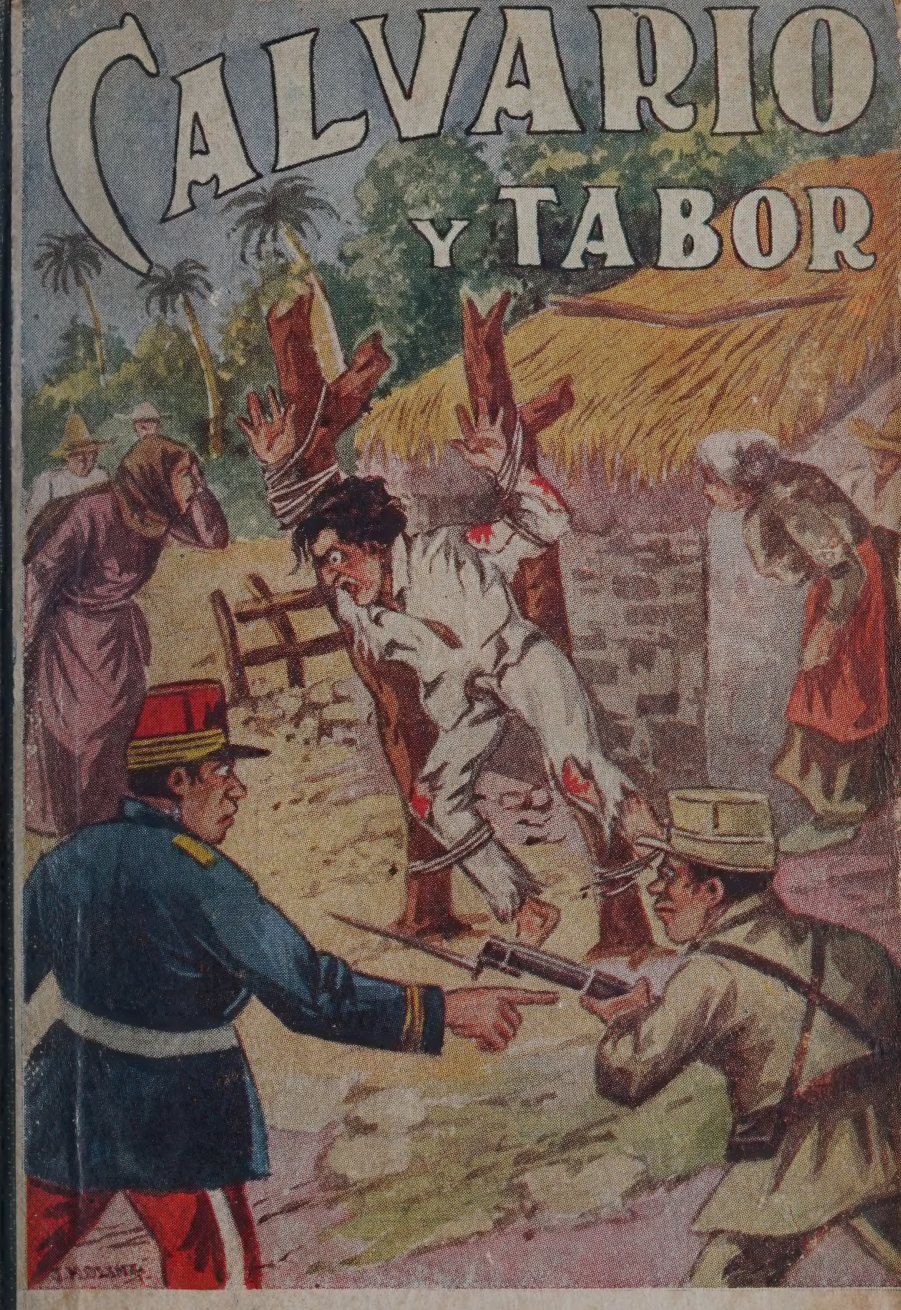
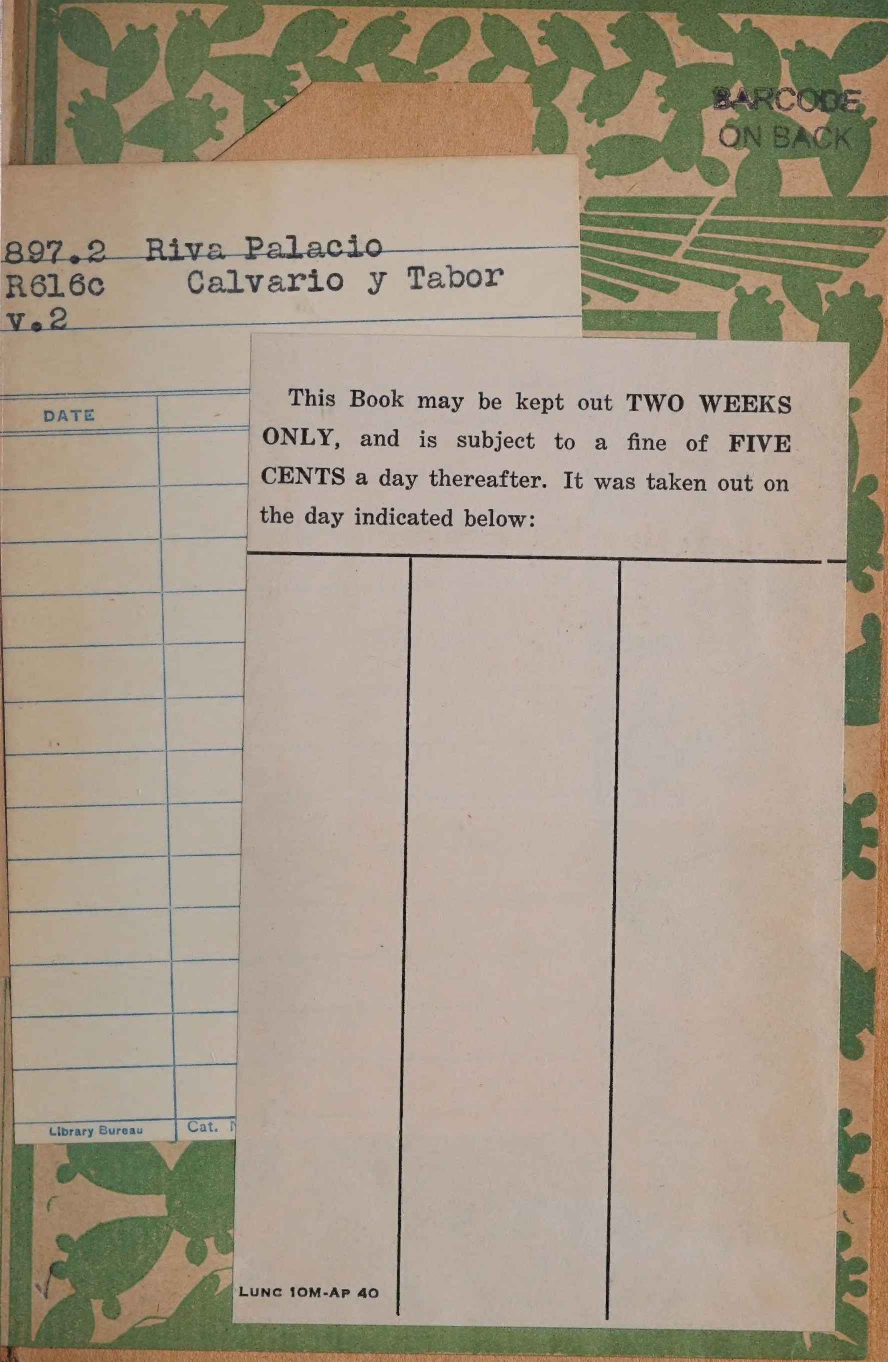


VICENTE RIVA PALACIO

EDICIONES LEON SANC




BARCODE
ON BACK
897.2 Riva Palacio
R616c Calvario y Tabor
v.2
DATE
Library Bureau
Cat.
This Book may be kept out TWO WEEKS ONLY, and is subject to a fine of FIVE CENTS a day thereafter. It was taken out on the day indicated below:
LUNC 10M-AP 40

VICENTE RIVA PALACIO

CALVARIO Y TABOR

NOVELA HISTORICA Y DE COSTUMBRES

TOMO II.



Ediciones León Sánchez.
México, D. F.
MCMXXIII

Impreso en los talleres de Manuel León Sánchez, en papel
de las Fábricas de San Rafael y Anexas, S. A.



TOMO II

Libro Sexto

Fuego, Sangre y Exterminio

I.

EL 11 DE ABRIL.

Creo que nuestras tropas se han retirado de Tacámbaro, y que nos lo vamos a encontrar solo.

—O tal vez esté ocupado por el enemigo: en Tusantla se dijo que los belgas se dirigían a este punto.

—Es preciso tener muchas precauciones, no vayamos a dar en la boca del lobo; yo conozco poco este terreno.

—Pero quien lengua tiene a Roma va.

Este diálogo lo sostenían dos hombres que bajaban tranquilamente por la cuesta del Toro, que dista poco menos de dos leguas de Tacámbaro, por el camino de Zitácuaro.

A fuer de hombres francos, y para no hacer de ello un misterio, al lector, debemos confesarle que eran no más que Jorge y Murillo que regresaban de México buscando su Cuartel General.

—Mira,—dijo Jorge;—por allí veo un hombre a caballo, y ese puede darnos razón.

—Es soldado, porque distingo el mosquete.

—¿Será de los nuestros?

—Quién sabe; por sí o por no, lo mejor será ir rodeando esta loma, y salirle de repente.

—Nos emboscaremos detrás de esos encinos, a ver si viene solo.

Pero pronto, que puede vernos.

Los dos se ocultaron tras un grupo de encinos, y amartillaron sus pistolas.

El hombre seguía acercándose confiadamente, y según su traje, debía ser un chinaco; pero no era seguro que lo fuese, porque también el imperio tenía soldados de blusa y sombrero ancho.

El caballo subía poco a poco la cuesta, deteniéndose de cuando en cuando a tomar resuello; el jinete le dejaba hacer, no tenía prisa, y se divertía en cantar.

Los chinacos son cantadores como zenzontles; en el camino, en el campamento, en todas partes; y cuidado que tomen una canción a su cargo, que todo el día y toda la noche se oirá por todos lados.

Entonces su canción se llamaba la "Churumbela."

—Viene cantando,—dijo Jorge.

—La Churumbela,—contestó Murillo.

—Entonces es nuestro.

—Oiremos.

El hombre cantaba:

"Dicen que vienen los belgas
Bajando por el Parral;
Que vengan o que no vengan,
Por nosotros es igual.

Churumbela de mi vida,
Churumbela de mi amor,
A la guerra van los hombres,
¡Válgame Dios! ¡qué dolor!"

—Gallo,—exclamó Murillo.

—Gallo, mi asistente,—repitió Jorge.

Y salieron de su emboscada.

—¿Quién vive?—gritó Gallo con una voz estentórea, templando las riendas y sacando rápidamente el mosquete.

—República,—contestaron los otros.

—¿Qué regimiento?

—Zitácuaro.

Gallo se acercó sin bajar el mosquete, a pesar de ver a los otros con ademanes tan pacíficos.

—Gallo—dijo Jorge.

—¡Mi capitán! ¡Mi capitán—exclamó el soldado con una alegría que nadie en el mundo hubiera supuesto fingida.— Señor Murillo, ¡qué gusto! ¡ah, cómo los han extrañado! Yo estoy en un cuerpo; pero ahora me vuelvo con mi capitán.

Y abrazaba a los dos oficiales, una y otra vez, y los veía y volvía a abrazarlos.

—¿Qué hay por acá de nuevo?—preguntó Murillo.

—Que los belgas están en Tacámbaro.

—¿Y los nuestros?

—En Turicato: aquí cerca está la escolta del general en jefe, y toda la infantería anda por Zinapécuaro.

—¿Tú adónde vas?

—Yo vine a explorar, y voy a ese cerro, desde donde se divisa muy bien, a pasar allí la noche, y mañana temprano a Turicato.

—Entonces esta noche nos quedamos aquí contigo, mañana nos vamos a ver al general en jefe.

—Pues vamos,—dijo Gallo,—y echó a andar por delante.

Siguiendo a Gallo, que atravesaba el monte sin llevar camino señalado en la tierra, llegaron los oficiales a un cerro elevado, que desprendiéndose de la cordillera, se avanzaba dominando a los que le rodeaban, como un observatorio.

Gallo se apeó y comenzó a desensillar los caballos de Jorge y de Murillo, que le habían imitado.

—Pero hombre,—dijo Jorge,—¿qué es cosa de desensillar?

—Sí, señor; ahora verá usted.

—Tan cerca del enemigo.

—Si no sacan las narices: mire usted, aquí podemos verlo todo y dormir seguros; no hay más subida que la que hemos traído, y desde aquí se descubriría una fuerza desde que saliera de la plaza; vea usted, todavía hay buena luz: Tacámbaro está entre dos cerros elevados; pero ese del camino de Morelia domina completamente.

—¿Y lo tienen ocupado?

—No, señor; tienen poca caballería; serán ochenta dragones imperiales y cuatrocientos infantes belgas; tienen un cañón de montaña frente a la Parroquia; esta noche duerman tranquilos, yo respondo.

—¿No tienes algo que comer por ahí?

—Tortillas.... queso.... carne.... aquí no estamos como en Zitácuaro.... tengo un trago de mezcal, puros....

Y conforme nombraba algo, lo iba sacando, como comprobante, de dos alforjas que colgaban a los lados del arzón de la silla.

Los oficiales traían también algo de provisiones, y comieron alegremente.

La noche cerró y comenzó el frío. En una hondonada y fuera de la vista de la ciudad, se encendió una hoguera, y los dos jóvenes se acomodaron para dormir, fiados en la vigilancia del asistente. La edad y el cansancio lo exigían, y estaban cayéndose de sueño.

—¿Vamos a dormir?—dijo Jorge.

—Sí, pero creo que voy a soñar a don Leonardo Márquez.

—¿A qué Márquez? ¿y por qué?

—¿No te acuerdas que mañana estamos a 11 de abril, aniversario de los célebres asesinatos de Tacubaya?

—En efecto, mañana es aniversario de un día bien triste; y sin embargo, no sé por qué, pero el corazón me anuncia algo de bueno, y lo espero; ¡es tan noble siempre el corazón.....!

—¡Ojalá!—contestó Jorge distraído.

La noche había cerrado completamente, y soplaba un viento terrible; los árboles se agitaban doblándose algunas veces como dominados, y enderezándose luego como para luchar de nuevo, produciendo un rumor semejante al de un mar agitado.

De cuando en cuando una ráfaga más violenta que las otras arrancaba de raíz algunos arbustos, o deshacía algunos montones de maleza y hojas secas, de esos que se forman sin saberse cómo en los bosques; y arrastrados estos despojos, cruzaban entre lo troncos de los árboles, como reptiles que huyen en bandadas.

Al pié de la roca en que fijaron su asilo Jorge y Murillo, se perdía la vista en una densa obscuridad, entre la que brillaba vacilante la luz de alguna casa, y el mismo rumor de los árboles y del viento subía remedando siempre el ruido del mar.

—Cómo me recuerda ese rumor del viento el ruido del Océano!—dijo Jorge.

—¿Te gusta mucho el mar?

—Me encanta, sobre todo de noche. Algunas veces, cuando vivía tranquilo en mi casa, me embarcaba a media noche en una lancha ligera, con dos bogas que remaban sin hacer ruido, y me llevaban mar adentro, mar adentro, hasta perder el ruido que hacen las aguas contra las rocas, hasta que los tumbos no interrumpían aquel silencio divino; entonces, sentado en la popa, sin ver nada, sin oir nada,

sin sentir más que el movimiento de las aguas, entonces pensaba.... pensaba....

—¿Y en qué pensabas?

—¡Caramba!.... ¡en Dios!....

Los dos callaron; y como si la respuesta de Jorge hubiera sido la señal del silencio y el punto de la meditación, no se volvieron ya a dirigir la palabra; y arrullados por el rumor de la arboleda y pensando quizá en Dios, se durmieron. Murillo soñó que volvía a ver a Leonor; Jorge, que Alejandra y Elena lloraban, y que él no se atrevía a consolar a ninguna por temor de la otra.

El que duerme en un monte sin más toldo que el firmamento, despierta siempre antes que llegue la luz, porque la aurora tiene allí por mensajeros, no a los blandos céfiros perfumados de que hablan los poetas que nunca han visto la rosada aurora, sino un vientecillo penetrante y frío que se cuela hasta la médula de los huesos, y ante el cual huye Morfeo a toda rienda y sin ninguna consideración.

Los oficiales durmieron hasta que llegó lo que se llama la madrugada, y con ella el viento y con él el frío.

—Vamos; arriba, Murillo,—dijo Jorge.

—Vamos,—contestó Eduardo sentándose.

La hoguera ardía aún, y junto a ella estaba el asistente, tan despavilado como si fuera medio día.

—Mi capitán—dijo con una sonrisa de franqueza y de satisfacción que daba gusto:—¿se desayunan?

—¿Qué tienes por ahí?—preguntó Jorge.

—Pues lo de anoche.

Calentáronse las tortillas; y estaban desayunándose alegremente, cuando por el lado de Tacámbaro, un relámpago brilló entre la bruma de la mañana, y oyóse luego el estampido de un cañón.

II.

EL ASALTO.

—¡Fuego!—gritó Murillo:—ese fué cañonazo.

—Otro,—dijo Jorge.

—¿Será salva?—preguntó Gallo.

—No, qué salva; ataque a la plaza: miren los fogonazos de la fusilería. Ensilla pronto.

En un momento los caballos estuvieron listos; entretanto, el fuego se hacía cada vez más activo en la plaza; la mañana aclaraba, los fogonazos se distinguían menos, pero eran ya perceptibles las columnas de los republicanos que baja-

ban por el camino de Morelia, y la reserva, que inmóvil y amenazadora coronaba el cerro que domina la ciudad por el lado del Norte.

—Guíanos,—dijo Jorge a Gallo.

El asistente, sin contestar, salió al trote, seguido por los dos jóvenes, y en menos de media hora, estaban ya en el lugar del combate.

La lucha era encarnizada; los belgas, reducidos al centro de la población, se defendían como unos héroes, y las tropas del general Régules atacaban como unos valientes.

Jorge se puso a la cabeza de un grupo de infantes que avanzaban por una de las calles que conducen a la plaza; el oficial que los mandaba, había caído herido, y Jorge lo reemplazó.

Dentro de una casa se defendía obstinadamente el enemigo.

Los infantes republicanos ganaban terreno poco a poco, caminando tan pegados a las paredes como si se embarrasen en ellas; Jorge en medio de la calle los arengaba y animaba; pero la tropa estaba ya vacilando, cuando apareció un refuerzo que a paso de carga entraba a la calle en medio de una lluvia de proyectiles. Un jefe venía a la cabeza con un revólver en la mano.

—Robredo,—dijo Jorge.

—Jorge—contestó Robredo llegando a su lado y estrechándole la mano: adentro.

—Adentro, adentro, muchachos: ¡Viva el coronel Robredo!

—¡Viva!—gritó la tropa; y se lanzaron los soldados furiosos sobre el enemigo.

Una descarga cerrada contestó a sus gritos, Robredo cayó atravesado de dos balazos; un soldado le arrebató en sus brazos y le sacó del combate, y un cuarto de hora después, Luis Robredo, no existía.

—A vengar al coronel,—gritó Jorge.

La tropa contestó con un rugido de rabia; las puertas de la casa cayeron, el fuego se apoderó de los techos, y entre el humo y las llamas se escuchaban las descargas de la fusilería y el estampido de los cañones del combate que se empeñaba en la plaza mayor de la ciudad.

Los ayudantes pasaban a escape comunicando órdenes: los cuerpos de caballería al trote largo, cruzaban las calles bajo el fuego mortífero que hacían los belgas desde las alturas, y el ruido acompasado de los guaraches de la infantería, aumentaba el horror de la escena.

No hay casi nunca en nuestros combates esos gritos lastimeros de los heridos, de que hablan todos los que descri-

ben batallas; nuestros soldados caen y mueren sin quejas, y sin lamentos, y sin escándalos; caen y mueren como deben caer y morir los valientes, silenciosos y resignados.

Jorge avanzó seguido de su tropa en medio de las llamas; los que defendían aquel punto cayeron prisioneros, y era ya preciso salir, porque todas aquellas casas ardían.

—Mi capitán,—dijo un soldado,—ahí dentro se está quemando una mujer.

—¿Cómo?

—Grita mucho.

—¿Por dónde?

—Por allí.

Y el soldado mostró a Jorge por dónde había oído los gritos.

—Sargento,—dijo Jorge,—cuide usted a esos prisioneros; y apretándose el sombrero, se lanzó en la dirección que le indicó el soldado.

Atravesó algunas piezas que estaban ardiendo, y llegó hasta una especie de patio cerrado por altas paredes, y en donde pudo distinguir, en medio del humo a una mujer arrodillada. Se acercó a ella; casi estaba sofocada: la tomó en sus brazos, y echó a correr buscando la salida. El humo que penetraba en su ojos, le producía en ellos un ardor tan grande, que le era casi imposible abrirlos, y esto hacía su situación más difícil; pero casi a ciegas continuaba avanzando: una lengua de fuego llegó hasta él como buscándole, sintió en su espalda el calor, y oyó ese ruido particular que se escucha cuando se queman nuestros cabellos.

Casi le faltaba el aliento, cuando se encontró ya en la calle y en los brazos de los soldados.

—Agua, que me ahogo—dijo.

—Aire mejor, y luego será el agua—dijo Murillo llegando a su lado. A ver dos soldados que metan a esa mujer desmayada a esa casa; recomiéndela usted, sargento.

—Jorge, ¿estás mejor?

—Sí; pero aún no puedo abrir los ojos: me arden y me lloran tanto con el humo.....

—Pronto pasará... pero calla, que estás chusco con todo el pelo quemado.....

Un ayudante llegó en este momento.

—Que se reconcentre toda esta tropa a la plaza, porque el enemigo está reducido a la Iglesia.

Jorge y su amigo recogieron toda la fuerza que pudieron, y llegaron a la plaza.

Los belgas seguían defendiéndose en la Iglesia; pero la Iglesia y las casas de los alrededores ardían. La plaza estaba llena de cadáveres: el coronel Villa estaba herido; Ré-

gules había tenido dos caballos muertos, y multitud de oficiales estaban ya fuera de combate.

Por fin, las fuerzas independientes se lanzaron sobre la Iglesia, y la guarnición de la plaza se rindió a discreción.

El 11 de abril de 1865, debía ser en lo de adelante un día de gloria para Michoacán.

—Por poco me muero asado—decía Jorge a su amigo, algunas horas después del triunfo.

—Pero salvaste de las llamas a una buena moza.

—¿De veras era bonita?

—Vaya. ¿Pues no la viste?

—No: ¿qué había de ver, si el humo me cegaba?

—¿Quieres conocerla?—vamos.

—¿Dónde está?

—No sé; pero este sargento nos dirá, que a él se la recomendé.—Sargento, ¿dónde se quedó la muchacha que sacó esta mañana el capitán, de la quemazón?

—Mi capitán, no le podría dar a usted las señas; pero yo le llevaré.

—Pues vamos.

—Por aquí,—dijo el sargento, entrándose por un callejón y llevándolos hasta una casita aislada que estaba cerca de la orilla.

—Aquí es.

—Bueno; vete a tu cuerpo.

Una viejilla estaba parada en la puerta.

—Señora—dijo Murillo—¿me hace usted el favor de decirme si está aquí una señora que trajeron privada esta mañana dos soldados?

—Sí, señor.

—Me hace usted el favor entonces de decirle que el oficial que la salvó, tiene deseos de saludarla?

—Pasen ustedes,—dijo la anciana.

Entraron a una pieza que tenía el pavimento de tierra suelta, y las paredes de adobes, sin pintura y sin argamasa de ninguna especie, obscura y triste. Una banca, dos taburetes y una mesa de madera sin pintar, constituían todo el menaje propio de la casa; pero había por todas partes bultos de ropa y muebles en desorden, que indicaban que allí se había depositado gran parte de todo lo que los vecinos habían logrado salvar del incendio: todo aquello entristecía.

—Aquí está,—dijo, entrando la dueña de la casa, seguida de una joven.

Los dos oficiales se acercaron: Jorge un poco atrás y Murillo por delante y como presentándole.

—¡Alejandra!—exclamó Jorge, palideciendo de emoción.

—¡Jorge!—gritó Alejandra, arrojándose en sus brazos.

—¡Tableau!—dijo Murillo socarronamente cruzando los brazos y queriendo fingir que no se conmovía—estamos en pleno drama.

La vieja, como quien dice, esto no va conmigo, se había vuelto a parar a la puerta de la calle, mientras por la interior asomaban multitud de cabezas y de caras que mostraban a la legua la curiosidad.

III.

SIN NOVEDAD.

Margarita llegó a México, y allí recibió de manos de Murillo los cápsules que debía conducir al campo republicano.

La vigilancia de la policía francesa era increíble: nada salía por las garitas sin un escrupuloso registro, y desgraciado de aquel a quien se le llegaba a encontrar algo que infundiera sospechas a los gendarmes: la Corte Marcial daba muy pronto cuenta de su persona.

Margarita determinó jugar el todo por el todo: compró unos burros viejos a unos carboneros, y en los aparejos repartió la carga; dos muchachos de confianza que le habían acompañado desde Zitácuaro, se disfrazaron de carboneros llenándose las ropas, las manos y la cara, de ese polvo menudo que llaman cisco las mujeres, y se lanzaron resueltamente a las calles, arreando sus burros.

Mientras no salían del centro de la ciudad, había muy poco que temer, nadie paraba en ellos la atención; mas conforme se iban acercando a la garita, la duda, el temor y la zozobra, iban siendo mayores, y aquellos muchachos se habrían desalentado, a no haberlos animado Margarita.

Las mujeres, en lo general, son tímidas; pero cuando llegan a decidirse, ningún hombre puede igualarlas en resolución.

Adán tuvo al alcance de su mano la célebre manzana, y solo Eva tuvo valor para cortarla. Un hombre no se atrevería a casarse si las obligaciones en el matrimonio estuviesen invertidas. Hay monjas, porque las monjas son mujeres: los hombres no tendrían valor ni resolución para hacer cumplir esos votos.

Llegaron por fin a la garita; unos soldados tomaban perezosamente el sol, sentados junto a unas piedras, y unos oficiales platicaban bajo un portal con unas mujeres, y compraban dulces que les ofrecía un vendedor en un ca-

joncito cubierto con una servilleta blanca como la nieve; frente a la oficina de la garita, había mulas, burros y carretones, que sufrían el doble y escrupuloso registro de la Aduana, y de la policía: los conductores, sentados también en las piedras, en los postes, o en los mismos carretones, esperaban con una paciencia, que si no era verdadera, al menos estaba perfectamente imitada, que les dieran el superior permiso para continuar su camino.

Todo esto se hace, por supuesto "para evitar contrabandos y proteger así el comercio, impidiendo el desequilibrio en la balanza mercantil, con fraude y perjuicio del erario, que es la gran fuente y el centro de la circulación." Dios se lo perdone a los economistas y a los legisladores.

Nuestros conocidos se escurrían bonitamente por aquel gentío, deslizándose ya entre los sencillos carretones de leña, ya en los pesados carros que venían del interior con lana, ya entre las gordas y soberbias mulas que llegaban de Morelia con azúcar, y piloncillos, y ya entre los pobres borricos que del rumbo de Santa Fe traían carbón, tablas y tejamanil.

Pero uno de los soldados logró verlos, cuando ya casi estaban en salvo.

—Ahí se van pasando unos burros de carbón,—gritó por una ventanita que daba al camino y correspondía por dentro al despacho del alcabalero.

Margarita sintió que se le hundía el mundo a sus pies; los muchachos habrían corrido si se hubieran sentido con fuerzas para ello: un empleado de pantalón color de huevo, chaqueta de alpaca gris y sombrerito de fieltro, salió de la oficina, buscando como un toro en el redondel, a dónde debía dirigir el golpe, y a pocos pasos vió a Margarita con sus muchachos y sus burros, que se habían detenido al escuchar la denuncia del soldado.

—¡Hola! pícaros, ¿con que se quería estafar el peaje?

—No señor—dijo temblando uno de los muchachos.

—¿Pues para qué se pasaban?

—Si no nos pasábamos: lo que sucedió fué que por allí no podíamos acercarnos.

—Bueno, bueno: debían ser dos reales por cuatro burros; pero ahora por la multa, serán diez.

—Pero señor.....

—No hay pero, bribón; diez reales o les embargo los burros.

Margarita comprendió que dar luego la multa sería hacer entrar en sospechas al garitero, y prefirió fingir.

—Señor, somos muy pobres.... no nos íbamos a ir.... siquiera cuatro reales no más.

—¡Qué pobres!, ¡pobres! y con cuatro burros y un caballo. Ustedes siempre tienen dinero, y siempre se lloran pobres; donde lloran está el muerto. A ver, a ver los diez reales, que tengo que hacer.

—Señor, por vida de usted, por vida de los niños.

—Si yo no tengo niños.

—Por vida de su mamá.

—Vamos.... yo no tengo madre.

—''Ni madre tiene,''—dijo maliciosamente un soldado que escuchaba el diálogo; y todos los otros soldados soltaron una carcajada, porque entre los soldados no tener ni madre, es como estar destituído de todo lo bueno en el mundo; es como ser un perdido. El garitero volvió con enfado la cabeza para ver quién había dicho el chiste; pero el soldado no le hizo caso.

—¿No dan los diez reales? Pues que metan los burros a la Aduana,—dijo tomando por el ronzal a uno.

—Sí, señor, sí, señor—contestó espantada Margarita: entrégalos, dijo a uno de los muchachos.

El muchacho se desató una de las puntas de su faja, y en ella estaba envuelto y anudado cuidadosamente un poco de dinero; serían tres pesos: tomó diez reales, y los entregó al empleado.

—¿Qué tal?—dijo éste—¿no decían que estaban tan pobres? Ustedes son llevados por mal, y el que se vuelve miel, se lo comen. Váyanse: ahora fueron diez reales, pero otro día pierden sus burros; con que largo de aquí.

La caravana volvió a emprender la marcha.

Caminaron todo el día, hicieron parada en un rancho, y muy temprano salieron. A cosa de las nueve pasaron por un pueblito: era domingo, el pueblo estaba en animación, daban la segunda llamada para la misa. En los pueblos se llama a misa tres veces, y en cada vez dura la llamada un cuarto de hora.

Al frente de algunas casas, en la calle, había grandes hogueras en donde se calentaba agua en respetables calderos de cobre. Allí la escena era curiosa: muchachos, mujeres, hombres y perros, formaban un círculo alrededor del caldero; el dueño de la casa, con las mangas de la camisa remangadas hasta los codos, y lleno de sangre, con un enorme cuchillo en la mano, entraba y salía atizando el fuego, sin hacer caso de nadie; y suspendido por los pies de un morillo que se apoyaba contra una de las paredes, derramaba la última gota de su sangre, el inocente mártir de aquella función, un gordo y bien cuidado cerdo.

Los cerdos se matan en los pueblos los domingos, y en ese día se alborotan los gastrónomos rústicos, porque hay chi-

charrón y carnitas, y longanizas, y los muchachos consentidos del dueño de la matanza, tienen facultad de echar un pedazo de pan a freirse en aquel inmenso lago de manteca.

Los escuderos de Margarita eran antojadizos, y en premio de su fidelidad, fué preciso consentirle que se detuviesen a comprar algo de todo aquelló para que siguieran más contentos.

A los ocho días de camino descubrieron el cerro del Cazique, y Zitácuaro apareció a los ojos de la ansiosa Margarita, como el faro de salvación.

Había cumplido su encargo, y estaba salvada.

Llegaba, como dicen los soldados.... "sin novedad."

IV.

LO QUE PASO EN ZITACUARO.

Margarita había faltado tres meses de Zitácuaro, y cuando volvió a verlo se horrorizó.

En donde antes se levantaba la ciudad alegre y bulliciosa, quedaba solo un montón de ruinas ennegrecidas por el humo, y entre las cuales brotaba ya la calabacilla silvestre y la malva: alguno que otro vecino cruzaba por aquel campo de desolación, y una que otra familia vivía entre aquellos escombros, en chozas improvisadas de madera y de ramas.

Los pueblos que forman los alrededores, tan laboriosos y tan patriotas, habían desaparecido también, y en toda la extensión que alcanzaba la vista no se descubría ni un rebaño de ovejas, ni una yunta, ni siquiera un caballo paciendo sobre la yerba. Soledad, tristeza y desolación.

¿Qué había pasado?

He aquí lo que Margarita pudo averiguar:

La legión belga, en unión de una pequeña brigada de imperialistas, llegó a Zitácuaro, que fué desocupado por la corta guarnición republicana que la custodiaba: los belgas entraron sin resistencia, y estaban seguros, apesar de las escaramuzas, que no faltaban casi en todas las noches. El grueso del ejército republicano expedicionaba entonces por Tacámbaro.

Pero una idea infernal nació en el cerebro del jefe belga. Determinó evacuar la plaza, incendiando la ciudad y los pueblos vecinos.

Algunos acusan a Carlota, la archiduquesa, de haber mandado la orden para que se llevara a efecto una providencia tan infame; otros suponen que fué un pensamiento

de Van-der-Smisen: lo cierto del caso es que se puso fuego a Zitácuaro.

Algunos comerciantes que no habían podido sacar sus efectos, recibieron orden de llevarlos a la mitad de la plaza mayor para salvarlos del incendio, porque los necesitaban los belgas, y la quemazón se practicó como un trabajo organizado.

La oficialidad se espantó de aquello, se horrorizó, de tanta barbarie, y se reunió en la casa de uno de los capitanes con objeto de declarar demente al coronel y destituirle del mando, avisando inmediatamente a Maximiliano: los soldados estaban a punto de sublevarse, y nadie sintió tranquila su conciencia después de aquel rasgo de ferocidad.

Las llamas envolvieron a la ciudad; el humo en densas y negras nubes ocultaba el firmamento; los árboles crujían y se desgajaban; anchas grietas se abrían en las paredes que resistían al impulso del voraz elemento; y el ruido de los derrumbamientos y el polvo que se confundía con el humo, hacían de aquel espectáculo un cuadro digno del infierno.

Desde los peñascos de la loma de la Palma, desde las mesetas del cerro de Camémbaro, desde los encinos que cubren la falda del Cazique, los pobres vecinos de Zitácuaro vieron a su ciudad como una hechicera de los tiempos de la edad media, agitarse entre las llamas, estremecerse, consumirse, desaparecer.... y luego.... un manto de ceniza como un sudario, tenderse sobre el antiguo recinto de la ciudad heroica.

La furia de los invasores no estaba saciada.

Salieron expedicionarios a los pueblos de los alrededores, como a una partida de caza, y todo lo incendieron, casas, trojes, semillas, sementeras: allí se mataba todo lo que se movía, y que no podía ser arrebatado por ellos, ya fuese un hombre, o un niño, o una mujer, ya un perro, un cerdo o una gallina. Las cenizas marcaron el lugar de las habitaciones, los cadáveres el lugar de las calles.

Entonces aquella columna se retiró de Zitácuaro, pero como nos dice la Historia Sagrada de los viajes de los Patriarcas, llevando sus camellos, y sus bueyes, y sus corderos y sus ovejas.

La columna llevaba a su retaguardia un número increíble de animales que habían pillado en aquellos desgraciados contornos: mulas, caballos, toros, vacas, ovejas, borricos, y sin cuidado, y sin vigilancia. Aquello era el botín de una ciudad, de un país entero, en el que hubiera entrado a saco el ejército de Atila.

Los soldados vendían en el camino un buey por cuatro

reales; cambiaban una oveja por una tortilla, por una cajetilla de cigarros, por un vaso de aguardiente. Solo viéndolo, podía creerse en aquel vandalismo, en aquel espantoso desorden.

Si nuestra imparcialidad no fuere suficiente garantía de la verdad de los hechos que referimos, todo el Estado de Michoacán abonará nuestras palabras, que algún día recogerá la historia para grabarlas en sus páginas de bronce.

¡Y cuán lejos estaban, y aun están quizá, los que han vivido en México, de creer que se cometían semejantes atrocidades! Tal vez muchos habrían abandonado al Imperio.

Margarita no pudo contener las lágrimas, y pasó sin detenerse al lado de Zitácuaro.

Tenía que caminar lo menos seis días para llegar a Tacámbaro; pero estaba en un país amigo, y libre de la persecución de los imperiales y franceses.

Por fin llegó a Tacámbaro, y Jorge fué la primera persona conocida que encontró.

—¿Con que ha habido por acá un gran triunfo?—preguntó Margarita.

—Sí,—contestó Jorge—hemos derrotado a los belgas.

—Estará usted muy contento.....

—¡Oh! mucho, porque esta acción me ha hecho el hombre más feliz de la tierra.

—¡Cómo!

—Es una historia muy bonita, que yo le contaré a usted; pero vaya usted primero a entregar cuentas de su comisión, y aquí la espero: yo la puedo llevar a una casa en donde se aloje, porque quiero probarle siempre mi gratitud por tanto esmero con que me cuidó en su rancho: entonces sabrá usted lo que me ha pasado.

Margarita se dirigió a la casa del general en jefe.

Arteaga, sentado en un sillón, leía en voz alta un periódico a varios jefes que estaban a su alrededor sentados o en pié.

Arteaga aun era joven, muy grueso, con un cutis tan fresco y un color tan limpio como el de una doncella, grandes y brillantes ojos; carecía enteramente de barba, y un escaso bigote sombreaba su pequeña boca, vestía un medio uniforme de paño gris con botones dorados, y tenía en la mano una cachucha azul bordada de oro.

Arteaga era hombre muy popular y muy alegre: recibió a Margarita, escuchó la relación de su viaje y las noticias que traía de México, y mandó a un ayudante que recibiera los cápsules.

Margarita se retiró contenta y satisfecha: el general le

había ofrecido pagarle su comisión, y ella lo rehusó desdeñosamente. Jorge la esperaba en la puerta.

—Ahora sí, ya estoy libre de cuidados—dijo Margarita—ahora me dirá usted dónde puedo alojarme y me contará su historia.

—Vamos, la llevaré a usted, y en el camino le contaré lo que me ha pasado: en primer lugar, he encontrado a mi novia.

—¿A su novia?

—A mi novia.

—Es decir, alguna muchacha de aquí que usted habrá enamorado desde que llegó.....

—No, a mi misma novia, a mi costeña, a mi Alejandra...

—¿Alejandra se llama?—preguntó Margarita algo conmovida.

—Sí, Alejandra: ¡qué! ¿no le había yo contado a usted.....?

—Nunca......

—Pues sí, Alejandra: una muchachita muy buena, muy virtuosa, muy bonita, de Acapulco, hija de un viejo don Plácido.....

—¿Dónde está? ¿dónde está?—exclamó Margarita, pálida y trémula.

—Por Dios, Margarita, ¿qué tiene usted? ¿qué le ha dado....?

—¿Dónde está esa muchacha? lléveme usted, por Dios, luego, lléveme usted.... ha de ser ella; sí ha de ser.... seguro: don Plácido no tenía hija..... Alejandra.... vamos, Jorge, lléveme usted.

—Cálmese usted,—contestó Jorge espantado a su vez de aquella exaltación—vamos allá, vamos allá.

Y Margarita casi corría, y era ya ella la que guiaba.

—No por ahí—decía Jorge—por acá, por acá, en esa puerta.

Margarita se lanzó dentro de la casa. Anita, Tula y Alejandra, estaban sentadas frente a la ventana.

—¿Cuál es?—preguntó temblando Margarita, sin reconocer a aquellas mujeres, a quienes en una noche de tribulación se presentó como un ángel de consuelo.

—Esta—dijo Jorge—tomando la mano de Alejandra....

—¡Hija mía!—gritó la pobre mujer—¿no me conoces? yo soy Margarita, soy tu madre: hija mía, soy tu madre; y la estrechó contra su pecho, con un ardor incapaz de describirse.

Alejandra nada comprendía, pero lloraba: Anita y Tula conocieron a Margarita y lloraron también.

Jorge estaba a punto de gritar.

V.

LOS DOS AMORES.

Anita y Tula obligaron a Margarita a sentarse. Para las madres, sus hijos siempre están en la infancia, siempre son niños en su ternura y para sus caricias.

Margarita sentó a Alejandra en su regazo, y la arrullaba como si estuviera en la lactancia, la besaba, la estrechaba contra su seno, y lloraba y no podía hablar.

Alejandra lloraba también, y se sentía volver a su primera edad.

¡Santo, divino amor de madre! ¿quién no se descubre con respeto ante una madre, sea la que fuere? ¿qué madre en el mundo no despierta en el alma la idea de la nuestra?

En medio de las tempestades que agitan nuestra vida, en medio de esas borrascas que se levantan en nuestro corazón, cuando la gloria, la fortuna y los placeres nos rodean, cuando el infortunio, la miseria y el crimen mismo tocan a nuestra puerta y se sientan en nuestro lecho, ¿hay dardo que penetre hasta el santuario en que guardamos ese amor? ¿hay uno solo de los miasmas de la tierra que pueda corromper aquel puro y único firme aroma del corazón?

Habladle al soldado endurecido en la campaña y acostumbrado a ver el combate y el exterminio, habladle de su anciana madre, que sentada cerca del hogar, con sus lentes y su cabeza amarrada, lee con vacilante y trémula voz un cuento de hadas a sus nietecitos; recordadle eso, y veréis a aquel hombre que se ríe en medio de la matanza, llorar como un niño, y lo que es más, no se avergüenza de esas lágrimas que gotean por las puntas de sus bigotes.

Jamás una madre puede estar en caricatura; y el peor artista y el escritor más detestable, están seguros de enternecer, pintando a una madre.

Jorge pensaba en esto, y lloraba también.

Quizá se nos tache porque hacemos llorar a nuestros personajes siendo soldados; pero el que tal diga, no conoce a los mexicanos ni a los chinacos. Nuestros jóvenes lloran en el teatro con un rasgo generoso o con una escena tierna de familia; pero son capaces, si es necesario, de arrojarse sobre un parapeto a la cabeza de una columna, o batirse con revólver a diez pasos, antes de que el viento haya secado aquellas mismas lágrimas.

En cuanto a los chinacos, basta decir que tienen por refrán: "Que las barbas no estorban para llorar, sino para huir."

—Hija mía,—dijo por fin Margarita: ¿ya te habían hablado de mí? ¿ya sabías que tenías una madre?

—Sí, madre mía; Don Plácido me había contado todo, todo, y yo no perdía la esperanza de hallar algún día a usted y a mi padre.

—¿A tu padre, hija mía?, ¿sabes tú algo de él?

—Sí, madre, quizá lo que usted ignora todavía.

—Cuéntame, cuéntame.

—¿Usted no sabe por qué desapareció mi padre de nuestro lado?

—No, mi vida.

—Pues óigame usted; voy a contárselo todo, tal como me lo ha referido don Plácido, a quien he tenido hasta hace poco por mi verdadero padre.

Y Alejandra, interrumpida solo por los besos, las caricias y las lágrimas de su madre, refirió delante de Jorge, de Tula y de Anita, cuanto le había contado don Plácido, y cuánto ella había pasado desde la salida de su casa. Al referir su encuentro con los maromeros, Margarita tomó una de las manos de Tula, y la llevó a sus labios; pero al llegar a los recuerdos de los aciagos días de Zitácuaro, Anita fué la que besó a Margarita, en la cabeza.

Aquellas mujeres se habían ido acercando y formaban un grupo hechicero. Margarita. con la belleza severa de la matrona, tenía en su regazo a Alejandra, encantadora niña de diez y seis años, con toda la hermosura de la mujer del trópico; en el suelo, a sus pies, la vieja Tula, con los rasgos más característicos de la bondad pintados en su rostro, y de pie, apoyando su mano en el hombro de Margarita; Ana, con ese encanto provocativo de las ''chinas mexicanas' de pelo negro, ojos brillantes y boca de ángel, porque no puede decirse otra cosa.

Alejandra había vuelto a ver a Jorge, y encontraba a su madre. Sola, sin arrimo, sin amparo y hasta sin esperanzas, había llegado a Tacámbaro, y allí se miraba de repente en medio de los seres más queridos de su alma, su novio y Margarita.

Eran dos amores que halagaban su corazón, dos amores grandes, profundos, ardientes, pero que no se excluían, que no luchaban, que no combatían entre sí; por el contrario, que se animaban, que eran el uno el complemento del otro.

Alejandra amaba a Jorge como ama la mujer a su primer amor, porque casi todas las mujeres pueden decir cuál ha sido su primer amor, y casi ningún hombre podrá hacerlo; y es que casi siempre las mujeres comienzan en la primavera de su vida por una pasión, y los hombres por un capricho, por un pasatiempo; el corazón de la mujer se forma casi de

repente; de repente pasa de niña a joven, como la flor que en una noche, de capullo se convierte en rosa.

Jorge amaba a Alejandra con esa ternura y esa pureza que hacen de la mujer amada una especie de religión, conservando el respeto que la circunda de una atmósfera misteriosa y poética.

—Señora,—dijo Jorge a Margarita cuando la relación de Alejandra terminó: aquí hay un misterio que yo no puedo comprender, pero que tal vez ayudándome usted, podíamos aclarar.

—¿Y cuál?—preguntó Margarita.

—Esa persona que tanto nos ayuda en México, que nos ha proporcionado los cápsules que usted trajo, y a quien no quiso uster ir a ver por temor de comprometerlo, es un hombre cuya historia tiene con la de ustedes tantos puntos de contacto, que no sé ni cómo explicarlo.

—¿Pero cuáles?—díganos usted.

—Señora, es de Acapulco; se ausentó de allí hace cosa de catorce años, dejando a su mujer y a su hija en el abandono; y su hija se llamaba Alejandra.

—¡Ah! entonces es él, es Juan exclamó Margarita.

—Sí, en efecto, don Juan se llama, pero aquí está el enigma, ha encontrado él a su hija, a su Alejandra, que así se llama; la ha reconocido públicamente..... la ha presentado en la sociedad y a sus amigos; y la he visto también.

—¡Pero Dios mío! ¿cómo puede ser esto? Dígame usted, Jorge, ¿ese don Juan no es un hombre más bien alto de cuerpo que chaparro?

—Sí.

—¿Con el pelo rizado?

—Sí.

—¿Con los dientes un poco azules?

—Sí, sí.

—¿Con una pequeña cicatriz entre las dos cejas?

—El mismo, el mismo.

—Entonces es Juan, es mi marido: ¿pero usted dice que es muy rico?

—Sí, señora.

—Y Juan era muy pobre.

—También eso me ha contado, pero me refirió al mismo tiempo cómo se hizo rico, encontrando un dinero enterrado en la orilla del río de las Balsas, un poco más abajo del pueblo de Zirándaro.

—Eso es, eso es—exclamó Alejandra, como recordando algo repentinamente.

—¡Cómo, hija mía!—dijo Margarita—¿sabías tú eso?

—No, madre, pero el marido de la tía Ursula, el viejo

Andrés de quien hablé a usted, que era asistente de don Plácido, enterró allí ese dinero; y al morir encargó a la tía Ursula que me dijera el secreto para reparar el mal que nos había causado.... río abajo, en la margen derecha, una ziranda entre dos palmas.''

—Cierto, cierto—dijo Jorge asombrado—las mismas señas: de allí ha sacado la fortuna don Juan.

—¡Bendito sea Dios!—exclamó Alejandra—que mi padre ha vivido tranquilo con ese dinero.....

—Pero, ¿quién es esa otra Alejandra que pasa por hija suya? Le habrán engañado. ¿Será una aventurera?

—No, señora: si hay engaño, esa joven es también una víctima, porque la pureza y la virtud brillan más en su rostro que la hermosura; pero yo le prometo a usted que este misterio se aclarará.

—Jorge, si usted nos quiere, si tiene corazón, ayúdenos, protéjanos; que Alejandra encuentre a su padre y yo a mi marido.

—Margarita,—dijo Jorge solemnemente y tomándole una mano—Alejandra le dirá a usted que era la prometida por mi corazón para ser mi esposa: usted que me conoce bien, creo que no se opondrá; ahora, figúrese usted si me interesará su felicidad.

—¿Es verdad? ¿le amas?—dijo Margarita.

Alejandra, en vez de contestar, ocultó su rostro ruborizada en el seno de su buena madre.

Margarita estrechó la mano de Jorge, y se sonrió dulcemente.

Era también mujer, y sabía que para las mujeres es preferible el martirio a la confesión en los amorosos secretos del alma.

VI.

EL BARILLERO.

¿Para qué pintar las escenas de amor que tuvieron lugar por aquellos días entre Jorge y Alejandra? Dos amantes siempre tienen lo mismo que decirse, sobre todo cuando sin obstáculos y llenos de fe en el porvenir, se entregan al placer de repetirse mil y mil veces que se adoran, lo cual tendrá para ellos mucho encanto, pero poquísimo atractivo para los lectores, que ya parece que les vemos sonreirse, diciendo: ''eso ya me ha pasado, y no necesito que me lo cuenten.''

Margarita determinó quedarse con su hija en Tacámbaro,

mientras le era posible emprender un viaje a México; pero sentía una especie de celos de que otra ocupase el lugar de su hija; le parecía que si tardaba en desengañar a su marido, ya después no sería tiempo, y se acordó en familia que Jorge escribiera a don Juan participándole lo ocurrido, sin embargo de que en este medio se tuvo muy poca confianza, porque las comunicaciones con México eran muy difíciles y poco seguras.

Murillo había salido con una partida de caballería, el día siguiente a la toma de Tacámbaro, y nada sabía de estos acontecimientos, lo mismo que Diego y Rito, nuestros antiguos conocidos los maromeros.

Un correo llevó a Tacámbaro la noticia de que una fuerte columna, compuesta de franceses, belgas e imperiales, se movía de Morelia, a las órdenes del coronel De Potier, sobre las fuerzas republicanas, y se decidió evacuar la plaza y retirarse rumbo a Tierra Caliente.

Las tropas republicanas salieron con dirección a Puruarán. Margarita se quedó en Tacámbaro con objeto de observar al enemigo y remitir constantes avisos.

La columna se desprendía ya de la ciudad, y caminaba poco a poco por aquellos senderos escabrosos. Jorge, pensativo, iba a la retaguardia, vigilando que los soldados no se quedasen atrás, que los conductores no abandonasen alguna mula, y que no se cometiese algún desorden por alguno de tantos hombres que acompañan sin destino y sin empleo a las tropas en su marcha.

Murillo con su piquete de caballería, vino a incorporarse a la columna: la tropa entró en su colocación, y él, bajo la sombra de un árbol, la vió desfilar toda, buscando a Jorge, hasta que logró verle.

Los que comprendan la clase de guerra que se hacía entonces, tendrán idea del placer que sentían dos amigos al volverse a encontrar después de algunos días de ausencia; allí los amigos se querían como hermanos, y los compañeros como amigos. ¡Estrechan tanto los corazones sus vínculos en el infortunio!

Los dos amigos se encontraron y se abrazaron.

—Murillo, grandes cosas tengo que contarte.

—¡Cómo! ¿qué ha habido?

—Admírate, hijo, admírate.

—Pero ¿qué hay?

—Admírate primero.

—Ya me admiro; aunque se me figura que vas a salir con un "domingo siete."

—¿Con un domingo siete? Ya verás, ya verás: sábete que la verdadera Alejandra, hija de don Juan de Caralmuro, es

ni más ni menos, que Alejandra la mía, y que es hija también de nuestra buena Margarita.

—¡Jesús, hombre! ¡qué me cuentas!

—Lo que oyes, hijo mío—y Jorge refirió a Murillo cuanto había sabido, averiguado e inventado, en todo el tejido de la historia de Margarita, de Don Juan y de Alejandra.

Murillo lo escuchaba estupefacto.

—Pero, en fin,—le dijo cuando hubo concluído;—todo esto estará muy bueno, ¿y quién es entonces esa hermosa muchacha que ha reconocido por hija suya don Juan?

—No lo imagino: debe haber en eso una trama infernal.

—¿Y tú crees capaz a esa muchacha, que parece un ángel, de semejante infamia? porque si tal fuera, te aseguro que sería cosa de no volverse nunca a fiar del exterior de nadie; sería para mí la decepción más espantosa.

—Consuélate, Murillo: esa niña ha de estar tan inocente de lo que pasa, como el mismo don Juan: me has confesado que estabas enamorado de ella, y creo que tu pasión no disminuirá porque sea o deje de ser la hija de don Juan o porque sea o no sea rica.

—No, antes mejor; siendo pobre estará más a mi alcance y podré hacerla más dichosa, que acostumbrada a ese lujo asiático de la casa de Caralmuro.

—Bien pensado. Ahora lo que importa es desengañar a Caralmuro, contarle lo que hay: yo le he escrito, pero temo que o no le llegue mi carta, o se ría de mí; escribe tú a tu padre.....

—¡Jorge! ¡Jorge! ¿y me crees capaz de denunciar como una aventurera, como la usurpadora de un nombre y una fortuna, a una mujer que es ahora mi única ilusión, mi único pensamiento?......

—Tienes razón, Murillo, he sido un cándido en proponerte semejante cosa: no te incomodes, no hablemos más de eso; pero creo que no te ofenderás, si trabajo yo por devolver a mi pobre Alejandra su nombre y su familia....

—¡Qué tontería! ¿por qué me había de enojar? Estás en tu dereho, y aun hay más: estás en obligación de hacerlo, Alejandra y Margarita son muy buenas personas, y lo merecen todo; en cuanto a la otra Alejandra, yo veré cómo la salvo de la vergüenza y de la miseria.

Los dos oficiales siguieron caminando en silencio por algún tiempo.

Desde la salida de las tropas de Tacámbaro, uno de esos hombres que venden objetos corrientes de mercería, por los pueblos, llevando una especie de papelera con sus tapas de cristales, por todo depósito, y por todo mostrador, y que

por allí se llaman "barilleros," se había ido pegado a la retaguardia.

Era un viejo con todo el aspecto de un hombre de bien, y le acompañaban una vieja y un muchacho.

La vieja llevaba algunas botellas de aguardiente, que vendía a precio muy alto entre los soldados; y el muchacho, cigarros y puros, con los que comerciaba con la oficialidad.

Durante el camino, no perdían de vista a Jorge y a Murillo. La columna hizo alto para dar descanso a los soldados y todos buscaron una sombra donde guarecerse de los ardientes rayos del sol.

Nuestros dos amigos se sentaron bajo una ziranda, y en la misma sombra se guareció también el barillero con su familia.

Cada uno comía lo que se había podido proporcionar.

—Mira,—dijo Murillo:—¡qué casualidad! una ziranda entre dos palmas, como las señas del tesoro de la tía Ursula.

—¡Ah! eso es aquí que abundan las palmas y las zirandas: pero las señas nada tenían de vagas; la buena vieja no era tonta.

El barillero y su mujer no perdían una palabra de la conversación.

—Si al más tonto,—continuó Jorge,—le dicen: "río abajo, márgen derecha, a un cuarto de legua del balseadero de Zitácuaro, entre dos palmas, una ziranda." De seguro que dá con el tesoro.

—Lo hubiera yo tenido por una conseja de la tía Ursula, si ella me lo hubiera contado.

—¿Pero ahora lo dudarás?

—Antes dudaría del sol que nos alumbra.

Los clarines llamaron "atención," se dieron los toques respectivos y se pusieron en marcha.

El barillero y su mujer no habían perdido ni una sílaba de la conversación de los oficiales.

—¿Combinas lo que has oído con lo que yo te referí que había oído que contaba la tía Ursula a Alejandra?—dijo la vieja.

—Claro,—contestó el hombre: el tesoro debe existir, y aquí estamos cerca.

—Le iremos a buscar.

—Muy bien pensado: por ahora tengo sed.—Cacomixtle, dame agua.

Era la honrada familia del tío Lalo, desempeñando la honrosa comisión de espías.

VII.

VENENO.

Los acontecimientos que vamos a referir en este capítulo, son tan extraordinarios, que a no ser tan verdaderos, no nos permitiríamos ni darles entrada en una novela: porque siendo una ficción, sería faltar al respeto a nuestros lectores, al presentarles este cuadro. Pero más de tres mil testigos pueden jurar la verdad de este episodio, que no comprendemos, porque pasó casi inapercibido.

Los franceses y belgas habían ocupado a Tacámbaro, y la columna republicana tomó el camino de la hacienda de Puruarán, donde pernoctó: allí quedó el general Arteaga, a quien sus heridas antiguas no le permitían caminar más, con doscientos ginetes, y el resto de la fuerza se dirigió rumbo a Uruapan, pasando cerca de Ario, lugar ocupado por el enemigo.

El primer día de camino, la tropa tuvo que pasar en la Sierra, por un lugar que llaman la cuesta del Tigre. Era el medio día; los soldados iban fatigados, sedientos y sin comer, y uno de ellos descubrió entre los encinos un arbusto semejante a una mimosa, con un racimo de uvas pequeñas y rojas.

Sabido es que los soldados comen cuanto ven con figura de fruto, y aquél cortó la frutilla y la devoró con ansia.

Un oficial que iba cerca, lo advirtió.

—¿Qué comes?—le dijo.

—Esta frutilla, mi capitán—¿quiere usted?

—¿Cómo se llama?

—No la conozco, pero está sabrosa.

—Quizá será veneno.

—No, mi capitán.

El oficial volvió la cara buscando a alguien que conociese la fruta, porque los arbustos se iban haciendo más y más abundantes, y todos comenzaban ya a comer.

Tío Lalo, Ramona y Cacomixtle iban cerca, y el oficial los llamó.

—Oye—dijo a Lalo—¿conoces esa frutilla?

—Sí, señor; nosotros la llamamos petatillo.

—¿Se puede comer? ¿no es veneno?

—No, señor; por mi tierra hay mucha y hacen atole de él las mujeres; pueden comer cuanto quieran, que no hace mal.

Muchos oyeron la relación del tío Lalo; y la noticia de que aquella frutilla era inocente, voló de boca en boca y hasta los más tímidos se pusieron a comer sin escrúpulo.

—¿Qué has hecho?—dijo Ramona a su marido—¡si esa fruta es veneno!

—Mejor; ya lo sabía yo: déjalos que revienten todos: lo que importa es alejarnos, no comience a hacer efecto, y me echen la culpa. Vámonos: anda, Cacomixtle.

Y se pusieron a caminar, ganando terreno, porque los soldados estaban entretenidos en la cosecha del petatillo, abundantísimo por allí.

—Jorge,—dijo Murillo,—no comas esa yerba.

—¡Dios me libre! me causa aversión.

Pero todos comían, apesar de las amonestaciones de Murillo y Jorge.

Se siguió el camino, y habían ya pasado dos horas, cuando un soldado lanzó un grito extraño, tiró el fusil y cayó a tierra en medio de espantosas convulsiones. Nadie se acordaba de la frutilla; nadie atribuyó aquello sino a algún mal crónico, a epilepsia que sin duda padecería aquel hombre.

A las cinco de la tarde, la infantería hizo alto en una pequeña ranchería que se llama Urapita, y la caballería en una pobre fundición de fierro que se llama Escobillas.

Eran dos mil infantes y ochocientos ginetes: las mujeres, los criados, los vivanderos, etc., podrían componer otras cuatrocientas personas: formaba aquel grupo, pues, un total de tres mil doscientas cuando menos.

Todos habían comida el fruto del petatillo, a la misma hora, y a la misma hora, con corta diferencia, debía hacer efecto el veneno. La tropa acababa de hacer alto, y se iba a pasar lista.

Un dragón lanzó un grito y cayó del caballo, y casi al mismo tiempo otro, y otro, y veinte, y ciento, y todos.

Los hombres caían como granizo: por todas partes lanzando aquellos gritos estridentes, horrorosos, que hacían estremecer: se retorcían y se revolcaban por el suelo, haciendo gestos espantosos, con los ojos torcidos, mordiéndose y destrozándose la lengua, y arrojando sangre de aquellas heridas, revuelta con una espuma blanca y fétida.

Un sudor frío y biscoso cubría sus rostros azulados, y hacia pegarse en ellos el polvo del campo, dando con esto un aspecto más sombrío a todos aquellos infelices.

Pasaba un acceso, entraba un momento en reposo, y de repente otro ataque más terrible que el anterior venía a causar nuevos dolores y nuevos tormentos a los enfermos.

Ninguna medicina, ningún auxilio era allí posible; treinta o cuarenta personas habían quedado en pie, y con ellas nada se podía hacer, siendo los atacados más de tres mil.

No había centinelas, ni guardias, ni nada; no se desembri-

daron los caballos, y aquellos animales, acosados por el hambre y la sed, comenzaron a buscar alimento y agua, arrastrando unos la lanza que se atoraba en la cuja, rompiendo otros la montura entre los árboles, haciendo otros dispararse los mosquetones al echarse en tierra con las armas, que nadie había podido quitarles.

Aquello era espantoso: cualquiera descripción es fría y descolorida, comparada con aquel cuadro de luto y desolación; cualquiera idea que pueda formarse es débil y dista mucho de aquella escena sombría.

La noche tendía ya su manto, y negras y tempestuosas nubes se iban levantando por el Oriente.

La maleza del bosque dio paso a un hombre que se adelantó cautelosamente en medio de los envenenados, que se agitaban como reptiles moribundos.

Era el tío Lalo.

—Bien,—dijo—surtió efecto; es una fortuna: en dos horas de camino estoy en Ario, y a las doce de la noche ya está aquí nuestra tropa, lanceando a estos perros que no harán más resistencia que si fueran cerdos; y desapareció por donde había venido.

—Murillo,—dijo Jorge,—esto es horrendo; me parece que soy víctima de una pesadilla.

—¡Qué noche, Dios mío!—contestó Murillo:—esos gritos, esos gestos, y esas bocas llenas de espuma sangrienta, todo me aterra, me espanta: creo que voy a volverme loco.

—Y la tempestad que está encima, y no hay ni con qué cubrir a uno solo de esos desgraciados....

—No es eso solo: si el enemigo lo sabe, con cincuenta hombres nos derrota, nos aprende a todos....

—¿Pero habrá quien tenga corazón de avisarle?

—Creo que no; sería necesario tener corazón de hiena.

—¿Han muerto muchos?

—No sé; yo he visto espirar a varios....

—Ya está ahí la tempestad.

En efecto, los rayos se hacían más frecuentes y caían más cerca, y el agua se desprendió de las nubes; en un instante quedaron empapados aquellos infelices enfermos...

Tío Lalo y su familia caminaban lo más aprisa que les permitía la obscuridad de la noche, con objeto de llegar a Ario, y dar parte de lo que acontecía, en el campo republicano; pero por más que hacía, el camino era escabroso y la tempestad ennegrecía más y más el cielo hasta que comenzó a llover.

Entonces, maldiciendo a su suerte, y a los republicanos, y a la lluvia, y hasta al cielo mismo, tuvo que detenerse a su pesar.

Los torrentes crecieron con la lluvia, los senderos del bosque quedaron intransitables, y el tío Lalo reservó para la madrugada la buena noticia que llevaba a los imperiales.

Así es que mientras los independientes se quejaban de la tormenta, la tormenta los salvaba de caer en manos del enemigo, que los hubiera encontrado inermes.

Toda la noche lucharon los enfermos entre la vida y la muerte; muchos sucumbieron, pero fueron muchos los que salvaron; y cuando el sol del día siguiente alumbró, los muertos estaban depositados en una galera de la fundición, y los que habían escapado, pálidos y vacilantes, formaban en sus cuerpos respectivos en el llano sembrado de flores, donde se levanta la Ranchería de Urapita.

Cuando los imperiales vinieron al lugar de la catástrofe, solo encontraron cadáveres, y unos muy pocos enfermos, que quedaban incapaces de caminar, y a los que determinaron desde luego fusilar en Ario.

El tío Lalo, satisfecho de su obra, pero temeroso de los republicanos, se decidió a emprender un viaje en busca del tesoro; y seguido de su Ramona y de Cacomixtle, tomó el camino de Huétamo.

VIII.

EL PERRO DEL BALSERO.

Dejemos a las tropas de la República seguir su marcha, y acompañaremos al tío Lalo y a su Ramona, que viajan en busca del tesoro de la tía Ursula.

El camino era tan seguro como penoso, despoblado, pero en cambio, tan tranquilo, que podía hacerse noche y descansar en cualquiera parte libre de zozobras: seis días de fatiga, y llegaron al río de las Balsas.

—¿Estás segura de las señas?—dijo el herrero.

—Segura,—contestó Ramona:—río abajo, como un cuarto de legua del balseadero, al pié de una ziranda que está entre dos palmas.''

—Bueno; mañana la emprendemos; hoy descansamos aquí en las casitas del embarcadero, y nos procuraremos algunos instrumentos para hacer la excavación; pediremos posada en la casa del balsero.

La casa del balsero era un jacalito con un ''toro'' pequeño, bajo el cual estaban moliendo maíz para hacer tortillas, dos mujeres. Las mujeres muelen por allí paradas, no arrodilladas como en la tierra fría; el metate está colocado

sobre unos horcones de madera que le ponen a la altura de una mesa.

Tío Lalo encontró hospitalidad, cenó con su familia un enorme pescado acabado de sacar del río, y pasó el resto de la noche platicando con su mujer o soñando en su tesoro.

Muy temprano iba ya en marcha buscando la ziranda.

—Es fortuna,—decía tío Lalo,—haber sabido esto.

—Y más,—contestaba la mujer, ganarles la mano y llegar antes que ellos.

—¿Pero será una cosa segura? todavía me parece que no hay nada.

—Eso de que no hay nada, no puede ser; tú has oído la conversación que tenían Jorge y su amigo.

—¡Qué casualidad que no nos hayan conocido!

—No se han fijado, y tú has variado de rostro con haberte dejado crecer toda la barba.

—Ya lo creo.... Pero mira, aquí hay una ziranda y una palma.

—Pero no dos palmas.

—Es verdad, pero puede haber caído la otra.

—También es cierto; pero marcaremos este lugar, y vamos más adelante a ver si hay algo más parecido a lo que sabemos.

Y siguieron caminando. Habían andado más de dos leguas, cuando el herrero dijo:

—Más adelante no puede ser, porque esto es doble de un cuarto de legua: nada hemos encontrado; y si en algún lugar está, es allá donde yo te dije.

—Pues volvámonos.

Volvieron siempre examinando la ribera, hasta llegar al árbol que había llamado la atención de Lalo: no había que vacilar, allí debía ser.

—Descansaremos un poco,—dijo Ramona;—comeremos algo de lo que viene en el itacate que trae Cacomixtle, y comenzaremos a trabajar.

Cacomixtle acercó las alforjas, y sacaron carne, tortillas, huevos cocidos, y una botella de mezcal.

El herrero comió con muchas ganas, tomó un gran trago de mezcal, y se puso en la lengua algunos granos de sal. Esto es una costumbre de la gente de por allá; toman mezcal y luego un poco de sal, que dicen que hace buen efecto; y verdaderamente les quita el mal sabor que aquel vino puede dejarles.

—Ahora, manos a la obra. A ver, Ramona, dame esa tarecua.

La tarecua es una especie de pala de hierro, con la figura

de medio corazón, y que tiene un mango largo de madera muy fuerte.

—Esta piedra parece que se puso aquí como señal: vamos a ver.

Y el herrero comenzó su trabajo con tal entusiasmo, con tal exaltación, como si de veras fuera a encontrar algo.

Había cavado ya dos horas: el sudor empapaba su rostro, el trabajo adelantaba rápidamente porque todo aquel terreno era muy blando, pero no daba resultado alguno.

Lalo estaba cansado, y Cacomixtle tuvo que reemplazarle; pero Cacomixtle era muy joven, y también se rindió a la fatiga, y Ramona tomó la tarecua: no era ya una sola excavación la que se había hecho, eran varias más o menos profundas, pero aquel lugar se iba convirtiendo en un harnero.

Lalo volvía a la carga, y Cacomixtle, y Ramona, se relevaban, y se reemplazaban, y volvían a cansarse y a reposar; y de cuando en cuando, la botella de mezcal venía a restaurar sus fuerzas y a alentar su ánimo.

La noche llegó y tío Lalo tuvo que desengañarse de que no existía tal tesoro, o si existía no era en aquel lugar, lo cual era la verdad, porque como nuestros lectores saben, hacía ya mucho tiempo que estaba en poder de don Juan.

Lalo se retiró con todo el mal humor de que era capaz, y quiso pasar aquella noche en el mismo lugar que la anterior.

Cuando una vez se ha recibido por allí hospitalidad en una casa, se contrae una especie de obligación con el dueño de ella, de ir siempre que se pasa por allá, a vivir en la misma casa.

La familia llegó, y comenzó la cena, pero tan silenciosamente como si volvieran todos de un entierro.

Cerca del tío Lalo estaba echado un perrito pequeño. Cuando uno está incomodado, todo le disgusta: Lalo tiró al perrito un pedazo de tortilla, y el animal no lo comió.

—¡Vaya!—dijo el herrero,—pues éste querrá marquesotes: ¿es de la casa este perrito, señora?

—No, señor, es de un balsero; pero hoy se vino a meter aquí, y se ha estado ahí muy triste todo el día.

—¿Entonces le podemos correr?

—Como usted quiera.

Lalo se paró, y acercándose al perro quiso darle un puntapié, pero el animal no estaba para sufrir seguramente, y tío Lalo lanzó un juramento; el perrillo le hincó toda su dentadura en la pierna, y echó a huir.

Las mujeres, espantadas, rodearon a Lalo, pero él estaba muy enojado para dejarse curar.

—No quiero nada,—dijo,—no es nada; mañana ya estaré bueno, y ni me acordaré de esto.

A la mañana siguiente caminaba ya muy tranquilo de vuelta para Morelia.

La dueña de la casa en que había pernoctado tío Lalo, cosía sentada en la puerta de su cocinita; un muchachón alto y delgado, pálido como toda la gente de por allí, pasaba por enfrente.

—Adiós, señora.

—Adiós, Encarnación: ¿qué dicen de nuevo?

—Nada, señora: ¿se acuerda usted de mi perrito.... el turco?

—Sí, vaya; pues si ayer todo el día se estuvo metido aquí.

—¿Aquí estuvo? con razón no le hallaba.

—Por más señas que mordió anoche a un forastero que se fué esta mañana.

—¡Ave María Purísima! ¿le mordió....?

—Sí, ¿pero qué?

—¡Cómo! si desde ayer tenía el mal, y por eso acabo de matarle.

IX.

RANCHO DE LA LAJA.

Dos meses habían pasado de los acontecimientos referidos en nuestro último capítulo, y en este tiempo la suerte no había sido adversa a las tropas de México.

La pequeña ciudad de Uruapan, que se extiende en el extremo de una gran llanura, como un tapete de flores y de cristal, había presenciado uno de los combates más reñidos.

Uruapan es un paraíso: ríos transparentes, flores perfumadas, frutas exquisitas, mujeres hermosas, y todo esto en abundancia: allí no tendréis sino inclinaros para cortar una violeta; no tendréis más que abrir los ojos para encontrar, no una, sino muchas mujeres bellas y provocativas.

¿Qué más puede decirse de una ciudad?

Los republicanos la atacaron y los imperiales la defendieron: el combate no fué largo, pero sí sangriento: veinticuatro horas duró el fuego sin cesar un minuto; y a las veinticuatro horas los liberales eran dueños de la plaza, y toda la guarnición, incluso su jefe, estaba prisionera. Pero la ciudad ardía: durante el asalto unos y otros incendiaban las

casas para arrojar a sus enemigos, y el fuego cundió por toda la plaza.

El coronel Lemus que mandaba las fuerzas imperiales, fué pasado por las armas de orden del general Arteaga: todos acusaban a Lemus de ser el que había dispuesto el asesinato de don Melchor Ocampo.

Los demás prisioneros fueron respetados.

La columna republicana, después de este triunfo, se retiró para la Tierra Caliente, porque entonces todas las fuerzas francesas, belgas e imperiales, se pusieron en movimiento para destruirla, y habría necesitado cuádruple número de hombres y de elementos para poder resistir.

Aquella peregrinación fué un Vía-crucis: atravesando por desiertos bosques, faltos de toda clase de mantenimientos, los soldados y los oficiales morían de hambre: durante el día, un sol de fuego calcinaba aquellas frentes que guardaban como un tesoro la santa idea de la Independencia; durante la noche, una lluvia constante y tempestuosa dejaba yertos aquellos demacrados cuerpos, que solo conservaban vida y sangre para ofrecerla en holocausto ante el altar de la Patria.

En medio de aquellas sierras también hay llanuras; ¡pero qué llanuras, Dios mío! inmensas, tristes, formando un horizonte como el de los mares: ni un árbol que dibuje su sombra sobre el suelo abrasado, ni un arroyo, ni un venero, nada, nada.

Arbustos que apenas se distinguen en medio de una yerba siempre seca, esto es todo; aquel cielo con un azul sereno y tan puro, tan igual siempre, que entristece, que desespera: casi nunca cruza una nube por aquel cielo, como casi nunca cruza una ave sobre aquella desierta llanura: estos son los llanos de Antunes.

Para atravesarlos es necesario conocerlos perfectamente, o llevar un buen guía; de otra manera, un viajero se extraviaría allí con tanta facilidad, como en medio del mar sin tener una brújula, o como en una noche en medio de un bosque, tomando un rumbo cualquiera sin conocer el camino; un hombre o un animal morirían de sed antes que llegar a encontrar el agua o a salir de aquel llano.

Los vaqueros y los hombres de la tierra, encuentran continuamente por allí cadáveres de hombres, de animales y hasta de familias enteras que se extravían en aquel espantoso desierto, y en donde viven como en los bosques, los tigres, los lobos, los venados y las serpientes.

Y se eslabonan estas llanuras como inmensos escalones: los Llanos de Antunes, el Plan de Urecho, el Llano de las Balsas, en diferentes niveles, con diferentes faces, pero

todas tristes, sombrías, en medio de ese torrente de luz y de fuego que las baña, oprimiendo el corazón en vez de ensancharle con sus dilatados y extensos horizontes, con su atmósfera transparente y limpia.

¡Cuántos soldados quedaron allí insepultos, víctimas de la sed! Aquello era horroroso: los hombres comenzaban de repente a caminar muy aprisa, a pronunciar palabras incoherentes y caían; toda su sangre refluía a su rostro y a su garganta; brillaban sus ojos por algunos momentos de una manera fatídica; una espuma apenas perceptible, manchaba sus labios secos y tostados, y luego la muerte; y morían tantos, que no era posible enterrarlos; y los caballos y las mulas de la artillería, y hasta los perros que acompañaban a los soldados, sufrían aquella horrible muerte.

Desde el pueblito de Sin-agua, hasta más de ocho leguas que se prolonga el llano de las Balsas por el Oriente, los cadáveres, de los hombres y de las bestias, muertos por la sed, podían indicar el camino de la columna.

Ocho días llevaban las fuerzas de marcha y estaban cerca de San Antonio de las Huertas, que es una hacienda situada al Sureste de Tacámbaro, y que servía de retirada a las tropas liberales.

En un ranchito que estaba sobre el camino que llevaban, en una fresca y pintoresca cañada, los soldados comenzaron a detenerse delante de una casa; los oficiales llegaban para separarlos de allí, y se quedaban también.

—¿Cómo se llama aquí?—dijo Jorge, que como debemos suponer, siempre caminaba con Murillo.

—La Laja.

—¿Y qué habrá allí que todos se detienen?

—¿Vamos a ver?

—Vamos.

Los dos picaron sus caballos, y llegaron a la casita adonde se dirigían todos con curiosidad.

Lo que había allí, era una cosa espantosa.

Delante del jacal y a la sombra de una enramada, un hombre ya viejo, muy robusto, con la ropa hecha pedazos, casi desnudo, mostrando en todo su cuerpo horribles contusiones y sangrientas mordidas; con el pelo en espantoso desorden, los ojos fuera casi de sus órbitas y la boca cubierta de espuma, se agitaba como un loco, atado a tres horcones de árbol clavados en la tierra: unas mujeres le contemplaban desde la puerta de la casa, y los soldados formaban a su alrededor un círculo.

Aquel hombre rugía como un perro enojado, ahullaba como un perro herido, y algunas veces producía sonidos y voces muy semejantes a un ladrido.

Algunas veces inclinaba la cabeza sobre el pecho, y quedaba como en calma; pero de repente se agitaba con tanta fuerza, que parecía que iba a romper aquellas ligaduras que se habían introducido ya en las carnes de sus brazos, de sus piernas y de su cintura: entonces parecía buscar algo que morder; sonaba los dientes como un lobo hambriento, y procuraba, haciendo increíbles esfuerzos, alcanzar uno de sus mismos hombros para arrancarse los pedazos. Los soldados de adelante, impulsados por los de atrás, estrechaban el círculo; pero a cada movimiento del hombre, toda aquella masa retrocedía aterrada.

—¿Qué es esto? ¿qué tiene ese hombre?—dijo Murillo.

—Señor—contestó un soldado—tiene la rabia.

—¿Pero no le curan?

—Si eso no tiene remedio, mi capitán.

—Más valía darle un balazo—exclamó un sargento, embrazando su fusil.

—Valía más; pero siempre es deber una muerte—dijo otro; yo no le mataré.

El rabioso, indiferente a todo, se agitaba, se retorcía, ahullaba, pero de una manera infernal.

—¿Dónde le mordió el perro?—preguntó Jorge a las mujeres de la casa.

—En Huétamo, o cerca de allí.

—¡Qué! ¿no es de aquí?

—No, señor; venía de paso con una mujer y un muchacho: aquí le empezó a dar el mal; los hombres del rancho le amarraron ahí hace tres días, porque quería morder.

—¿Y la mujer..... y el muchacho?

—Creo que no eran de su casa; porque tan luego como le vieron amarrar, se fueron.

—¿Y este pobre cómo se llama?

—El muchacho le decía el tío Lalo.

—¡Pobre! ¡debe de padecer mucho!

—Sí, señor; mucho; pero ya no tarda en morirse, ya no hace tantos esfuerzos; véalo usted. En aquel momento la mujer de un soldado se había atrevido a acercar a los labios del rabioso una vasija con agua.

El rabioso se agitó espantosamente: rechinó los dientes, y levantando muy poco a poco la cabeza convulsivamente, produjo un ronquido: la espuma inundó su boca, se estremeció violentamente y quedó muerto.

Tres días de lucha, de agonía, de los más espantosos sufrimientos: en fin, tres días de hidrofobia.

El dedo de Dios sobre la frente del culpable.

X.

HISTORICO.

Nuestro relato tiene que salvar algunos meses, porque aun cuando sean sus personajes fantásticos y de novela, no por eso les ha de estar aconteciendo algo notable todos los días, ni se han de aglomerar los sucesos, como en la comedia clásica, para conseguir aquellas tan imponentes unidades de tiempo, de acción y de lugar.

En cambio, tendrán nuestros lectores algo de historia; poco, pero lo bastante para que en este "entreacto," llamémosle así, no carezcan de la noticia de los acontecimientos más notables de la guerra de Independencia en el Sur de Michoacán, que van estando encadenados con nuestro romance.

La retirada de las tropas republicanas en Uruapan, después de la toma de aquella ciudad, fué el principio de una serie de desgracias, que puede decirse que no terminaron sino con la última y mayor, que fué la muerte de Arteaga y de Salazar.

El general Pueblita, con una división, había llegado a San Juan de las Colchas, y se dirigía a Uruapan, al llamado del general Arteaga, cuando supo éste que una columna francesa avanzaba por el rumbo de Paracho.

Arteaga dispuso la evacuación de Uruapan, y avisó a Pueblita violentamente.

Pueblita, sin embargo, dejó su tropa en San Juan, y con una escolta llegó a Uruapan, cuando ya Arteaga había salido.

En vano los vecinos de la ciudad avisaron a Pueblita la aproximación del enemigo; en vano le exhortaban a salirse: él desoyó todas las advertencias, y se puso a comer tranquilamente.

El enemigo se precipitó por las calles de la ciudad; la escolta fué batida y dispersada, y el general, buscando la salvación en una casa vecina, fué herido de un balazo y murió en el acto.

Entretanto, la columna que conducía Arteaga, caminaba en medio de las más horribles privaciones, buscando por la tierra caliente la salida de Huétamo.

Había necesidad de caminar de día y de noche, siempre en medio de furiosos aguaceros, o bajo un sol abrasador: la estación no podía ser más desfavorable; era el mes de junio.

Una columna francesa venía por Uruapan a la retaguardia; otra salía por un flanco, dirigiéndose por Ario y el Tejamanil a cortar el camino de la hacienda y otra, compues-

ta de belgas e imperiales, tomaba la vanguardia por Tacámbaro y Turicato.

Era precisa una grande acividad, y el Ejército Republicano logró atravesar por Turicato, cuando las fuerzas belgas estaban en la hacienda de la Loma, a pocas leguas de distancia, burlando las combinaciones del enemigo.

Los republicanos hicieron alto en la hacienda de San Antonio de las Huertas, durante algunos días, y en este tiempo el enemigo evacuó a Tacámbaro.

La escasez de recursos obligó a Arteaga a ocupar aquella plaza, a pesar de los constantes avisos que se tenían de que sobre ella se proyectaba una expedición, y que la salida de los belgas de allí, no había sido sino una estratagema, un anzuelo para sacar a los Patriotas de la Tierra Caliente.

Pero la situación era espantosa: podía preverse con seguridad, o una gran derrota, o una sublevación.

Las miserias, los trabajos, los grandes sufrimientos, habían exacerbado el ánimo de algunos jefes y oficiales, que creían encontrar el origen del mal, no en la situación misma, sino en el poco acierto de las disposiciones del general en jefe: se atrevían ya a censurarle, murmurando públicamente, alentados por personas que debieran haberles calmado y reprimido.

Arteaga lo sabía y lo comprendía todo, y su limpio corazón se indignaba con aquellos rumores y con aquellas infames maquinaciones.

En este estado de cosas, un extraordinario llegó anunciando que el enemigo se aproximaba: aun había tiempo de retirarse, porque la tropa no estaba en estado de combatir, fatigada aún, y enferma con su larga peregrinación; pero Arteaga conoció que éste había sido el pretexto que buscaban los descontentos para promover una sublevación, después de la cual, la anarquía era lo único posible.

Determinó dar una batalla, y tomó posiciones en "Cerro Hueco," distante media legua al Sur de Tacámbaro.

Quizá sea esta la acción más desgraciada del Ejército Liberal.

Por las razones que hemos indicado, o bien porque aquel era un día fatal, las columnas enemigas se lanzaron a paso de carga sobre las fuerzas republicanas, y en menos de media hora, todo estaba concluído; la infantería belga era dueña de la posición, haciendo un gran número de prisioneros, y entre ellos muchos jefes, y la caballería imperial perseguía con encarnizamiento a los fugitivos.

El imperio celebró este triunfo como definitivo de Mi-

choacán; y en efecto, con excepción de algunas pequeñas partidas, todas las fuerzas del Ejército del Centro habían perecido en este encuentro fatal.

Pero vivían los jefes y con ellos la fe.

La acción del Cerro Hueco tuvo lugar el 16 de julio de 1865, y el 1o. de octubre del mismo año, pasaba revista en Uruapan la primera división del Ejército, con mil quinientos infantes y dos mil jinetes. Tan cierto es que el patriotismo hace milagros.

La alegría y la esperanza habían vuelto ya a renacer; la más cordial y franca unión reinaba entre los jefes, y todo parecía anunciar una nueva era.

Se había pasado en Uruapan la revista, y llegó entonces la noticia de que el jefe imperialista Méndez, venía de Morelia con una fuerte división mixta de belgas e imperiales.

Los jefes republicanos conferenciaron, y Arteaga y Salazar opinaron en contra del proyecto de dar una batalla en las llanuras inmediatas a la ciudad, que les propuso otro de los generales.

Se dió como razón el mal éxito de la batalla de Cerro Hueco, sin considerar que las circunstancias eran diversas.

Por fin, se adoptó el siguiente plan: Arteaga y Salazar, con la mayor parte de la fuerza se dirigirían para Tancítaro y Santa Ana Amatlán, y la otra parte de la división haría su marcha por el flanco del enemigo, para caer, sin que se sintiera su movimiento sobre Morelia.

El objeto de la combinación era que de Morelia recibiera Méndez el parte de que la ciudad estaba amagada, en cuyo caso, lo natural era que volviese para protegerla; entonces la fuerza que había amagado Morelia, le saldría al encuentro, y Arteaga y Salazar le atacarían por la retaguardia.

Dios dispuso las cosas de otro modo.

La columna que debía amagar a Morelia, hizo su movimiento con tal rapidez, y con tanto sigilo, gracias a los grandes conocimientos que de aquellos terrenos tenía el Coronel Eugenio Ronda, jefe de la caballería, que muchos belgas de la guarnición fueron sorprendidos y hechos prisioneros en las garitas y en las calles, introduciéndose la confusión y la alarma en la ciudad.

Casi toda la fuerza cayó prisionera; y Méndez, después de pasados ocho días de la sorpresa, y cuando ya todos los que habían caído en su poder creían segura su vida, hizo fusilar en Uruapan fundándose en la sangrienta ley del 3 de octubre, a los generales Arteaga y Salazar, y a los co-

roneles Villa Gómez y Díaz, y el presbítero Pérez, que acompañaba al coronel Díaz.

Horrible asesinato, que los periódicos mismos del imperio no se atrevían ni a publicar, pero que valió a Méndez la banda de general que le envió el ministerio de "la ley de 3 de octubre."



Libro Séptimo

Las tres Huérfanas

I.

INES.

Inés era una dama joven que hacía furor en uno de los teatros de tercer orden de la ciudad de México.

Jamás una rubia más encantadora había pisado las tablas del escenario, y jamás el público había aplaudido con más entusiasmo a una actriz.

Inés había llegado a México con una compañía de la legua, que venía de Tlaxcala; no era casada, y solo la acompañaba una viejecilla, a quien ella tenía por madre, y se llamaba doña Feliciana.

La compañía, tan compacta en los pueblos, se deshizo al llegar a la capital, como un terrón de azúcar que cae en una fuente, y sus individuos se confundieron entre la multitud. Inés buscó trabajo, y se contrató de parte y por medio, con un modesto sueldo.

El teatro aquel estaba de capa caída; sólo daba funciones los domingos y días de fiesta, y siempre dramas patibularios: La Abadía de Castro, La Huérfana de Bruselas, El Campane-

ro de San Pablo: Inés hacía las criadas y los acompañamientos.

Poco a poco la fueron conociendo, y poco a poco el público masculino aumentó por ver a aquella nueva perlita del teatro; y de los elegantes del barrio pasó la noticia a los leones del centro, y el teatro comenzó a prosperar, y el empresario a comprender por dónde venía la bonanza y el partido que podía sacar de Inés; la consideró con un buen ajuste; y algunos meses después de su llegada, Inés era dama favorita del público, y la niña mimada de sus compañeros y de la empresa.

La verdad es que ella también tenía genio y talento.

Era uno de los últimos domingos de febrero de 1867; el teatro estaba lleno, y aun se solicitaban billetes en el expendio. Se iba a representar el famoso "Trovador," de García Gutiérrez. Inés hacía el papel de Leonor, y esto explicaba la afluencia del público, y la inusitada novedad de verse en las puertas de aquel teatro tan poco frecuentado, elegantes carruajes.

El público es caprichoso como un niño o como una mujer: en aquel teatro había muy poco que llamara la atención, y sin embargo, estaba de moda los domingos por la tarde.

Mucho polvo, mal alumbrado, asientos incómodos, enormes ventilas en el techo, por donde entraba un aire molesto y la luz del sol, haciendo un desagradable contraste con las mezquinas lámparas del salón; escaleras y tránsitos que parecían de minas; dulceros que circulaban por el patio y los palcos con el sombrero puesto y ofreciendo en alta voz sus mercancías; orquesta poco menos que de aficionados; y por último, una compañía que no podía ser peor.

En el telón de boca sobre un fondo encarnado, con adornos amarillos, se leía: "Con falso brillo y con diversos nombres Lecciones de moral doy a los hombres."

Dieron las cuatro, y sonó la obertura: un muchacho sucio y haraposo, salió arrastrándose por debajo del telón, y atizó los quinqués de la embocadura, y volvió a meterse por el mismo lugar.

Los concurrentes iban entrando y tomando sus lugares, sin reconocerse al principio, deslumbrados por la inmensa diferencia de luz entre la calle y el salón del espectáculo.

—¡Hola! señor don Celso; ¿usted también por aquí? Buenas tarde,—dijo un hombre que estaba ya sentado, a otro que se acomodaba junto a él.

—Buenas tardes; ¿qué quiere usted? venimos a pasar el rato; me han hablado tanto de la dama de aquí....

—¡Ah! ¿usted no la conoce?
—No, señor.
—Verá usted: es muy bonita; una güerita preciosa, y le hace bien.
—Eso me han dicho, y según veo, tiene muchos apasionados.
—Muchos.
—¿Y es casada o soltera?
—Casada no es; la persiguen que es temeridad; pero la verdad, lo merece.
—Vamos, no diga usted eso, que usted es hombre juicioso.
—¡Ay, señor don Celso! hablemos con franqueza: a mí me gusta como un dulce, y sería yo capaz de no sé qué..... pero usted la verá; yo sé que usted es un hombre de gusto, y me dirá su opinión.

Tres golpes dados en las tablas del escenario, se oyeron en este momento, como el toque de prevención: todos se quitaron los sombreros, se acomodaron en sus respectivos lugares: sonó el silbato del apuntador, y se levantó el telón.

Todos los actores eran recibidos con una glacial indiferencia, y lo merecían. Manrique era un jayán, con una voz que parecía un bramido, con unos modales más bruscos que un carretero, y con una declamación de cura que predica: vestía un traje a lo Luis XV. El de Luna tenía una trusa de panilla azul, con acuchillados amarillos. No había dos comparsas que representaran la misma época, y entre ellos, algunos se permitían sacar turbantes y cimitarra.

Inés se presentó, y un nutrido y prolongado aplauso fué la señal de su salida.
—De veras es hermosa—dijo don Celso a su vecino.
—¿No le decía yo a usted?
—Pero es una cosa notable.....
—Vaya.
—¿Usted la trata?
—Mucho; llevamos muy buena amistad: ¿quiere usted que le presente?
—Si usted fuera tan amable....
—Con mucho gusto: mire usted, en el acto en que la bruja le cuenta su historia a Manrique, Leonor no tiene que salir, y aprovechamos la oportunidad de que está en su cuarto, para ir a verla: ¿le parece a usted?
—Muy bien, acepto.
—Ya verá usted qué amable.

Don Celso estaba impaciente por que se acabara el acto: aquel hombre de pasiones infernales, había concebido un

capricho por Inés, y contaba, para satisfacerle, con su voluntad de hierro, su astucia de demonio y su riqueza.

Una actriz pobre, sin porvenir, y tan joven, podía muy bien, o ser una niña sin experiencia, a quien se podía engañar, o una alma corrompida que se podía comprar.

Mil ideas cruzaban por el cerebro de aquel hombre, acostumbrado a jugar con el corazón de las mujeres y burlarse de la virtud.

Por fin llegó el momento; y pasando con mil trabajos por aquellas termópilas, pisando a unos, estrujando a otros, machucando un sombrero, tirando un bastón e incomodando a todo el mundo, don Celso y su conductor llegaron hasta la puerta del foro.

Cuando en los teatros hay una mujer bonita que está de moda, y que tiene muchos apasionados, los cuidadores de esta entrada, se vuelven como los porteros de los Ministerios: orgullosos y déspotas.

Los dos gavilanes viejos tocaron, y después de un ligero altercado, lograron penetrar al Santa Sanctorum.

Nunca don Celso había estado en un foro, y todo le llamaba la atención.

Los viejos lienzos pintados con colores chillones y mal combinados; las puertas y las rejas de madera y de trapo, arrumbadas en el tránsito; los fragmentos de antiguas decoraciones, todo le parecía extraño.

Veía entre los bastidores muchachas y viejas sentadas en sillas desvencijadas, sosteniendo sabrosas pláticas con galanes que permanecían de pie enfrente de ellas; y entre todos, cruzar la diligente chusma de los maquinistas, llevando grandes bastidores que representaban murallas y conventos.

—Este es otro mundo—dijo a don Celso su compañero, como quien instruye a un novicio.

—En efecto—contestó Valdespino con hipocresía.

—Aquí es el cuarto de Inesita.

Habían llegado al término de su viaje: la puerta estaba abierta.

Era una estancia sumamente pequeña: en el fondo había una mesita de todo el ancho del cuarto, cubierta con un pedazo de indiana de colores, que llegaba hasta el suelo; encima un espejo pequeño, dos candeleros de porcelana con velas de esperma encendidas, y una inexplicable confusión de botes, frascos, cajas, rizos, horquillas, flores, cepillos, peines, cintas y pelucas. De las paredes pendían trajes de distintos colores: mantos, velos, enaguas, crinolinas, sombreros y gorros.

El cuarto estaba lleno de gente: apasionados y adorado-

res que iban a felicitar a Inés, y a perder su tiempo, para obtener en cambio de mil adulaciones, una sonrisa o un apretón de mano, que nada significaba.

Inés estaba frente al espejo, y una vieja le arreglaba la toca de su vestido de monja.

—¿Está bien, mamá?—decía Inés.

—Sí,—contestó la vieja.

—Porque ese Manrique me deshizo hasta el peinado.

—Pero usted ha obtenido hoy un triunfo, que debe enorgullecerla—decía un jóven.

—Espléndido—agregaba otro.

—Todo ha salido brillante,—decía un tercero.

—Más abajo la toca—decía Inés a la madre, sin hacer caso de las adulaciones.

—Buenas noches, Inesita—dijo el amigo de don Celso.

—Buenas noches—contestó la muchacha—pasen ustedes.

—Inesita, me tomo la libertad de presentarle a usted a don Celso Valdespino, mi amigo.

—Servidor de usted, señorita.

Inés tendió la mano a don Celso.

—Soy servidora de usted.

Don Celso pasó sin sentirlo, y sin saber de qué hablaba, cosa de una hora en el cuarto de Inés. Otro acto había ya comenzado.

—Señorita, prevenida—dijo el segundo apunte en la puerta del cuarto.

—Con permiso de usted—dijo Inés a don Celso, disponiéndose a salir—nos vemos—ya usted sabe dónde está su casa: tercera del Reloj....

—Tendré el gusto de pasar por allá.

Inés desapareció entre bastidores.

Don Celso salió pensativo, y no volvió en sí durante el resto de la comedia.

Por fuerza tiene que ser mía esta mujer, decía, tocando el zaguán de su casa. ¿Cómo? ya lo veremos; pero mía ha de ser.

Y aquella noche dió mil vueltas en la cama, y no logró pegar los ojos.

II.

UNA ESCENA DE AMOR.

Dos magníficos caballos alazanes piafaban impacientes, enganchados a un elegante y sencillo cupé, que estaba espe-

rando en la puerta de una casa de pobrísima apariencia, en la tercera calle del Reloj.

El carruaje abonaba el gusto y la elegancia de su dueño, y no mostraba en el escudo de la portezuela, más que estas dos sencillas iniciales P. S., artísticamente enlazadas.

Los transeuntes miraban el carruaje, veían la casa, y decían interiormente; "será algún médico el dueño;" porque no suponían visita de tal categoría a tal casa.

Los vecinos mejor informados, sabían que el coche aquel u otro tan elegante, estaba allí todo los días, porque en él iba sin faltar nunca, el joven don Pablo Serrallonga, novio de la hermosa Inesita, la actriz, como decimos nosotros, o la cómica, como ellos la llamaban.

Nosotros, más adelantados en noticias, vamos a entrar en la casa, y a escuchar lo que pasa allí.

En una salita pequeña, que tenía un balcón a la calle, sencilla pero graciosamente amueblada, Inés y Feliciana recibían la visita de Pablo.

Inés era más bella en su casa que en las tablas; su rostro sin los afeites de la escena, y su cuerpo libre de los extraños trajes de la comedia, tenían más atractivo, más encanto.

La vieja Feliciana tenía el aire de una mujer del campo; apesar de su traje de lana obscuro y de su peinado que pugnaba por ser de moda, las dos trenzas de la ranchera se traslucían a despecho de su "castaña," y se adivinaba el ceñidor debajo del corpiño de su vestido.

Pablo era lo que puede llamarse un verdadero elegante, "un león." Sin amaneramiento en su traje, sin esa abundancia de cadenas, de botones, de fistoles y de dijes, que anunciaban al calavera de mal gusto; sin esos colores chillantes que tanto agradan a los que sin elementos tienen pretensiones de lujosos y de figurines, había en todo el aire de Pablo, aquel despejo, aquella naturalidad y aquella sencillez que caracterizan al hombre de sociedad, al hombre que está dominando su posición, y no dominado por ella.

Inés y Feliciana estaban sentadas en el sofá; y Pablo, indolentemente reclinado en el respaldo de un sillón, jugaba con una cañita con un puño de oro, que le servía de bastón.

—Usted no puede estar contenta con esa vida de teatro, —decía Pablo a Inés.

—Contenta, no, Pablo, porque es una vida tan azarosa, que no se cuenta en ella un momento de tranquilidad; siempre pendiente del humor del público, siempre temblando de que un mal queriente levante contra nosotras una tempestad; por lo demás, ¿qué quiere usted que le diga? apesar de todo, se gana la vida honradamente y sin perjudicar a nadie.

—Es verdad; pero usted, Inés, debe estar más tranquila, porque creo que usted no tendrá nunca enemigos; tan buena, tan humilde.

—¡Cómo se engaña usted, Pablo! Las mujeres que trabajan en el teatro, somos como las flores de los paseos, que todo el mundo cree que tiene derecho a que sean suyas. En vano se procura una actriz el respeto de los hombres; en vano intenta retraerse en su vestidor y no ser cómica sino a la hora de la escena; todos se sienten con valor para dirigirle una declaración; y todos cuentan con la esperanza de ser correspondidos, porque para la gente que no nos conoce, una actriz es una mujer que no tiene ni corazón, ni moralidad, ni religión.

—Es verdad, es verdad,—dijo Feliciana.

—Inés, usted exagera: tal vez en los primeros días en que una actriz se presenta al público, tendrá que sufrir esas contrariedades; pero después, cuando esté conocida, cuando su virtud quede fuera de duda.....

—¡Ay, Pablo! ¡qué poco conoce usted ese mundo! Cada hombre que llega y que nos presentan, es un combate que se tiene que sostener, porque cada uno, aun cuando haya visto desairar a doscientos, piensa que para él está reservada aquella fortuna, porque no comprenden que haya una "cómica virtuosa;" y si nada consiguen, todos son enemigos, y si al fin llegan todos a desengañarse de que ninguno es el preferido, antes que confesar honrada a aquella mujer, dicen por lo bajo: "esa debe tener algún amante oculto;" y una señora no querrá andar en la calle con nosotras; y si un hombre nos habla y nos visita, nunca su mujer, ni su novia, ni su familia, ni la sociedad, dirán que es un amigo, sino un querido, o un pretendiente; y solo ante Dios, para quien no hay más nobleza ni más aristocracia que la pureza del alma, solo ante él podemos decir que valemos tanto como una reina.

Pablo no contestó, y quedó meditabundo.

—Señora—dijo una criada en la puerta interior.

—¿Me necesitas?—dijo Feliciana.

—Sí, señora.

Feliciana se levantó y salió de la sala. Los dos jóvenes quedaron en silencio: Pablo distraído y fija en el suelo la mirada; Inés contemplándole cariñosamente. Pasaron así algunos instantes, y la joven estrechó la mano de Pablo; el joven volvió el rostro.

—¿En qué piensas, bien mío?—dijo Inés dulcemente.

—¿En qué pienso, alma de mi alma? Pienso en tí, en tí nada más; en que eres tan buena, tan virtuosa, tan espiritual.....

—Pablo, ¿me quieres mucho?

—Angel mío, mucho más que a mi vida, más de lo que pude imaginar que podía nunca llegar a querer a nadie: alma de mi alma, tú eres para mí la esperanza única de felicidad; tu amor es mi encanto: te amo con tanta ternura, con tanto reposo.... tu amor es para mí una religión, una idolatría.

—Oyeme, Pablo mío: yo también te amo como ninguna mujer puede amar sobre la tierra; no sé pensar sino en tí, y por tí: cuando salgo a la escena, cuando repito uno de esos entusiastas versos de amor, cuando algún aplauso corona mis esfuerzos, solo es por tí, y para tí mi pensamiento...... Eres tan bueno, tan diferente de todos los hombres; te veo tan alto, tan digno, que me fastidian esos necios que me persiguen, porque no me dejan sola para pensar en tí.

—Inés, Inés, eres un ángel: jamás te olvidaré; jamás dejaré de amarte, de adorarte; sin tí no comprendo la vida; sin tu amor no concibo la felicidad, porque si tú dejaras de amarme, moriría.

—Luz de mis ojos. ¿yo dejarte de amar? No, Pablo mío: te amo con un desinterés tan grande, que tú no puedes ni comprender. ¿Crees, amor de mis amores, que yo no conozco que tú, joven, rico, elegante, tan bien recibido en la sociedad, no pensarías nunca en dar tu mano y tu nombre a mí, a una pobre huérfana, a una cómica de la legua.....?

—No, Inés, no; por Dios, no me digas eso....

—Sí, Pablo; jamás he acariciado la idea de ser tu esposa, aunque jamás tampoco consentiría en ser tu querida: ser tu esposa es una felicidad superior a mis aspiraciones; ser tu querida..... primero me moriría de dolor.... Oyeme, ángel mío: tú sabes que yo no conozco a mis padres: desde que nací me entregaron a Feliciana, casada entonces con un pobre escribiente de una hacienda; murió su marido, yo crecí, no teníamos recursos, y vivíamos en San Martín Texmelucan, del producto de nuestras costuras y haciendo dulces. Se hizo en el pueblo una pastorela, y me confiaron el papel de Arminda; estudié con entusiasmo, y me aplaudieron, y en lo sucesivo, en todas las pastorelas, en todas las comedias de aficionados, la primera persona con quien contaban era conmigo: así le cobré amor a la carrera del teatro. Por San Martín pasaban constantemente cómicos de la legua: una compañía paró en un mesón cerca de nuestra casa; la dama se enfermó, y supieron que yo era aficionada, y me convidaron para dar una función; acepté, y el director tuvo una soberbia entrada. Entonces me propuso contratarme: ¿qué querías que hiciese? Estábamos pobres; las costuras

y los dulces producían muy poco, me contraté y salimos de San Martín: esta es mi pobre historia. ¿Crees que una mujer tan humilde en sus antecedentes, tuviera la pretensión de llegar a ser tu esposa ante Dios y ante el mundo?

—¿Y nunca has averiguado quiénes son tus padres?

—Nunca, Pablo mío, nunca: si ellos me abandonaron, o no me amaban, o era yo para ellos un estorbo....

—¿Pero Feliciana nunca te ha dicho....?

—Aquí viene: ella podrá contarte mejor que yo. Mamá, ¿quieres decirle a Pablo eso que me has contado de cuando me entregaron contigo?

—¡Qué dice usted, don Pablo, qué niña tan caprichosa! ¿usted quiere creer que nunca ha querido que busque yo a sus padres, cuando sería para mí tan fácil como ir al Coliseo?

—Mamá, no digas Coliseo; teatro, teatro.

—Hija, algo se me ha de quedar de nuestra tierra: vaya, déjame, vamos a ver.

—¿Con que decía usted?

—Pues sí, don Pablo: cuando vivíamos en los Llanos de Apam, un día me mandó llamar la señora doña Matildita, mujer del señor Felipe Mondragón, y me dijo: "Sé que usted es mujer de bien, y su marido muy honrado; voy a pedirle a usted un favor. Como la queríamos todos mucho a esa buena señorita, le dije: "con mucho gusto. señorita;" me dijo, pues voy a entregarle una niña, que usted la criará como su hija; me dijo, "pero este es un secreto muy grande, que sólo usted y su marido han de saber, me dijo, pero por Dios que me cuide usted mucho a esa niña." Como no teníamos hijos y ya era mi marido muy mayor, le dije: voy a consultar con mi esposo, a ver qué dice: le dije; fuí a mi Procopio, le gustó tener a la niña, y la señorita me la entregó, y mil pesos que nos duraron mucho tiempo.

—¿Pero la niña no sería de la señora de Mondragón?—preguntó Pablo.

—No, porque estaba acabadita de nacer, y la señora andaba como si tal cosa.

—¿Y qué otra familia había en la hacienda?

—Nadie más.

—Pues es necesario averiguar, aunque Inés no quiera.

—¿Usted lo quiere así, Pablo?—preguntó tímidamente Inés.

—Sí, Inés; se interesa en ello la felicidad de usted.

—Pues haga usted lo que le parezca.

—Entonces, lo que hacemos,—dijo Pablo,—es que voy a averiguar en dónde existe ese señor Mondragón, y Doña Feliciana va luego a la casa con algún pretexto, a hablar

con su señora, ¿qué importa? ella está en el secreto, y quizá el motivo que hubo para ocultar el nacimiento de usted, no exista, y usted recobre a sus padres.

—Haga usted lo que quiera,—dijo Inés.

—Pues quedamos en eso: ¿es verdad, señora?

—Sí, señor;—dijo Feliciana.

Pablo tomó su sombrero.

—¿Se va usted?—dijo Inés.

—Son las siete, Inés, y tengo que hacer: esta mismo noche averiguo dónde vive don Felipe Mondragón.

—Adiós, Inés; adiós, señora.

Pablo estrechó la mano de Inés, y bajó las escaleras más contento que un pájaro al salir el sol.

—A casa,—dijo al lacayo, que cerraba la portezuela.

—¡Oh, si encuentro a los padres de Inés, ¡qué feliz voy a ser! Pero de todos modos, ella será mi esposa, diga y piense la sociedad lo que quiera: ¡es un ángel!

III.

UN PROYECTO DE MATRIMONIO.

Desde que la "Guacha" refirió su historia al cura de San Luis, no hemos tenido ocasión de volver a entrar en la casa de don Felipe Mondragón, pero los acontecimientos nos conducen allá, y es preciso volver a visitarle.

La habitación de don Felipe respiraba todo el aire de tristeza y abandono que era consiguiente a la disposición de ánimo de su dueño.

Los muebles, poco más o menos, eran todos los mismos que había cuando Matilde y sus hijos embellecían aquel recinto: Mondragón no había permitido que en todo se hiciera innovación de ninguna clase, y como habían cesado las visitas y el movimiento, todo se conservaba en el mismo estado.

Los muebles iban pareciendo ya de forma muy antigua; las cortinas, los tapices y las alfombras iban perdiendo sus colores, y todavía sobre algunas mesas se advertían, ya un devocionario, que usaba Matilde, ya el juguete de un niño, ya un pañuelo de la señora, o el sombrerito de la chiquilla.

Todo causaba una tristeza mortal: aquella casa daba la idea de un reloj parado hace muchos años, que marca el instante en que dejó de andar, como el único recuerdo de que tuvo un movimiento.

Los criados apenas se atrevían a entrar en aquellas habitaciones, y Mondragón que había querido conservar aque-

llos recuerdos, pasaba por allí como no queriendo hacer ruido, por no turbar el reposo de alguno, y evitando también el mirar aquellos objetos.

Contradicciones inexplicables, pero muy comunes en el corazón de los hombres.

El padre de Matilde murió poco tiempo después de la desaparición de su hija y de sus nietecitos, a quienes amaba entrañablemente; la madre se había ido a vivir al lado de Mondragón, y era la única persona que le asistía. Toda aquella familia, o mejor dicho, aquellas dos familias se habían reducido a dos personas, Mondragón y doña Estefanía, la madre de Matilde.

Don Celso los visitaba, pero doña Estefanía le miraba, si no con aversión al menos con indiferencia.

Don Celso concibió el proyecto de estrerhar la amistad que reinaba entre Mondragón y don Juan de Caralmuro, por medio del matrimonio de Mondragón con la hija de Caralmuro.

Este proyecto era muy difícil de realizarse, porque Mondragón no tenía noticia de Matilde, y ésta podía vivir aun y además, porque él tenía más de cincuenta años, y la hija de don Juan no llegaba a diez y ocho; pero para hombres como don Celso, no hay imposibles, tratándose de maldades.

Habló a Caralmuro, comunicó su proyecto a Mondragón, atacó por todos lados a Leonor para comprometerla, para obligarla, fraguó una información de la muerte de Matilde, levantada en Veracruz; y tanto y tanto se movió, que el negocio comenzó a tomar proporciones considerables.

Mondragón y Caralmuro habían tenido algunas conferencias sobre las ventajas de aquel enlace: la vieja Salvadora, vendida en cuerpo y alma a Valdespino, auxiliaba sus proyectos, y la pobre Leonor, sin tener adonde volver los ojos, estaba resignada al sacrificio: Mondragón era para ella un hombre simpático y respetable, como amigo, pero no le causaba esa ilusión que ella adivinaba como el amor; Salvadora le había dicho que esas eran solo cosas de las novelas, y la pobre niña, aunque comprendía que eso no era verdad, callaba.

Murillo estaba siempre en su memoria; pero ¿sabía ella, si él pensaba también en ella, y si volvería a verle algún día? Leonor comprendió que alimentar aquella ilusión, y aquella esperanza, aun cuando no se lo había dicho doña Salvadora, era verdaderamente cosa de novela.

Comenzaban a hacerse los preparativos, y don Celso iba todos los días a la casa de Mondragón.

Largas hora pasaban los dos paseándose por la sala, con las manos en los bolsillos, y echando planes.

—Crea usted, amigo don Celso—decía Mondragón—que he llegado a alborotarme con esta boda.

—Con razón, señor don Felipe; esa criatura es una margarita preciosa; tan virtuosa, tan bella, tan señorita.

—Oigame usted: no es precisamente el deseo de que sea mi esposa lo que me preocupa:—¿usted me comprende? No: es que quiero ya tener familia, que haya alguien que se interese por mí, que goce o que sufra conmigo: ¡hace tantos años que vivo como en un desierto!

—Tiene usted razón; pero ya su vida va a cambiar.

—Así lo espero; mi edad, como usted ve, no es para tener fogosas pasiones de la juventud; pero quiero unir mi suerte a la de esa muchacha, porque la quiero; porque es la hija de un amigo mío, y porque ha sufrido mucho en su vida. Yo no tengo herederos: mi espíritu, tan agitado, envejece a mi cuerpo antes de tiempo; muy pronto dejaré la tierra, y seré muy feliz teniendo esa niña a mi lado, que al cerrar yo los ojos se encuentre dueña de mi caudal.

—Esas ideas nobles, son muy dignas de usted; pero no pensemos en la muerte, sino en la boda: ¿tiene usted intención de que se celebre muy pronto?

—En el mes que viene.

—De manera que los preparativos irán muy avanzados.

—Mucho: mire usted, tome su sombrero, y vamos a ver unos muebles que me están acabando de hacer.

Don Celso tomó su sombrero, y los dos salieron de la casa. En la puerta de la escalera, una mujer pálida, enferma, haraposa, estaba como esperando algo: al ver a las personas que se acercaban, aquella mujer comenzó a temblar convulsivamente.

—¡Pobre mujer!—dijo Mondragón—tal vez esa convulsión será de debilidad; veremos que le den alguna cosa—Doña Estefanía, doña Estefanía.

Las convulsiones de la mujer se hicieron más fuertes.

—Pero señor—dijo don Celso—los porteros no deben dejar que cualquier mendigo suba así: éstos luego son ladrones o espías de los ladrones.

Quizá la mendiga hubiera contestado a don Celso, si no se presenta en este momento doña Estefanía.

La madre de la "Guacha" vestía de negro: había envejecido tanto, que no conservaba ya en su rostro ni uno de aquellos rasgos que encendieron los torpes amores de don Celso.

—Señora, ¿me hace usted favor de que le den de comer a esta pobrecita?—dijo Mondragón.

—Sí—contestó doña Estefanía—pasa, hija.

La pobre mujer, al oir que la llamaba "hija" doña Estefanía, lanzó un sollozo.

—Los pobres son muy agradecidos, don Celso.

Y salieron a la calle.

La mendiga siguió a doña Estefanía como vacilando, deteniéndose a cada paso, mirando todo y limpiándose a excusas su llanto a cada momento.

Era el supremo instante en que todos los rayos del dolor y todos los martirios de la desesperación se reunían en un solo punto para destrozar el corazón de aquella mujer.

Arrastrada por una irresistible fatalidad, había salido de aquella casa, joven y hermosa, adorada de su marido, y con dos hijos que formaban su delicia; y volvía miserable, hambrienta, deshonrada, sin atreverse a decir su nombre; sin atreverse a levantar el rostro: su madre, su marido y su verdugo, la veían cara a cara, y no la podían reconocer.

Ella lo había perdido todo por salvar la honra de su madre; y después de tan costoso sacrificio, encontraba viviendo tranquilos a los únicos responsables de su desgracia: a doña Estefanía y a don Celso.

Se necesitaba tener el corazón más religioso para no blasfemar de la Providencia; la "Guacha," le tuvo pero no pasó de allí su abnegación, y el odio más profundo contra don Celso hirvió en su pecho.

Dirigió sus miradas por el interior de las piezas, y reconoció su cama, que se descubría por una puerta del corredor; su costurero, todo, todo, hasta sus macetas y las jaulas de sus pájaros favoritos; solo que ni los pájaros ni las plantas existían.

¡Qué raudal inmenso de dolorosos recuerdos brotó en su alma! ¡Qué sentimientos por tanto tiempo casi apagados, se encendieron en el seno de aquella mujer desgraciada! Quiso gritar, pero ya no pudo; sintió que le faltaba el corazón, vaciló, se apoyó un momento en el barandal del corredor, y luego cayó desmayada.

IV.

EN EL JUBILEO.

El padre Antonio, nuestro antiguo conocido, tuvo que regresar a su curato de San Luis, sin haber logrado averiguar el paradero de su pobre Roque. Don Plácido y la "Guacha" determinaron quedarse en México.

Don Plácido encargó de todos sus negocios en la costa,

al buen cura, y vivía en la capital con lo que éste le enviaba, atendiendo a su salud, extraordinariamente quebrantada, a resultas de las heridas, y con la firme resolución de no volver jamás a la costa.

La "Guacha," como una expiación de sus faltas, quiso pasar su vida en la miseria y manteniéndose con el amargo pan de la mendicidad, sin aceptar los sinceros ofrecimientos del cura, que quería volverla a llevar consigo.

Don Plácido, como todos los hombres que han sufrido grandes desgracias, se volvió tan extraordinariamente religioso, que no faltaba a función alguna de la iglesia.

Hay en esa vida ascética y contemplativa, un goce de espíritu, una especie de voluptuosidad, que sólo son capaces de comprender los que la han sentido. Cuando el alma se entrega toda a esa idea ardiente y arrobadora de la Divinidad; cuando en medio de un templo se aisla del mundo, y comienzan a sentirse embargados los sentidos por las graves y melancólicas notas de un órgano, por el aroma del incienso que flota en blancas nubes en frente al tabernáculo, por el brillo del cristal y de la argentería, y por ese resplandor fantástico que esparcen los cirios, mezclando su luz con la luz del sol que se desliza como tímida en el santuario, al través de los densos cortinajes de las ventanas; cuando el espíritu se reconcentra en el espíritu y la materia se siente volver a la materia, entonces el alma parece desprenderse de la tierra, flotar en otro espacio, entre otro ambiente; se adivina a Dios, se comprende la fe; y si en aquel éxtasis se pudiera pensar en el cuerpo y en la tierra y en la materia, el hombre moriría; porque el espíritu, al sentirse libre, al encontrarse en el espacio de los espíritus, haría un supremo impulso y se separaría para siempre de la materia.

¿Por qué el cristianismo quiere aparecer anatematizando las teorías de los espiritualistas? ¿Por qué los espiritualistas no ponen las teorías cristianas respecto del alma, como la piedra angular de su sistema?

La religión cristiana, explicada por el clero, pinta la muerte como el dolor de los dolores, como la suprema angustia, como el terrible trance. El espiritualismo la considera como el dulce descanso de la agitada vida; no como un castigo del cielo a la humanidad, sino como el grato consuelo de las penas, sin esas ideas asquerosas y horribles, sin ese esqueleto cuyos huesos crujen al andar, cuyas desiertas órbitas miran sin ver, cuyas manos repugnantes esgrimen el segur sobre todas las cabezas, sin distinción. No, esto no es la muerte que envía la Divinidad a sus criaturas: dulce amiga, se acerca a nuestro lecho, blanda como el sueño que se comienza en la tierra, para despertar en el cielo, amoro-

sa y deseada como una libertadora que rompe estos vínculos de carne y de miseria que nos atan al mundo, y a la ignorancia, y a la preocupación, y a la tiranía; y con su diestra nos abre la puerta de ese mundo de luz, de ciencia, de libertad, de amor, en que el espíritu del justo y del que tuvo caridad sobre la tierra, cruza resplandeciente y puro, y el del hipócrita y del egoísta tiene que mostrar eternamente su vergüenza, y eternas las manchas negras de su conciencia.

Don Plácido se había entregado de lleno al ascetismo.

Entraba al "jubileo," como dicen las gentes de iglesia, en Jesús María.

El templo estaba sorprendente: el altar mayor era una especie de risco, erizado de oro, y de plata, y de cristal, y de flores, y de plantas y de arbustos; pero todo escogido, todo raro, todo exquisito, todo maravilloso. No se comprendía allí la forma, se admiraba el conjunto: destellos, colores, sombras, luces visos, como fantásticas formaciones de un Kaleidoscopio, cambiaba y aparecían al menor movimiento de la cabeza; aquello fascinaba, deslumbraba hacía cerrar los ojos.

El aroma de las flores y del incienso en densas nubes, subía como acariciando las pesadas columnas del templo hasta perderse en las altas bóvedas, y las armonías de la música se apagaban de cuando en cuando para dar paso a los murmullos de la oración, que brotaba de los labios de la muchedumbre arrodillada frente al altar.

Don Plácido rezaba también cerca de una de las puertas del templo.

Un carruaje se detuvo allí, y una joven hermosísima, acompañada de un hombre de bastante edad, penetraron en el templo.

Don Plácido fijó su vista en la joven y luego en el hombre, y sintió una especie de vértigo; aquello era una aparición, era la evocación de una sombra; era el alma, que tomando forma, viene a la tierra en fuerza de mágicos conjuros.

Los dos recién venidos eran don Juan de Caralmuro y su hija.

Don Juan pasó rozando casi a don Plácido; pero ni él ni su hija pudieron penetrar más adentro y tuvieron que hincarse tan cerca de don Plácido, que éste podía oir sus conversaciones.

Don Plácido se restregaba los ojos; jamás había visto semejanza más completa: el hombre que tenía delante y el desgraciado padre de Alejandra debían ser uno mismo, o él soñaba.

De repente don Juan se inclinó para hablar a su hija, y don Plácido oyó claramente, no había duda, que aquel hombre decía a la joven:

—"Alejandra, no estés mucho tiempo de rodillas, hija mía, que estás muy débil."

El devocionario se le cayó de las manos a don Plácido: entonces sí creyó que soñaba o que estaba loco, don Juan volvió la cara; pero era precisamente el momento en que don Plácido, mortificado, se inclinaba a recoger el libro.

Don Plácido quiso contenerse, rezar, o pensar siquiera en otra cosa; pero era imposible: aquella semejanza, aquel nombre tan conocido y tan amado para él, dado a una mujer desconocida, todo, todo le causaba una terrible confusión.

Por fin se resolvió. Poco a poco fué acercándose hasta quedar cerca de don Juan, y con una voz que él pudiera oir, dijo como hablando consigo mismo:

—Juan de Jarras.

Don Juan volvió como tocado por una máquina eléctrica; miró fijamente a don Plácido, se levantó, pálido, hizo una seña a Leonor de que le siguiese; y tomando a don Plácido de la mano, salieron los tres de la Iglesia, y sin hablar una palabra, montaron en el carruaje, que salió a todo el trote de los caballos.

V.

EL AMOR Y EL INTERES.

—Ahora que no tengo que hacer, voy un momento a la casa del señor Mondragón, decía Feliciana a Inés, poniéndose un pañuelón para salir a la calle.

—Está bien, mamá, supuesto que tú y Pablo se han empeñado en eso; pero por Dios que no vayas a hacer una imprudencia.

—No tengas cuidado, que yo estaré muy prudente.

—No vayas a hablar de tu negocio, más que a la señora de Mondragón.

—Sí, a doña Matilde, que ya debe estar muy grande.

—Y no la hables delante de nadie, y mucho menos del señor.

—Por supuesto.

—Bueno; pues anda y no tardes, que me quedo sola.

—No tardaré, hija; hasta luego.

Salió Feliciana: Inés se quedó sola; y por aprovechar el tiempo, se puso a estudiar un papel nuevo que había recibi-

do, en una comedia que debía estrenarse dentro de pocos días.

Media hora permaneció entregada completamente al estudio, cuando oyó llamar en la puerta del corredor.

—¡Adentro,—dijo negligentemente y sin apartar la vista del papel: don Celso entró a la pieza.

Desde la tarde aquella en que don Celso conoció a Inés, no había dejado de perseguirla; se había hecho llevar a su casa, y de una en otra visita, y frecuentando más y más la amistad, se convirtió en lo que se llama una persona de confianza; allí, como en todas partes, pasaba don Celso la plaza de un hombre de bien, honrado a toda prueba, y caritativo como un San Vicente de Paul; siempre dando a Inés buenos consejos sobre la vida real o sobre la carrera de las tablas; siempre pendiente de lo que podía faltar; siempre adivinando hasta sus menores caprichos.

Don Celso creía que en las mujeres, la costumbre del continuo trato llega a engendrar el amor, o a destruir al menos, la repugnancia de un enlace desproporcionado por la edad. Sentía por aquella muchacha una pasión tan profunda y tan ardiente, como no la había experimentado nunca; no había sacrificio que no se considerara capaz de hacer por ella; estaba decidido, si de otro modo no podía conseguir su amor, a casarse con ella.

Aquel día le pareció a propósito para declararse. Inés estaba sola, y más hermosa que nunca; se sentó a su lado, y comenzó a empeñar la conversación.

—Siempre estudiando, niña.

—Siempre, don Celso, esta es mi vida: estudiando muchos días lo que tengo que decir una sola noche.

—¿Pero esa vida no le fastidia, no le cansa?

—Aunque me canse, ¿qué he de hacer? no tengo otro modo de vivir.

—Usted, tan hermosa.....

Inés miró con tal intención a don Celso, que éste se ruborizó.

—No sé por qué, una mujer bonita y honrada no ha de poder ser pobre,—le contestó.

—Inés, usted es joven, bella, virtuosa; usted podría hacer la felicidad del hombre que la llamara su esposa.

Inés suspiró pensando en Pablo.

—Señor don Celso, no se casa una cuando quiere, sino cuando puede.

—Es que hay como usted mujeres que cuando quieren pueden.

—¿Lo cree usted así?

—Por supuesto; yo conozco a una persona, que sería el

más feliz de los mortales el día que pudiera llamar a usted suya, delante de Dios y de todo el mundo.

Cuando se tiene una idea fija, todo cuanto se oye se aplica a esa idea, se piensa, que tiene relación con ella: Inés lo menos que se figuró, fué que don Celso se declaraba, y creyó la pobre niña que el hombre de quien le quería hablar don Celso, era Pablo; sus ojos brillaron de alegría, y una sonrisa se dibujó en sus delgados labios.

Valdespino creyó que Inés había comprendido la alusión, y que la recibía con gusto.

—Sí, Inés,—continuó:—yo conozco a ese hombre que anhela ser su esposo; no es un joven, pero es un hombre de buena edad; es rico, bastante rico: usted podrá satisfacer hasta sus menores caprichos, y se retiraría usted de esa carrera que no le produce más que penas.

—Pero ¿dónde está ese hombre? ¿por qué no se decide a casarse conmigo?—dijo Inés, pensando todavía que se trataba de Pablo.

—Inés, ese hombre aún no se atreve a declararse, porque su respeto por usted es tan grande como su amor: sus intenciones son santas; pero teme un desaire, porque usted es muy delicada y siempre dice que no es digna de dar su mano a un hombre rico y bien colocado.

—Pero de esa manera, jamás llegaremos a entendernos.

—Bien, Inés: entonces usted le autoriza para que se atreva a presentarse pidiendo a usted su mano?

—Sí.

—Pues Inés, ese hombre afortunado, que no espera más que su consentimiento, para llevarla al altar, soy yo; yo, que amo a usted, que soy libre, que soy rico, que puedo hacerla feliz.

—¡Ah!—exclamó Inés.

—No se espante usted, Inés: es verdad que no soy joven, que mi figura no podrá haberla prevenido en mí favor, pero he querido que usted me tratara mucho, antes de hacerle la confesión de mi amor: usted me conoce, sabe que soy un hombre honrado, de buen carácter; piénselo usted, Inés, porque creo que le conviene......

—Pero si yo..... no....

—Inés, usted habrá conocido su posición: hoy tiene usted una bonanza, porque está de moda; mañana no tendrá usted tal vez ni quien la quiera contratar. El público es muy caprichoso; usted está sola en el mundo; mañana sucumbe usted a una pasión, que sólo tendrá por consecuencia la deshonra y la vergüenza; la carrera que sigue usted es tan peligrosa, como ninguna otra; los hombres son astutos: usted está en la flor de la edad y de su inocencia. Créame usted,

Inés, las mujeres no cobran experiencia, sino a costa de su honra y de su tranquilidad, y cuando logran tenerla, es cuando ya para nada les sirve.

—Pero señor don Celso, cuanto usted dice es la verdad; y sin embargo, yo, que le quiero a usted tanto como amigo, no le puedo querer como esposo.

—Lo comprendo en estos momentos, Inés, porque solo ve usted mi figura, porque está usted enamorada de Pablo: ese joven tan elegante y tan simpático, pero que no la puede hacer feliz, ¿qué espera usted de él, por más que usted le ame, y que él la ame a usted? ¿Usted cree, Inés, que su familia, que él mismo, tan bien relacionado en la alta sociedad, la reciban para presentarla como su mujer, ante esa misma sociedad tan llena de preocupaciones. Hable usted la verdad, ¿lo cree?

—No, señor.

—¿Se decidirá usted a ser hoy su querida, para que mañana la abandone deshonrada y sola?

—Nunca, nunca.

—Entonces ¿qué piensa usted? Sacrificar sin proveeho su juventud, consumiéndose en ese amor imposible; y el día que él, cansado de ese papel que representa y que no es el suyo, desaparezca, encontraráse usted sin más porvenir que la miseria o la prostitución.

—¡Oh, no me diga usted eso, por Dios!

—Sí, hija mía, debo decírselo a usted por su bien, porque yo la amo sin interés; porque ofrezco a usted el porvenir y la felicidad. Pablo ama a usted, y le dice mil cosas que le llegan al corazón; ¿pero usted está segura de que no dirá lo mismo a otras muchas?

—Sí, sí estoy.

—No sea usted niña. Pablo es un hombre que frecuenta las casas más elegantes y más aristócratas de México: allí, en donde hay tantas mujeres, tantas jóvenes hermosas cubiertas de seda, de crespón, de pedrería: esas jóvenes, tan orgullosas con sus riquezas y con su hermosura, que se creerían ofendidas con solo que les propusieran ir al teatro en que usted representa: ¿usted cree que esas mujeres serán indiferentes a los ojos de Pablo?

Inés lloraba; don Celso continuó:

—Pablo es lo que se llama en la sociedad y entre las muchachas "un buen partido," las más bellas se sentirían dichosas si él las pretendiera. ¿Cree usted que teniéndole a su alcance, le dejen de atacar con ese insinuante disimulo que saben, cuando quieren, emplear las mujeres todas? Y Pablo se dejará querer: los amantes de Teruel no son ya de estos tiempos; y aunque me sea doloroso el decírselo a usted,

quizá, quizá, Pablo se avergonzaría delante de estas muchachas del gran tono, si llegasen a sospechar siquiera que había puesto sus ojos en usted.

A Inés la ahogaban los sollozos.

—Yo,—continuó don Celso, soy rico: a mi lado nada tendrá usted que envidiar; nadie podría oponerse a nuestro enlace; y una vez que usted llevara mi nombre, usted se presentaría en la sociedad, vengándose con su lujo y su hermosura, de esas mismas mujeres que ahora se reirían con el más alto desprecio de usted, si supieran que se había atrevido a amar a Pablo; porque usted, para ese hombre, puede ser cuando más el juguete que le sirva para satisfacer un capricho, pero un capricho del que se avergonzará ante esas mujeres aristócratas que él enamora en las horas del día, que son muchas, y en que no está aquí.

—Basta, basta, don Celso—dijo Inés dejando caer su cabeza sobre el papel que tenía en la mesa.

—Inés, no se aflija usted: lo que yo le digo es la verdad; pero usted es libre; si usted lo reflexiona, y acepta mi mano, aquí estoy, y prometo hacerla rica y feliz; pero si usted consiente en seguir haciendo ante el mundo y ante usted misma, el papel ridículo que ahora representa, y se empeña en destruir su porvenir, yo respetaré su voluntad. Por ahora la dejo: consulte usted con doña Feliciana, con el mismo Pablo si usted quiere, y mañana volveré por la resolución de usted.

Salió don Celso, y la joven quedó anegada en llanto, sin levantar siquiera la cabeza.

Pocos momentos después se abrió de nuevo la puerta, y Pablo se presentó.

—¡Angel mío!—dijo Inés arrojándose en sus brazos.

—Inés, alma mía, ¿qué es esto, qué tienes, qué te pasa, por qué lloras? Dime.

—¡Ay, Pablo mío, soy muy desgraciada!

—¡Desgraciada! ¿por qué?

—No, no puedo decírtelo.

—¿No puedes? ¿y por qué, vida mía? ¿Es acaso alguna cosa que me ofenda? ¿es alguna desgracia que yo no pueda remediar? Dímelo. Jamás has tenido secretos para mí; este debe pesarte mucho, mucho: ¿por qué lloras tanto?

—Pablo, Pablo, mucho he llorado y lloraré toda mi vida.

—Pero dime, luz de mis ojos, dime, ¿qué te apena?

—¿Qué? Que es necesario que todo termine entre nosotros.

—¡Que termine! ¿y por qué?

—¿Crees, Pablo, que podemos seguir así? ¡No miras el porvenir que me espera? ¿no comprendes lo que yo padezco

cuando pienso que tú no puedes ser mío, que tú serás de otra mujer tal vez sin poderlo evitar.....?

—Pues esas ideas no son tuyas, Inés: alguien ha venido a destrozar tu corazón con algún fin diabólico: ¿quién te ha dicho que tú no puedes ser mi mujer, que yo no puedo ser tuyo?

—Yo que lo comprendo.....

Feliciana entró de la calle en este momento, y sin comprender lo que pasaba, se dirigió a Pablo:

—Buenas tardes, don Pablo, ¿a que no sabe usted de dónde vengo?

—¿De dónde?—dijo Pablo distraído.

—De la casa de Mondragón.

—¿Y qué ha sacado usted en limpio?

—Nada, como quien dice: que la señora doña Matilde murió hace muchos años; pero su mamá, que también estuvo entonces en la hacienda, vive, aunque no la ví; pero en la casa de Mondragón me pasó una cosa célebre: yo que pregunto por las señoras, y una limosnera que estaba en la escalera, dice: ¿usted se llama doña Feliciana, dice, que vivía por los Llanos? dígole, yo soy; dice, pues tengo que confiarle a usted un secreto; dígole, bueno, ¿y cuándo?, dice: esta tarde a la oración, frente a la puerta de Santa Catarina; dígole yo, bueno, y dice: no falte usted: y no más, y me vine.

—¿Por supuesto, irá usted?

—Dentro de un rato, que son ya las cinco y cuarto.

VI.

LA MADRE Y LA HIJA.

El sol de la libertad comenzaba ya a levantarse majestuoso y brillante en el cielo de la República: los últimos batallones franceses habían salido de Veracruz; unas en pos de otras, se colgaban en la moharra de la bandera de México, las coronas de la victoria, y el Imperio agonizante, hacía el supremo esfuerzo al encerrarse el archiduque Maximiliano dentro de las trincheras de Querétaro.

La nación se levantaba en masa, y los ejércitos republicanos no eran ya aquellos puñados de hombres desnudos, hambrientos, inermes casi, que hemos visto en los años anteriores; brillantes divisiones perfectamente armadas y provistas de todo lo necesario, se habían levantado por todas partes y por todos los caminos, como inmensas serpientes erizadas de bayonetas; las columnas de los liberales se dirigían

sobre México, o sobre Querétaro, últimos refugios del espirante gobierno plantado por la intervención.

Encerrar como el episodio de una novela en dos o tres capítulos, esa serie de gigantescos combates que tuvieron lugar en el sitio de Querétaro, sería como querer compendiar al Dante, al Petrarca, a Cervantes; sería una audacia y una profanación. Tan cerca están esos acontecimientos que aun no se pueden abarcar con una mirada, y cada combate sería preciso escribir una historia, so pena de verse desmentido.

El día de la sentencia del pueblo en la causa de Maximiliano ha pasado ya; el día de la sentencia de la historia aun no llega. Nosotros creemos que el juicio de la historia será conforme con el de México; pero actores en ese gran drama, nosotros mismos temeríamos faltar a la imparcialidad.

Paz a los muertos; pero también respeto a los vivos.

Si alguien extraña esos pormenores que otros se han atrevido a dar, y que nosotros poseemos más exactos en las hojas de nuestro libro de recuerdos, reflexione que en todos aquellos episodios está mezclado un nombre, que solo nos será permitido dar a luz, sin faltar a la modestia republicana, el día, quizá muy próximo, en que con el carácter de históricas, lleguemos a publicar nuestras memorias.

Casi todo el país estaba en poder de los Independientes, y las familias de los chinacos volvían a vivir en las ciudades, esperando no más que la rendición de la capital, para volver a su vida pacífica y tranquila.

Margarita y Alejandra llegaron a Toluca, y desde allí esperaban pasar a México.

En vano Jorge escribió a Caralmuro y se valió de todos los medios posibles para hacerle llegar sus cartas; nunca obtuvo una respuesta; y burlado en sus esperanzas, determinó, de acuerdo con Margarita, esperar mejores tiempos.

Con las fuerzas que salieron de Toluca para el sitio de Querétaro, salieron también Jorge y Murillo; Rito y Diego, nuestros buenos conocidos, los maromeros, quedaron en la guarnición de la plaza.

La vieja Tula y Anita formaban casi una familia con Alejandra y Margarita, y no podían pasar un día, sin verse, y no podían conformarse con la idea de estar separadas alguna vez.

Un refrán dice, que la amistad vieja es como la plata vieja: este es uno de tantos refranes, que pasan, porque pasan en el mundo tantas cosas.

La amistad antigua es muy buena, pero no por eso deja de serlo la nueva: el buen amigo lo es desde el primer día, como la plata es plata desde que sale de la mina; y el mal amigo lo será, aunque cultive nuestro trato por cuarenta

años, como el cobre no será jamás oro, ni con el transcurso de todos los siglos.

Las fuerzas republicanas al ocupar Toluca, no pusieron ningún préstamo al comercio ni a la agricultura, no hubo exacciones; no se usó del sistema de la leva para cubrir las bajas del ejército, ni se persiguió a persona alguna: pero Toluca, puede decirse, sin vacilar, que es modelo de los pueblos agradecidos; y nosotros acostumbramos a hablar siempre con la ruda franqueza de los soldados republicanos.

Los pueblos, como los individuos, tienen vicios y virtudes, que dígase lo que se quiera, aquí sobre la haz de la tierra, tienen más tarde o más temprano su premio o su castigo.

Todo el mundo opinaba que la gran cuestión de vida o de muerte para el imperio debía decidirse dentro de los muros de Querétaro, y se tenía por una cosa indudable, que sucumbiendo allí Maximiliano. México sucumbiría también inmediatamente.

Todas las miradas se fijaban, pues, en Querétaro.

La noticia de la más ligera escaramuza volaba de boca en boca por todos los ámbitos de la República: hasta las personas más indiferentes en política ansiaban y sabían los menores detalles de los acontecimientos que allí tenían lugar; y un niño o una mujer, en México, podían haber dado noticia de los nombres de los principales jefes que atacaban o defendían la plaza.

Sucumbiendo Querétaro, sucumbiría México, como ese reflejo que saliendo de un lago, desaparece tan pronto como se oculta el sol que alumbra el lago.

México no era más que el reflejo de Querétaro.

No se esperaba sitio ni combate en México, y muchas familias, buscando su seguridad, comenzaron a dirigirse a la capital.

Margarita y Alejandra agitadas por el deseo de llegar cuanto antes adonde pudiera descorrerse el velo que les ocultaba los misterios de su historia, aprovecharon la salida del primer conocido para dirigirse a México.

La diligencia que corría de México a Toluca, apesar de que las avanzadas del ejército republicano llegaban hasta Tacubaya, no se había suspendido; y una mañana, Margarita y Alejandra tomaban sus respectivos asientos en el carruaje, y entre las lágrimas y los sollozos de Tula y de Anita, y los bruscos apretones de mano de Rito y de Diego, salieron de la capital del antiguo Estado de México.

Un viaje en diligencia es una cosa muy molesta, sobre todo, para mujeres de la clase de Margarita y de su hija, poco acostumbradas a viajar en aquella especie de comunidad.

Apenas se atrevían a dirigirse por lo bajo la palabra, por vergüenza de los otros pasajeros, y procuraban siempre mirar al campo por los lados del carruaje, por no encontrarse con los ojos vivarachos y atrevidos de alguno de los compañeros de viaje.

Generalmente en esta clase de carruajes, nunca falta alguno de esos hombres de mundo, algún tronera, algún viajero de profesión, que pocos minutos después de partir el carruaje, se apodera de la conversación, dice chistes, describe lejanas tierras, cuenta pavorosas leyendas de ladrones, ofrece puros a los compañeros, obsequia con vino a las señoras, y apura de cuando en cuando un pequeño frasco de cognac, que de un cordón verde está pendiente debajo de su brazo derecho.

Las diligencias se detenían generalmente al medio día, para dar tiempo en algún parador, a que almuercen los pasajeros; y por muy íntima conversación que hayan traído durante el camino, en aquel momento todos bajan como si no se hubieran conocido nunca, y almuerzan separadamente, sin curarse de los demás.

Esta costumbre tan generalizada, no es ni puede ser verdaderamente una costumbre mexicana.

En este país en que dos personas que se conocen por la primera vez, tienen la mayor satisfacción en invitarse una a la otra a tomar algo; en que el mayor gusto de un hombre de cualquiera clase de la sociedad es pagar por sus conocidos el consumo que hayan podido hacer en una fonda o en una taberna; en que nunca se ha dado el caso en que dos amigos o dos simples conocidos, que entren a tomar una copa juntos, pague cada una la suya, sino que cada uno de ellos se empeñe en pagar las dos; en este país en que hay esa galantería, sólo se puede explicar ese retraimiento y esa especie de egoísmo que hay en los carruajes públicos, por la afluencia de extranjeros de diferentes países que viajan constantemente en ellos.

Después del almuerzo, la escena cambia dentro de las diligencias, y bien por la fuerza del calor del sol, o bien por esa especie de sueño que produce la digestión, combinado con el movimiento del carruaje, casi todo el mundo duerme, sin turbarse la tranquilidad de aquel cuadro, más que por uno que otro brinco o sacudida violenta que produce alguna piedra, alguna zanja o algún mal paso del camino. Entonces el calaverón, que casi siempre va cerca de la portezuela, despierta frotándose un codo que chocó contra el carruaje; el viejo cura, sacándose el sombrero que se le hundió hasta los ojos; la elegante damita recogiendo el gorro, que desprendido ha

rodado hasta los pies de un ranchero, que robusto, gordo y enmarañado, ronca en uno de los rincones.

Todos se miran entre sí, sonríen, y vuelven a continuar la interrumpida siesta.

Rodaba la diligencia en que iban Alejandra y Margarita, por el patio del soberbio hotel de Iturbide de México.

Las puertas del hotel, por una costumbre que no sabemos a qué atribuir, se cerraban inmediatamente, y los curiosos, y la policía, y los cargadores, y los cocheros de carruajes de alquiler, y los sirvientes de hotel, y los que esperaban a alguien todos se agrupaban para ver descender a los pasajeros.

Alejandra y Margarita descendieron tímidas y ruborosas en medio de aquel gentío.

Todo pasajero sospechoso en aquel tiempo era conducido a presencia del Prefecto Político o del Comandante Militar de la plaza, para ser minuciosamente examinado; las dos pobres mujeres parecían no haber llamado la atención de los sabuesos del gobierno, porque se dirigieron libremente, seguidas de los cargadores que llevaban su equipaje, hacia la puerta del hotel; pero un hombre oculto tras una de las columnas había conocido a Alejandra, y aquel hombre era don Celso.

Don Celso, como hemos visto, pertenecía a la policía secreta del Imperio más que por interés, por odio a los republicanos; y el Imperio contaba entre su policía secreta, a muchas de esas personas, que por su posición social, estaban muy lejos de infundir sospechas y de las que tenía las noticias más exactas y las denuncias más ciertas.

Don Celso hizo una seña a uno de los hombres que estaban allí como por casualidad, y el hombre se acercó.

—¿Ves esas dos mujeres que van ahí?—le dijo.

—Sí, señor—contestó el otro.

—Pues bien: llama a otro que te acompañe, y de orden de la Prefectura, las metes dentro de un coche con su equipaje, y las llevas a la Diputación: al alcaide, que queden las dos juntas en un separo, incomunicadas y su equipaje en la Alcaidía y depositado; que se tenga mucho cuidado con ellas, porque son espías del enemigo: voy yo inmediatamente a dar parte a la Comandancia Militar. Anda, y no se vayan a ir.

—Pierda usted cuidado,—contestó el esbirro; y haciendo una seña a otro compañero, salieron a la calle en el momento en que Margarita y Alejandra montaban en un coche de alquiler, donde habían hecho meter su equipaje.

—Señora,—dijo el que había hablado con don Celso—tengo orden de llevarlas a la cárcel.

Las dos mujeres se pusieron densamente pálidas.

—¿Por qué?—preguntó Margarita.

—Eso ni a usted ni a mí nos importa,—dijo el hombre abriendo la portezuela y sentándose dentro del carruaje—esa es la orden, y la debo cumplir; y dirigiéndose al otro policía, le dijo:—Súbete al pescante, y vámonos para la Diputación.

Las dos mujeres no volvían en sí de su espanto. Algunos transeuntes habían observado lo que pasaba; pero éstas eran cosas de todos los días, y a nadie le llamaba la atención.

—Esta vez no te me escaparás—decía entre sí don Celso, mirando el carruaje que caminaba velozmente para la Diputación.

VII.

¿PUES QUIEN SOY YO.....?

—¿Con que esta muchacha no es Alejandra..... no es mi hija?—decía don Juan a don Plácido en la sala de su casa.

—No, señor; no es su hija de usted, no es Alejandra, ya le he confesado a usted mi delito, ya sabe usted que no pesa sobre su conciencia la sangre de un hombre derramada por su mano; yo he criado a Alejandra, y no la he abandonado ni un instante, desde el momento en que Margarita la fió a mis cuidados: la he perdido en el momento en que creí perdida mi existencia, y cuando con el pecho atravesado por una bala, he caído en tierra incapaz de defenderla.

—¿Pero quién se atrevió a semejante atentado? ¿Usted no tenía enemigos? ¿Alejandra no tenía alguien que la persiguiese? ¿algún amante?

—No, don Juan; no sé que Alejandra tuviera ningún amante; yo no tenía enemigos.

—¡Dios mío, Dios mío!—decía don Juan oprimiendo su frente con ambas manos—ahora es mi situación más espantosa: ¿qué será de mi hija? ¿qué diré a esta desgraciada Leonor, que cree que ha encontrado a su padre....? ¿Por qué don Celso me ha hecho creer que es Alejandra....? ¡Esos certificados que ha traído de la Costa....!

El pobre hombre se levantaba y se paseaba por la sala en la mayor ansiedad, y luego volvía a sentarse: don Plácido le miraba con interés, y se creía culpable de todas aquellas desgracias, como resultado de su primer delito.

—Don Juan—dijo—yo me considero muy culpable de todas estas desgracias: debo ser un monstruo a los ojos de usted; pero yo haré de mi parte cuanto sea posible para volver a encontrar a Alejandra; y créame usted, la encontraremos.

—Dios le oiga a usted, don Plácido: yo por mi parte, nada le reprocho, y le perdono, pongo a Dios por testigo, todas esas culpas de que usted se acusa.

Don Plácido estrechó la mano de don Juan, y sus ojos se arrasaron de llanto.

—Por ahora,—dijo don Juan, como tomando una resolución repentina—lo primero que debo hacer, es poner al tanto de todo a Mondragón; ocultárselo sería tanto como engañarle; creo que en nada variarían sus intenciones respecto al matrimonio con Leonor; pero sin embargo, debe saberlo; ¿no le parece a usted, don Plácido?

—Tal creo.

—No debe tardar; hace tiempo que debía estar aquí, y quizá se haya quedado por allá dentro hablando con Leonor.

Se acercó a uno de los cordones de la campana, y tiró de él con impaciencia.

Don Juan sabía que doña Salvadora llamaba a aquella niña Leonor; él, desde que la reconoció por hija, la llamó Alejandra; pero desde que don Plácido le declaró que no era su hija, ni una sola vez volvió a llamarla más que Leonor.

Pocos momentos después se presentó un criado.

—¿Ha venido el señor Mondragón?—preguntó don Juan.

—Ahí está.

—Dile que entre.

El criado salió, y poco después Mondragón entraba en la sala.

—El señor Mondragón—dijo don Juan presentándole; y después, tomando a don Plácido de una mano, dijo a Mondragón:

—Amigo mío, aquí tiene usted al señor don Plácido, de quien ya tiene usted noticia en mi historia.

Don Plácido y Mondragón se estrecharon las manos afectuosamente.

Don Juan les indicó los asientos, y luego continuó:

—Señor don Felipe: el señor me ha hecho revelaciones que son de la mayor importancia para mí, y.... para usted.

—¿Qué hay, pues?

—En primer lugar, que Leonor no es Alejandra, ni es mi hija.....

—¡Cómo!

—Efectivamente: Alejandra—dijo don Plácido—ha sido criada y educada por mí, y hace poco tiempo que ha sido arrebatada; pero no es la persona que he visto hoy con don Juan, y que pasa por su hija.

—Entonces, ¿quién es esa joven.....?

—No sé—dijo don Plácido—amigo mío: tal vez usted y yo

hemos sido víctimas de una superchería, que estuvo a punto de ser irremediable.

—Pero Leonor, tan buena, tan inocente, ¿será una aventurera sin pudor y sin corazón?

—No lo creo; pero es necesario salir de este abismo, saber la verdad, porque no creo que así pueda tener lugar ese proyectado enlace.

—No, don Juan, debo hablarle a usted con tanta franqueza: una mujer que se presta a ocupar un lugar que no es el suyo, que usurpa un nombre que no le corresponde, no puede ser nunca la esposa de un hombre honrado.

—¿Pero si ella es inocente, si es a su vez víctima como nosotros.....?

En ese caso, será mi mujer, aunque sea la huérfana más pobre y desvalida.

—Pero, ¿cómo saberlo?

—Creo que debemos hablarla con franqueza, y su rostro dará la prueba de su inocencia o de su delito.

—En efecto.

Don Juan salió, y volvió a entrar poco después con Leonor de la mano,

Leonor se sentó inocentemente en medio de todos.

—Hija mía—le dijo Caralmuro—¿recuerdas todo lo que hemos hablado respecto a tu nacimiento?

—Sí, señor.

—¿De nada más te acuerdas, ni sabes más que lo que me has contado?

—De nada más.... pero ¿a qué viene todo eso? ¿qué seriedad advierto en usted.....?

—Leonor, en este momento he descubierto que tú no eres Alejandra, que no eres mi hija.....

—¡Que no soy hija de usted! ¡Ah!.... ¡Dios mío! Pues entonces, ¿para qué me lo hicieron creer? ¿para qué me trajeron aquí? ¿por qué me han engañado.....?

Y la pobre niña lloraba y ocultaba su rostro entre las manos.

Los tres hombres la miraban dolorosamente.

—Pero bien, hija mía—decía don Juan—¿tú no tenías ni la menor sospecha de lo que pasaba?

—No, no; ¿por qué han jugado conmigo, Dios mío?

—¿Usted es hija de doña Salvadora? ¿Quién es usted?—preguntó don Felipe.

Leonor levantó con dignidad la cabeza, sus ojos brillaban y su voz temblaba.

—Señor Mondragón, si yo fuera hija de doña Salvadora, si yo supiera quién soy, ¿hubiera entrado en esta casa fingiéndome la hija de don Juan? ¿Me ha tomado usted por una

miserable aventurera? Por más que las apariencias me condenen, soy inocente de esta trama infernal que Dios cuidará de descubrir. El señor Caralmuro me dijo: "tú eres mi hija," y lo creí, y me trajo a su casa, y le ví como a mi padre. Hoy me dice: "tú no eres para mí más que una extraña," y le creo, y saldré de esta casa que no es la mía, y buscaré en el mundo el asilo que me depare la caridad, lejos de esas gentes que se han burlado de mi inexperiencia.

—Pero la señora Salvadora por fuerza debía saber algo de todo esto, insistió Mondragón; debía.....

—¿Aún duda usted?—exclamó Leonor: veremos.

Y furiosa se levantó de su asiento, y salió de la sala.

—¿A dónde va?—dijo Mondragón.

—No lo sé,—contestó don Juan.

Entonces, como para contestar a la pregunta de Mondragón, se abrió la puerta violentamente, y Leonor, con el rostro encendido y los ojos chispeantes, apareció casi arrastrando de una mano a doña Salvadora, que le seguía pálida y temblorosa.

Leonor llegó casi hasta el centro de la sala, y empujando bruscamente a la vieja:

—Señora,—le dijo,—venga usted a explicar aquí a estos señores, pero inmediatamente, cómo he podido yo aparecer como hija de don Juan; diga usted, diga usted, porque tal vez están creyendo que soy una infame, una aventurera, una ladrona; hable usted, señora, se lo exijo....

Doña Salvadora había quedado en medio del grupo como petrificada; sentía todas aquellas miradas fijas sobre su conciencia, no se atrevía a decir la verdad, pero menos se atrevía a mentir.

—Hable usted, señora—dijo Mondragón con una voz que la hizo estremecer; y entonces, ella, como haciendo un esfuerzo supremo, contestó:

—Señor don Juan, hemos engañado a usted, Leonor no es su hija, y nosotros nunca hemos creído tampoco que lo fuese: perdóneme usted.....

Leonor, como fiera se arrojó sobre doña Salvadora, y la tomó de un brazo.

—¿Nosotros? ¿nosotros ha dicho usted? Estos señores van a creer que yo también, que yo tengo parte en ese infame complot: diga usted, yo ¿qué sabía.....?

—Señores;—dijo doña Salvadora solemnemente:—Leonor ha sido también víctima del engaño, lo juro por la salvación de mis padres.

—Gracias, gracias...... ¿lo ven ustedes? Y se puso a sollozar amargamente.

—Ahora—, dijo serenándose de pronto—ahora me voy de

esta casa en donde no debo permanecer ni un solo instante, ya, en donde no tengo derecho a estar. Señora, le prohibo a usted que me siga, ni con la vista, ni con el pensamiento. Es usted una infame: si usted me ha criado, ha sido para comerciar conmigo, para explotarme; es usted una mujer infame.

Doña Salvadora había permanecido de rodillas, y con el rostro inclinado; pero cuando Leonor dijo estas últimas palabras, la vieja se levantó como galvanizada. Leonor quiso salir de la pieza, y don Juan se precipitó a la puerta, y la tomó de la cintura.

—¿A dónde vas, hija mía?

—No lo sé, pero debo irme; esta no es mi casa, usted no es mi padre, y yo no conozco ya a esa mujer.

—Leonor,—dijo don Salvadora,—tú no eres mi hija, pero si yo me he prestado a engañar a don Juan, si me he hecho tan culpable a tus ojos, no ha sido más que por asegurar tu porvenir, por verte dichosa.....

—Hija mía—exclamó don Juan,—si por la naturaleza no eres mi hija, yo te juro ante Dios, que lo eres por el corazón; yo seré tu padre y tu amparo mientras el cielo me conserve la vida, y después de mi muerte tu porvenir quedará asegurado.

—Y yo, Leonor—dijo Mondragón—la tomaré a usted por esposa, delante de Dios y del mundo, sea usted quien fuere.

Leonor estrechó el cuello de don Juan; y vencida por tantas emociones, quedó desmayada exclamando con una especie de agonía:

—¿Pues quién soy yo, Dios mío? ¿Pues quién soy yo....?

VIII.

LAS DOS RESOLUCIONES.

A pesar de su curiosidad, Feliciana no asistió a la cita que le había dado la "Guacha;" y el proyecto de descubrir a los padres de Inés, que abrazaba en un principio con tanto fervor, se le fué olvidando con ese eterno mañana tan común por desgracia en México.—Mañana buscaré a esa mujer.—decía Feliciana, y pasaba aquel día y no la buscaba; mañana iré a la casa de Mondragón—y llegaba ese mañana, y siempre alguna cosa se ofrecía, y no llegaba a ir.

Entretanto, don Celso menudeaba sus visitas, apuraba sus argumentos, multiplicaba sus promesas, encendiéndose más y más cada día aquella pasión infernal, a medida que más difícil se le presentaba el logro de sus deseos.

Pablo continuaba visitando la casa, pero sin dar una esperanza que calmara las inquietudes de Inés, sin indicar nada tampoco que desvaneciese sus ilusiones. Inés comprendía que su porvenir estaba con don Celso pero su corazón era de Pablo.

El uno le ofrecía riquezas y nombre, el otro nada; y esto era tanto más terrible para ella, cuanto que Pablo era libre y rico.

La pobre muchacha jamás se hubiera atrevido a olvidar a Pablo; y sin embargo, tampoco se atrevía a presentar delante de él, ni sus pobrezas ni sus apuraciones, ni las exigencias terribles de su posición. Hablar de intereses con aquel hombre, hubiera sido para ella el lance más crítico de su vida.

Las almas vírgenes y privilegiadas pasan sobre los intereses de la tierra, sin mirarlos siquiera, como esos rayos de luz que cruzan sin perder su pureza por una atmósfera emponzoñada.

Cada día Inés y Feliciana tenían que hacer frente a una nueva crisis pecuniaria.

Las pobres actrices que no tienen esos sueldos y esas ganancias fabulosas que cuentan las pocas notabilidades artísticas que de cuando en cuando aparecen sobre las tablas, como Lola Montes la Rachel y otras, viven la vida del sufrimiento y de la privación, siempre teniendo que presentarse con lujo en la escena, siempre consumiendo sus pocos ahorros, ya en el costoso traje de una reina, ya en los elegantes vestidos de una duquesa o de una gran señora de los tiempos de Luis XIV o de Felipe V.

Necesitan tener, aunque no sea sino por una noche, el esplendor de una emperatriz, con el miserable sueldo que no hubiera alcanzado a una de aquellas señoras, para dar la más humilde de sus tertulias de confianza.

Las pobres alhajas de Inés, iban y venían a las casas de empeño; las telas de sus más graciosos vestidos, merced a las consideraciones de algún dueño de cajón de ropa, se pagaban con pequeños abonos, compensándose más que largamente con el recargo de precio la dilación del pago.

Muchas veces fué preciso a aquellas pobres mujeres suprimir algún platillo de su humilde mesa, para comprar con aquella economía, un tocado, un lazo, una corona de flores.

Inés cosía todo el día, y continuamente daba nueva forma a sus vestidos, rejuveneciéndolos, y cambiando los adornos del uno al otro, y cambiando los encajes y las blondas, y los botones, y las flores. Los guantes sufrían esas lavadas que los hacían aparecer nuevos a los ojos del público, y la industria femenina, apuraba todos los recursos del ingenio y

de la coquetería, para agradar a una concurrencia, que no podía comprender aquellos sacrificios, aquellas penas, aquellos dolores; que no podía comprender cuántas noches había pasado la pobre muchacha junto a una mezquina vela de sebo, para poder presentarse dignamente, y cuántas privaciones había tenido que sufrir para reunir el importe del abanico, o de la pulsera que necesitaba llevar con aquel traje.

Pablo mismo lo ignoraba, porque las mujeres sonríen con la dulzura de la felicidad delante del hombre a quien aman, aunque el aguijón de la desgracia atraviese su corazón, y el hombre pocas veces comprende estos ocultos y misteriosos sufrimientos.

Un hombre no descubrirá nunca esos dolores sobre la frente de una mujer, pero una mujer, y una mujer que ama, percibiría en los ojos del hombre, la más pequeña sombra de pesar que llegue a nublar su pensamiento.

Era uno de esos días aciagos para Inés. Don Celso no había ido, pero aun se conservaban frescas en la memoria de Inés, sus expresiones de la víspera: estaba palpando sus predicciones.

La pobreza iba avanzando más y más cada día en aquella casa: podía ella remediarlo todo con solo una indicación hecha a Pablo, pero jamás se atrevería a hacerlo.

Inés cosía un vestido y lloraba: era la gran lucha entre la cabeza y el corazón, entre el amor y el interés.

Se oyeron pasos: Inés limpió precipitadamente sus ojos, y Pablo con el semblante más risueño que nunca, se presentó en la sala.

—Buenas tardes, Inés,—dijo tomando la mano de la muchacha y besándola apasionadamente.

Inés, por toda contestación pasó el brazo alrededor del cuello de Pablo, le atrajo con dulzura, y le besó uno en pos de otro los dos ojos.

—Inés mía—dijo Pablo, arrimando una silla cerca de la joven—no vengo a permanecer a tu lado más que un momento.

—¿Por qué?—preguntó Inés tomando ese airecillo de enfado que muestran los niños, cuando les quitan un juguete que les agrada, y que sienta tan bien a una muchacha enamorada.

—Porque vengo a anunciar a usted—dijo Pablo afectando un aire graciosamente ceremonioso—mi última resolución.

—¿Y cuál es?

—La de casarme, por lo cual muy pronto tengo necesidad de dejar de ser el novio de usted.

—¿Cómo?—dijo Inés desconcertada.

—Como usted lo oye: mañana irremisiblemente deben comenzarse a practicar las diligencias, porque estoy resuelto a que mi enlace se verifique la semana que entra. No había querido participarlo a usted ni a mis amigos, hasta tener dispuesta mi casa para recibir dignamente a la mujer que debe llevar mi nombre.

Inés hubiera querido llorar: si hubiera estado sola, de seguro que habría gritado como una loca: aquello era más de lo que podía soportar, pero la dignidad de la mujer se sobrepuso a su dolor.

—¿Y no podremos saber?—dijo, pudiendo hablar apenas— el nombre de la señorita que debe ser su esposa?

—No hay inconveniente,—contestó Pablo, con la más glacial indiferencia;—eso no debe ser un secreto para nadie, y probablemente usted conocerá a mi mujer: es una muchacha hermosa como un sol, buena como un ángel, que me quiere como nadie puede quererme en el mundo.... Y que se llama Inés Martínez.

—¡Pablo!—gritó Inés, arrojándose bañada en llanto en los brazos de su amante.

—¡Inés, Inés mía, ¿quién podría ser mi esposa sobre la tierra, sino tú, tú, que eres la única mujer a quien he amado verdaderamente en el mundo....? Pero vamos, ya no llores, sosiégate, cálmate, ángel mío; te va a hacer mal, estás pálida, convulsa. ¿Quieres que llame a alguien, ¿quieres que te traiga agua? Te va a hacer mal esa emoción: cálmate......

—No, Pablo mío, el placer no mata; déjame llorar, déjame llorar en tus brazos, déjame desahogar..... ¡Dios mío! nunca creí llegar a ser tan feliz......

Y la pobre muchacha lloraba y temblaba, como si estuviese enferma.

Feliciana entraba en aquellos momentos de la calle: venía de empeñar unos pendientes de Inés, y traía debajo del tápalo una caja de cartón con flores y adornos, que había comprado con aquel dinero.

—¿Qué sucede?—dijo mirando a Inés que lloraba en los brazos de Pablo.

—¡Bendito sea Dios que llegó usted, señora!—dijo el joven—para que me ayude a calmar a esta loquita que se ha puesto a llorar como una Magdalena por una noticia que le he traído.

—Madre mía, lloro de placer, porque Pablo es muy bueno, porque es un ángel..... porque la semana que entra se casa conmigo.....

—¡Se casa contigo! ¡se casa usted con Inés!—dijo la buena vieja abriendo desmesuradamente los ojos.

—Sí, señora, me caso; el lunes de la semana que entra, Inés será mi mujer..... digo, si usted no se opone a ello.

—¿Yo? ¿Oponerme cuando Inés va a ser feliz, cuando usted la ama, cuando ella ama a usted, y llora por usted todo el día, y habla de usted dormida y despierta, y a todas horas? De ninguna manera; de ninguna manera; y que se acabe el teatro, y las apuraciones, y el coser de noche, y los boletos de empeño, y el pedir prestado; y que Dios cargue con el apuntador, y con la empresa, y con los directores, y con el público, y con todas esas zarandajas.

Y la pobre Feliciana tiraba la caja con los adornos, y abrazaba a don Pablo, y abrazaba a Inés, y la besaba.

—Que Dios te haga una santa, hija mía—decía la pobre vieja llorando—Dios ha de bendecir a usted, don Pablo, porque va usted a hacer feliz a una pobre muchacha, tan buena, tan humilde, tan resignada y tan bonita; ¿no es verdad, don Pablo?

—Mamá, mamá, no diga usted esas cosas.

—Déjela usted,—decía don Pablo con esa sonrisa que sólo tiene el que acaba de hacer una buena acción.—Déjela usted, que está contenta, y tiene razón. Platiquen ustedes un poco, y cálmela usted, porque yo me voy en este momento: tengo aún muchas cosas que arreglar, y el lunes debo estar viviendo ya en mi nueva casa con mi mujer. Con que adiós, mujercita mía.

Y Pablo tomó la mano de Inés, y la levantó hasta cerca de sus labios.

—¿Me permite usted?—dijo con una sonrisa maliciosa a Feliciana.....

—Puesto que va a ser su mujer.....

Y Pablo dió, no uno, sino veinte besos en la mano de Inés.

—No tanto, no tanto—dijo Feliciana—que todavía.....

—No van a la vicaría,—agregó Pablo riéndose.

Y salió de la casa radiante de felicidad. Al subir a su coche, vió a don Celso que entraba en la casa de Inés, escurriéndose como un zorro que entra a un gallinero.

—¡Qué mal efecto me hace este hombre!—dijo Pablo,—pero ahora ya ¿qué me importa?

Don Celso subió las escaleras, y encontró a Inés y a Feliciana tan alegres como unos gorriones que acaban de bañarse.

Después de un rato de conversación, Feliciana salió, dejando solos a don Celso y a Inés.

Don Celso quiso aprovechar los momentos.

—Por fin, Inés, ¿qué ha pensado usted?

—Señor don Celso, Pablo ha tomado ya su resolución.

—¿Y podremos saber cuál es?

—Sí, señor; se casa conmigo.
—¿Pero es cosa seria?
—Tan seria que el lunes se celebra nuestro matrimonio.
Don Celso se puso amarillo como la hoja de un árbol que se seca, y se mordió los labios hasta herirse, pero de aquellas heridas debió brotar hiel.
—Pues si esa es su resolución—contestó, mostrando la más perfecta indiferencia—yo también formo la mía.
—¿Y cuál es esa resolución, señor don Celso?
—No volver a molestar a usted jamás con mis pretensiones, pero quedar siempre como su amigo, si usted me lo permite.
—Con mucho gusto—contestó Inés, tendiéndole la mano, que don Celso estrechó convulsivamente.
—¡Pobre hombre!—pensó Inés,—es bueno, y me quiere de veras; siempre hay que agradecérselo; seremos muy buenos amigos.
Feliciana salió a este tiempo; don Celso permaneció algunos momentos; y después se despidió como si nada hubiera pasado.
Bajó las escaleras, y al llegar al zaguán, volvió el rostro hacia adentro y con los ojos chispeantes, y con una voz ronca y gutural.—Si él ha formado la resolución,—dijo,—de que tú seas su esposa, yo he resuelto que tú mueras antes que ser de otro hombre: veremos cómo se cumplen estas dos resoluciones.

IX.

LA PRISION.

Valdespino era hombre de una actividad diabólica, y de unas pasiones terribles; insaciable en su sed de oro y de mujeres, todos los medios le parecían lícitos, si con ellos conseguía su objeto, y no había resorte que no moviese para aumentar su capital, o poseer de grado o por fuerza una mujer, por la cual hubiera concebido un capricho.
Y un amor y un deseo o una pasión, no le embargaban por completo; perseguía a la vez dos o tres mujeres, y por cada una de ellas hubiera cometido mil crímenes, hubiera vendido su alma al diablo, si hubiera creído en el diablo; pero don Celso no creía, ni en el Diablo ni en Dios, ni en nada; en nada, más que en sus brutales apetitos.
Luego que vió a Alejandra, sintió renacer su apagada llama, sintió exaltados sus deseos; y la suerte parecía ayudarle de nuevo, cuando de nuevo le presentaba a su víctima.

Inmediatamente que vió el coche en que conducían a Margarita y a su hija, dirigirse para la Diputación, emprendió el camino para la casa de Márquez.

Márquez era en aquellos momentos el árbitro de los destinos de México. Derrotado vergonzosamente por las fuerzas de Porfirio Díaz en San Lorenzo, había entrado a la capital cobardemente y no soñaba más que en obtener la garantía de la vida; pero perdonar a Márquez habría sido más difícil para el partido republicano que jurar obediencia al archiduque sitiado en Querétaro.

Márquez en México era la encarnación de todo lo infame, de todo lo repugnante. Su carrera está marcada con sangre, sus mismos correligionarios lo detestan, porque además de que le miran como a un monstruo, tienen la convicción de que traicionó a Maximiliano y le abrió la tumba.

Y sin embargo, este hombre tan lleno de crímenes, era el Lugar-Teniente del archiduque. Siempre temblando, siempre soñando en asechanzas, en conspiraciones, en asesinatos, en envenenamientos, Márquez era el tirano cobarde y sangriento de que hablan todos los filósofos y que pintan con tan negros colores todos los poetas.

Don Celso necesitaba poco para entenderse con este hombre; se presentó a él, se dió a conocer por sus importantes servicios en la policía, y obtuvo una orden amplísima para hacer de las dos pobres mujeres cuanto le pareciese.

En aquellos momentos el ejército republicano de Oriente se presentaba amagando la plaza, y Márquez, animado por sus principales correligionarios, y con la firme persuación de que no alcanzaría misericordia, se resolvía a defenderse a todo trance.

La ciudad tomó el aspecto de un campamento, se suspendieron las diversiones, se prohibieron las reuniones del pueblo, y México cayó bajo el dominio del sable.

Don Celso llegó a la Diputación, y comenzó por un escrupuloso registro en los baúles de Alejandra y de Margarita; algunas cartas y algunos papeles de Jorge y de Murillo, fueron para él un precioso hallazgo: eran una arma terrible en sus manos, y de la que haría uso si la necesitaba.

Entonces mandó que condujeran a su presencia a la de más edad de aquellas mujeres.

Margarita se separó llorando de su hija, y se presentó temblando ante don Celso. Se referían tantas cosas terribles de la policía imperial, que un hombre se habría acobardado en aquella situación.

Valdespino cerró las puertas, y quedó solo con Margarita.

—Vamos,—la dijo—es preciso que hable usted con since-

ridad, porque de lo contrario, puede costarle caro: ¿cómo se llama usted?

—Margarita.

—¿De dónde es usted?

—De Acapulco, señor.

—Y esa otra mujer que la acompaña, ¿quién es? ¿cómo se llama? ¿a qué vienen ustedes a México?

Margarita creyó salvarse confesándolo todo.

—Señor, esa muchacha es hija mía, se llama Alejandra; pero hace mucho tiempo que estábamos separadas; hace poco nos hemos encontrado y reconocido, y venimos a México buscando a mi marido, al padre de mi hija, a quien hace muchos años que no hemos visto.

—Ola, ola,—dijo entre sí don Celso—¡con que ésta, según parece, es la mujer y la otra la hija de Caralmuro! ¡Vaya una casualidad! Aquella que yo había escogido en la Costa para hacerla pasar por hija de don Juan, resulta que es su hija verdadera. ¿Y Leonor? No, no me conviene que éstas encuentren lo que buscan, porque entonces don Juan conocería que yo le había engañado, y ¿quién sabe a dónde iríamos a parar? Por otra parte, la muchacha me gusta, y debo salirme con la mía: sería la primera que se me escapaba teniéndola tan segura. Y que me gusta, vaya. Ya Caralmuro tiene una hija; que se conforme con ella. Y yo me guardaré ésta, veremos.—Y luego dijo en voz alta:

—¿Usted sabe cómo se llama su marido?

—Sí, señor; don Juan de Caralmuro.

—Malo—pensó don Celso.

—¿Y don Juan sabe que ustedes le buscan?

—No, señor; porque ha reconocido a otra joven por hija suya; y aunque le hemos escrito, no hemos tenido razón alguna.

—Bueno—dijo entre sí Valdepsino.—Pues señora, todos esos son enredos que usted ha fraguado para burlar a la policía; porque en sus baúles se han encontrado estas cartas y papeles de los bandidos, y pronto caerá sobre usted el castigo de la ley.

—Señor, por Dios, le juro a usted que todo es verdad....

—¡Qué verdad!.... a ver el alcaide.

El alcaide se presentó.

—Esta mujer queda aquí, señor alcaide, incomunicada, mientras examino a su cómplice.

—Muy bien, señor.

Don Celso salió, y Margarita quedó temblando.

Alejandra estaba en un separo: era un cuarto pequeño, con una ventana alta, custodiada por fuertes rejas; no había más mueble que un petate en un rincón, en donde la

muchacha estaba sentada llorando; se respiraba allí una atmósfera pesada y corrompida.

Don Celso entró, cerrando tras sí la puerta con llave: Alejandra alzó la cara y al principio no le reconoció.

—Alejandra, ¿me conoces?

—¡Jesús! ¡Dios mío! ¡el padre Bernal!

—Sí, Alejandra; el padre Bernal; pero no es ese mi nombre, ni soy yo sacerdote; yo adopté ese disfraz para poder verte, para seguir libremente tus pasos, porque estoy enamorado de tí, desde el día que te conocí.

—Pero usted ha sido muy malo conmigo; usted me ha querido robar, usted ha hecho matar a mi padre.

—Perdóname, Alejandra; el amor, la pasión que me inspirabas, me hacían capaz de todo; pero tú conocerás por esto cuánto te adoro, y de todo lo que soy capaz por tí; además, ni don Plácido ha muerto, ni era tu padre; tú lo sabes....

—Sí, pero le he visto como a mi verdadero padre, porque a él debo la educación....

—No hablemos de eso; ya sabes que vive: hablemos de mi amor, de esa pasión que por tí me ciega: mira tu situación, mira el peligro que corre Margarita....

—¿Que corre peligro mi madre....?

—Sí, Alejandra; está denunciada como espía del enemigo; dicen que viene ahora en comisión de los bandidos; ¿tú sabes lo que puede sucederle con esos papeles encontrados en su baúl, hoy que las cosas están tan delicadas?

—¿Qué?

—Perder la vida.

—¡Dios mío, perder la vida!

—Nada menos: ¿has oído tú hablar del jefe que manda la plaza? ¿has oído mentar al general Márquez?

—Sí, sí; sé que es terrible.

—Y la mandará fusilar.

—¡Fusilar, fusilar a mi madre! ¡qué! ¿también se fusilan aquí mujeres?—decía Alejandra con desesperación.

—También; cuando dan motivo, ¿por qué no?

—¿Quieres salvarla?

—¿Qué haré, Dios mío? ¿qué haré?

—Sí, daría mi vida por la suya.

—No es necesario tanto; puedes salvarla con sola una palabra; ¿quieres ser mía? Dí que sí: sé mía, y tu madre se salvará.

—A ese precio nunca.

—Nunca: ¿es decir, que por un capricho de mujer dejarás asesinar a Margarita? Oyeme, piénsalo bien; no te pido que seas mía para toda la vida. Por una hora de tu amor, aquí

mismo, sin que nadie, ni la misma Margarita lo llegue a saber, te prometo tu libertad y la suya; te prometo más, Alejandra; te volveré a tu padre rica y feliz; te reconocerá, y vivirás contenta a su lado.

—Nunca, nunca.

—Reflexiónalo, mujer; si tú te niegas, mañana en la noche una patrulla vendrá por Margarita, y en medio de la noche la conducirán a los fosos de la Ciudadela, y allí recibirá cinco balazos; y tú la verás a toda hora, despierta, y durmiendo, desnuda, ensangrentada, pidiéndote cuenta de su vida; ella hubiera dado por tí su vida, y tú la envías al suplicio por un capricho, por no quererme dar a mí, que tanto te amo, una hora solo de tu amor.

—¡Piedad, don Celso, piedad! ¡Mi honra o la vida de mi madre! Esto es más que infernal.

—Decídete, o voy a entregar a Margarita en manos del general Márquez.

—Siquiera déjeme usted pensar, por Dios, déme usted tiempo.

—Bien; para que veas que soy generoso, mañana vuelvo a la misma hora, y te daré tu libertad y la de Margarita, y te devolveré a tu padre; pero ¡ay de tí si te resistes! Margarita morirá y tú ni conocerás a tu padre, ni saldrás jamás de la prisión.

—Don Celso salió sin esperar contestación, cerrando la puerta del separo.

—Estas dos mujeres separadas e incomunicadas, porque son de riesgo. De mi casa vendrá la comida para ambas—dijo al alcaide.

—Siempre produce buen efecto este medio,—decía don Celso caminando para su casa:—este arbitrio, sobre poco más o menos, me entregó a Matilde, y que era más difícil que la costeña; tan seguro como llamarme yo Celso Valdespino, que mañana la misma Alejandra me ruega, con todo lo que va a cavilar esta noche. Mañana Alejandra, y pasado mañana o un poco más tarde, Inesita; ésta sí que está renuente; pero ya caerá.

Don Celso entró en su casa: era la víspera en que Inés le declaró que se casaba con Pablo.

X.

CACOMIXTLE.

Cuando Valdespino salió de la prisión de Alejandra, serían las cinco de la tarde, y se dirigió a su casa de la calle de Montealegre.

La vieja Pilar platicaba cosiendo en el corredor sentada en el suelo, con Ramona, la viuda del tío Lalo, que abandonó en tierra Caliente a su marido atacado de hidrofobia, y acompañada de Cacomixtle se refugió en México en la casa de don Celso.

Valdespino les dió amparo, no por caridad, sino porque aquella mujer podía serle útil en sus proyectos, y además, estaba muy enterada de algunos secretos, que él creía más seguros teniéndola en su casa. Cacomixtle hacía algunos "mandados," y Ramona ayudaba a Pilar en los "quehaceres" de la casa.

Don Celso entró, Pilar se levantó inmediatamente para disponerle el chocolate.

—¿Qué tal van los ratoncillos?—dijo Valdespino.

—Muy bien,—contestó Pilar,—ya no quedan más que cuatro.

—Entonces será necesario ya darles libertad.

Para comprender este diálogo y tener una idea de todo lo infame que era don Celso, es necesario seguirle.

Entró con Ramona y Pilar a una especie de despensa en el interior de la casa.

Allí, sobre una mesa, había una gran ratonera de alambre de fierro, y dentro cuatro ratones vivos y algunos miembros de otros esparcidos por toda aquella pequeña jaula.

Don Celso abrió la puertecilla, y los cuatro ratones huyeron precipitados. La explicación era muy fácil. La casa de don Celso, vieja y abandonada, se había llenado de ratones; mil arbitrios se presentaban para desterrarlos, pero él adoptó el que era más conforme con sus instintos. Hizo coger doce o catorce de aquellos pobres animales, y los encerró en una jaula, sin darles alimento de ninguna clase; a los pocos días, el hambre comenzó para ellos a ser tan terrible, que comenzaron los pobres animalitos a devorarse los unos a los otros, hasta que no quedaron más de cuatro. Entonces don Celso dió libertad a éstos, porque según sus reglas, éstos habiendo comido a sus compañeros, al encontrarse libres habrían tomado ya tal gusto a esa clase de alimento, que irían a devorar a los otros que encontrasen, y así se ahuyentarían todos muy pronto.

Tan horrible receta sólo podía brotar de aquel cerebro, y ella indicaba el color del corazón de Valdespino.

Pilar sirvió el chocolate en la sala que ya conocemos, y permaneció en pie cerca de la mesa, mientras su amo concluía.

—¿Sabes, Pilar, a quién he encontrado?

—¿A quién, señor?

—A Alejandra, aquella muchacha de la costa: ¿te acuerdas?

—¡Pues no! buen susto tuve cuando me mandó usted con Capilla para que la llevara yo; por poco nos prenden; si no hubiera sido por un soldado que había servido con Capilla y que encontramos en el camino, la hacemos buena.

—Me acuerdo, pero ahora no se me escapará.

—¿Pues dónde está?

—Segura; ya es mía, está en la Diputación...

—¿Por qué no se la tiene usted aquí unos días?

—Todavía no cae bien, todavía está esquiva, necesita domarse, pero ya vendrá; la traeré aquí unos ocho o nueve días, y luego tendré que plantarla en la calle, porque me parece que la comiquita siempre te viene a visitar también.

—¡Y qué linda es la güerita! ¡qué! ¿ya está borrachita?

—Y bien; se resiste algo y llora, pero poco a poco; no se pasan quince días sin que diga que sí; yo le he ofrecido casamiento y cuanto hay....

—¿Pero usted cree que se consigue?

—¿Cómo no? Y la verdad, a ésta sí la quiero de veras, más que a Matilde, y más que a Estefanía, y más que a Alejandra, y más que a todas; y de seguro que también caerá.

Don Celso contaba sin el desengaño que al día siguiente debía recibir con la noticia del casamiento de Inés.

—Oye, Pilar, es necesario que prepares dos comidas, y que el Cacomixtle se las lleve a la Diputación, porque esa pobre Alejandra ha de haber comido estos días los alimentos de los presos, y es fuerza que no se desmejore.

—¿Pero dos comidas?

—Sí, para ella y para la madre, que también la tengo allí; y desde mañana cuidas de que no les falte el desayuno ni nada.

Don Celso se limpió los labios, y apuró con delicia un enorme vaso de agua.

En un momento Pilar y Ramona, dispusieron las comidas, y Cacomixtle salió para la Diputación, llevando dos canastos pequeños, cubiertos con blancas servilletas.

—Es preciso que todo vaya muy bien,—decía Ramona, —porque si Dios no lo remedia, ésta será aquí el ama a lo menos por ocho días.

Cacomixtle pensaba en el camino ¿qué nuevo enredo será éste? Margarita..... Alejandra..... ¿Si será la hija de don Plácido? ¿Pero qué había de hacer aquí, y luego en la cárcel? Yo saldré de la duda; aquí llevo una tarjeta de don Celso para el alcaide, y con ella entraré a ver a las dos mujeres o debo ser muy tonto.

Cacomixtle presentó su tarjeta al alcaide, que le dijo:

—Está muy bien, deja aquí las canastas, ahora se llevarán a los separos.

—Es que el señor don Celso me dijo que yo mismo las entregara a esas mujeres.

—Pero si están incomunicadas.

—Sí, pero no para él, y yo soy de su casa; y si no quisiera que yo entrara, ¿para qué me había de haber dado esa tarjeta? Con solo mandar la comida era bastante.

—Tienes razón; pasa.

Cacomixtle entró a la prisión de Margarita, pero aquella mujer era desconocida para él, o al menos no recordaba haberla visto.

Dejó la canasta, y salió diciendo entre sí:

—Creo que no hay nada de lo que pensaba; veremos la otra.

Se abrió el separo de Alejandra, Cacomixtle entró, y se cerró tras él la puerta.

El muchacho conoció a la joven inmediatamente, y ella le conoció luego: habían vivido tanto tiempo en el mismo pueblo, y en un pueblo tan pequeño, que por fuerza debían conocerse mucho.

—¡Alejandra!

—¡Cacomixtle!—porque no le decía de otro modo en su tierra.

—¿Usted presa?

—¿Y tú aquí? ¿qué andas haciendo?

—Le traigo a usted la comida; estoy en casa de don Celso: ¿sabe usted? al que le decíamos el padre Bernal.

Alejandra hizo un movimiento tal de disgusto, que el muchacho no necesitaba ser tan inteligente como era, para conocerlo.

—Sí, estoy con don Celso; pero no me tenga usted desconfianza; no le quiero nada, nada; yo bien sé lo pícaro que es y lo malo; pero la tía Ramona vive con él y a mí me tienen allí, porque les sirvo. El tío Lalo debe haberse muerto ya, cerca de Huétamo; le mordió un perro "del mal," don Celso metió a los hijos del tío Lalo al Hospicio, para que él quedara libre y pudiera irse a donde le mandaban.

—Pero ese don Celso, ¿qué dice? ¿qué quiere por fin de mí?

—Vamos—dijo Cacomixtle maliciosamente—ya usted lo sabe mejor que yo.

—Primero me moriré.... pero mi madre.....

—¿Ya tiene usted madre? porque en San Luis no tenía.

—Ya sabrás eso, Cacomixtle; por ahora, dime: ¿qué has sabido por allá? ¿qué dice don Celso?

—No sé nada, porque no sabía yo que usted estaba aquí; pero ahora yo le vigilaré como le vigilaba en San Luis, de orden del señor cura, para cuidar a usted: ya, ya sabrá usted eso algún día.

—¿Y sólo has traído comida para mí?

—No; también para otra señora que está presa aquí cerca.

—Es mi madre.

—¿Se llama Margarita?

—La misma: ¿la has visto?

—Sí; pero no la hablé, no la conocía: ahora tengo que ir por los trastos.

—¿Le llevarás un recado?

—Lo que usted quiera; pero coma usted pronto, porque se hace tarde.

—Si no tengo hambre.

—Coma usted, que yo la ayudaré.

Alejandra probó algunos bocados, y Cacomixtle volvió a acomodar en la canasta los platos, y todo lo que había llevado.

—Ya me voy: ¿qué le digo a la señora?

—Que estoy buena y que la extraño mucho.

—Muy bien.

—Ah, oye: ¿nos podrás traer mañana lápiz y papel para escribirnos? pero a las dos.

—Sí.

—Dios te lo pagará; no dejes de decirme todo lo que puedas averiguar.

—Pierda usted cuidado; esta noche en la cena platica don Celso con Pilar, y no perderé una palabra; y mañana, cuando venga con el desayuno, le contaré a usted: ahora me voy; adiós, adiós, no vayan a maliciar.

Cacomixtle tocó la puerta, abrieron por fuera y salió.

Pasaba a recoger la canasta que había dejado a Margarita; la pobre mujer no había tocado la comida.

—Doña Margarita, ¿nada ha tomado usted?—dijo el muchacho—y hace mal, porque se va a enfermar, y le da usted una pesadumbre a Alejandra.

—¿Conoces a mi hija?

—Bien; si somos del pueblo y nos queremos mucho: ahora vengo a darle de comer y le traigo a usted un recado de su parte.

—¿Qué dice la pobrecita?

—Que está buena y que extraña a usted mucho.

—¿Nada más?

—Nada más; pero me encargó lápiz y papel para escribirle a usted.
—¿Y se lo traes?
—Por fuerza, y a usted también para que conteste; pero mucho secreto, porque si no, yo la pago.
—No tengas cuidado, hijo mío: ¿cómo te llamas?
—Me llamo Cacomixtle.
—¡Cacomixtle! ¿Pero tu nombre de bautismo?
—De ese ya ni me acuerdo: Cacomixtle, y no más, hasta mañana a la hora del desayuno, y silencio....
—Adiós.
Cacomixtle salió de la Diputación alegrísimo y silbando un son de su tierra que ningún muchacho de México conocía.

XI.

LA CENA Y EL DESAYUNO.

Cacomixtle llegó de vuelta a la casa cerca del anochecer.
Don Celso no había salido, y parecía dispuesto a no salir, porque había dejado la levita, poniéndose el chaquetón de dril blanco que le servía como de bata, y unas viejas chinelas de orillo.
—¿Ya estás de vuelta?—dijo al muchacho.
—Sí, señor.
—¿Qué dicen esas mujeres?
—Nada: lloran mucho.
—¿Tú conociste a alguna?
—No, señor; no me acuerdo de ellas.
—Bueno: anda, deja los trastos, y mañana temprano les llevas el desayuno, a las siete, ¿lo entiendes?
—Sí, señor.
Cacomixtle entregó las dos canastas a Pilar.
—Nada comieron—dijo la vieja quitando las servilletas que las cubrían.
—Nada: si no más lloran.
—Ya se alegrarán—dijo Ramona.
—Ahora tú toma tu merienda—dijo Pilar al muchacho; y le dió una taza de atole y un pedazo de pan del mismo que venía en las canastas.
Cacomixtle se sentó haciéndose el estúpido, en la puerta de la cocina: las dos viejas platicaban preparando la cena.
—¡Ah! ¡qué guerra le ha dado esta Alejandra al señor! —decía Ramona.
—Pero ahora—contestaba la otra—ya la tiene segura: ella será brava; pero al amo no le gana.

—Como que el señor es terco.

—Y afortunado. ¡Ah! si usted viera qué gangas ha tenido.... Pues ahí donde usted le ve, ha tenido muchachas como unas rosas, y copetonas; vaya, como yo le he visto tantas..... pero eso sí se lo agradezco, y Dios se lo ha de pagar, que tiene conmigo tanta confianza, que en todos sus empeños de mí se vale, y la verdad que paga muy bien.

—¡Oiga! ¿eh? ¿paga bien?

—Sí, no se amarra la bolsa para nada: consígale usted su gusto, y nada le niega; pero eso sí, la única caidita que yo le conozco, son las mujeres; y cuidado, que hace como quince o veinte años que le sirvo.

—¿Tanto así, eh?

—¿Pues no? Y siempre le he visto muchachas muy chulas; la verdad, eso sí, le alabo el gusto. Si usted viera, me acuerdo como si fuera hoy, de una señorita rica y preciosa como una perla, que nos fuimos a sacar una noche, y era casada, y tenía dos niños. Al principio lloraba mucho, ¡pobrecita! Se llamaba Matilde: es la que más le ha durado al amo.

—¿Y qué le sucedió?

—La buscamos una noche, y anda vete; creo que se fué porque le vió al amo otra.

—¿Y qué dijo el señor? ¿se enojó?

—Bonito es él para enojarse por eso. Me dijo: Pilar, se fué Matilde; me alegro, porque ya me había cansado.

—¿Y los niños?

—Los repartí yo desde que llegó a casa la madre. El amo me dijo: A ver a quién das esos muchachos, que me estorban.

—¿Y se murieron?

—No; yo sé dónde están, pero el amo nunca me ha preguntado por ellos.—Cacomixtle, ve a poner la mesa para la cena, que es tarde, y el amo cena temprano cuando no sale.

Cacomixtle, edificado con la conversación, comenzó a poner la mesa, pensando en la suerte que le esperaba a Alejandra.

Un mantel sucio con manchas de chile, roto en algunas partes, platos y vasos muy ordinarios, y una botella con pulque.

Dieron las ocho, y don Celso gritó:

—Pilar, la cena.

Pilar entró con el primer platillo, y se quedó según su costumbre, parada junto a la mesa, dando conversación a su amo.

Cacomixtle entraba y salía procurando estar más tiempo en el comedor que en la cocina, para enterarse de la con-

versación y llevarle a Alejandra noticias al día siguiente, como se lo había prometido.

—¿Pero ya la muchacha está conforme con usted?—decía Pilar.

—No está, pero estará mañana, que es lo mismo,—contestó don Celso.

—¿De su voluntad?

—¡Oh! no; eso para mí es lo mismo, si no quiere, ya encontraré medio de obligarla.

—¿Cómo?

—Muy fácilmente, Cacomixtle, otra cosa.

Cacomixtle conoció que tenía que salir en un momento muy interesante; pero no había remedio, quedarse era sospechoso; corrió a la cocina, y cuando volvió, Pilar decía:

—Eso es, ella, por miedo de que fusilen a la madre, no se resiste.

—Cabal.

—Pero ¡qué! ¿la fusilarán?

—No seas tonta: ¿cómo la iban a fusilar? ni hay por qué; pero ella no lo sabe, y cuando salgan, ya todo pasó, y no me importa que lo sepa.

—¿Pero lo creerá ella?

—Ya lo creo, vaya.

—¿Y luego se las trae usted acá?

—Puede que no; porque mañana luego que salga yo de verla, me voy a saber la resolución de Inesita, que creo que será buena, y esa sí me la traigo aquí por unos días.

Don Celso acabó de cenar; se dirigió a la recámara seguido de Pilar que llevaba una vela ardiendo; Cacomixtle quitó la mesa, y una hora después la casa estaba ya en silencio.

Al día siguiente, daban las siete de la mañana y Cacomixtle salía con los dos canastos como la víspera, y se dirigía para la Diputación.

Entregó el desayuno a Margarita, y se pasó al cuarto en que estaba Alejandra.

—Buenos días, Alejandra.

—Cacomixtle, ¿cómo te va? ¿qué noticias me traes?

—Muy buenas; anoche, en la cena, estuvieron hablando don Celso y Pilar.

—¿Quién es Pilar?

—La vieja que le cuida y que le ayuda en sus maldades, porque él es muy malo, muy malo.

—¡Ah! bien lo sé; ¿y qué decían?

—Según pude entender, que la iban a amenazar a usted con fusilar a su madre, si no condescendía.

—¡Dios mío! ¡qué gente tan infame!—decía Alejandra llorando.

—Pero no tenga usted cuidado, porque son mentiras.

—¿Cómo han de ser mentiras, hijo? si ya me amenazó ayer, y dijo que hoy me había yo de resolver.

—No, si no digo que sean mentiras que han de amenazar a usted, sino que son mentiras que fusilen a la señora, si usted no quiere a don Celso.

—¿Y eso cómo lo sabes?

—Muy bien; porque Pilar preguntó, que si de veras fusilaban a su madre de usted en caso de que no consiguiera nada, y don Celso le dijo: tonta, si eso no es más que espantarla. ¿Cómo habían de fusilar a esa mujer? Ni hay por qué.

—¿Eso dijo?

—Eso.

—¿Es la verdad? ¿no me engañas? júramelo.

—La verdad, se lo juro a usted.—Y el muchacho hizo con la mano la señal de la cruz, y la besó.

—¿Entonces qué haré?

—Resístase usted, pero no se dé por entendida, porque nos perdemos los dos.

—¿Y si hace algo a mi madre? ¿y si de veras la fusilan?

—No tenga usted miedo; no le hacen nada; usted estése firme, y yo le diré lo que haya; por ahora desayúnese usted bien, ya que no hay cuidado.

—Alejandra se desayunó más tranquila.

—A las doce viene don Celso,—dijo Cacomixtle.

—¡Qué miedo le tengo!

—¡Qué miedo, ni qué miedo: firme.

—¿Ya te vas?

—Sí, no me vayan a extrañar.

—¿Trajiste el lápiz y el papel?

—No he podido, hasta el medio día que venga yo.

—No se te olvide.

—No; hasta luego.

El muchacho recogió las dos canastas y volvió a la casa.

A las once y media entraba don Celso a ver a Alejandra.

—Buenos días, hija; ¿cómo ha ido? ¿se ha dormido bien?

Alejandra no contestó.

—Bueno; estamos enojados: eso no durará ya mucho; ¿es verdad, vida mía? y llevó su mano a la cara de Alejandra para hacerle un cariño; la muchacha le rechazó bruscamente.

—Vamos, a tí es necesario tratarte mal, ¿qué resuelves? Se ha cumplido el plazo: o salgo de aquí feliz, o tu madre sale al cadalso.

—Es usted un malvado.

—Malvado o no, tú no tienes más remedio que ser mía, porque no te creo capaz de dejar morir a doña Margarita que es joven todavía y te quiere mucho la pobre. Ya creo que vas a decirme mil denuestos, pero que maldiciéndome una y mil veces, vas a caer en mis brazos. Haces bien, resístete, enfurécete; así estás más encendida de color, más bonita, gozaré más. Esas resistencias nos agradan más a los hombre de mundo, y de buen gusto, porque nos exaltan más; pero ya verás qué contenta te pones dentro de pocos días; me vas a querer mucho; así ha pasado con muchas: no soy tan malo; no es el león como lo pintan.

—Señor, salga usted de aquí, por última vez. Estoy resuelta a todo antes que a volver a ver a usted; le aborrezco.

—¿Decididamente?

—Sí, y mil veces sí.

—Tú sabes lo que haces: me voy; ya verás los resultados; si te arrepientes, mándame llamar; ya dejo orden para que si me necesitas, me vayan a avisar.

Don Celso salió, y se dirigió al cuarto de Margarita.

—Señora,—le dijo secamente, si quiere usted escribir a su hija, tienen orden de darle a usted papel y tinta, avísele usted que hay orden de fusilar a usted por espía de los bandidos.

Margarita cayó como herida de un rayo.

Dos horas después, Alejandra recibía una carta de su madre, despidiéndose porque iba a morir.

Imposible sería describir la angustia de la pobre niña, ¿para qué había creído a Cacomixtle?

Cualquier sacrificio le parecía pequeño tratándose de salvar la vida de Margarita.

Tocó la puerta y dijo al cercelero.

—Hágame usted favor de que busquen a don Celso inmediatamente; que venga luego, luego.

—Sí, señora: hay orden de buscarle cuando usted lo necesite.

Don Celso había ido a casa de Inés, donde pasó la última escena que hemos visto y en la que Valdespino perdió la última esperanza, y el enviado de la cárcel no le encontró por eso en su casa.

A las dos se abrió el separo, y un carcelero entregó a Alejandra la canasta con la comida: Cacomixtle no había ido.

Esa circunstancia hizo confirmar los temores de Alejandra: el muchacho la había burlado cruelmente.

Alejandra temblaba: aquel sacrificio que le parecía tan cruel, le deseaba ahora; anhelaba caer en brazos de don Celso, para salvar a Margarita. Daban las cuatro y Valdes-

pino no podía tardar, y Alejandra esperaba a su verdugo, como si esperara a su amante; estaba resuelta.

XII.

POR QUE CACOMIXTLE NO LLEVO LA COMIDA.

Cacomixtle llegó a la hora de costumbre a la Diputación, con las canastas de la comida.

Al subir las escaleras de la cárcel, vió en uno de los tramos a un general bajo de cuerpo, de grandes bigotes, ojos claros y de movimientos rápidos como todos los hombres de genio violento, que hablaba en un gran grupo de oficiales que le escuchaban con el mayor respeto.

Cacomixtle se atrevió a preguntar quién era, y le dijeron que aquel hombre era el general O'Horán.

El muchacho tuvo una idea brillante, una verdadera inspiración.

En un momento subió las escaleras, entregó las dos canastas en la alcaidía, encargando que las metiesen porque él tenía que hacer, y bajó a donde estaba todavía O'Harán hablando con los oficiales.

Por esto el carcelero llevó a Alejandra la comida, y por esto ella, que no vió al muchacho, pensó que la había engañado.

Cacomixtle se dirigió resueltamente a O'Harán, atravesando el círculo de oficiales, que le miraban asombrados de su audacia.

—¿Qué quieres?—le dijo un comandante.

—Quiero hablar al señor general.

—A ver ¿qué hay?—dijo O'Horán.

—Señor, vengo a ver a usted, señor, porque mi hermana y mi madrecita están aquí presas,, y usted puede dar la orden de que me las dejen libres.

—¿Y por qué me vienes a ver a mí?

—Porque me han dicho que usted es muy bueno, y porque me nació del corazón.

—A ver, señor capitán,—dijo O'Horán a uno de sus ayudantes: pregunte usted en la alcaidía por qué están presas esas mujeres, y a disposición de quién.

—¿Cómo se llaman?—le dijo el oficial a Cacomixtle.

—Margarita y Alejandra.

—Anda con él,—dijo O'Horán al muchacho.

—No, señor; porque el alcaide es muy malo, y si no consigo nada, me va a coger entre ojos, y ya no me va a dejar ver a mi madrecita.

—¿Cómo no has de conseguir nada?—dijo uno de los oficiales, por adular al general: ni sabes a qué sombra te has arrimado.

—Mi general,—dijo el ayudante volviendo de la alcaidía, —están a disposición del señor general en jefe, y no se sabe por qué; nada más que uno de los jefes de la policía secreta dijo que estaban reencargadas: llevan ya varios días.

—¿Ya lo ve usted, señor?—dijo el muchacho.

—¿Ya lo ves?—dijo el general,—nada puedo hacer yo.

—Conque usted quisiera, pero no quiere.

—Pero si es orden del general Márquez.

—¡Vaya! con una palabra de usted, todo estaba hecho, pero usted no quiere; ¡pobre de mi madrecita!—Y el muchacho se puso a llorar.—Si yo fuera general no le haría yo a usted eso.

—¿Han visto ustedes qué muchacho tan audaz? Me gusta por eso.—Ven, yo te conseguiré la orden; el general debe estar en palacio.

O'Horán era hombre que tenía continuamente esta clase de rasgos; montó a caballo, y el Cacomixtle echó a andar tras él.

Márquez estaba en palacio; y el muchacho, conducido por O'Horán, entró a una antesala donde esperó tres horas largas.

Don Celso había vuelto a su casa furioso por el mal resultado de su última entrevista con Inés; sus ilusiones se habían desvanecido como el humo, y solo pensaba ya en el modo de vengarse, no sólo de Pablo, sino de Inés. Había jurado verla muerta antes que en brazos de otro hombre, y don Celso no era el que dejara de cumplir semejante juramento.

No quiso hablar con nadie; se encerró en la sala de su casa, dió orden de que cuantos le buscasen, se les contestara que no estaba, y se puso a pasear a lo largo de la sala.

Cinco o seis veces el que iba de la Diputación con el recado de Alejandra, se volvió sin haberle podido hablar.

Don Celso no pensaba sino en el desaire que había sufrido de Inés; de repente se acordó de Alejandra.

—¡Vaya!—dijo, esta sí és seguro que caerá, y esto me distraerá algo: es tan bonita como la otra; y aunque no tengo por ella el mismo capricho, porque ya la veo segura, no por eso deja de ser un bocado de cardenal.—Pilar, Pilar.

—Señor.

—¿Me ha buscado alguien?

—Sí, señor, uno que ha venido lo menos seis veces de la Diputación; pero como usted....

—¡Qué tontera! ¿y por qué no me han avisado?

—Como usted dijo que se contestara a todos que no estaba.....

—Pero a este no.... ¡Ah, Inés, Inés! por tí perderé este otro negocio..... Quizá se arrepienta la muchacha por no aprovechar yo la oportunidad.—¿Y a qué hora vino la última vez?

—Hace muy poco.

—¿Y qué dijo?

—Le dejó a usted esta carta.

—¿Y por qué no me la dabas?

Don Celso abrió la carta; estaba escrita por Alejandra, y en estos términos:

"Señor don Celso: Estoy resignada a todo; puede usted disponer de mí; venga usted a la hora que quiera, o mande usted que vaya a donde lo disponga, pero salve usted a mi madre.—ALEJANDRA."

—Mi capa,—gritó don Celso guardando la carta;—mi capa y mi sombrero; pronto, Pilar.

La vieja, mirándole tan alegre, llevó la capa y el sombrero diciéndose:

—¿Ya cayó Alejandra?—preguntó.

—Sí; dispones todo lo necesario, buena cena, vino, todo, porque voy a traerla en un coche. A la oración estaremos aquí. Por ahora olvido a la Inesita, pero ya nos veremos, ya nos veremos. ¡Ah! que vaya Cacomixtle a comprar velas de esperma.

—Cacomixtle no ha vuelto desde que llevó la comida.

—Se andará paseando; pero hoy no lo regañen, porque hay indulto; estoy de enhorabuena.

Don Celso salió a la calle tropezándose por ir aprisa, y Pilar, ayudada de Ramona, comenzó a disponer una cena suntuosa.

—¿Qué le decía yo a usted?—decía Pilar.

—La verdad, que el señor es afortunado, porque esa muchacha está como una plata; en nuestra tierra le decían la flor de la costa. ¡Ah! si mi Lalo viera esto, ¡qué contento se pondría!

Y Ramona lloraba hipócritamente.

Valdespino llegó jadeando a la Diputación. Era ya cerca del anochecer, y comenzaban los guardas nocturnos a encender los faroles.

—Señor alcaide, ábrame usted el separo de esas mujeres.

—¿Qué mujeres, señor?

—Esas dos que trajeron el otro día y a las que he estado viniendo a ver: Margarita y Alejandra.

—Señor, ya no están aquí; han salido.

—¡Han salido!—dijo asombrado don Celso; ¿y a dónde han salido?

—¡En libertad!

—¿En libertad? ¿y de orden de quién?

—Del señor general Márquez. Mire usted la orden.

—Pero esto es increíble. Usted las habrá dejado comunicar.

—Con nadie absolutamente.

—¿Y a qué hora han salido?

—Hará media hora. Yo creía que era cosa de usted, porque el mismo muchacho que venía con la comida, trajo la orden de libertad.

—¡Infame Cacomixtle! Ha jugado conmigo, pero él me la pagará.

Valdespino, burlado en sus esperanzas por segunda vez, volvió a su casa, teniendo vergüenza hasta de la misma Pilar.

Al llegar al corredor, vió la mesa dispuesta, las luces, todo esperando, y la vieja salió con zalamería a recibirle.

—Señor, todo está listo: ¿viene ya la muchacha?

—El infierno es lo que viene,—contestó Valdespino entrando en su recámara.

—¿Qué habrá sucedido?—dijo Pilar muy quedo a Ramona.

—Algo muy malo, porque el señor viene muy enojado. Nunca le he visto así: ¿qué haremos?

—Pregúntele usted.

—Yo no me arriesgo.

—Pues yo menos.

—Pero las velas se están gastando de valde. ¡Qué caramba! yo le pregunto.

Pilar entró muy poco á poco a la recámara, procurando no hacer ruido.

Valdespino se había tirado sobre la cama, y ocultaba el rostro entre las almohadas; la capa y el sombrero estaban en el suelo.

Pilar tuvo miedo, pero estaba ya dentro y no podía retroceder.

—¿Señor?

—¿Qué cosa?

—¿Quito la mesa, o cena usted?

—Haz lo que se te antoje, pero no me molestes.

Pilar iba ya a salir, cuando Valdespino la llamó.

—¡Ah! oye. Cacomixtle no ha venido ¿es verdad?

—No, señor.

—Pues ese bribón es el que ha llevado la orden de libertad con la que se ha escapado Alejandra.

—¿Se ha escapado? ¿y cómo?

—No sé. No tengo ganas de platicar; vete, y que nadie entre.

La vieja salió espantada, porque todavía al cerrar la puerta, oía el rechinido de los dientes de su amo.

Cacomixtle esperó en la antesala de Márquez hasta las cinco. A esa hora la puerta se abrió y un ayudante de O'Horán, el mismo que había subido en la Diputación a ver al alcalde salió trayendo un gran pliego con una cubierta amarilla.

—Toma—le dijo al muchacho—aquí está la orden: dice el general, que la lleves tú mismo para que te entreguen a tu madre y a tu hermana.

Cacomixtle tomó el pliego, y salió corriendo. El alcaide leía un libro descansadamente; abrió el pliego, lo leyó, y sin decir nada, se dirigió a los separos.

Margarita oyó sonar la llave, y casi se desmayó: creía que iban por ella para fusilarla.

—Salga usted—dijo el alcaide.

—¿A dónde?—preguntó la pobre mujer.

—En libertad.

Margarita no podía comprender lo que pasaba.

Cacomixtle se acercó a ella, y al abrazarla, la dijo:—yo he conseguido la orden de libertad. Vámonos pronto, que importa: yo le contaré a usted despacio todo.

—¿Y Alejandra?

—Vamos por ella.

Alejandra impaciente esperaba a don Celso: le había mandado muchos recados, y mirando que no iba, se atrevió a escribirle la carta que hemos visto: cada momento que pasaba se le figuraba a la pobre niña que era el momento irreparable que decidía de la suerte de Margarita.

Sonó la llave, y se corrió el cerrojo: Alejandra creyó que era don Celso, y el rubor encendía su rostro: tembló, y se cubrió la cara con ambas manos: oyó entonces los pasos de un hombre, y más se confirmó en que era don Celso; sintió dos brazos que la estrechaban y se estremeció de vergüenza y de horror.

—¡Alejandra, hija mía!—dijo Margarita.

—¡Madre!—dijo Alejandra abrazándola.

—Vámonos: estamos libres las dos.

—¿Pero cómo?

—No lo sé.

—Vámonos pronto—dijo el Cacomixtle: no hay que perder tiempo.

—Pues vamos,—contestaron las mujeres, dejándose llevar. Salieron a la alcaidía.

—¿Y los equipajes?—preguntó el Cacomixtle.
—De esos no habla la orden—contestó el alcaide.
—Pues que se queden.
—Llévate tus canastas.
—Volveré por ellas luego.
Lo que Cacomixtle deseaba era verse en la calle: comprendía que aquello era casi un milagro, y por eso bajaba precipitadamente las escaleras, seguido de las dos mujeres, temblando de encontrar a don Celso. No sabía a dónde dirigirse; pero importaba alejarse de la Diputación por un rumbo contrario al de don Celso.
Siguió andando maquinalmente, y cuando sonó la oración y se encontró en la plazuela de San Juan, se detuvo; volvió a mirar a las dos mujeres, y dijo lanzando un suspiro de satisfacción:
—¡Nos hemos salvado!

XIII.

EL CONSEJO DE FAMILIA.

Leonor, afectada por las violentas emociones que había sufrido, cayó en cama, presa de una ardiente calentura. Don Juan comprendiendo la inocencia y la pureza de aquella alma, tenía por la joven un cariño verdaderamente paternal, y no se separó de la cabecera de la enferma durante diez días, que duró aquella crisis.
Leonor comenzó a restablecerse, pero en todo el tiempo de la convalecencia, nadie quiso hablar de lo que había pasado, apesar de que ella inició varias veces la conversación.
Don Plácido fué a vivir a la casa de Caralmuro, y los dos pasaban largas horas hablando de Alejandra y proyectando los medios de encontrarla.
Si la ciudad no hubiera estado cercada de las fuerzas republicanas, Caralmuro habría enviado correos y comisionados por todas partes, en busca de su hija; hubiera tal vez salido él mismo; pero el sitio se estrechaba cada vez más, al grado de que comenzaban a escasearle al pueblo los alimentos.
En tal situación, hubiera sido locura emprender nada; y Caralmuro determinó, aunque contra toda su voluntad, esperar a que pasaran de alguna manera, aquellos acontecimientos.
Entre tanto, Leonor estaba ya casi buena, e insistiendo ca-

da día más en hacer una averiguación respecto de su origen.

Don Juan conoció que tenía razón, y una mañana llamó a don Plácido y a Leonor, y haciendo entrar a doña Salvadora, se encerró con ellos en una pieza.

La vieja temblaba como si estuviera delante de la Corte Marcial.

Leonor, pálida y conmovida, apartaba los ojos de ella con un profundo desdén.

—Siéntese usted—dijo don Juan a doña Salvadora, presentándole un sillón.

La vieja obedeció.

—Ahora—continuó don Juan—es necesario que nos refiera usted con toda verdad cuanto sepa acerca del nacimiento de Leonor, y que conteste a todas nuestras preguntas, sin ocultarnos nada absolutamente, aun de aquello en que usted haya tenido parte en esa trama urdida para hacer pasar a Leonor por hija mía; de lo contrario tendré necesidad de dar un paso que no será muy del agrado de usted, porque irá a contestar esas preguntas delante de un juez de lo criminal.

—Señor, por María Santísima—dijo la vieja, queriendo arrodillarse—no me pierda usted; haré lo que me digan, lo confesaré todo.....

—¿Todo?

—Todo, señor.

—¿Sin ocultarme nada absolutamente?

—Nada, señor, nada, se lo juro a usted.

—Bueno: pues comience usted. En primer lugar, dígame usted ¿quiénes son los padres de Leonor?

—No lo sé, señor, no lo sé.

—¡Cómo! ¿pues no me ha dicho usted que desde muy niña, estaba a su lado?

—Sí, señor; pero yo la recibí sin saber quiénes eran sus padres.

—Pues cuénteme usted eso.

—Hace muchos años que tenemos amistad con una señora que se llama Pilar, y que servía de ama de llaves, y ahora está allí todavía sirviendo, en la casa de un señor don Celso, que hoy vive en la calle de Montealegre.

—Le conozco: es el mismo que ha traído a ustedes aquí.

—Sí, señor.

—Siga usted.

—Un día nos fué a ver la señora Pilar, porque entonces éramos dos hermanas que nos manteníamos, como siempre, de cuidar las velaciones de las iglesias; es decir, éramos encargadas de recoger las limosnas de los hermanos de la Ve-

la Perpetua; y cuando alguna persona no podía ir a velar, nos pagaba porque una de nosotras velara en su lugar, y así nos íbamos manteniendo. Pues como le iba yo diciendo a usted, un día fué doña Pilar a vernos a mi hermana y a mí, y nos dijo:—''Ahí tengo unos huerfanitos que yo quisiera que ustedes recibieran, porque ya en la casa donde están, no los pueden tener: son un niño y una niña, pero muy bonitos.'' Doña Pilar—contestó mi hermana:—''si nosotras estamos pobres: apenas nos alcanza para nosotras.''—''Miren ustedes''—dijo ella—''que Dios da ciento por uno, y nadie pierde la caridad que hace por un huérfano: mañana tal vez aparezcan los padres de estos niños, que deben ser muy ricos; y ya ustedes verán cuánto les va a producir este sacrificio que hoy hacen por Dios. Mañana o pasado, la muchacha, que va a ser muy bonita, puede tener alguna buena suerte con algún rico; con que ya verán entonces, si Dios les da o no, ciento por uno. No sean tontas. ¡Cuántos conozco yo que dieran lo que no tienen, porque les dieran una muchacha tan bonita, como va a ser ésta! ¡Ay hijas! ustedes no saben todo el partido que se puede sacar de una muchacha bonita, teniéndola una, así como quien dice a su disposición. Hoy todavía están ustedes fuertes, y pueden trabajar; más adelante, ¿quién sabe? Cuando ya sean viejas, si esta muchacha se logra, entonces ''no por tu ventana, sino por tu dama;'' en las palmas de las manos las traerán a ustedes, y nada les faltará. Con que decídanse.—Mi hermana me miró. Aquellas palabras me habían impresionado tanto que me parece que todavía las estoy oyendo.—''Bueno''—dijo mi hermana—''Pero, y el hombrecito, ¿qué haremos con él?''—''No les faltará a ustedes que tienen tantos conocimientos, una persona a quien dársele. Además les debo advertir, que el señor que tiene ahora a los niños, da cien pesos a la persona que quiera recogerlos. Con que, ¿estamos convenidas?''—''Sí''—contestó mi hermana, que desde el principio había llevado la voz.—Se fué doña Pilar, y al otro día fué por nosotras en un coche del sitio; nos llevó a la plazuela de Loreto, y nos hizo entrar en una casita; allí había una señora muy bonita, que debía ser madre de los niños, porque lloraba muchísimo; pero no se resistió a entregarlos: cargamos con ellos, recibimos los cien pesos y nos volvimos a nuestra casa.

—Pero aquella casa, ¿de quién era?—preguntó don Juan.

—Ni lo supimos entonces, ni lo hemos sabido hasta ahora—contestó doña Salvadora.—Como nosotras nos habíamos convencido de que era un buen negocio tener a la niña, determinamos quedarnos con ella.—Doña Pilar nos dijo que se llamaba Leonor; que como usted vé, es el nombre que

hasta ahora lleva. Mi hermana tenía mucha amistad con una señora doña Joaquinita, que era hermana de un vicario que estaba en Tacubaya. El padre y su hermana eran muy buenos, y se hicieron cargo del niño, y no he vuelto a saber más de él. Nosotras seguimos criando a Leonor, le cobramos cariño de hija, y ya usted ve.

—Está muy bien. Ahora dígame usted: ¿cómo ha sido esto, de venir y presentarme a Leonor como a mi hija?

—Se lo voy a contar a usted todo, pero por Dios no me vaya usted a hacer algo.

—No tenga usted cuidado: le he dado mi palabra de que si me dice la verdad, no tendrá que sentir, y se la cumpliré.

—Pues yo no había vuelto a ver desde entonces a doña Pilar. Un día, hace poco, me la encontré por Catedral.—¡Qué gusto—me dijo—que la he encontrado a usted! La deseaba yo como la salvación.—Pues aquí me tiene para lo que guste mandarme.—Dígame usted: ¿todavía tiene usted aquella niña que yo le dí?—¡Qué! ¿ya parecieron sus padres? le pregunté yo.—No; pero ahora la necesitamos para hacer un buen negocio.—Todavía vive, y está muy grande y muy bonita.—¿No se ha casado?—no; es la doncella más guapa que hay en México.—¿Puede usted verme esta tarde, porque le conviene mucho?—¿A qué hora?—A las cinco. —Allá iré.—Me dió las señas de su casa, y a las cinco ya estaba yo allí. Entonces me habló francamente, y me dijo que su amo necesitaba una muchacha bonita, doncella, como de diez y seis años, para presentarla a un señor muy rico, como su hija. Como ella me aseguró, que no llevaba malas intenciones con la muchacha, y que iban a labrar su felicidad, y la mía, yo convine. Llegó después el señor don Celso: nos arreglamos; fué al otro día a mi casa; me dijo todo lo que había de hacer, y ya está.

—Pero usted ¿ha estado alguna vez en la Costa? ¿sabe por allá?

—No, señor, nunca.

—Pues entonces, ¿cómo sabía usted o cómo sabe tantas cosas de por allá?

—Porque don Celso me llevó a un hombre y una mujer que son de la Costa, y que vinieron con él: es un herrero, que por allá le decían el tío Lalo.

—¡Tío Lalo!—dijo levantándose violentamente don Plácido. Dígame usted: ¿la mujer de ese hombre se llama Ramona?

—Sí, señor.

—¿Tienen un huérfano que le dicen Cacomixtle?

—Sí, señor.

—¿Es un hombre alto, chato, con muchos hoyos de viruelas?

—El mismo, señor, el mismo.

—¡Ah, señor don Juan! ¡qué rayo de luz ha sido éste! Es necesario buscar a ese hombre; pero buscarle sin perder un momento.

—Pero explíquese usted—dijo don Juan, admirado de la repentina exaltación de don Plácido.

—¿Que me explique? Pues la cosa es clara: ese hombre, ese infame, ese tío Lalo, ha sido el cómplice, el auxiliar más poderoso que tuvo el malvado padre Bernal para robarse a Alejandra. Todo esto lo he sabido por el padre don Antonio, por el cura de San Luis, que pretendió impedirlo.

—¿Pero quién es ese padre Bernal, y en dónde está?—preguntó don Juan.

—Ya le he dicho a usted, que desapareció de la costa llevándose seguramente a Alejandra; que no era sacerdote, y que su verdadero nombre era otro; y el padre Antonio no me lo quiso revelar, porque me dijo que era un secreto que no le pertenecía y que le había sido confiado casi bajo el sigilo sacramental, sin permiso de decirlo más que al mismo padre Bernal; y yo he visto al padre Antonio prohibir severamente que descubriera este secreto, que había sorprendido por casualidad, a Roque, el sacristán de su parroquia.

—Pero es necesario descubrir a ese tío Lalo,—dijo don Juan:—¿dónde vive?

—Señor—contestó doña Salvadora—; vivía en la misma casa que nosotros, en la calle de la Merced, en la casa del Pueblo.

—Esta misma tarde le buscaré.

—¿Y mi hermano?—dijo Leonor—hablando por la primera vez en aquella grave conferencia—¿cómo se llamaba? ¿a quién se le entregó usted?

—Mi hermana se lo dió a la señora doña Joaquinita, hermana del padre don Antonio Ruiz, que era cura de Tacubaya: el niño se llama Jorge.

—Jorge, el padre Antonio, doña Joaquinita...... Los conozco, don Juan, los conozco,—dijo don Plácido.

—¿Los conoce usted? ¿dónde están? ¿Dónde está mi hermano? Dígame usted, por Dios.....

—Señorita, el padre Antonio y su hermana estaban en San Luis: el padre Antonio era el cura de allí; y en cuanto a Jorge, había tomado las armas, y supimos que andaba con el coronel Nicolás Romero.

—¡Ah!—dijo don Juan,—entonces ya le conozco; le conoces tú también, hija mía.

—¿Yo le conozco?—preguntó espantada Leonor.

—Sí; ¿te acuerdas de aquel joven que acompañó a Eduardo Murillo y a su padre, cuando vinieron a comer aquí?

—Sí, sí me acuerdo.

—Pues bien, ese es.

—¡Ese es! ¿Pero cómo lo sabe usted?

—Muy bien; porque ahora recuerdo que cuando ese don Celso volvió de la Costa, me trajo entre unos certificados que servían de base a sus maquinaciones, uno firmado en el pueblo de San Luis, por el padre Antonio. Jorge estaba aquí casualmente. Entonces yo le pregunté si conocía la firma; y él me contestó que el padre Antonio Ruiz le había recogido desde muy niño, y le había educado. Y no hay duda, él es.

—¡Dios mío!—decía Leonor. Y yo he estado al lado de mi hermano, sin conocerle. ¿Por qué no me avisaría el corazón? Si él estuviera aquí, trabajaría y muy pronto encontraríamos a nuestros padres.

—Y no cabe la menor duda,—continuó don Juan,—porque este Jorge de quien hablo, era oficial de Nicolás Romero.

—¿Y en dónde estará?—preguntó Leonor.

—No lo sé en este momento, porque él nunca me ha escrito; pero hay un modo muy sencillo de averiguarlo: yo le preguntaré a Murillo en dónde está su hijo, y allí debe estar Jorge.

Apesar de la excitación en que estaba Leonor, sintió una especie de placer, considerando que iba a tener noticias de Murillo, por quien ella tenía tanta ilusión; pero después se estremeció al pensar, que si como hija de Caralmuro podía llegar a tener alguna esperanza de ser la esposa de Eduardo, ¿quién sabe ahora, huérfana, sin nombre y salida de entre aquella gente tan miserable como la que la había educado, si Eduardo se atrevería siquiera a pensar en ella?

—Por ahora—dijo Caralmuro—es necesario guardar el más profundo secreto de todo lo que se ha descubierto aquí; porque ese don Celso, que con tanta astucia me ha engañado, pudiera muy bien, por temor de verse descubierto urdir, alguna nueva trama, que nos impidiera seguir el hilo de las importantes revelaciones que hemos adquirido. Al mismo Mondragón es necesario ocultárselo: lleva con don Celso una amistad íntima y muy antigua, y tal vez con la mejor buena fe del mundo pudiera hacernos un perjuicio: yo meditaré el modo de arrancarle una confesión a la vieja Pilar, para descubrir a los padres de Leonor; y buscaremos al tío Lalo y a ese padre Bernal, y los encontraremos, aunque sea debajo de la tierra. Y usted, señora Salvadora, mucho cuidado con decir una sola palabra; porque si por conducto

de usted, alguna cosa se llegara a saber, yo sabría castigarla de una manera terrible. ¿Lo entiende usted? terrible.

XIV.

UNA CONFIDENCIA IMPRUDENTE.

Don Celso se había tornado más sombrío, desde aquel día fatal en que Inés le había anunciado su resolución de casarse con Pablo, y que Alejandra se escapó de entre sus garras. Salía muy poco a la calle: sin embargo, no dejaba de ir a la casa de Inés, fingiendo a ella y a Pablo la amistad más franca y desinteresada.

El matrimonio debía verificarse de un momento a otro, y don Celso tomaba ya sus providencias. El deseo más innoble de venganza devoraba su corazón, y estaba decidido a ver morir a Inés antes que permitir que fuese esposa de Pablo.

El sitio era cada día más estrecho, y comenzaba a haber por todas partes gritos, tumultos, y murmuraciones: las tropas se apoderaron de cuanto depósito de semillas, grandes o pequeños, llegaron a descubrirse en la ciudad.

Los austriacos entraban a mano armada a cualquier habitación, recogiendo cuanto encontraban, en clase de víveres, sin respetar ni los de las familias particulares.

Don Celso, perteneciendo a la policía, no solo estaba garantizado de aquellas exacciones, sino que él mismo bajo de cuerda, las aconsejaba algunas veces, sacando de allí todo lo que necesitaba para el uso de su casa. Así es que su despensa era indudablemente una de las mejor provistas.

Hacía varios días que don Celso y Mondragón no se habían encontrado, y por esto Valdespino no estaba al tanto de nada de lo que había ocurrido con Leonor en la casa de Caralmuro.

Una tarde, don Celso sintió que le tocaban el hombro, al volver de la casa de Inés.

—Amigo don Celso,—le dijo Mondragón, porque él era quien le había tocado;—¿qué ha sucedido con usted que no se deja ver?

—Estoy tan ocupado, con esto de la escasez de víveres que no me ha sido posible pasar a visitarle.

—¡Pero qué! ¿le han llegado a faltar a usted?

—¡No a mí precisamente; pero tengo que buscar para otras muchas bocas!

—¿Ha sido usted nombrado proveedor?

—No; para los pobres, ya usted sabe.

—Usted siempre tan caritativo.

—No diga usted eso—dijo don Celso, fingiendo ruborizarse.—Vamos andando, y hablemos de otra cosa: supongo que estará muy próximo el casamiento de usted con Leonorcita.

—¡Ay, amigo! ¿pues no sabe usted lo que ha ocurrido por la casa de Caralmuro?

—No: ¿qué ha sucedido?

—Seguramente nada le ha dicho a usted don Juan, por no mortificarle; pero se ha descubierto que la tal doña Salvadora..... ¿la conoce usted? la que hacía de madre de Leonor.....

—Sí, sí la conozco.

—Pues que esa nos ha engañado a todos, a usted a don Juan, a mí, y hasta a la misma Leonor.

—¿Pero cómo?

—Muy fácilmente; porque ni Leonor es Alejandra, ni don Juan es su padre, ni nada de todo lo que nos había contado. Vamos, si yo creía que usted estaba enterado de todo.

—No; pero supongo que don Juan ni un momento habrá sospechado de mí.

—¡Qué locura! Si hasta la misma Leonor que vivía con doña Salvadora, ha resultado inocente de todo.

—¿Y cómo se ha hecho ese descubrimiento?

—Por una casualidad, por una verdadera casualidad; Don Juan encontró en la Iglesia de Jesús María al mismo que había criado a Alejandra, a la verdadera Alejandra, es decir, a su hija; un tal don Plácido.

—¡Don Plácido!—dijo don Celso estremeciéndose y procurando ocultar su palidez.

—Uno de por allá de por la Costa. Y ese fué el que descubrió todo el enredo y el que le dijo a don Juan que ni aquella era su hija, ni había tal cosa. Llamó el amigo Caralmuro a doña Salvadora, y cantó de plano.

—Pero ¿qué dijo esa mujer?

—Nada; que los había engañado a todos. Don Juan ha querido seguir la averiguación, porque está sumamente indignado, pero Leonor está tan enferma de resultas de las emociones de ese día, que don Juan ha resuelto suspender todo paso hasta que ella se restablezca.

—¿Y usted qué piensa hacer?

—Si se confirma la inocencia de Leonor, casarme con ella, para hacer la felicidad de esa pobre niña; y si no, si resultare culpable, hacer todo los esfuerzos para que el castigo caiga sobre todos los culpables.

—Pues que Dios le saque a usted con bien; y aquí me quedo, porque tengo que entrar un momento a mi casa. No

deje usted de contarme cuanto pase en este negocio; ya sabe usted lo que me ha interesado siempre su felicidad; y en cuanto yo pueda serle útil, con confianza.

—Ya lo sé, don Celso.

Los dos se apretaron las manos, y se separaron.

Una nube negra comenzaba a anunciar una tempestad en la existencia de aquel hombre. Doña Salvadora podía decir, o tal vez había dicho ya a don Juan, más de lo que Mondragón le había contado.

Don Juan no le había ido a ver, no le había llamado para pedirle informes: era más que seguro que desconfiaba de él; era más que seguro que había avanzado ya tanto en sus pesquisas, que le consideraba ya, si no como el reo principal, sí al menos como uno de los cómplices de aquella trama inventada para engañarle. Era, pues, preciso, impedir que Caralmuro diese algún paso, al menos mientras él estaba satisfecho de lo que pensaba.

Las circunstancias no podían ser más a propósito.

La escasez de recursos en las cajas del ejército imperial que defendía la ciudad, era cada vez más apremiante; se habían agotado por el general Márquez todos los medios lícitos de proporcionarse dinero. Como nadie creía en el triunfo de los sitiados, ni sus partidarios mismos se atrevían a hacer ninguna especie de desembolso para ayudarlos, teniendo, como tenían, la seguridad de no ser reintegrados.

En aquel estado de cosas, se determinó Márquez a usar de los remedios extremos. Los ricos eran sacados de sus casas, y conducidos a la presencia del general en jefe; allí se les notificaba la cantidad, siempre excesiva, con que habían sido cuotizados, y no se les permitía ni volver a su casa, ni salir de un cuarto, ni aun moverse de un lugar, mientras no se entregaba aquella cantidad.

Ni llantos, ni súplicas, ni ruegos, ni empeños de ninguna clase, valían entonces; y solo la entrega del dinero bastaba para sacar a un hombre de aquella situación.

Pero aun había más: cuando algún rico, sabiendo los atentados que se cometían, procuraba ocultarse, entonces la policía se apoderaba del padre, de la mujer, o de los hijos, haciéndoles sufrir los mismos tratamientos; y llegó el caso de verse a un niño conducido a una trinchera, y expuesto allí al fuego de los sitiadores.

Caralmuro estaba reputado en México por un hombre rico, y don Celso comprendió que por este lado debía dirigir el golpe.

No había que perder un momento: y al separarse de Mondragón, se ocultó en un zaguán hasta que le vió desaparecer, y luego se dirigió en busca del general Márquez.

Una hora después, dos empleados de la policía aparecían en la casa de Caralmuro, notificándole que inmediatamente, en compañía de ellos, se presentara en el Cuartel General.

Don Juan sabía lo que esto quería decir, y comprendía lo que le esperaba. Se despidió de Leonor sin decirle el objeto de su salida; encargó su casa a don Plácido confiándole lo que pasaba; y tomando su sombrero, siguió resignado a los agentes de policía.

Don Plácido quedó con la mayor inquietud. Las horas pasaban unas tras otras, y ni don Juan volvía, ni había la menor noticia suya. Don Plácido no se acostó en toda la noche.

Por fin, a las dos de la mañana oyó llamar fuertemente al zaguán, se asomó al balcón, y a la luz de los reverberos de la calle, vió a un soldado que golpeaba la puerta.

—¿Qué se ofrece?—gritó don Plácido desde el balcón.

—¿Aquí es la casa de don Juan de Caralmuro?—preguntó el soldado desde abajo.

—Sí; ¿qué cosa quería?

—Que aquí traigo una carta de parte suya.

—Pues aguarde un poco, que voy a abrir.

Don Plácido bajó la escalera, hizo abrir el zaguán, y recibió un pliego de manos del soldado.

—Me dijo de palabra,—dijo el soldado,—que mañana temprano le manden la contestación, y que no le lleven ni comida, ni desayuno, ni nada, porque allá tiene todo.

—¿En dónde está?—djio don Plácido.

—En Santiago Tlaltelolco.—¡Ah! se me olvidaba, y me dijo también que me dieran su capa, para llevársela, porque allá hace mucho frío y no tiene con qué taparse.

—Está muy bien.

Un lacayo subió por una capa, se la entregó al soldado, se cerró el zaguán, y don Plácido se dirigió a la sala para leer la carta de Caralmuro.

Era un simple recado, concebido en estos términos:

"Amigo don Plácido. Se exigen por mi rescate cuarenta mil pesos. Estoy seguro de no tener en caja más que la mitad. Vea usted temprano al amigo Mondragón, a ver si se puede hacer el entero mañana mismo. Nada pude conseguir. Estoy seguro de que algún enemigo mío, que no me imagino quién será, trata de arruinarme por este medio. Hombres más ricos que yo han sido cuotizados con menor cantidad. Además, pesa sobre mí la acusación de ser uno de los banqueros de los republicanos. Adiós.—CARALMURO."

Aunque don Plácido, por su antiguo conocimiento con don Juan poseía toda su confianza, por el poco tiempo que llevaba de vivir a su lado, no podía saber ni quiénes eran

sus enemigos, ni cuáles los recursos con que contaba para pagar la suma que se le exigía por su rescate. La carta no le decía más, sino que contaba con veinte mil pesos de la caja, y que se pusiera de acuerdo para el resto, con don Felipe Mondragón; y por muchos deseos que tuviese para activar el término del negocio, era necesario esperar que amaneciera.

Don Plácido se tiró vestido sobre su cama, pero no pudo conciliar el sueño, la noche se le hacía eterna; y a riesgo de pasar por imprudente, a las seis de la mañana entraba en la casa de Mondragón.

XV.

HAMBRE.

El Cacomixtle se encontró en la mitad de una plazuela en compañía de sus dos protegidas, sin saber qué hacer, sin dinero y sin rumbo a donde dirigirse.

Allí fué preciso entonces deliberar con ellas.

—Estamos salvados,—dijo el muchacho. Ahora lo que importa es saber ¿qué hacemos?

—¿Tú para dónde nos llevabas?—preguntó Margarita.

—¿Yo? para ninguna parte: si no tengo para dónde llevarlas.

—Pues entonces, ¿para qué cogiste este rumbo?

—Porque creo es por donde no nos pueda encontrar don Celso.

—¿Quién es don Celso?

—Pregúnteselo usted a Alejandra.

—Madre, es nuestro perseguidor; el mismo que le he dicho a usted que en la costa se llamaba el padre Bernal.

—No le conozco.

—Vaya si no le conoce usted—dijo Cacomixtle—¿quién fué a decir a usted que la iban a fusilar?

—¿Ese?

—Ni más ni menos.

—Pero ¿tú le conocías, Alejandra? Cuéntame....

—Ya se lo contaré a usted otra vez. Por ahora no perdamos el tiempo: son cerca de las siete, y no es bueno a esta hora andar en la calle. Comienzan a encenderse las luces en las tiendas y las mujeres deben retirarse. Vamos a ver a dónde nos vamos.

—Pues a un mesón,—dijo Margarita.

—¡A un mesón! ¿Pero tienen ustedes dinero?

—Yo solo tengo dos pesos,—dijo Alejandra.

—Y yo otro,—agregó Margarita.—Cuanto traía se ha quedado en los baúles.

—Es bastante: con tres pesos podemos pasar sin salir a la calle, tres días; y mientras, a ver qué piensan ustedes. Vamos a buscar un mesón.

Cacomixtle y Margarita conocían algo a México; Alejandra era la primera vez que estaba en la capital, y de la casa de Diligencias había ido a la Diputación, y eso en coche: de manera, que se encontraba como mareada con la afluencia de la gente, con la multitud de luces, con los coches, con el ruido de la ciudad.

Porque en las ciudades grandes, mientras no llega el supremo momento de un asalto general, durante un sitio, mientras por una parte se combate, por la otra se baila y se pasea.

Las fuerzas imperiales y republicanas se cañoneaban por la garita de Belén; y en la Alameda, que dista un tiro de cañón de la línea que ocupaban los defensores de la plaza, las señoras paseaban y se divertían con la mayor sangre fría del mundo, a pesar de que algunas granadas llegaron a reventar encima de la concurrencia.

Alejandra estaba admirada de encontrar, por donde iba, hombres y mujeres, y muchachos, que caminaban a sus negocios, sin cuidarse de las detonaciones de cañón que se escuchaban por todos los lados de la ciudad.

El Cacomixtle era el más conocedor de México, entre los tres; y las mujeres le seguían con la mayor buena fe. Ciertamente que había motivo para ello, porque la astucia y el cariño de aquel muchacho, las acababa de salvar de la Diputación y sobre todo, de las garras de don Celso.

Llegaron a la calle de Mesones, y allí era donde el Cacomixtle estaba seguro de encontrar posada, porque cuando llegó a México por la primera vez en compañía de tío Lalo y de la familia, allí había ido a parar en un mesón; y el Cacomixtle tenía buena memoria.

Había ya dado la oración, y estaba oscureciendo.

Al retirarse la luz del sol, y tender la noche sus alas, hay una superabundancia de vida y de movimiento que es curioso observar.

Entonces reina en las calles una confusión y una especie de desorden, que no comienza sino a esa hora, y que concluye cuando más una hora después.

Los artesanos y las mujeres que salen de sus talleres y de sus trabajos; los hombres de negocios que se retiran a sus casas; los criados y las criadas que se apresuran a comprar las provisiones de la noche; los paseantes y los ociosos, que fastidiados o cansados, vuelven de las calles y de

las plazas; los que buscan en esas fondas ambulantes que se ponen en las esquinas, o en esos cafés improvisados que se plantean en las puertas de algunas tiendas, un refrigerio para su estómago; todos van, y vienen, se encuentran, se chocan, hablan, riñen, se detienen, entran y salen en las tiendas; y todos forman un inmenso rumor, una inexplicable confusión y se agitan, y se mueven, y se cruzan entre la luz que muere y las tinieblas que nacen, como una cosa rara y desconocida.

A esa hora salen, sin saberse de dónde, porque sólo a esa hora suelen encontrarse rostros y figuras monstruosas y deformes, mujeres con espantosas narices, hombres con barbas y cabellos increíblemente largos, muchachos sin figura humana en el rostro.

Entonces es el pedir limosna sin escrúpulo ni vergüenza, mostrando mujeres, que parecen señoras principales, el descubierto seno sin camisa, como prueba de miseria, al entreabrirse un tápalo de merino negro; hombres con la traza de caballeros, hacer gala de asquerosas llagas; y de historias fabulosas de padecimientos.

En esa hora parece suspenderse el influjo del pudor; los hombres se atreven a dirigir palabras de amor y frases de equívoco sentido, sin avergonzarse, a las mujeres de todas clases, desde la señora hasta la ramera; y el que ostenta una casaca, y tal vez hasta una condecoración, no titubea en andar al lado de una mujer de reputación equívoca, o enteramente mala, quince o veinte varas, para declararle, no su amor, sino su deseo, y obtener las señas de una habitación y la hora de una cita.

Por eso la entrada de la noche, tan solemne, tan poética y tan dulce, en el campo o en la montaña, es odiosa y repugnante en medio de una capital populosa.

Margarita, su hija y el Cacomixtle, entraron al mesón.

Los mesones en México, son las posadas de las gentes pobres que vienen del campo; y para estar concurridos y tener fama, necesitan no dejar el tipo mismo que tenían en los primeros años de nuestra emancipación social, porque de lo contrario, se convierten en hotel, y los parroquianos se marchan a otra parte.

Los mesones, para ser verdaderamente tales, deben tener un gran patio, cerrado por la parte de la calle, con morillos que entren y se corran en un gran tronco agujereado que se llama aguja.

Debe haber en aquel patio, caballos y mulas que anden sueltos, y entre los cuales se miren entrar y salir hombres vestidos de cuero, con grandes sombreros y reatas en las manos.

Y por último, el administrador debe llamarse y tener sobre la puerta de su despacho, un gran letrero que diga "Huésped."

Si no hay todo esto, no es un verdadero mesón; es un mesón apócrifo, falso, vergonzante, afrancesado; no es el mesón radical, tradicional; no es mesón, será casi hotel.

El Cacomixtle se dirigió a ver al huésped, y le preguntó:

—¿Tiene usted un cuarto?

—Sí; ¿para cuándo?

—Luego, ahí está mi mamá.

—¿Cuántos son ustedes?

—Tres.

—¿Y bestias?

—No traemos.

El huésped descolgó una llave, llamó a un criado, y se la entregó.

—¿Cómo se llama tu padre?

—Mi padrecito, que vendrá mañana, se llama Ladislao Pamplona.

El huésped apuntó.

—Vamos,—dijo el criado encendiendo un sucio farol de hoja de lata, con todos los vidrios quebrados: ¿qué número, señor?

—Treinta y tres,—dijo el huésped.

El criado echó a andar; Cacomixtle llamó a las dos mujeres, y todos le siguieron.

Subieron una escalera angosta, sucia y mal alumbrada, y llegaron por un corredor estrecho, hasta un cuarto que tenía encima un enorme número 33.

El criado abrió, puso una vela encendida encima de una mesa, y se salió sin hablar palabra.

En aquel cuarto no había más que una cama con un mal colchón y una mesa y una banca; en la pared el reglamento interior del establecimiento, sostenido por cuatro pequeños clavos; para impedir que rompiesen el papel, tenía cada uno de ellos un pequeño disco de cuero negro.

El alquiler del cuarto era simplemente una peseta.

Alejandra y Margarita durmieron en la cama, y el Cacomixtle se acurrucó en uno de los rincones.

El cálculo del muchacho sobre el tiempo que podía durarles el dinero que tenían hubiera sido exacto, si por razón del sitio no hubiesen sufrido los alimentos tan grave alteración en su precio; pero una torta de pan, que en tiempo ordinario se compraría por medio real, entonces apenas hubiera podido obtenerse por dos pesos: así es que en dos días se consumieron los tres pesos que tenían las dos mujeres, y se en-

contraron sin tener recursos, y sin esperanzas de salir de aquella situación.

El Cacomixtle no perdía la fe. Comenzó por llevar a un empeño los anillos y los pendientes de Margarita y de Alejandra; ayudaba a los viajeros que había en el mesón, a sacudir sus ropas, a limpiar sus caballos, a dar lustre a sus botas; conseguía algunas costuras para que trabajaran las dos mujeres, y sin embargo, esto no alcanzaba para mantenerse.

Margarita y Alejandra tenían hambre, mucha hambre; se sentían desfallecer de necesidad, y no se atrevían a salir; preferían la muerte, y la horrible muerte del hambre, antes que caer en manos de don Celso.

Cacomixtle era el único que tenía valor para salir; y algunas veces, después de esos combates que tenía que sostener el pueblo, ya entre sí, ya con las tropas austriacas e imperiales, el Cacomixtle volvía a la casa, desgarrado, golpeado, con un sombrero que no era el suyo, pero llevando un poco de maíz, un puñado de lentejas, una torta de pan.

Entonces Margarita y Alejandra devoraban en un momento aquellas provisiones, que el Cacomixtle no se atrevía a tocar por no disminuir la comida de sus protegidas, siempre con el pretexto de que ya estaba satisfecho; y la verdad era, que se estaba muriendo de necesidad, y que no había comido en todo el día más que algún pedazo de tortilla dura que había logrado robarse de alguna fonda o arrancar a la caridad de algún soldado, porque el Cacomixtle iba a buscar sus provisiones hasta en los cuarteles mismos.

Margarita y Alejandra estaban ya pálidas y extenuadas; la situación era espantosa y el Cacomixtle comenzaba ya a desesperar.

XVI.

AUXILIO INESPERADO.

Don Plácido llegó a la casa de Mondragón, le mostró la carta de don Juan y los dos comenzaron a hacer las más activas diligencias para reunir la cantidad exigida a Caralmuro.

Eran las doce del día y don Plácido volvió a la casa de don Juan sin haber conseguido nada.

Allí se encontró con una carta de Caralmuro, reservada, en que le decía que llevase al general Márquez diez mil pesos, como parte de su asignación; que aunque con esto no conseguiría su libertad, se ampliaría su prisión, y tal vez no habría necesidad de exhibir más, porque la situación

de los sitiados era tan crítica, que no podía tardar el desenlace....

Don Plácido hizo poner el coche, metió en él los diez mil pesos, y se dirigió al Cuartel General: se hizo la entrega correspondiente, y después le permitieron hablar con don Juan, cuya prisión se amplió desde aquel momento.

Don Plácido y Caralmuro se encontraron en la prisión de éste, libres de testigos, merced a la orden que había para tenerle incomunicado.

He traído la parte del dinero que usted me encargó,—dijo don Plácido, y se ha entregado ya en la comisaría.

—Bien; eso será lo único que se pierda, porque he observado que las cosas andan tan mal para estos señores, que muy pronto tendrán, o que intentar una salida para romper el sitio, o que rendirse a discreción.

—¿Tan perdidos así los cree usted?

—He podido escuchar algunas conversaciones que me lo han dado a entender. Fingen no creer en la toma de Querétaro, ni en la prisión de Maximiliano; pero la oficialidad y la tropa están desmoralizados todos; los soldados hablan ya de la derrota, como una cosa segura, y este es el peor síntoma de la situación. Esto no durará mucho tiempo.

—Pero entre tanto, ¿qué cree usted que debemos hacer?

—Usted, tener cuidado de la casa y de Leonor, y yo aguardar aquí otro poco hasta que una mañana de éstas al despertar, me encuentre con que estoy solo, o con que están aquí ya los liberales.

—Quizá sea eso peligroso para usted.

—De ninguna manera: así estoy bien, le suplico a usted que no olvide proseguir sus averiguaciones, hasta encontrar a ese tío Lalo.

—He ido a la "casa del pueblo," y no dan razón ninguna de él.

—¿Ha preguntado usted en los mesones?

—No; pero esta tarde me dedicaré a eso.

—Creo que será muy oportuno, antes que la plaza caiga en poder de los sitiadores, porque entonces la afluencia de gente será tal, que me parecería casi imposible encontrar lo que buscamos.

—Creo lo mismo, y no me descuidaré. Me voy, y mañana estaré aquí para ver a usted: entre tanto, ¿no se le ofrece nada para la calle?

—No, mil gracias; hasta mañana.

Don Plácido montó en el coche, y regresó a la casa.

En la tarde hizo enganchar de nuevo los caballos, y comenzó a visitar los mesones.

A cosa de las cinco entraba don Plácido en el mismo me-

són en que hemos dejado a Margarita y Alejandra sumidas en la mayor miseria y desesperación.

La llegada de un tren tan soberbio como el que llevaba don Plácido, era un acontecimiento en aquella posada; y "el huésped" salió hasta la puerta de su despacho, con la pluma tras de la oreja, para saber a qué debía atribuir tan alto honor.

—Buenas tardes,—le dijo don Plácido;—¿usted es el huésped?

—Sí, señor,—contestó el otro, haciéndole una profunda reverencia.

—¿Tuviera usted la bondad de decirme si está alojado aquí un sujeto que se llama don Ladislao Pamplona?

El huésped recordaba el nombre y sabía que efectivamente se había tomado un cuarto para aquel sujeto, porque nuestros lectores no habrán olvidado que este fué el nombre que hizo inscribir el Cacomixtle; pero para hacerse el hombre interesante a presencia de un caballero que venía en carruaje tan lujoso, se fingió que no recordaba de pronto.

—No, podre: tío Lalo ha muerto ya; vivimos solas con el gusta, veremos mi libro de asientos.

—Si usted me hace el favor....

El huésped entró al despacho, seguido de don Plácido.

—¿Me hace usted el favor de sentarse?—Y le ofreció una silla.—¿Decía usted que se llamaba ese señor...

—Ladislao Pamplona.

—Vamos a ver—abrió un libro de cuentas, y como hablando consigo mismo, comenzó a decir, volviendo las hojas: "F... H... I... J... L... esto es, Leocadio, Luis, Lucas, Luciano, Lugarda, Librado, Luz, Ladislao."—Aquí está Ladislao Pamplona. Núm. 33.—Número treinta y tres.

—¿Y estará aquí?

—No: él no ha venido; pero ahí están dos señoras, que supongo serán de su familia, y que vienen con un muchacho muy listo, que todos conocen por el Cacomixtle.

—Ellos son,—dijo don Plácido entre sí—¿Me hiciera usted el favor de que me enseñaran el cuarto....?

—Con mucho gusto.—El huésped sonó las manos;—Juan, enséñale a este caballero dónde queda el número 33.

—Con permiso de usted,—dijo don Plácido.

—Usted mande.

Don Plácido subió la escalera, y el criado le dejó en la puerta del cuarto.

Margarita y su hija, acostadas en la cama, dormitaban.

Don Plácido llamó dos veces sin obtener respuesta.

—La tercera vez llamó con más fuerza.

—Adentro—contestó una voz.

Empujó la puerta; y apenas había penetrado, Alejandra dió un grito, y se arrojó en sus brazos.

Margarita aún no le conocía.

—¡Madre, madre! Es mi padre don Plácido.

—¡Don Plácido!—exclamó Margarita—Y corrió a abrazarle.

—¡Oh, qué felicidad!—decía Alejandra.—¿Cómo está usted aquí? ¿cómo nos ha encontrado? ¿de dónde viene usted?

—Hija mía, buscando al tío Lalo, he llegado hasta aquí, y lo que menos esperaba, era encontrar a ustedes. ¿Qué ha sucedido? ¿Vives con el tío Lalo, hija mía?

—No, padre: tío Lalo ha muerto ya; vivimos solas con el Cacomixtle. Es una historia muy larga; pero usted ¿dónde vive?

—Vivo con tu padre.

—¡Con mi padre!....

—Sí, con tu padre, con don Juan, que te busca por todas partes, y a quien habían engañado....

—Ya sabíamos eso.....

—¿Ya lo sabían? Bueno; pero ahora lo sabe él también, y no anhela sino volver a verte.

—Pues iremos.

—Sí, esta misma noche; pero no luego luego; porque no podemos salir a la calle: hemos empeñado para comer hasta los rebozos....

—¡Pobrecitas! pues voy yo mismo a traerles ropa y lo necesario en este momento, y vuelvo por ustedes. Entre tanto, les dejaré el dinero que traigo, para que compren lo que quieran.

—Mil gracias,—dijo Margarita avergonzada;—pero me mortifica.

—¿Por qué? Si este dinero es de ustedes, porque es de don Juan, del padre de Alejandra; y aun cuando fuera mío, ¿acaso ya no eres mi hija?

—¡Ah! ¡siempre!—contestó Alejandra abrazándole.

—Pues voy, y vuelvo muy pronto.

—Sí,—dijo Alejandra; con eso, mientras viene el pobre de Cacomixtle, que tan bien se ha portado con nosotras, para llevárnosle.

—¿Se ha portado bien ese pilluelo?

—Sí, le debemos la vida—dijo Margarita.

—Y la honra,—agregó Alejandra.

—No perdamos tiempo. Vuelvo, Margarita; vuelvo, hija mía.

Don Plácido besó la frente de Alejandra, y bajó precipitadamente diciendo:

—¡Qué día! ¡qué día! Es el más feliz de mi vida....

XVII.

A SACO.

El pueblo de México, no podía soportar por más tiempo aquellas circunstancias, y apesar de su carácter dulce y de su natural generoso, comenzaron a levantarse en masa los barrios de la ciudad, pidiendo "pan."

Los primeros días se le pudo engañar; pero después no fué posible, y se recurrió a uno de los medios más reprobados; se le hizo entender que en algunas casas particulares había depósitos ocultos, y aquellas masas se lanzaban al allanamiento y al saqueo de la casa designada, capitaneados algunas veces por alguno de los generales que mandaban las fuerzas sitiadas, o por algunos oficiales superiores.

En la época en que va pasando ya nuestra historia, estas escenas de desorden eran muy frecuentes.

Don Plácido salió del mesón, y se dirigió a la casa de don Juan con ánimo de llevar de allí ropa y todo lo necesario, para que Margarita y su hija pudieran salir a la calle.

Pensaba después marchar a Santiago a dar la buena noticia a Caralmuro.

Distraído con estos pensamientos, no había notado que el coche al acercarse a la casa, había comenzado a caminar más despacio por la inmensa muchedumbre que llenaba la calle, hasta que por fin se detuvo sin poder avanzar, ni retroceder.

Entonces don Plácido volvió en sí de su meditación y observó lo que pasaba.

—¿Qué hay?—preguntó.

—Señor—dijo el lacayo que estaba ya a la portezuela—no se puede seguir adelante.

—¿Por qué?

—No sé; pero hay tanta gente en la calle, que sólo a pie se podrá llegar a la casa.

—Es extraño; ¿qué será? Abre.

El lacayo abrió la puerta del carruaje y don Plácido descendió.

La muchedumbre llenaba la calle desde una acera hasta la otra; había un verdadero tumulto; aquellas olas hacían una especie de flujo y reflujo, entre el cual de cuando en

cuando se notaban movimientos extraordinarios, como de repulsión y atracción.

Allí había hombres y mujeres de lo más bajo de los barrios, de la clase más infeliz de la sociedad; allí estaban los trajes desgarrados incomprensibles, indescriptibles, incopiables; fisonomías patibularias y sombrías, figuras y rasgos que parecían no haber sido bañados nunca por la luz del sol; muchachos que parecían haber brotado de entre las sombras y con la humedad de los sótanos o de los subterráneos; y se impulsaban unos a los otros, y se agrupaban y se estrechaban hasta formar como una mazorca humana hasta que un movimiento que venía del centro, los rechazaba y los desunía.

Solo en estos momentos era posible penetrar allí, porque pasada esta ondulación, ni el viento habría podido cruzar entre aquellos cuerpos, que no formaban más que uno solo.

Don Plácido sintió en el corazón una especie de presentimiento siniestro, y se lanzó con la cabeza agachada entre la multitud para atravesarla.

A fuerza de luchar, rechazando al uno, apoyándose en el otro, derribando al de más allá, y siempre seguido de maldiciones, de injurias y de denuestos, con la ropa hecha pedazos, sudando y fatigado, llegó hasta frente a la casa, levantó la cara y lanzó un grito.

La casa había sido allanada, y la multitud la invadía.

La gente entraba y salía como un cordón de hormigas, sacando siempre alguna cosa. Era que se apoderaban de todas las provisiones que había en la despensa de la casa de Caralmuro.

Don Plácido entró sin vacilar en el fondo. Unos hombres, con el mayor orden, repartían al pueblo cuanto encontraban: se había reglamentado el saqueo.

Ciego de cólera el viejo soldado de la independencia, se lanzó sobre aquellos que con tanta sangre fría ocupaban la propiedad ajena.

—¿Y quién les ha dicho a ustedes que han de venir a mi casa a robar?

—Mire usted lo que dice—dijo uno de ellos;—nos está usted faltando sin darle motivo.

—Pues, qué, ¿les parece poco venir a saquear una casa?

—Esto no es saqueo—dijo otro.—Venimos aquí por orden del general....

—¿De qué general?

—Del general Márquez.

—¡Mentira! porque he ido yo esta mañana a verle, llevándole diez mil pesos, que aquí está el recibo; y no podía mandarme catear hoy. Ya verán ustedes con él.

Los hombres habían comenzado a espantarse, y abandonaban ya aun los restos de provisiones que tenían en la mano; las gentes del pueblo se detenían, esperando el resultado de aquella escena. Todo anunciaba que la energía de don Plácido iba a triunfar sobre la malevolencia de los agentes de policía, cuando otros dos agentes aparecieron en la escena.

—¡Qué caso hacen ustedes de este hombre!—dijo uno.—Ni esta es su casa, ni tiene que ver aquí.

—¿No es mi casa?—dijo con furor don Plácido.

—No es su casa de usted, y usted no quiere más que proteger a estos ricos que han escondido todas las provisiones para matar de hambre al pueblo y ayudar a los chinacos.

—¿Qué dice usted?—gritó don Plácido.

—La verdad; que usted no es más que un entrometido adulador de ricos.

No había concluído aun el esbirro su frase, cuando ya don Plácido le había echado por tierra de un puñetazo. Entonces los otros se lanzaron sobre él esgrimiendo los marrazos que tenían ocultos debajo de sus sarapes. Don Plácido retrocedió y se apoderó de una silla.

El combate era desigual; pero los policía estaban acobardados, y don Plácido ciego de furor.

La silla se hizo pedazos, pero otro policía vino al suelo, y el viejo hizo una arma de los fragmentos y cerró contra sus enemigos.

Don Plácido vió a poca distancia el marrazo de uno de los heridos, y se apoderó de él. Esta fué la señal de la fuga de los esbirros.

El pueblo veía aquel combate como si asistiera a una corrida de toros, y la fuga de la policía fué acogida con una salva de silbidos estrepitosos.

Don Plácido, encarnizado, perseguía entre la multitud a sus enemigos, cuando un soberbio garrotazo aplicado en la cabeza, lo hizo caer sin sentido.

Los fugitivos tuvieron el triunfo por suyo, y antes de volver en sí, ya don Plácido estaba desarmado y atado.

A esta sazón, un jefe se presentó en la casa, e informado de lo que pasaba, hizo traer una fuerza, mandó retirar a la gente, y conducir en sus camillas a la Diputación a don Plácido, y a dos policías que habían resultado heridos.

Leonor y Salvadora refugiadas en la pieza más apartada, habían escuchado el rumor espantoso del tumulto, los gritos de la multitud y los golpes que daban para forzar las puertas de la casa; después el silencio que reinó durante la riña de don Plácido con la policía, los gritos y los silbidos; y por

último, el murmullo del pueblo que se retiraba, y el ruido del zaguán al cerrarse.

Pasó algún tiempo: todo parecía haberse calmado; pero aun no se atrevían a salir de su encierro. Al fin oyeron llamar a la puerta.

—¿Qué hay?—dijo Leonor.

—Señorita, que todos se han ido ya.

—¿Se fueron?

—Sí; pero ha sucedido una desgracia: se llevan al señor don Plácido en una camilla, porque le han lastimado.

—¿Pero cómo?—dijo Leonor saliendo.

La criada le contó cuanto había ocurrido.

Leonor se quedaba enteramente sola: don Juan preso, porque ella al fin había llegado a saberlo, y don Plácido herido y preso también. Tembló al pensar que estaba casi a disposición de doña Salvadora; y entonces le ocurrió como única esperanza, escribir lo acontecido a Mondragón, suplicándole fuese a acompañarla. Le puso una carta, y el lacayo salió violentamente a llevarla.

Doña Salvadora, atarantada con aquellos acontecimientos, en lo menos que pensaba era en abusar de su posición; y que en obsequio de la verdad, aquella mujer no era tan mala.

Cuando don Plácido comenzó a reñir con los policías, don Celso, mezclado entre la multitud, lo observaba; vió la derrota de los suyos, y mandó aquel auxilio, que bien aleccionado, precipitó el lance.

Valdespino no abandonó la casa hasta que vió salir la camilla que llevaba a don Plácido.

—Enemigo menos,—decía metiéndose las manos en los bolsillos; esto marcha bien.

De repente pasó a su lado un muchacho con una gran canasta de provisiones de las tomadas en la casa.

—¡Cacomixtle!—exclamó don Celso.

Cacomixtle volvió el rostro y lo conoció. Valdespino extendió la mano para cogerle; pero el chico desapareció entre la multitud, escurriéndose como una anguila; y cuando don Celso quiso perseguirle, no pudo ver siquiera el rumbo que había tomado.

XVIII.

LA LLAVE DE UN SECRETO.

En la casa de Inés todo caminaba, como se dice vulgarmente, "a pedir de boca." Pablo, más bueno y más amo-

roso cada día; Inés más contento, y Feliciana más satisfecha.

Pablo era rico, y el sitio le encontró prevenido. Si no hubiera pensado más que en él, quizá no se habría acordado de nada; pero pensaba en su Inés, y esto le volvió precavido.

En todas las casas que visitaba, veía el afán de las familias para reunir víveres, y el temor a la escasez del sitio; y consideró que Inés era pobre, que no podía hacer acopio de nada; y comprendió lo que se le esperaba. Por eso el día menos pensado, Feliciana vió entrar en su casa al criado de confianza de Pablo, seguido de cuatro cargadores, que llevaban grandes cajas con todo género de provisiones.

Así, pues, para ellas no había necesidad, ni aun privación; sólo la carne podía escasear; pero pagándola un poco, o un mucho más cara, siempre se conseguía. Además, para tranquilizarlas enteramente, Pablo les aseguró que él por su parte, tenía un repuesto más que regular.

Inés no salía de la casa; Feliciana, por el contrario, con esa curiosidad propia de la vejez, se estaba la mayor parte del día en la calle "sabiendo noticias;" que iba luego muy alegre a comunicar a Inés.

Pablo las acompañaba todos los días a la hora de la comida, y volvía después en las noches, riendo de todo corazón de las noticias de Feliciana, porque la pobre mujer creía de buena fe las más tremendas vulgaridades.

Un día noticiaba la toma de Querétaro antes que tuviera efecto; otro, contaba que el Emperador estaba en Cuautitlán, cuando era ya prisionero; otro, que iba a haber guerra entre los liberales; otro que Juárez venía con cincuenta mil hombres armados de picos, palas y azadones, para arrasar a México; y el resultado de todo era que se enojaba porque Inés no se lo quería creer, y porque Pablo se reía.

—Nunca les vuelvo a dar una noticia—les decía; Y en la tarde, cuando venía con la contraria, comenzaba diciendo:

—La verdad, que ustedes tenían razón esta mañana.

En una de sus excursiones, Feliciana se encontró con la limosnera que había conocido en casa de Mondragón.

—Doña Feliciana—le dijo aquella mujer—me ha tenido usted esperándola todo el día hasta las ocho de la noche.

—Si estaba enferma—contestó Feliciana, no atreviéndose a confesar su falta de exactitud y de empeño.

—Pero han pasado muchos días, y bien podía usted haberme buscado, como yo la he buscado a usted, hasta encontrarla.

Usted no sabe cuánto importa lo que le tengo que decir.

—Como no sabía dónde vivía usted.....

—¿Cuándo podemos hablar despacio, y en qué lugar?

—Ahora mismo, si importa mucho.

—Importa, y además, que me parece difícil encontrar otra oportunidad mejor: ¿a dónde vamos?

—A mi casa, es lo más seguro.

—¿No es mejor en otra parte?

—¿Pero dónde?

—Nos entraremos a una iglesia.

—Tiene usted razón: aqpí está cerca San Lorenzo, y ahora debe haber poca gente.

—Pues vamos.

Las dos se dirigieron a la iglesia de San Lorenzo. El templo estaba casi solo, y no se oía más que el murmullo de uno que otro devoto que rezaba, y los pasos que resonaban en las bóvedas de algún sacristán que atravesaba la iglesia. El ambiente frío que corría por su nave, aumentaba el sentimiento natural de respeto que inspiraba aquel lugar.

Feliciana y la limosnera se arrodillaron en el rincón más obscuro y solitario, y se persignaron devotamente.

—Con que dígame usted—dijo Feliciana, sentándose sobre sus mismas piernas.

—Comenzaré,—dijo la limosnera,—por preguntar a usted si es doña Feliciana Navas, mujer o viuda de don Procopio Martínez, que vivían hace diez y siete años en los Llanos de Apam.

—La misma soy: viuda de dos Procopio Martínez que de Dios goce.

—¿Recuerda usted que por aquel tiempo le entregaron a usted una niña recién nacida?

—Y bien que me acuerdo, como que....

—Y esa niña, ¿vive?

—Sí vive.

—Y usted ¿a qué iba a la casa del señor Mondragón?

—Y eso, ¿para qué lo quiere usted saber?—dijo enojada Feliciana.

—No se incomode usted: respóndame, que nada pierde con eso, y tal vez pueda saber muchas cosas que ignora.

—Pues iba yo a buscar a la señora doña Matilde, mujer del señor Mondragón, que fué la que me entregó a mí la niña; si usted sabe la historia, debía saber esto también.

—Sí lo sé, porque entonces yo era la criada de confianza de la señora Matilde. ¿Y qué le dijeron a usted en casa de Mondragón?

—Que la señora había muerto; pero entonces me acordé que en aquel tiempo, también estaba allí doña Estefanía,

madre de la señora, y ella podía decirme algo respecto al nacimiento de la niña, que era lo que quería.

—¿Y no ha llegado usted a hablar con doña Estefanía?

—No he podido: se me han atravesado varias cosas que me lo han impedido.

—Pues nada hubiera usted conseguido, porque no llevaba usted la llave de este secreto.

—¿Y cuál es la llave?

—Yo se la voy a dar a usted.

Y la mujer sacó del seno un gran papel, doblado cuidadosamente.

—Este papel—le dijo—es el certificado de la entrega de la niña, firmado por doña Matilde: ella me lo dió con orden de entregárselo a usted, cuando la encontrara: usted verá en él que doña Estefanía es la única que mediante lo que ahí dice, puede descubrirle a usted quiénes son los padres de esa niña. Pero para que yo se lo dé a usted, es preciso que me jure que va a hacer lo que yo le diga.

—Lo prometo.

—¿Me lo jura usted?

—Se lo juro.

—Es muy sencillo: busca usted a doña Estefanía, le dice usted su nombre, luego le enseña usted este papel, pero le prohibo a usted decirle cómo ha venido a dar a sus manos, y además, le prohibo el que me busque en lo de adelante, el que se dé por mi conocida: en fin, el que usted hable a nadie de nada de lo que le ha pasado conmigo. Me lo ha jurado usted.

—Lo cumpliré: ¿Y si doña Estefanía me pregunta de dónde me viene este papel?

—Le dice usted que lo recibió con la niña.

—Y a ella, a Inés ¿qué le digo?

—¿Quién es Inés?

—La niña, que así se llama.

—A ella, por ahora, nada; nada en lo absoluto. Doña Estefanía dirá a usted lo que debe hacer, pero mientras que ella no le dé a usted licencia de contarle ni de decirle nada a Inés usted nada le dice.

—Muy bien.

—Me ha jurado usted no hacer más de lo que le he dicho.

—Y lo cumpliré.

—Pues adiós, hasta la eternidad—dijo la limosnera levantándose.

—Adiós—contestó doña Feliciana, emocionada con esa despedida.

La limosnera, que no era otra que la "Guacha," salió del templo, y doña Feliciana abrió el pliego y lo leyó.

"Conste por el presente, que hoy, 1o. de enero de 1851, entrego una niña de dos días de nacida, a don Procopio Martínez y a doña Feliciana Navas, su mujer. Mi madre doña Estefanía podrá si quiere algún día, decir quiénes son los padres de esta criatura.—MATILDE FRIAS DE MONDRAGON."

—Pues yo buscaré a esa señora, a ver si quiere decir quiénes son esos padres,—dijo para sí Feliciana.—Entre tanto, mucho secreto, que se lo he jurado a esa pobre mujer; y en la Iglesia, para que más valga.

Guardó el escrito cuidadosamente; y tomando agua bendita se salió tan preocupada, que no pensó ya ni en buscar nuevas noticias de política para llevárselas a Inés.

XIX.

LA NOTICIA DEL CACOMIXTLE.

El Cacomixtle corría para el mesón con todas sus fuerzas, no sólo por escapar de don Celso, sino por llegar pronto a llevar a las mujeres aquellas provisiones; y no cabía en sí de gozo al pensar lo contentas que se iban a poner cuando él llegase, y les presentase todo aquello.

Margarita y Alejandra esperaban impacientes al Cacomixtle, para contarle sus buenas noticias y para llevárselo consigo, en cuanto don Plácido volviera trayendo la ropa, y todo lo necesario para irse a la casa del padre de Alejandra.

Por fin, la puerta del cuarto se abrió por un violento impulso, y el Cacomixtle entró precipitadamente.

—Miren lo que les traigo—dijo levantando en lo alto sus provisiones.

—Albricias—dijo Alejandra, saliéndole al encuentro.

—¿Pues qué ha habido?

—Muchas cosas; pero cuéntame primero lo que ha pasado,—dijo Margarita.

—Pero antes comeremos—contestó Cacomixtle—porque tengo yo muchísima necesidad, y traigo aquí jamón, sardinas, pan, queso, me parece que podemos comer muy bien.

Las dos mujeres tenían también mucha hambre; don Plácido les había dejado dinero, pero como Cacomixtle no había vuelto, ellas no habían tenido una persona de confianza de quien valerse para que les fuera a buscar algo de comer; además aquel muchacho se había portado bien, que las dos lo querían como de la familia.

—Será necesario—dijo Alejandra al Cacomixtle—que tú

que eres el hombre de la casa, veas si quieres que se sirvan algunos vinos en la comida, y en ese caso dispongas que se compren, que para estos casos debe tenerse el dinero; y diciendo esto, arrojó sobre la mesa una onza de oro, que había entre el dinero que les dió don Plácido.

El Cacomixtle miró la onza, y luego clavó sus ojillos vivos y penetrantes, en el rostro tranquilo y alegre de Alejandra.

—Con que es decir—dijo que estamos ricos; me alegro, pero ya que soy el hombre de la casa, como usted dice, quiero saber ¿de dónde nos ha venido ese dinero?

—Ya lo sabrás más adelante; por ahora anda, compra un poco de vino para que no le vaya a hacer daño la comida a mi madre, después de tantos días de dieta.

Alejandra guardó la onza y sacó un peso que entregó al admirado Cacomixtle.

—Anda—le dijo—, y después sabrás lo que ha pasado aquí.

El muchacho salió, y mientras, las mujeres dispusieron la comida. Un cuarto de hora después, rodeando la mesa, comenzaron a comer tranquilamente.

—¿A que no adivinas, quién ha estado aquí?—preguntó Alejandra.

—¿Quién?—contestó el Cacomixtle.

—Mi padre.

—¿Qué padre?

—Don Plácido.

—¡Jesús!....—exclamó el muchacho, dejando caer un pedazo de pan con jamón que llevaba ya cerca de la boca—¿con que ha estado aquí?.... ¿pero cómo?.... ¿de dónde viene?.... ¿no le mataron?....

—Qué le habían de matar..... Está bueno y sano, y hay otra noticia más grande: que ha encontrado a mi padre, a mi verdadero padre.

—¡Pues qué! ¿tiene usted dos padres?

—No, o más bien sí, uno que es el que me ha criado y el que tú conoces, y otro que es mi padre verdadero, el marido de mi madre que está aquí.

—¿Pero cuándo me contará usted toda esa historia?

—Cuando estemos tranquilos, que será muy pronto, porque dentro de un rato ya volverán por nosotros, para llevarnos a casa de mi padre el verdadero y nos vamos todos, mi madre y tú y yo, y ya no pasaremos trabajos, ni podrá hacernos nada don Celso.

—Y dígame usted—dijo Cacomixtle—¿esta señora Margarita, ha de ser la última madre de usted? ¿o todavía tenemos que encontrar otra?

—No, ésta es mi única madre, mi verdadera madre.

—Pues mire usted qué casualidad, en todo el camino he venido pensando en don Plácido.

—¿Y por qué?—dijo Margarita.

—Va usted a ver—contestó Cacomixtle.—Se metió la plebe en la casa de un señor rico, que tenía muchas cosas de comer en su despensa; y yo también fuí allí, como que de allá fué todo esto: yo estaban acabando de repartir, cuando entra un viejo que creo que era el dueño de la casa, le reconviene a la policía, y a poco la emprende a golpes con ellos: se armó una del demonio, pero al cabo pudieron más los de la policía, y le dieron un palo, que en la camilla se lo han llevado para la cárcel; pero yo, había sacado mis provisiones, no más que al salir llevé un susto más grande porque me encontré de manos a boca nada menos que con don Celso; pero así tan cerquita como estamos aquí nosotros.

—¿Y qué hiciste?

—Me escabullí, y le dejé echando ascuas.

—Pero todo eso, ¿qué tiene que ver con don Plácido, para que te acordaras de él?—dijo Margarita.

—¡Ah! que no les había yo dicho que el viejo aquel que se peleó con la policía y que se llevaron a la Diputación, se parecía mucho a don Plácido. sólo que éste iba de levita y muy elegante.

—¿Pero a qué hora fué eso? ¿Dónde fué eso?—preguntó sobresaltada Alejandra.

—Pues hace poco, cosa de las cinco y cuarto, en una casa de la calle de Plateros, de un señor que se llama.... según decían allí, don Juan.... Casuro, o Camuro....

—Garalmuro—dijo Alejandra.

—Eso es—contestó Cacomixtle.

—¡Jesús!—exclamaron las dos mujeres levantándose.—La casa de mi padre. Pobre don Plácido—¿qué le habrá sucedido?

—Dios mío, Dios mío, ¿qué será de nosotras?—Y las dos mujeres lloraban.

Cacomixtle se había quedado sentado, mirando aquella escena, pero empezando a comprender lo que pasaba.

—Pues señor—decía entre sí—bien lo hice.

—Cacomixtle, ¿qué hacemos ahora? ¿qué hacemos?—preguntaba Alejandra, apretándose las manos.

—Pues a mí me parece que lo mejor será, que yo tome mi sombrero, y me vaya inmediatamente a la casa de ese don Juan, que usted dice que es su padre, y le diga yo dónde están ustedes, y venga a llevarlas; y luego ya él sabrá lo que hace por don Plácido.

—Pero no te creerá, no me conoce, porque me dejó muy niña; y como ya le han engañado otra vez con una muchacha diciendo que era yo.....

—Pero a mí sí me conocerá bien—dijo Margarita.—Si llegásemos a vernos, no vacilará un instante en reconocerme.

—Bien dicho—exclamó Cacomixtle.—Y tomando su sombrero, echó a correr por la calle sin esperar nuevas razones.

Había obscurecido. Cacomixtle caminaba sin detenerse en medio del gentío que andaba por las calles, procurándose pan por todos los ámbitos de la ciudad. Se escuchaba el cañoneo de las fuerzas que se batían en estos últimos días del sitio: cada noche y cada madrugada, se esperaba el asalto decisivo. El deseo de salir de aquella situación angustiosa, hacía parecer imposible por más tiempo su prolongación.

Como llevadas por la electricidad se propagaban en México las noticias, ya del hombre que había caído muerto de hambre frente a la Diputación, ya de la mujer que había amanecido sin vida frente a una casa, ya de la familia que se había encontrado expirante dentro de una pobre habitación, en uno de sus suburbios.

Las familias más acomodadas comenzaban a alarmarse seriamente, y hasta en las mismas cárceles había síntomas terribles de sublevación entre los presos.

Todo el mundo comprendía que no podía durar aquello por más tiempo; que no se podía prolongar más la situación, y sin embargo, se prolongaba.

La toma de Querétaro y la prisión de Maximiliano eran una cosa fuera de toda duda, y que nadie vacilaba en creer, a pesar de que por orden del general en jefe de los imperialistas, se echaban a vuelo las campanas, y las músicas de los cuerpos recorrían las calles de la ciudad, para celebrar la llegada de un general que venía de Querétaro, anunciando que Maximiliano, triunfante, llegaba con su poderoso ejército, en auxilio de las tropas sitiadas en la Capital.

Cacomixtle llegó a la casa de Caralmuro, y con la audacia del que va investido de una misión elevada, llamó al zaguán, dando tres fuertes golpes.

No le abrieron, pero poco después se abrió uno de los balcones y se asomó por él doña Salvadora.

—¿Quién es? ¿quién es?—dijo sin poder distinguir al muchacho en la obscuridad de la calle.

—Vengo a buscar a don Juan.

—No está aquí—contestó doña Salvadora.

—¿A qué hora volverá?

—No ha de volver en toda la noche. ¿Qué le quería usted?

—Le traigo un recado, que importa mucho.

—Pues no está aquí, ni ha de volver.—¿Puede usted dármelo a mí?
—No, señora, sólo a él.
—Entonces vuelva usted mañana, porque no está aquí.
—¿Ni el señor don Plácido ha vuelto?
—Tampoco.
El muchacho se quedó parado un largo rato, y después se retiró muy poco a poco, y como meditando en lo que había de hacer.
Así llegó hasta el mesón. Vacilaba en subir, por no dar aquella noticia a sus dos pobres protegidas; pero al fin se resolvió. Al cabo—dijo—yo no tengo la culpa, he hecho todo lo que he podido no hay más remedio que esperar a mañana: la fortuna que las señoras tienen dinero, y yo he traído provisiones; podemos aguardar con tranquilidad.
Margarita y su hija esperaban con impaciencia.
—¿Qué hay?—preguntaron las dos a un tiempo.
—Nada—contestó Cacomixtle.
—¡Cómo nada! ¡pues qué! ¿no fuiste?
—Sí, pero no me quisieron abrir en la casa.
—¿No te quisieron abrir?
—No: toqué, y salió una mujer por un balcón, y ella fué la que me dijo que don Juan no estaba en la casa, y que no había de volver en toda la noche, y que don Plácido no había vuelto; yo no le quise decir nada a nadie allí, porque bastantes chascos nos hemos llevado para volvernos a exponer.
—¿Y qué hacemos?—dijo Margarita.
—Acostarnos esta noche, y mañana temprano veremos lo que se hace.
—¿Pero cómo.....?
—No hay que morirse de ansia. Si nada ha de suceder esta noche. En peores lances nos hemos encontrado, y Dios nos ha sacado con bien; conque acuéstense ustedes, y vamos a ver qué sucede mañana, que al fin y al cabo, mañana será otro día.

XX.

EL FOSFORO.

Don Celso se había desenmascarado completamente. La excitación creciente de sus pasiones le había llevado a donde él mismo no lo hubiera creído.
En la política tomaba ya descaradamente el partido de Márquez. En aquellos momentos de desesperación para los

sitiados, él se unía con ellos; acabada toda hipocresía, todo disimulo; él personalmente aprehendía a los que le parecían sospechosos, capitaneaba la plebe para asaltar las casas, conducía al cuartel general a los capitalistas o a las personas de su familia para obligarles a dar dinero; y en fin, establecía los centinelas en las habitaciones de los ricos cuando se inventó sitiar las casas particulares para rendir por hambre a las personas que de otra manera no entregaran la suma que se les designaba.

Don Celso había arrojado el guante a la sociedad, y jugaba el todo por el todo; y cuanto más disimulada y engañosa había sido al principio su conducta, tanto más cínica y repugnante se presentaba después.

Por medio de la vieja Pilar supo que Caralmuro estaba al tanto de todas sus maldades, y esto le acabó de despechar: no había ya reputación que cuidar, no había apariencias que salvar. Era necesario, pues, luchar a brazo partido, y a pecho descubierto; hundir a sus enemigos, o hundirse él para siempre.

Sólo en una parte conservaba su carácter meloso y solapado, pero era para conseguir mejor sus fines: en la casa de Inés.

Allí era el don Celso de siempre, el don Celso de la casa de Mondragón, el honrado y leal amigo, dispuesto siempre a prestar un favor, o a dar un buen consejo.

Como una serpiente se había deslizado en aquella familia ganando su confianza, adquiriendo el cariño del mismo Pablo, corazón franco y generoso que no hubiera podido comprender, ni aun explicándoselo, la ponzoña que guardaba el alma del hipócrita Valdespino.

Don Celso ni buscaba ni esperaba el amor de Inés; lo que anhelaba era vengarse, y vengarse de una manera terrible.

Como la situación de los imperiales era extrema, don Celso comprendía la necesidad que tenía de seguir su suerte, y huir u ocultarse. El tiempo para poner en planta sus planes de venganza, era ya muy poco, y Valdespino no quiso ya detenerse.

Era una mañana de junio, y Don Celso estaba en su casa, con el traje de confianza que conocen nuestros lectores; se ocupaba de envolver en vistosas cubiertas de papel de colores, unos dulces que iba colocando en orden sobre la mesa.

Todas aquellas envolturas eran blancas o azules, y sólo había tres de color de rosa. Don Celso las tomó, y se quedó contemplándolas por un largo rato.

—Esto es, decía: aquí está mi venganza, mi venganza; pero así como yo la deseo, como yo la necesito; un veneno

que no mate como el rayo; no, eso no sería nada: si al fin todos hemos de morir, el que nos proporcione una muerte rápida y sin dolores, nos hace un favor; no, el fósforo.... el fósforo.... no mata así; el fósforo hace padecer los tormentos todos del infierno.... ¡Ah, Inés, Inés! Tú sentirás con esto cuanto me has hecho sentir en el alma y en el cuerpo. Tú sentirás una sed intensa, devoradora, insaciable; una sed que por sí sola equivale a mil muertes; tú sentirás dolores tan espantosos como los que yo he sufrido en mi corazón por tí; convulsiones y estremecimientos horribles, como los que agitan mi alma..... Y por último, (si tú supieras que lo sé yo, te morirías de vergüenza); por último, esa espantosa excitación del cuerpo y del deseo que te acompañará hasta tus últimos momentos, sin remedio, sin esperanza, que te traerá la desesperación, y todas las tentaciones del infierno en medio de tu agonía; y morirás pensando y anhelando en los placeres inmundos de la tierra, en vez de pensar en la eternidad y en el espíritu.

Y aquel demonio reía unas veces como un condenado, y otras rechinaba los dientes como atacado de hidrofobia.

Guardó los dulces en una cajita de cartón, y se entró en su recámara a vestir.

Una hora después llegaba a la casa de Inés, poniendo la cara más amable del mundo.

Eran ya las doce, Inés y Feliciana comían, y Pablo como de costumbre, las acompañaba.

Don Celso estuvo muy alegre; contó varias noticias; y al terminar la comida, Feliciana dijo que tenía que ir a un negocio muy importante, y salió a la calle.

—¿Qué dicen de hambre por ahí?—preguntó Pablo a don Celso.

—Cada lía es mayor la necesirad, y los pobres son los que pagan por todos; cada día hay nuevas noticias de cadáveres encontrados en las calles.

—¿Nunca había sufrido un sitio México?—dijo Inés.

—Nunca,—contestó don Celso:—yo no sé de otro, sino del que puso Cortés a Guatimotzin, el último emperador azteca.

—Y a propósito de emperador, ¿qué dicen de Maximiliano?

—Corren voces muy diversas: los puros dicen que está prisionero y hasta que le han fusilado, Dios no lo permita. Pero los señores del gobierno aseguran que viene pronto.

—Eso es lo que menos creo,—dijo Pablo. Y la conversación se prolongó así tratándose de política lo menos por una hora.

—¿Cuándo se acabará este sitio?—dijo Inés.—¡Qué ganas tengo de tomar leche y huevos frescos!

—A propósito de eso, tengo aquí unos de esos dulces que les dicen yemitas y les convidaré algunos, porque en este tiempo que corre, esto es un regalo exquisito.

Don Celso sacó la caja de los dulces, y se hubiera podido observar que le temblaban las manos.

—Ni los he probado: ahora mismo me los acaba de regalar Sor Brígida de Santa Catalina. Vea usted, Inesita, este color de rosa está muy bonito; usted otro igual al de su prometida. ¡Quién sabe de dónde los cogería la monjita!

Don Celso tomó un dulce de los envueltos en papel blanco, y se lo comió.

Los dulces eran tan pequeños que cabían perfectamente en la boca, y Pablo e Inés se tomaron también los suyos.

Inés hizo un pequeño gesto de desagrado.

—¿Le supo a usted mal?—le preguntó don Celso.

—No, no señor,—contestó Inés.

—Entonces aquí les dejo los demás, y yo me retiro, que es tarde: hasta mañana.

—Hasta mañana.

Valdespino salió a la calle, pero iba excesivamente pálido y trémulo.

—¡Qué mal me supo el dulce que me dió el viejito,—dijo Inés, cuando se retiró Valdespino: si no hubiera sido por no mortificarle, lo escupo.

—Y yo también: tenía un sabor como a fósforo.

—¡Quién sabe qué porquería le pondría la monja!

—Cualquier cosa, ya pasó.

Valdespino llegó a su casa, inquieto. Acababa de cometer un crimen espantoso: envenenar a aquellos dos jóvenes tan buenos, tan felices, tan llenos de esperanza y de porvenir.

Se sentó a la mesa y le sirvieron la comida, pero no la probó: apoyó los codos y clavó la frente entre las manos, y así permaneció como media hora, hasta que la vieja Pilar le sacó de su meditación.

—Señor, señor.

—¿Qué cosa?—contestó sobresaltado creyendo que le venían a avisar que Inés se moría.

—La señora doña Estefanía busca a usted.

—¿Y qué quiere esa vieja?

—No me dijo.

—Pues pregúntele y dígale que estoy muy ocupado, que usted me traerá la razón.

Pilar salió y volvió a poco rato.

—Dice que tiene que hablar con usted.

—Pues dile que será mañana, otro día. Estas mujeres creen que porque una vez les hace uno el amor, ya toda la vida ha de ser su amante.

Pilar volvió a entrar.

—¿Ya se fué?

—No, señor; dice que precisa que usted la oiga.

—¡Qué molestar! Dile que se siente, que ya voy.

Don Ceso tardó mucho, pero al fin salió a la sala.

—Buenas tardes, doña Estefanía.

—Buenas tardes, don Celso; dispense usted que le haya molestado, pero el negocio nos importa.

—¡Nos importa! ¿Y qué negocio?

—Señor don Celso; ¿recuerda usted que en un tiempo no éramos tan extraños uno a otro?

—Ya salió aquello,—dijo entre sí Valdespino.—Sí, señora; pero eso ya pasó hace tanto tiempo que no debemos ni acordarnos.

—No es por mí por quien vengo a hacerle ese recuerdo.

—¿Será por mí?

—Tampoco.

—¿Pues entonces....?

—Señor don Celso, burlando la fe de mi marido, tuve con usted relaciones de que me avergüenzo.

—Usted es dueña de avergonzarse de lo que quiera.

—De estas relaciones resultó una niña hija de usted....

—Es verdad, pero ya debe haberse muerto, porque jamás me ha hablado usted de ella.

—No señor, vive, y está en México...

—¿Y qué quiere? ¿dinero?

—No dinero, ella no quiere nada; pero es pobre; y aunque no la conozcamos, es preciso protegerla, si a usted le parece.

—Por supuesto, si es mi hija, y yo no soy ningún tigre. ¿Cómo la había de abandonar? ¿Dónde está? ¿Cómo se llama? ¿Usted la conoce?

—Yo la conozco: está de cómica, y se llama Inés Martínez.

—¡Inés! ¡Inés! ¡Maldición!—gritó don Celso.—Y se lanzó a la calle como un loco, sin sombrero; y dejando a Doña Estefanía asombrada y sin comprender lo que pasaba.

—¡Algo hohrrible hay en esto!—dijo ella.—Y salió también a la calle en seguimiento de don Celso.

XXI.

MEXICALTZINGO.

Desde que el hambre había comenzado a hacer estragos en la ciudad sitiada, los habitantes comenzaron a buscar la salvación fuera del recinto fortificado, y en el campo, y en las poblaciones ocupadas por las fuerzas republicanas dando con esto la mayor prueba de confianza a aquellos hombres a quienes los periódicos del imperio pintaban como unos foragidos sin corazón, sin moralidad, y sin sentimientos humanitarios.

Al principio, un temor muy natural hizo que los que se atrevían a salir, mirasen aquel acto como uno de los trances más difíciles y comprometidos de la vida; pero la buena aceptación que encontraban en las líneas de los sitiadores y la seguridad completa con que hacían la travesía, dió ánimo a todos los demás; y luego no fué ya por necesidad, sino casi por moda, por lo que todo el mundo se apresuraba a salir.

Sin distinción de color político, ni de clases, ni de nacionalidad, los liberales permitían y protegían aquellas salidas, y sólo los muy comprometidos con el agonizante imperio, se abstuvieron de abandonar la ciudad.

El punto escogido para salir de la capital, fué la garita de la Viga.

La facilidad de hacerse conducir en una canoa, y lo remoto del peligro en un punto en que no podía tener lugar un gran combate por lo accidentado del terreno, fué sin duda lo que dió origen a esta preferencia.

Desde el interior de México, salen las canoas por este canal que recibe las aguas de la laguna de Chalco.

Turbias y cenagosas estas aguas dentro de la ciudad, van poco a poco apareciendo puras y cristalinas, a medida que se avanza en ellas, hasta llegar a divisarse el fondo de la laguna en los lugares más profundos.

Pocos paisajes habrá más pintorescos sobre la tierra, que los que se descubren navegando por el canal de la Viga.

Esmaltadas sus márgenes de flores, cubiertas las fértiles heredades que riega, por verde y tupida grama, y sembrados por todas partes infinitos y garbosos sauces, la imaginación no puede concebir nada de más ameno que este cuadro, en cuyo fondo se destacan sobre un cielo encantador, el Popocatepetl y el Ixtlacihuatl, con sus soberbias cumbres coronadas de eternas nieves, en donde el sol reverbera ardiente durante el día, y tiende al crepúsculo sus luces rojas, o color de rosa.

Mil pájaros trinan al encenderse el día y al asomar la noche; y entre aquella melancólica y dulce calma, llegan algunas veces como deslizándose sobre las aguas, los cantos monótonos y tristes de los remeros del canal, o de los pastores de las vegas.

Pero esta calma y esta tranquilidad habían desaparecido en el sitio, y no eran solo ya la ligera chalupa cargada de flores y de verdura, y la pesada trajinera con maíz o paja, las que se miraban por allí: multitud de canoas de todos tamaños cruzaban el canal a todas horas, llevando y trayendo a los puestos avanzados de los liberales, tropa, oficiales, pertrechos, armamento, víveres; conduciendo a los ingenieros que practicaban sus reconocimientos, o a los generales que visitaban su línea.

Las canoas que iban de México, presentaban el espectáculo más agradable; hombres y mujeres de todas clases de la sociedad, con diversos trajes, con multitud de baúles, de cajas, de envoltorios, enarbolando banderillas blancas, como aviso de sus pacíficas intenciones; pero todos alegres, animados, platicadores, risueños, saludando a cuantos oficiales encontraban, refiriendo fantásticas noticias de lo que acontecía en la ciudad y mostrándose entre sí con una especie de alegría infantil, la fruta, la verdura, el pan, la carne, la leche; todo, todo aquello que miraban y de lo que habían estado privados por tanto tiempo.

Las señoras querían comprar de todo lo que veían; los hombres comían de todo lo que encontraban; y al llegar a Ixtacalco, todos se detenían y saltaban a tierra, y llevaban a las familias que habían quedado en las canoas, cuanto encontraban; y luego volvían a emprender su marcha para llegar a Mexicaltzingo.

Mexicaltzingo era el puerto en donde venía a terminar siempre la navegación de aquellas flotas, y al lado del puente se efectuaba el desembarque.

La animación era extremada; las gentes pobres cargaban sus pequeños equipajes y se deslizaban entre la multitud; las mujeres elegantes salían de las canoas en medio de los oficiales que se agrupaban por mirarlas, como esas heroínas de las novelas venecianas, que saltaban a tierra en las gradas de mármol de sus palacios, abandonando sus góndolas de caoba y de sándalo, incrustadas de marfil y de concha.

Multitud de carruajes esperaban en Mexicaltzingo a los viajeros, desde el humilde y molesto carretón de dos ruedas cubierto de petate, y tirado por dos mulas ruines y mal comidas, hasta las soberbias berlinas y las calesas elegantes.

Todos los pueblos de los alrededores de México estaban llenos de gente, y las familias tenían que dormir en las calles y en las plazas, en tiendas de campaña improvisadas; y de todos estos pueblos venían todos los días a Mexicaltzingo una gran multitud a esperar a sus amigos, y a sus parientes, o al menos a recibir noticias suyas.

La familia Murillo determinó también abandonar a México, tanto porque se le comunicó aquella especie de contagio, cuanto por ver más pronto a Eduardo que había escrito a su padre que se encontraba en Mexicaltzingo.

Don Bartolo y doña Guadalupe iban contentos porque iban a ver a su hijo; pero Elena pensaba tal vez más que en su hermano, en Jorge, por quien había llegado ya a tener un verdadero amor, a fuerza de pensar en él y de oirle mentar siempre en su casa.

No será necesario decir que la noche anterior al viaje, la muchacha no pudo pegar los ojos en toda la noche; se le figuraba que el día tardaba mucho, que sus padres dormían más de lo necesario, que los criados se detenían mucho en los preparativos; y temblaba al pensar que algún incidente podía impedir o retardar el viaje.

Amaneció por fin; y al primer albor, Elena estaba ya en pie despertando a todos, animando a todos, pero tan alegre, tan festejosa, que los viejos, tenían un verdadero placer en mirarla. Se había vestido con tanta coquetería, se había peinado con tanto cuidado como si se tratara de ir a un baile; la sombrilla más elegante, el abrigo de mejor gusto, los guantes más bonitos, los pendientes más graciosos, todo lo había escogido para este día: la pobrecita quería parecer hermosa a los ojos de Jorge, a quien iba a encontrar, y esto por supuesto, sin atreverse a confesárselo a sí misma, sin atreverse ni a pensarlo.

Llegó la hora de la partida, montaron en el coche, y Elena sintió que le brincaba el corazón.

Un dependiente de don Bartolo tenía ya dispuesta la canoa, y la familia se embarcó. Elena procuraba que no se descubriera un bulto mal colocado, que las botas de su papá no aparecieran entre las prendas de equipaje, a fin de que nada hubiera allí que pudiera parecer prosaico; porque una mujer cuando está verdaderamente enamorada, tiene el tacto más exquisito para evitar todo aquello que pueda desvanecer la ilusión de su amante, y cualquiera injuria es capaz una mujer de perdonar primero que la imprudencia del que descubra ante el hombre que ella ama, el zapato que ha sido dado de baja en el servicio, o la media herida que se abandona por inútil.

Las mujeres odian todo lo que tiene siquiera un viso de ridículo, y antes le dará su amor una mujer a un hombre a quien ha visto cometer un crimen, que a un desgraciado a quien he contemplado en ridículo en cualquier acto de su vida.

Desde que comenzaron a descubrirse las avanzadas republicanas, Elena no fué dueña de sí; se paraba en la canoa, se volvía a sentar, se componía el sombrero, se ajustaba los guantes, en fin, estaba en un constante movimiento.

Pasaron de Ixtacalco; y cerca ya de Mexicaltzingo, vieron venir una canoa pequeña que avanzaba a fuerza de remo y en donde venían dos oficiales.

Aquella canoa se aproximaba, y a Elena le dió un vuelco el corazón. Los dos oficiales eran su hermano y Jorge.

Las dos embarcaciones se juntaron, y los dos jóvenes pasaron a la que conducía a don Bartolo. Las circunstancias autorizaban un abrazo, y Jorge abrazó a Elena.

Preciosa estaba la criatura con su gracioso sombrerito de paja, encendida por la emoción y por el calor y animada por la dicha de aquel encuentro.

—¿Adónde iban ustedes?—preguntó don Bartolo.

—A encontrarles—dijo Jorge.

—¿Ya sabían que veníamos?

—No, pero tuvimos un presentimiento—contestó Eduardo;—como salen tantas gentes, creí que ustedes vendrían.

Llegaron a Mexicaltzingo: Eduardo dió el brazo a su madre, y Jorge a Elena. La joven iba orgullosa: aquel hombre era uno de los más constantes en la larga lucha de independencia, sus compañeros le veían con respeto; y luego era un buen mozo; su sencillo uniforme le sentaba tan bien, lo llevaba con tanto garbo, que era preciso ser muy descontentadiza para no quererle.

Todo esto pensaba Elena.—La familia tomó el alojamiento de Jorge y Murillo que vivían en Mexicaltzingo, asistidos por Tula y Anita, que estaban alojadas también allí, con Diego y con Rito.

Aquellas dos buenas mujeres se presentaron a la familia tan pronto como supieron que era la de Eduardo, y comenzaron a servirles en cuanto se les pudo ofrecer.

Jorge comprendió que llegaba para él, el momento del combate. Elena y Alejandra iban quizá muy pronto a encontrarse dentro de su corazón.

¿Quién vencería?

XXII.

LAS DOS RIVALES.

La familia Murillo pasaba sus días muy tranquilos en Mexicaltzingo; ya nadie creía en la posibilidad de una salida de parte de los sitiados, y la rendición de la capital era un acontecimiento que se esperaba como seguro.

Eduardo y Jorge iban en los momentos que el servicio se los permitía, a visitar a don Bartolo, y acompañaban a las señoras a dar algunos paseos por la población.

Como era tan grande el número de personas que salían de México, se habían improvisado fondas y cantinas por todas partes, y los vendedores de frutas y de dulces que venían de los otros pueblos diariamente, aumentaban el bullicio.

Elena era feliz; veía a Jorge todos los días, y por lo menos dos ocasiones en cada uno: tomaba su brazo en las excursiones que hacían por allí, y se sentaba a su lado en la canoa, cuando éstos paseos se hacían por el canal; y en su candor esperaba de un momento a otro, una declaración de Jorge; porque en esa edad las mujeres creen que para que existan amores y relaciones, es indispensable requisito la declaración.

Jorge, por su parte, se sentía como atraído sin querer, por aquellos nacientes amores; estaba fastidiado lejos de Elena, ansiaba por volver a su lado, y se había establecido entre ellos una especie de confianza que no era otra cosa que un amor tácito.

Cuando Jorge tardaba, Elena se tomaba ya la libertad de reconvenirle, y de hacerse enfadada; y él por su parte se mostraba sentido en cuanto le parecía notar algo de desdén.

Los dos se deslizaron por aquella pendiente dulce y engañosa.

Jorge tenía muchas veces remordimientos: la imagen de Alejandra iba como desvaneciéndose en su corazón, para dar paso a la de Elena; y los recuerdos de su pasión por la costeña se levantaban en su alma como la voz de una reconvención.

Jorge conocía que amaba a Alejandra, pero sentía que comenzaba a amar a Elena, y no se sentía con valor para abandonar a ninguna de ellas; veía algunas veces un precipicio abierto a sus plantas, y cerraba los ojos por no contemplarlo.

Una tarde, Jorge y Eduardo, vinieron de sus puestos a

visitar a la familia y como de costumbre, les ofrecieron dar un paseo; las señoras aceptaron, y Jorge, dando el brazo a Elena dirigió a la comitiva por un rumbo opuesto al embarcadero.

La tarde era tranquila y apacible: la mayor tranquilidad reinaba en los dos campos beligerantes, y sólo de cuando en cuando sonaba uno de esos cañonazos que se disparan para impedir un trabajo que se hace furtivamente.

Elena iba más contenta que nunca: Jorge le refería algunos episodios de su vida de campaña, que la joven escuchaba con admiración, y que hacía resaltar aun el mérito que ya Jorge tenía a sus ojos.

—¡Ah!—dijo Elena;—¡y cuántas muchachas se habrán quedado enamoradas de usted por esos rumbos!

—No, Elena, ninguna.

—¡Qué ninguna; si todos ustedes los hombres son iguales; por todas partes tienen amores, y por todas partes dejan a las pobres mujeres abandonadas.

—¿Pero usted cree que yo....?

—Todos, todos; pero la culpa es nuestra, que les conocemos, que comprendemos lo que pasa y lo que va a pasar, y sin embargo, les admitimos y les amamos; si no hubiera tantas mujeres tontas, no habría tantos hombres con fama de conquistadores.

—Tiene usted razón, Elena; pero no es cierto que todos seamos iguales; yo no me creo capaz de jugar con el corazón de una mujer, ni de engañarla nunca.

—Eso dice usted,—contestó Elena;—y tal vez en este momento tiene usted en la memoria el nombre de alguna pobre muchacha a quien usted ha apasionado por esas tierras.

Elena decía todo esto sin intención y sin comprender la verdad tan profunda que encerraban sus palabras: el nombre de Alejandra estaba escrito en el alma de Jorge con caracteres de fuego, y al escuchar a Elena se turbó; por la boca misma de su inocente rival, la pobre Alejandra le reprochaba su debilidad y su olvido.

—Mire usted, Elena, hemos llegado a la casa, y esa materia que tratamos es muy extensa; ¿cuándo podremos hablar más largamente, para que usted vea que no soy lo que usted se figura?

Esto equivalía ya a una cita; así lo comprendió Elena, y aunque ruborizada, feliz porque había llegado el momento que ella deseaba, contestó:

—Esta noche, después de cenar, que todos estén platicando, le diré a usted cuándo y en dónde podemos hablar.

En este momento llegaban al alojamiento, y las señoras,

desprendiéndose de los hombres, entraban a sus habitaciones, cuando Elena oyó una voz de mujer que decía:

—¡Jorge!

Volvió el rostro, y vió a Jorge que se arrojaba en brazos de dos señoras que estaban en el alojamiento de Tula y de Anita

Eran Margarita y Alejandra. Elena no las conocía; pero Alejandra era demasiado bella para dejar de infundir celos en un corazón enamorado por la primera vez. Se sintió desvanecida; aquel era un sentimiento desconocido para ella.

Su hermano abrazaba también a las recién venidas.

—Yo lo sabré todo,—dijo Elena;—y entró haciendo pedazos una sombrilla que llevaba en la mano.

Pocos momentos después entró Eduardo: Jorge permanecía con Alejandra.

—¿Quiénes eran esas mujeres?—preguntó Elena con profundo desdén.

—Esas se llaman, Margarita la más grande, y Alejandra la joven, que es su hija.

—¿Y son conocidas de ustedes hace mucho tiempo?

—Mucho: si la joven es la novia de Jorge, con quien se va a casar cuando ganemos.

Elena se iba poniendo lívida, y tuvo que sentarse. Afortunadamente para ella, la moribunda luz de la tarde no le permitió a Eduardo ver su turbación.

—Pues con esa muchacha le han pasado a Jorge cosas de novela; por eso la quiere tanto: es muy espiritual esa Alejandra: luego que descanse, te la traeré para que la conozcas.

—No; más vale que no.

—¿Por qué?

—Me disgusta; me parece que tiene traza de soldadera.

—Te equivocas, es una muchacha muy virtuosa y muy buena.

—Pero ¿qué quieres? a mí no me hace gracia.

—Como quieras; pero Jorge se va a sentir si sabe que no quieres recibirla.

—Que se sienta.

—Estás hoy inconocible. Yo me voy a ver a mamá: ¿dónde está?

—Por allá adentro.

Eduardo entró, y Elena se quedó repitiendo:

—¡Aventuras de novela!.... ¡muy espiritual!.... ¡muy virtuosa!.... ¡Qué bien lo decía yo esta tarde! ¿Para qué me habré dejado llevar de mi ilusión? ¡Soy muy desgraciada, muy desgraciada!

Y la pobre niña lloraba.

Jorge vino en la noche temblando como un reo. Conocía que algo debía de haber pasado, pero la indiferencia de Elena le tranquilizaba; quizá no sabía o no maliciaba nada. Quiso salir de dudas en aquellos momentos en que todos entretenidos platicaban y se acercó a ella.

—Conque, ¿qué me dice usted de lo de esta tarde?

—¿De qué?—preguntó Elena con extrañeza.

—De nuestra conversación interrumpida.

—No me acuerdo.

—Yo sí,—dijo Jorge,—procurando mostrar indiferencia.

—Pues yo le aconsejo a usted que procure no acordarse más de eso. Hay conversaciones que interrumpidas una vez, sólo el poder de Dios puede anudarlas: fuera de eso nada. —Y Elena se paró con mucho desembarazo.

Jorge comprendió todo lo que aquello quería decir, y se retiró pensativo y cabizbajo a su alojamiento.

XXIII.

POR QUE FUE ALEJANDRA A MEXICALTZINGO.

Cacomixtle volvió a la casa de Caralmuro en busca de él y de don Plácido; pero la casa estaba sola y entregada al dominio de los criados. El muchacho procuró averiguar con el portero lo que pasaba, y solo sacó en limpio que don Juan estaba preso y sin esperanza de salir, y que don Plácido había sido llevado al hospital, en calidad también de preso.

Por el pronto se había perdido toda esperanza: regresó, pues al mesón en busca de sus protegidas, para deliberar con ellas el partido que debía tomarse.

Caminaba pensativo, cuando alcanzó a ver a don Celso que traía el mismo camino y el chico, para evitar el encuentro, no tuvo más que meterse en una zapatería que estaba cerca.

—¿Qué hay?—dijo el zapatero.

—¿Tendrá usted unos zapatos de a dos pesos que me vengan bien?

El zapatero sacó unos de la medida de los pies de Cacomixtle. A este tiempo don Celso pasaba frente a la puerta, pero no volvió siquiera la cara.

—Están muy buenos estos zapatos,—dijo el muchacho poniéndolos sobre el mostrador y parándose en la puerta para ver a Valdespino: de veras que están buenos; la lástima es que no tengo los dos pesos.

—¿Pues cuánto das por ellos?

—Nada; si no quiero comprar, solo era curiosidad.

Cuando el indignado mercader saltaba el mostrador para castigar la burla del muchacho, iba éste ya muy lejos.

Margarita y Alejandra le esperaban ya con ansia, pero el rostro de Cacomixtle les reveló lo que pasaba.

—¿Malas noticias?—preguntó Margarita.

—Malas,—contestó el Cacomixtle.—Don Juan está preso, don Plácido lo mismo, la casa está sola, no hay ni con quien tratar.

—¿Pues qué hacemos?

—Eso venía yo pensando; y lo peor es que ya van dos veces que me encuentro a ese malo de don Celso, y esto no me ha gustado; porque un día me coge ¡y entonces qué harán ustedes?

—¡Qué situación!—decía Alejandra.

—Y el sitio sigue,—dijo Cacomixtle, y ni con cien pesos se pasa el día: ese dinero se les acaba en un decir Jesús, y quedamos como antes.

—¿Pero por qué está preso mi padre?

—¿Qué sé yo? ¿cómo me había de decir el portero? Apenas me contestaba; lo único que pude averiguar fué que no había esperanzas de que saliera, a lo menos mientras dure el sitio.

—¡Dios mío! ¿qué haremos?—decía Alejandra.

—Yo creo,—dijo el muchacho, que el único recurso que nos queda, es salirnos de México.

—¿Y cómo?

—Muy bien; la gente se está saliendo toda por la Viga, y dicen por ahí que no les hacen nada, ni hay riesgo. Con el dinero que tienen podemos vivir algunos días, hasta encontrar a nuestros conocidos; y en todo caso, allí nadie se muere de hambre; aunque sea de limosna, yo las mantendré, no hay cuidado.

Margarita atrajo al Cacomixtle y le abrazó conmovida.

—Porque aquí,—continuó,—tenemos además de todo, el riesgo de que nos llegue a descubrir don Celso; él es muy astuto, y yo ando por todas partes, y me vé en cualquier descuido, y da con ustedes, y Dios sabe lo que resultará: con que creo que lo mejor es irnos.

—Pero entre tanto, mi padre.... don Plácido....

—¡Qué! Al fin, mientras dura el sitio, no han de poder hablarles; ya sabemos donde viven, y acabando esto entraremos luego, luego, y derechos a la casa; no se han de mudar tan pronto.

—Tienes razón—dijo Margarita—nos saldremos.

—Entonces mañana mismo a la madrugada: atravesamos las calles al amanecer, que así será más difícil dar con don

Celso, y al salir el sol, fuera. Ahora voy a ver con mucho cuidado lo que compro para comer ahora y a la noche, para no tener necesidad de salir a la calle, para mayor seguridad; y mañana a esta hora estaremos en puerto de salvación.

—Pues anda—dijo Alejandra,—y entregó dos pesos al muchacho para la compra de provisiones.

En todo aquel día no salió ya Cacomixtle de la casa: en el mismo mesón compró dos rebozos y dos sombreros de petate para el viaje, y se acostó temprano para poder madrugar.

Amaneció; y pagado el gasto del mesón, el muchacho y las dos mujeres se lanzaron a la calle; había muy poca gente; soldados y oficiales eran lo único que encontraron, casi hasta llegar a la Viga.

En la garita había ya bastante gente de todas clases, esperando el momento en que se permitía salir. Los soldados que cuidaban del punto conversaban alrededor de las hogueras que les habían servido en la noche y que no eran ya sino montones de carbón y ceniza, de donde se escapaban ténues columnas de humo.

A medida que se aumentaba el concurso, crecía la impaciencia y comenzaban las murmuraciones; por fin un ayudante llegó con la orden de permitir la salida y aquella multitud se puso en movimiento.

Todos los que tenían oportunidad de hacerlo, entraban en las canoas para ir por el canal, y los que no podían o por su pobreza, o por no encontrar ya lugar, caminaban a pie, por una angosta calzadita que iba por toda la margen hasta llegar a Mexicaltzingo.

El número de familias que iban a pié, era extraordinario, y todos llevaban por precaución una bandera blanca en la mano, lo que daba a aquella marcha el carácter y la apariencia de un víctor: algunos pobres enarbolaban un harapo de dudoso color que servía entonces, no solo como el anuncio de sus pacíficas intenciones, sino como el padrón de su miseria.

Causaba compasión verdaderamente ver a tantos desgraciados cargando a sus hijitos, llevando a sus enfermos, y huyendo del hambre, pero todos pálidos y extenuados, a un grado tal que hubo desgraciados que al llegar a Mexicaltzingo, quedaron muertos al tomar el primer alimento.

Los soldados rasos del ejército republicano, se desprendían voluntariamente de su escaso haber y de su pobre rancho para socorrer a estas familias miserables, y la gran casa cural de Mexicaltzingo y la iglesia, eran un verdadero hospicio en donde multitud de infelices encontraban abrigo

y recibían de los jefes que mandaban aquella línea, el alimento para sus familias.

Al salir de la garita, observó Cacomixtle que muchos soldados imperialistas, con sus oficiales, se mezclaban entre los grupos de la gente que salía, y ocultándose entre ella, se avanzaban sobre la línea de los republicanos. Conoció que se trataba, si no de una sorpresa en forma, sí al menos de una de aquellas travesuras tan comunes en los sitios, y así se lo advirtió a Margarita y a Alejandra. Los pobres caminantes iban a pasar un riesgo mortal; pero ¿qué remedio? resignarse.

En efecto, comenzaban a descubrirse ya las avanzadas que estaban en el pueblo de Santa Anita y los liberales acostumbrados a aquella estratagema, observaron lo que pasaba, y se rompió el fuego.

Las pobres gentes pacíficas se tendieron en el suelo durante el tiroteo que sería como de media hora, y cuando los imperiales se retiraron, volvieron a emprender su marcha.

Margarita y su hija llegaron a Mexicaltzingo al parpadear la tarde y cerca del puente en donde desembarcaban los que venían por el canal, vieron a dos mujeres que lavaban.

Alejandra las conoció primero, eran Tula y Anita; ellas por su parte, reconocieron a sus amigas y después de la escena de los abrazos, las condujeron a su alojamiento, que, como hemos visto, era el mismo de la familia Murillo.

Anita informó a Alejandra que Jorge estaba allí, y que no tardaría en llegar a la casa, porque había ido a pasear con la hermana de Murillo. Alejandra se puso a esperarle.

He aquí por qué, al volver Jorge con Elena, encontró a su novia, quizá cuando él menos la esperaba.

He aquí por qué vinieron a reunirse bajo el mismo techo las dos deidades que se disputaban, sin saberlo, el amor de Jorge.

Pero las mujeres tienen en sus amores un espíritu de profecía; y así como Elena comprendió en Alejandra una rival, así Alejandra, aunque sin decir nada a Jorge, sintió en el corazón el veneno de los celos.

Los hombres necesitan, para conocer a sus rivales, mirarlos; las mujeres no, adivinan decididamente; y aunque no venga al caso, es preciso confesar que el hombre y la mujer son razas distintas, y que para conocer el corazón de las mujeres, es fuerza haber sido alguna vez mujer, y creer en la transmigración de las almas, o no meterse a tratar del sexo bello.

XXIV.

EL NIDO MATERNO.

Mondragón recibió la carta de Leonor en la que le anunciaba la nueva desgracia de don Plácido y la situación en que debía encontrarse la joven, le impresionó vivamente.

A pesar de todo lo que había ocurrido, Mondragón conservaba un cariño y una ternura extraordinarias a su edad. Él mismo se admiraba de aquellos sentimientos, y la inocencia de la joven, con lo poco que había sabido, le parecía fuera de duda; así es que en cuanto recibió la carta, se dirigió a la casa de Caralmuro.

Reinaba allí la mayor aflicción Leonor que se veía sin derechos ningunos en aquella casa, nada se atrevía a disponer. Quizá, pensaba ella, se podría creer que se aprovechaba de la ausencia de don Plácido y de Caralmuro para mandar.

—Señorita—le dijo Mondragón—he sabido por la carta de usted lo que ha pasado, y vengo a ver en qué puedo serle útil.

—Es usted mi único amparo—contestó Leonor.—¿Qué hago? Yo no puedo permanecer sola, porque después de lo que usted sabe que se ha descubierto, ¿qué confianza puedo tener en doña Salvadora?

—Efectivamente; usted no puede estar tranquila faltando Caralmuro. En esta casa sola, y a merced de los criados, cuando ya tal vez ellos tienen sospechas de que usted no es la hija de don Juan, cuando menos, tiene usted el peligro de que no la obedezcan, o de que alguno de ellos le falte al respeto.

—Quizá eso sería lo de menos; pero ¿quién me garantiza de que las mismas personas que quisieron hacerme su instrumento para engañar al señor don Juan no pretenden arrebatarme de aquí si me ven sola, bien para tenerme siempre en su poder, o bien para impedir que se descubra su crimen? La verdad es que yo tengo mucho miedo.

—Y tiene usted razón. ¿Quiere que yo me venga a vivir a esta casa, mientras dura la ausencia de Caralmuro?

—Muchas gracias, pero creo yo no tener aquí derecho alguno; si yo fuera la hija de don Juan, admitiría la proposición de usted, porque nada de violento tendría que un amigo suyo viniera a acompañar a su hija en su aislamiento, pero desgraciadamente no lo soy, y no sé si él vería con buenos ojos que usted se viniera a vivir aquí, no por usted a quien quiere como un hermano, ni por mí a quien mira casi como hija, sino por el antecedente de haberme usted pedido en

matrimonio: estas son cosas muy delicadas para disponerlas en casa ajena.

—Creo que piensa usted acertadamente.

—Si fuera posible que me recibieran, mientras, en un convento.....

—Es muy difícil en estos momentos; pero me parece que se me ocurre un plan que salve todos esos inconvenientes.

—¿Cuál es?

—Que usted se vaya a vivir a mi casa. Allá vive también doña Estefanía, la madre de mi primera mujer: es una señora amable y virtuosa, que le hará a usted compañía; y aun hay más: si en algo se resiente la delicadeza de usted yo me vendré a vivir aquí mientras usted viva en mi casa usted queda bien acompañada; y la sociedad nada podrá decir de usted.

—Acepto, señor don Felipe, acepto, porque estoy aquí sola, tan acobardada y tan intranquila, que no podría vivir. Por supuesto, se irá conmigo doña Salvadora.

—Si usted quiere:...

—Será bueno, porque aun no hay motivo para despedirla, y es necesario conservarla aun para descubrir muchas cosas importantes.

—¿Cuándo nos iremos?

—Cuando usted lo disponga.

—Pues ahora mismo: llame usted a doña Salvadora. Creo que por esta noche, no necesitará usted llevar nada y mañana puede usted enviarla a ella para que lleve lo que le haga falta.

—Me parece muy bien.

Leonor llamó a doña Salvadora, se puso un abrigo, y salió a la calle, asida al brazo de Mondragón.

Cuando llegaron a la casa, eran ya las ocho de la noche, y doña Estefanía se admiró al ver llegar a Mondragón con una señora a esas horas; pero él la impuso de todo, y comenzó a preparar la habitación de Leonor.

—En efecto—pensaba doña Estefanía—esta muchacha se parece mucho a Matilde. Ya Mondragón me lo había dicho, pero como todos los viudos que piensan volverse a casar, comienzan por encontrar parecidas a su primera mujer a cuantas muchachas les gustan, yo me figuré que sería una cosa así; pero se parece hasta en el cuerpo, en los ojos, en todo, en fin. Mientras esté aquí, dormirá en la cama de Matilde: ya si se casan, Mondragón sabrá lo que dispone.

Por una de esas casualidades, que no son raras como parece en la vida, Leonor entraba en la casa de su padre, no sólo sin ser reconocida, sino como su futura mujer, y dormía aquella noche en la misma cama en que había nacido.

Todo lo preparó tan bien doña Estefanía, que Leonor no tuvo que extrañar en la mudanza, y la vieja Salvadora se encontró igualmente con una habitación lista y a su disposición.

Mondragón insistió en irse a la casa de Caralmuro, pero Leonor no lo consintió, porque creía que era demasiada molestia para él, y además el respeto de doña Estefanía bastaba para evitar cualquier hablilla.

Por eso el Cacomixtle encontró sola la casa de don Juan.

Al día siguiente, Mondragón salió muy temprano con el objeto de ver al general Márquez y conseguir una orden de libertad siquiera para don Plácido.

Leonor salió muy tarde de la recámara. Pasaban en su vida acontecimientos tan extraordinarios, que no había podido dormir en la mayor parte de la noche.

Al salir de su recámara fué cuando pudo notar el aire de tristeza que reinaba en aquella casa: las piezas todas, fuera de la que ella ocupaba en la noche, y una sala en donde Mondragón recibía a los amigos, estaban cerradas, y aun en la que ella había dormido, se sentía una especie de olor a humedad, como el que hay en las habitaciones que están cerradas constantemente.

Doña Estefanía la esperaba para desayunarse: Leonor, a pesar de su prudencia, no pudo dominar su curiosidad ni de dirigir a Doña Estefanía algunas preguntas.

—Señora—le dijo—se conoce que siempre tiene usted cerrada su casa.

—Siempre, señorita, siempre; como no somos más que dos personas, Mondragón y yo, y nunca tenemos visitas, la casa, como usted la ve, está así hace más de catorce años; sólo se abre para barrer, y para que se ventilen un poco las piezas, y luego vuelvo a cerrar; y así será hasta que haya algún cambio que creo que será muy pronto; porque según sé, Mondragón tendrá muy pronto la dicha de ser el esposo de usted.

—Probablemente.

—¿Cómo probablemente? ¡Pues qué! ¿no es una cosa reresuelta? Como él ha mandado ya hacer el ajuar, nuevo, y se dispone todo.....

—Sí, pero usted ve cuántas cosas acontecen diariamente, y más en estos tiempos, que nada puede uno asegurar.

—En efecto; pero respecto a este matrimonio lo más probable es que se verifique....

—¿Cuántos años lleva de viudo el señor Mondragón?

—Unos catorce.

—¿Y de qué murió su señora?

Doña Estefanía se sintió atacada por el flanco débil, y titubeó; pero respondió al fin.

—De pulmonía.

—¿Y no tuvo ningún niño?

—Sí, tuvo dos.

—¿Y viven?

—Se murieron.

—¡Pobrecitos! ¿y muy chiquillos?

—Sí, señorita.

La cuestión se iba comprometiendo y doña Estefanía conocía a dónde podía ir a parar, y no estaba al tanto de lo que convendría a Mondragón que se dijese en aquellas circunstancias: así es que necesitaba cortar a toda costa la conversación.

Afortunadamente para casos semejantes todas las mujeres tienen siempre a mano el expediente de las lágrimas: el recuerdo de su hija y de sus nietecitos era muy natural que la hicieran llorar y así sucedió.

—Válgame Dios, señora—dijo Leonor conmovida también—¡qué imprudente soy! Ya hice llorar a usted con esos recuerdos. Perdóneme usted, y no hablemos ya más de eso; yo le prometo que no será esto entre nosotros motivo de conversación. Diváguese usted, y cuénteme ¿qué tales trabajos ha pasado usted en el sitio?

—La verdad, no muchos, porque yo me previne con tiempo, y aun tengo gran cantidad de víveres; pero después de lo que les pasó a ustedes; tengo ya mucho miedo de que lo vayan a saber.

—No tenga usted cuidado: lo que pasó en nuestra casa, creo que fué obra de algún enemigo de Don Juan, porque no había allí tantos víveres.

Una criada entró a avisar a doña Estefanía que la buscaba una persona; le contestó que la introdujese, y Feliciana se presentó.

Venía con las instrucciones de la "Guacha" a preguntar a doña Estefanía por los padres de Inés.

—Tengo que hablar con usted un negocio muy reservado—dijo Feliciana.

—Pues vamos por allá adentro—contestó doña Estefanía.

—Dispénseme usted, señorita, que la deje sola un momento.

—Vaya usted—dijo Leonor.—Y doña Estefanía y Feliciana se entraron a una recámara.

—Una hora duró aquella conferencia que nosotros ya sabemos a qué se redujo. Feliciana salió, y poco después doña Estefanía se encaminaba a la casa de don Celso, en donde hemos presenciado lo que pasó.

XXV.

UN RETRATO.

Doña Estefanía no volvió en toda la mañana; pero Mondragón llegó a cosa de las doce; había conseguido la orden para que saliera en libertad Caralmuro, dando cinco mil pesos más, de manera que el hombre venía alegrísimo.

Encontró a Leonor conversando con doña Salvadora, y por supuesto que al comunicarles la noticia, también ellas se pusieron contentas.

—¿Y cuándo cree usted que saldrá don Juan?—preguntó Leonor.

—Espero esta misma tarde, o cuando menos mañana temprano, llevaré yo mismo el dinero, y Caralmuro vendrá conmigo.

—¡Ah qué gusto! Es decir que esta misma noche o mañana a más tardar, estaré en mi casa.

—Leonor, ¿tan mal le ha ido a usted en el alojamiento, que tanto desea usted salir de él?

—No, no lo digo por eso; al contrario, me ha ido perfectamente y no sé cómo mostrar a usted mi gratitud por tantos favores; pero ya supondrá usted, que aun cuando aquella no sea verdaderamente mi casa, he cobrado tanto cariño a don Juan, que le miro ya casi como a mi padre: además, yo he venido a causar tantas molestias.....

—Ningunas, Leonor.....

—Sí, señor Mondragón, usted tiene cierto género de vida del que nunca sale, y ciertas costumbres que he venido yo a trastornar.

—¿Pero cuáles?

—Mire usted, por ejemplo; esas piezas, incluso la que ocupé anoche, jamás se abren, y las tiene usted siempre cerradas, con un respeto que he venido yo a interrumpir.....

—No, Leonor; esas piezas, esos muebles, no se han tocado nunca, porque encierran para mí tal número de recuerdos, dulces unos, y amargos otros, que siempre he vacilado si debo conservar la casa como está o darle nueva forma; pero ya estoy decidido a cambiar de vida, y esto me hará rejuvenecer porque me hará olvidar.

—¿Usted ha sido muy desgraciado?

—Sí, Leonor; y sin merecerlo; pero lo más terrible de mi situación, es que la pérdida de mi familia está envuelta aun en un misterio profundo que he desesperado de descubrir.

—¿Cómo?

—Ya le contaré a usted más adelante esa historia tristísima; por ahora quiero que usted vea por dentro mi casa,

que dentro de poco estará completamente variada; voy a abrirle a usted esas puertas para que pueda entrar; puede usted ir por el corredor.

Aunque el convite no era para doña Salvadora, ella por su curiosidad, se creyó comprendida en él; así es que cuando Leonor se dirigió a la puerta que le indicó Mondragón, doña Salvadora siguió detrás.

Leonor esperó largo rato que le abrieran: oía rechinar por dentro los balcones y las puertas, después pasos; sonaron las cerraduras, y Mondragón bastante pálido apareció detrás de las vidrieras, corriendo los pasadores para que Leonor pudiese entrar.

Se respiraba en aquellas habitaciones un aire pesado, y era más penetrante el olor a humedad, que Leonor había advertido en la recámara en que pasó la noche.

—Está usted muy pálido, señor Mondragón, ¿se siente usted enfermo?—preguntó la joven.

—No, Leonor; pero hace tanto tiempo que no entro a esta sala, que he sentido al penetrar en ella, una emoción muy fuerte; hay tantos recuerdos para mí....

Leonor examinó los muebles, las colgaduras: todo indicaba allí la tristeza y el abandono. No era el uso lo que había acabado con todo aquello, era solo el tiempo: aquellos sillones envejecidos sin uso, aquellas cortinas que caían a pedazos, sin que una mano las hubiese corrido, despertaban en su alma la misma idea dolorosa que si hubiera visto el cadáver momificado de un niño.

En la cabecera de la sala estaba colocado el retrato de una mujer joven, y hermosa: era una magnífica pintura, y sin duda por la falta de luz se había conservado tan fresca, como si fuera obra de la víspera.

Leonor preocupada de la hermosura de la mujer que representaba, no advirtió que Mondragón procuraba no mirar el retrato: doña Salvadora por su parte no quitaba los ojos del cuadro.

—Pues señor, mientras más la veo, decía la vieja, más se me figura que yo conozco a esta señora.

—¿Pero dónde.... dónde?

—¿Esta era su señora de usted?—preguntó imprudentemente Leonor.

—Sí,—contestó secamente don Felipe.

—¿Y hace mucho que murió?

—Muchos años.

—No hay duda—dijo doña Salvadora—yo conocí a esta señora, que era de México.

—Sí—contestó Mondragón.

—¿Pero señor, dónde conocí a esta señora? Y debe ser una fisonomía que me impresionó mucho.

Y la vieja seguía mirando el retrato. De repente, como herida de una idea, súbita, exclamó:

—¡Ah! ya me acordé, ya me acordé.

—¿De qué?—preguntó Leonor.

—De esta señora, que me entregó los niños en la plazuela de Loreto.

—¡Mi madre!

—¿Su madre?—dijo como fuera de sí, Mondragón—¿su madre?—explíquese usted, por Dios.

—Esta señora—dijo la vieja—¿no tenía dos niños?

—Sí—contestó Mondragón sintiendo como calosfrío en todo su cuerpo.

—¿Una niña y un niño?

—Sí, sí—decía Mondragón como devorando sus palabras.

—La niña Leonor, y el niño Jorge.

—Sí, sí, mis hijos, mis hijos.

—Aquí está Leonor, aquí está Leonor—gritó Salvadora.

—¿Leonor? ¿mi hija? ¿la hija de esta mujer?

—Sí, la misma, la misma.

Mondragón estaba emocionado, pero vacilaba; Leonor lo mismo: habían visto lo que había pasado a Caralmuro, y temía un nuevo engaño.

La vieja Salvadora lo comprendió.

—Por Dios, por el alma de mis padres—dijo arrodillándose y con una voz que salía del corazón—por mi salvación juro que esta niña es la hija de esa señora; que no les engaño; lo juro, lo juro, Leonor, ¿para qué habré mentido una vez.....?

Leonor y su padre, no habían podido resistir, y estaban abrazados, y llorando.

—Gracias, Dios mío—gritaba Salvadora—gracias, que me habéis permitido mirar esto, compensar con esto una mala acción. Señor abrácela usted, abrácela, es su hija, se lo juro mil veces, y que me trague la tierra si miento.

—¡Padre mío.....!

—¡Hija de mi alma.....!

—No, ahora no nos engañan: usted si es mi padre, yo sí soy su hija; esta historia, sin saber quién fuese mi madre, ya la conocía yo: además que ahora siento cosas en mi alma, que no sentí cuando don Juan me reconoció por hija. ¿Es verdad que soy la hija de usted? ¿qué usted lo cree? ¿que es verdad?

—Sí, hija mía, es verdad, es verdad, ¿ni cómo dudarlo si tú eres el retrato vivo de Matilde?

—¡Matilde! ¡Matilde! ese era el nombre de la señora....

—Y Jorge, mi hijo ¿qué será de él?

—Pronto lo verá usted, padre mío.

—¿Tú le conoces....?

—Sí, aunque solo de vista como usted.

—¿Como yo?

—Sí, Jorge, el huérfano del cura Ruiz de la costa, el amigo de Eduardo Murillo, el que va a la casa de Caralmuro.

—El mismo, padre mío, el mismo.

—Pobrecito hijo mío, tan bueno.... ¿pero cómo lo supiste tú, hijita?

—Que le cuente a usted doña Salvadora toda la historia, y usted verá cómo lo he sabido.

—Bueno, cuénteme usted, doña Salvadora, cuénteme usted.—Y Mondragón se sentó en un sofá con su hija en las rodillas:—Doña Salvadora en un sillón, a su lado.

Y entonces, punto por punto y sin necesidad de hacerse preguntar, refirió a Mondragón todo cuanto hemos oído contar en la casa de Caralmuro el día del consejo de familia.

XXVI.

AMOR MIO.

Don Celso corría sin sombrero las calles como un loco: doña Estefanía caminaba detrás de él, siguiéndole lo más de cerca que le era posible.

Así llegaron a la casa de Inés: la puerta estaba entornada: Valdespino la empujó con violencia y subió sin detenerse; doña Estefanía entró también. Aquella brusca salida de don Celso al descubrirle el nombre de su hija, la circunstancia de dirigirse a la casa, cuyas señas le había dado Feliciana a doña Estefanía, todo, todo era para ella un presagio de algo terrible y siniestro.

Don Celso se precipitó en la sala; dos hombres vestidos de negro estaban en los sillones, y en el sofá se percibía un bulto, como de otro hombre que estuviera acostado, pero que tenía la cara cubierta con un pañuelo blanco.

Al entrar Valdespino, los dos hombres se levantaron ceremoniosamente; pero él, sin hacerles caso, se dirigió al sofá y tomó el lienzo que cubría la cabeza del que estaba acostado.

—Ya expiró,—dijo secamente uno de aquellos hombres.

—¡Pablo!—gritó don Celso descubriendo el rostro del cadáver; y como un loco se dirigió a la puerta de la recá-

mara, en donde se escuchaba una basca obstinada y nerviosa.

—No se puede entrar,—dijo uno de los hombres deteniéndole.

—¿Quién dice?—rugió don Celso.

—Nosotros, que somos los médicos,—contestó con dignidad el otro hombre.

—¿Pero su padre?—dijo con tono de súplica don Celso.

Los médicos se miraron entre sí vacilando; don Celso tomó esto como un permiso, y entró violentamente en la recámara, seguido de doña Estefanía que llegaba en aquel momento.

Inés estaba sentada en un sillón, con el pelo y el vestido en un completo desorden, y dejando descubrir su seno blanquísimo y terso, parecía un busto de mármol: sus mejillas estaban encendidas, y sus ojos brillaban de una manera que daba miedo; de cuando en cuando llevaba sus manos al vientre y lanzaba quejidos lastimeros, y se agitaba en violentas convulsiones.

Al escuchar los pasos de don Celso, levantó la cara, sonrió y quiso levantarse, pero las fuerzas la abandonaron y no pudo.

Don Celso, se arrojó de rodillas delante del sillón, y los brazos de Inés se enlazaron en su cuello.

—¡Hija mía!—dijo don Celso.

—¡Amor mío!—balbutió Inés, y estrechó a don Celso convulsivamente entre sus brazos.

Valdespino besó la frente de su hija: un sudor frío la bañaba; creyó besar un cadáver; pero Inés acercó su rostro y los labios de la doncella buscaron la boca de don Celso, y su beso buscó el beso de Valdespino, que retiró la cabeza horrorizado.

No era el ósculo santo de la hija al padre; en aquel beso había toda la provocación del infierno, todo el fuego de la pasión; era todo el ardor del deseo concentrado en los labios; los ojos de Inés se extraviaban, y oprimía más y más el cuello de su padre.

Todo lo comprendió don Celso; el veneno se manifestaba en los síntomas; Inés era una virgen tocada por el dedo de un demonio.

Valdespino pugnaba por separarse de Inés; y no se atrevía ni a hablar; pero la joven le tenía enlazado entre sus brazos de tal modo, que todos los esfuerzos que hiciera eran inútiles, a menos que no se decidiera a maltratarla para apartarse.

Inés hizo otro gran esfuerzo, atrajo la cabeza de don Celso y volvió a unir sus labios con los suyos; entonces sus bra-

zos se desprendieron cayendo pausadamente sobre sus rodillas; su cabeza rebotó en el respaldo del sillón, y su cuerpo se doblegó. Estaba muerta......

Valdespino quedó como herido de un rayo. Dios había concedido a aquel miserable lo que él había creído el supremo goce dos horas antes, y que en aquel momento era el colmo de su desesperación, el último y más ardiente beso del amor de Inés.

Nadie se atrevió a hablar; Estefanía y Feliciana se arrodillaron sollozando, y don Celso, mudo y sombrío, apoyó la cabeza en las rodillas del cadáver.

Un cuarto de hora transcurrió así, hasta que la puerta de la sala se abrió, y uno de los médicos dijo en voz alta:

—Señores, ya no tiene esto remedio. ¿Por qué no se salen ustedes un momento?

Las dos mujeres alzaron la cabeza, y obedecieron como unos niños, como si no hubieran tenido voluntad propia.

Don Celso pareció no haber oído.

—Caballero, caballero,—dijo el médico, tocándole suavemente la espalda.

—¿Qué cosa?—dijo Valdespino.

—Sería bueno que usted se saliera.

—Sí,—dijo sombríamente Valdespino,—yo no debo permanecer aquí ni un instante; soy un infame, un réprobo.

Y sin hablar más, y sin hacer caso a nadie, salió a la calle, y se dirigió a su casa en un estado casi de completo idiotismo, y repitiendo como maquinalmente:

—¡Amor mío! ¡amor mío!

Ultimas palabras que había escuchado de la boca de Inés.

Doña Estefanía se empeñaba en quedarse aquella noche en la casa con el cadáver de Inés, pero Feliciana la convenció de que se retirara. Aun en aquellos instantes temía a la sociedad en su dolor, y le quería ocultar como había ocultado su amor de madre.

En otras circunstancias, este doble envenenamiento, hubiera conmovido a la sociedad, pero en aquellas pasó inapercibido con el carácter de casual. En esos mismos momentos la ciudad era un volcán en acción: grupos de mujeres y muchachos hambrientos corrían por las calles, y partidas de austriacos a caballo con las espadas desenvainadas, los perseguían por todas partes, en verdad, no para matarlos, sino solo para espantarlos, lo que no impedía que hubiera gran número de desgracias.

El cadáver de Pablo fué recogido en la tarde misma de la desgracia por sus parientes que se conformaron con la explicación de la casualidad, como que esta casualidad los

ponía en goce de una herencia que se alejaba de ellos con el casamiento de Pablo.

Eran las ocho de la noche, y en la recámara de Inés cuatro cirios alumbraban el cadáver de la joven, que con un traje negro y la cabeza cubierta con un paño del mismo color yacía sobre la cama, que había sido colocada en medio de la pieza.

El silencio que allí reinaba, no se interrumpía más que por ese chasquido de la cera de las velas, y por uno que otro suspiro que lanzaban de cuando en cuando dos mujeres que estaban de rodillas una a cada lado del cadáver.

Aquellas dos mujeres eran Feliciana y la "Guacha."

XXVII.

EN EL CAMPO DE BATALLA.

Cada momento era más comprometida la situación de Jorge. Alejandra, devorada ya por los celos, exigía con la imprudencia natural en las mujeres que están en esa disposición de ánimo, que su novio se apartase de la amistad de la familia Murillo.

Elena no le había dicho nada absolutamente, pero aquel sentimiento reconcentrado varió su carácter de tal manera, que sus padres y sus hermanos mismos comenzaron a notar esa variación.

Elena tenía una palidez alarmante; sus ojos mostraban las huellas del llanto, y un malestar que se descubría en su rostro, con solo mirarla, indicaban que aquella alma sostenía una lucha, que en aquel corazón había una tempestad.

Jorge, sin dar a entender lo que pasaba, no podía dejar de visitar a la familia, y la fatalidad había hecho que Alejandra y Elena estuvieran en la misma casa.

Cada vez que Jorge entraba a las habitaciones de Murillo, Aejandra se sentía morir de celos, y cuando permanecia en las de Alejandra, Elena lloraba sin querer.

Las mujeres son observadoras, están siempre dotadas de un carácter suspicaz, y cualquier acontecimiento les sirve de base para un raciocinio en el que casi siempre aciertan con lo que suponen.

Alejandra vió a Elena triste, pálida, llorosa. Jorge, pensó entonces, ha abandonado a esta mujer, pero ella le ama, y él debe por lo menos haberle indicado también su amor; de lo contrario, ni ella tendría tanto sentimiento, ni estaría tan afectada. Quizá él ya no la ama, o no la ha amado nunca, pero ella es hermosa, ser amado así lisonjea a un hom-

bre y esto es muy peligroso para mí; es fuerza cortar de raíz el mal.

Murillo observó el cambio que se operaba en su hermana Elena, y notó que ese cambio tenía principio en el día de la venida de Alejandra. No necesitaba mucho para penetrar la causa de todo. Alejandra era la prometida de su amigo, era el obstáculo para la tranquilidad de Elena; porque desde el día de su llegada comenzó a entristecerse; luego Elena estaba enamorada de Jorge, y esto, según Eduardo, no podía haber sido sino porque Jorge había enamorado a su hermana, y esto era una mala acción, y era preciso reconvenirle seriamente.

Nosotros no estamos conformes con esta lógica, pero era la de Eduardo, y es casi siempre la de todo hombre preocupado por un pensamiento que le afectaba profundamente.

Eduardo buscó a Jorge, y no tardó en encontrarle apoyado en la baranda del puente, contemplando el desembarque de las familias que llegaban de México, y meditando en su situación.

—Jorge,—le dijo con una voz insegura,—te necesito; vamos por aquí.

Y se dirigió a una de esas huertas que hay en todos esos pueblos de las lagunas de México, que forman una especie de islas rodeadas de canales angostos por todos lados.

Al llegar a un grupo de sauces, se detuvo Murillo.

—Aquí estamos solos,—dijo;—podemos hablar.

—¿Pero qué tienes?—preguntó Jorge con interés;—¿qué te pasa?

—Me pasa,—contestó amarillo de cólera, Eduardo,—me pasa que eres un mal amigo, un desleal, un infame.

—Eduardo, tú me insultas, sin razón.

—¿Sin razón? ¿qué más razón, que has abusado de mi amistad y de la confianza de mi familia y de la mía, que has engañado a Elena, que eres un miserable?

—¡Eduardo! óyeme, y no me insultes.

—No quiero oír nada; lo que quiero es que me digas si estás dispuesto a batirte conmigo.

—¡Yo batirme contigo! ¡con mi hermano! ¡nunca!

—Tienes miedo.

—Mira, Eduardo, lo que dices.

—Lo he dicho; tienes miedo, miedo; y voy a contárselo a todos los compañeros, y a Elena, y hasta a la misma Alejandra.....

—Eduardo, no me precipites....

—Pues bien; ¿te bates conmigo?.....

—Sí; pero óyeme; no puedo hacer armas contra tí; pero podemos salir los dos de nuestra línea, sobre el campo ene-

migo, en el momento en que se empeñe el primer combate, y Dios dirá quién de nosotros dos ha de morir ¿te conformas?

—Bien; pero ahora mismo.

—Ahora mismo; vámonos para Santa Anita que es el punto más avanzado.

Y ambos se dirigieron a las orillas del canal y poco después una chalupa los llevaba hacia los puntos avanzados.

Al separarse del lugar en que habían tenido su conversación, un hombre a quien ellos no habían visto que estaba acostado entre la yerba, levantó la cabeza para ver el rumbo que tomaban.

Era Diego.

—Muy bien—dijo levantándose—bonito negocio han arreglado este par de locos; pero yo sabré cómo lo desbarato. Toda la fortuna ha sido que por buscar un lugar solo para dormir un rato, me vine aquí; si no, el demonio sabe lo que hubieran hecho estos amigos. Caramba, si estos son dejados de la mano de Dios.

Y caminaba apresuradamente. Al llegar cerca del alojamiento, encontró a Rito, que tomaba el sol en una cureña, fumando un puro.

—¿Qué hay?—dijo Rito—¿por qué vienes tan agitado?

—Porque acabo de descubrir un secreto.

—¿Y ya me lo vas a contar?

—Sí, para que me ayudes.

—Vamos a ver.

—En pocas palabras: el capitán Murillo está enojado con don Jorge, porque dice que le ha enamorado a su hermana, y se van para Santa Anita desafiados.

—Eso es grave, ¿pero cómo no lo estorbaste?

—Porque lo que quieren es salirse los dos de la trinchera, a ver a quién de los dos matan los mochos.

—¿Y qué has pensado?

—Una cosa; espéreme usted aquí mientras veo al general que vive muy cerca y debe estar en su alojamiento.

—Bien.

Un cuarto de hora después volvía Diego con el rostro alegre y expresivo.

—¿Qué sucedió?—preguntó Rito.

—Que le conté todo al general, y me dió una orden para que conduzcan aquí arrestados a los dos; pero saqué la orden por escrito y duplicada para que usted vaya con una, y yo con la otra; además va también un ayudante a buscarles con la misma orden de palabra.

—Pues vamos nosotros luego.

—Vamos, porque oigo tiros en Santa Anita.

—Y yo también.

Eran las ocho de la mañana. De Mexicaltzingo a Santa Anita se puede ir por tierra o por agua, este es el viaje más descansado, pero más cerca es por tierra.

Diego y Rito montaron en sus caballos, y se dirigieron al galope en busca de Eduardo y de Jorge.

A medida que se acercaban, se oía más nutrido el fuego de fusilería y se escuchaban algunos cañonazos.

—La cosa se pone seria—decía Rito sin dejar de galopar.

—Quién sabe si ya esos habrán hecho una locura.

Cerca de Santa Anita era necesario dejar los caballos, y seguir a pié, porque los puentes de los canales habían sido destruídos y no quedaban más que vigas muy angostas para pasar.

Los dos se bajaron de sus caballos, y se incorporaron con una compañía que a paso veloz se dirigía por el mismo lugar que ellos.

Veamos lo que pasaba en Santa Anita en estos momentos.

Al llegar Jorge y Eduardo allí, todo estaba tranquilo; pero un poco después una fuerza enemiga salió de la garita de la Viga y se lanzó sobre la tropa que defendía el punto. Al principió fueron rechazados, pero nuevos refuerzos salidos de la plaza obligaron a los republicanos a replegarse, abandonando el puesto.

Los imperiales entraron al pueblo, y comenzaron a repicar en el momento en que una compañía, con la que venían Diego y Rito, llegaba en auxilio de los suyos.

Al apoderarse el enemigo de Santa Anita, Eduardo dijo a Jorge:

—Este es el momento.

Y los dos de frente, sin retroceder, comenzaron a recibir el fuego del enemigo, disparando ellos de cuando en cuando sus pistolas para impedirles que se acercasen. Por fin los tiros de las pistolas se agotaron y los imperialistas lo comprendieron y se vinieron sobre ellos como perros rabiosos: un soldado sujetó a Murillo, y otro levantó la culata del fusil sobre su cabeza: Murillo cerró los ojos esperando el golpe, pero no lo recibió; ágil como un tigre, Jorge arrebató el fusil al soldado y comenzó a defender a Murillo, que no había podido hacerse de una arma; el partido era ventajoso; Jorge estaba cansado, y Murillo inerme como un niño.

El auxilio desembocó en este instante por la calle con bayoneta calada y a paso de carga. Los imperiales huyeron.

—¡Jorge, perdóname!—dijo Eduardo abrazándole.

—De orden del general,—dijo Rito, llegando,—los dos presos a Mexicaltzingo.

XXVIII.

UNA ABUELA.

Durante todo el día en que tuvo lugar el reconocimiento de Leonor por su padre, que según recordarán nuestros lectores, fué el mismo de la catástrofe de Inés, doña Estefanía no apareció por la casa de Mondragón, y era esto tanto más extraño, cuanto que hacía ya muchos años que no salía, sino muy pocas veces a la calle, y entonces volvía a la casa, sin haberse hecho esperar jamás a las horas de la comida.

Pero aquel día, las horas se pasaban, y Mondragón comenzaba a inquietarse; el deseo de darle la feliz noticia, y de presentarle a Leonor como a su nieta, redoblaban el deseo de Mondragón, que la esperaba con impaciencia.

Desde el instante en que Leonor fué reconocida, todas las puertas de la casa y de los roperos se abrieron para ella. Mondragón estaba encantado; y para más confirmación, en uno de los cajones de Matilde se encontró una caja con una lámina de daguerreotipo que representaba a Jorge y a Leonor. Salvadora no hizo más que verlos y reconocerlos inmediatamente.

Mondragón estaba verdaderamente contento; el placer de haber encontrado a su hija y la esperanza de ver a Jorge, le hacían olvidar la historia misteriosa de la desaparición de su mujer.

—¡Cuánto deseo, hija mía, que pronto se acabe el sitio, para ver a mi Jorge!

—Y yo también: me acuerdo de él como si le tuviera delante.

—¡Malvados hombres estos! ¿Por qué no se rendirán? No más están sacrificándonos a todos. ¿Y para qué, si no tienen ni esperanza de remedio?

—Creo que muy pronto estarán aquí los liberales. ¿Iremos a recibir a Jorge?

—Por supuesto, por supuesto. ¿Y no estás muy contenta?

—¿Cómo no, padre mío? Ahora sí; porque ahora siento un no sé qué que me dice, que ahora si no nos engañan, que es usted mi padre, que soy su hija, que Jorge es mi hermano.

—Pero sería bueno que Salvadora fuera a ver a esa vieja de la casa del malvado Valdespino, para averiguar algo más.

—¿Pero si eso podía manchar la memoria de mi madre?

—Tienes razón: si tu madre vive, si no se presenta, debe ser porque su conciencia no se lo permite: si ha muerto, Dios la habrá ya juzgado.

En este momento un criado avisó que doña Estefanía había llegado, sin duda algo enferma, porque se había metido en su recámara sin hablar con nadie.

—Pues si no es cosa de cuidado,—dijo Mondragón,—es fuerza que venga para que participe de nuestra alegría; yo mismo voy a traerla.

Mondragón se dirigió a la recámara de doña Estefanía; estaba cerrada por dentro, observó por el agujero de la cerradura; la pobre señora, de rodillas delante de una Dolorosa, rezaba y lloraba.

Mondragón llamó.

—¿Quién?—preguntó doña Estefanía procurando serenarse.

—Yo: ábrame usted.

No había modo de rehusarse: Doña Estefanía limpió sus ojos, y abrió.

—Señora,—dijo Mondragón,—si no se tratara de un negocio tan importante, no la interrumpiera yo.

—¿Pues qué hay?

—Hoy va usted a encontrar a una hija que lloraba perdida desde su niñez, y que yo he encontrado.

Doña Estefanía, impresionada con la historia de Inés, creyó que de ella se trataba: sintió que se le nublaba la vista, y si Mondragón no la hubiera sostenido, hubiera caído.

—Por Dios, señora, no se afecte usted de esa manera, que va a hacerle mal; cálmese usted, y vamos a ver a su hija luego.

—Es tarde ya,—dijo doña Estefanía pensando en que se trataba aún de Inés.

—¡Tarde! y ¿por qué?

—¡Oh! porque ha muerto,—dijo sollozando la pobre mujer.

—¡Muerto! ¡ha muerto! No lo crea usted: aquí está con nosotros; en la sala nos espera.....

—¿Pero quién? ¿de quién me habla usted?

—De Leonor, de mi hija, de la hija de Matilde, de su nieta de usted....

—¿De mi nieta? ¿ha parecido? ¿en dónde está?

—Aquí en la sala: no me cabe duda que es ella.

—¿Pero cómo? ¿cómo?

—Venga usted y la verá.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!—dijo doña Estefanía cayendo de

rodillas; gracias, gracias, porque al lado de tanto dolor, has puesto tanto gozo.

—Venga usted, venga usted,—decía Mondragón, tomándola de una mano y sin comprender el sentido de sus palabras:—venga usted a verla; es el retrato de Matilde.

Doña Estefanía caminaba conducida por Mondragón. Leonor estaba en la sala y como por recuerdo se había puesto un abrigo que su padre le contó que era el que usaba de ordinario Matilde dentro de la casa; de manera que la semejanza era completa, y doña Estefanía creyó estar viendo a su hija.

—¡Leonor! ¡tu abuela!

Leonor se paró, y doña Estefanía la recibió en sus brazos. Aquella pobre vieja había sufrido en el día tantas y tan grandes emociones, que no pudo ya resistir, y se desmayó en los brazos de Leonor.

Mondragón acudió en su auxilio, y la colocaron en el sofá.

Cuando pasó aquella primera sensación, quiso saberlo todo, quiso oir los más minuciosos detalles de la boca de doña Salvadora, y la sentó a su lado.

Doña Estefanía escuchó asombrada aquella relación; y al oir hablar de la casa de la plazuela de Loreto, y de la vieja, y de la señora que lloraba cuando le arrancaron a sus hijos, entonces lo comprendió todo. Aquella casa era la misma a donde había ido la última vez a ver a don Celso; aquella Pilar era la confidente de sus amores; aquella mujer que lloraba y que sin embargo entregaba a sus hijos, era Matilde, su hija, y al mismo tiempo su rival. Entonces recordó que había llegado a tener celos de Matilde en su pasión por Valdespino, y un rayo de luz disipó las sombras que confundían su inteligencia: Valdespino era sin duda el seductor de Matilde, el que la había obligado a abandonar la casa de su marido, y a seguirle en la plazuela de Loreto. Tal vez cuando ella había ido allí, también allí estaba su hija..... Este pensamiento era capaz de hacer estallar su cerebro.

¿Pero de qué medios tan poderosos se había valido don Celso para obligar a Matilde a tan inmensos sacrificios? Esto era lo único que ella no podía alcanzar; si hubiera podido adivinar todo lo que había pasado entre Matilde y su seductor, la pobre Estefanía hubiera muerto de vergüenza y de remordimientos.

A la mañana siguiente, muy temprano, fué sepultada Inés, unos cargadores la condujeron a su postrer mansión en una humilde caja pintada de negro; ningún cortejo fúnebre; Feliciana y la ''Guacha,'' a pié, tras el cuerpo; esto era todo.

Don Celso no había vuelto por la casa.

Doña Estefanía pasó en la iglesia toda la mañana; a las

doce volvió a la casa, y encontró allí a la "Guacha," que iba muy seguido a recibir limosna.

—Ahora sí hay familia nueva,—dijo la "Guacha," a doña Estefanía.

—Sí; Mondragón ha encontrado a una hija suya que se había perdido desde niña.

—¡A Leonor!—dijo la Guacha sin poderse contener y con el corazón de madre, olvidando el papel que representaba.

—¿Cómo sabe usted que se llama Leonor?—dijo admirada doña Estefanía.

—Por las criadas he oído este nombre en la cocina,—contestó la Guacha dominándose y aparentando la mayor serenidad.

—Sí,—dijo doña Estefanía,—a Leonor, mi nieta, la hija de mi pobre Matilde; aquí está; la hemos reconocido por una casualidad, por la mujer que la sacó del lado de mi hija, que es la que la ha criado. ¡Oh! ¡y se parece tanto a mi pobre Matilde!....

—¡Qué ganas tengo yo de conocerla! ¿dónde podría verla?

—Es muy fácil: siéntese usted aquí en la puerta de la cocina, y yo voy a traerla con cualquier pretexto; verá usted qué bonita, y mirándola a ella, es como si viera usted a mi hija.....

—Bueno, bueno; pues aquí me siento.

Y la pobre mujer, desconocida de su madre, de su hija y de su marido, mendigando el pan en su propia casa, y sin esperanza de ser reconocida nunca, que se había impuesto a sí misma aquella miseria y aquel abandono, como una expiación a su falta, se sentó temblando en el suelo, y clavó sus ávidas miradas en la puerta por donde había de aparecer su hija.

Se oyó el roce de un vestido, la voz de doña Estefanía que hablaba, y en el fondo de la puerta se destacó la figura bellísima de Leonor.

La Guacha sintió toda su sangre afluir al corazón: quiso levantarse, gritar, pero solo pudo agitar sus manos convulsivamente, y lanzar una especie de gemido sordo y gutural.

Esa pobre viejita tiene algo,—dijo Leonor llegando precipitadamente a ella.

La Guacha no tenía vida sino en los ojos, que clavaba obstinadamente en Leonor.

—Es su mal,—dijo una criada.

—Pero que le hagan alguna medicina,—agregó Leonor.

—Ya se le pasará,—dijo la criada;—ha de ser debilidad.

—Esto es muy extraño,—pensó doña Estefanía;—aquí se encierra algún misterio.

—¡Leonor!—gritó adentro Mondragón.

—¡Voy, padre!—dijo Leonor:—Mamá grande, que le den algo a esa pobrecita.

—Aquí me quedo,—contestó doña Estefanía.

Leonor se retiró, y su abuela permaneció al lado de la Guacha que comenzaba a volver en sí.

—Usted me oculta algo,—le dijo;—¿quién es usted? ¿cómo se llama? ¿por qué se desmayó al ver a Leonor? Aquí hay un misterio que es preciso que me descubra.

—Mañana que estaré más calmada, le contaré a usted todo: por ahora me voy.

—No, cuénteme usted.

—Ya le dije que hoy no, mañana.

Y la pobre mujer, casi arrastrándose, salió de la casa:

—¡Hija mía!—decía en su corazón: ¡qué feliz fuera yo pudiendo vivir a tu lado, aun cuando fuera como una criada, pero me es imposible, el corazón me vendería, y tú, para ser dichosa, necesitas no conocer la historia de tu desgraciada madre. No: no echaré en tu corazón virgen y puro, ni una gota de la hiel que rebosa en el mío. Por tu felicidad, mi último sacrificio. Mi madre ha comenzado a sospechar; quizá no tenga yo valor para ocultar por más tiempo quién soy. No, no volveré más aquí, ¡Adiós, hija mía! ¡Adiós, madre mía! ¡Adiós!....

Y no tuvo valor ni para decir dentro de sí: "esposo mío!"

XXIX.

LA NOCHE DEL DESORDEN.

Con la alegría, olvidó Mondragón a su amigo Caralmuro, y no pensó en ir a rescatarle hasta el día siguiente al del reconocimiento; pero cuando lo recordó era ya casi de noche, y lo dejó para la mañana próxima.

Aquella noche la guarnición estaba más inquieta que de costumbre: había habido en la tarde un fuego horrible de cañón por todas partes, y los vecinos pacíficos temían un asalto, al paso que entre los militares se hablaba, aunque con reserva, de capitulación y de garantías.

Se decía, como cosa cierta, que unos enviados de Márquez habían intentado entrar en arreglos con Porfirio Díaz, general en jefe del ejército sitiador, y que nada habían podido conseguir; y los subalternos murmuraban, aseguran-

do que algunos jefes de alta graduación habían desaparecido de sus puestos. La desmoralización era completa, y a medida que avanzaba la noche, comenzaron a presentarse síntomas alarmantes que auguraban la próxima disolución del ejército.

Primero, las deserciones individuales, el abandono completo del servicio, la desaparición de los oficiales, y luego la sublevación, el desbandamiento, la derrota, el desorden más absoluto.

A la madrugada todo había terminado. Grupos de soldados atravesaban las calles disparando sus fusiles al viento, tirando los uniformes, y dejando en las puertas cerradas de las tiendas y de las casas, sus armas y sus fornituras.

La luz del nuevo día alumbró las fortificaciones de la ciudad ocupadas por el ejército republicano, y el palacio coronado por un corto número de austriacos, que no tardaron mucho en rendirse a discreción.

La ciudad se durmió imperial, y despertó republicana.

A la mitad de aquella noche, Caralmuro, que dormía tranquilo en su prisión oyó abrir la puerta, y vió penetrar por ella un sargento, con su fusil al hombro y un farol en la mano.

Como todo se podía temer de aquellos hombres, Caralmuro creyó que iba a ser víctima de algún nuevo atropellamiento.

—¿Qué hay?—preguntó incorporándose en la mesa que le servía de lecho.

—Pues nada, mi jefe—contestó el sargento,—sino que ya estamos en la derrota.

—¿Cómo en la derrota?—preguntó Caralmuro paseándose:—¿ha habido asalto?

—No; pero ya todos nos desbandamos; cada uno se va para donde quiere, y yo vine a ver a su merced a ver si se quiere ir también, y si quiere llevarme, porque yo soy de lejanas tierras, y aquí no tengo casa; y como su merced me ha dado algunos medios.....

—Pero ¿es verdad lo que dices?

—Sí, yo los he visto irse todos, con estos ojos que se ha de comer la tierra: vaya, mi jefe, véngase, no entren los otros y la "molimos."

—¿Y nos dejarán salir?

—Sí, ya no hay nadie, vámonos.

Caralmuro tomó su sombrero y siguió a su guía; el cuartel estaba desierto, y solo de cuando en cuando distinguía al pasar por los patios, algunas hogueras que los soldados habían dejado ardiendo al retirarse.

No hay una cosa que entristezca más en la vida militar,

que esas fogatas solitarias que permanecen ardiendo en un campamento o en una ciudad abandonada repentinamente. Parece como que aquel fuego siente su soledad, como que es algo de la vida de los soldados que queda triste y entregado a los furores del enemigo. Hay cierta especie de amor por el fuego, que manos amigas encendieran; se piensa en los que rodeaban aquella hoguera, en lo que pensaban; en fin, se siente una cosa tan inexplicable, pero tan profundamente triste, que quizá conmueva más al alma que un campo de batalla.

Al salir a la calle, Caralmuro vió atravesar por el fondo del cuartel un hombre embozado en una capa y seguido de dos que le alumbraban: Caralmuro reconoció a Márquez, que cruzaba por allí, como esas almas en pena de que nos hablan las fantásticas leyendas del pueblo, que vienen en las altas horas de la noche a visitar el teatro de sus crímenes.

El sargento tiró al foso el farol, que cayó sin apagarse, y comenzó a caminar seguido de Caralmuro, procurando tomar siempre las calles más extraviadas. Por todos lados encontraban oficiales y soldados dispersos, a pie o a caballo, que se iban perdiendo entre las sombras de las calles, y a cada bulto que aparecía y a cada rumor de pisadas, el sargento se detenía y armaba su fusil para defenderse; pero nadie les dijo nada; todos pensaban en sí, y no más que en sí.

Llegando ya al centro de la ciudad, el sargento preguntó a Caralmuro:

—¿A dónde?

—A la calle de San Francisco.

Y volvieron a caminar. Cerca ya de su casa, Caralmuro se adelantó para llamar al zaguán, y advirtió que un hombre en camisa y calzón blanco, sin sombrero, y cubierto solo con una frazada, llamaba también a la misma puerta.

Era uno solo; Caralmuro venía acompañado, y además el sargento traía su fusil; de manera que no había por qué temer: se avanzó hasta cerca de aquel hombre, y le preguntó:

—¿Qué se ofrece?

El hombre dejó de llamar; y sin acobardarse, por la pregunta, acercó curiosamente su rostro al de don Juan, para reconocerle en la obscuridad de la noche.

—¡Don Juan!—exclamó tomándole entre sus brazos.

—¡Don Plácido!—contestó Caralmuro abrazándole a su vez.—¿Cómo ha salido usted?

—¿Sabía usted que estaba preso?

—Sí, el amigo Mondragón me contó todo; pero entra-

remos, porque las calles están llenas de dispersos, y en estos momentos un encuentro cualquiera es peligroso.

Volvieron a llamar, y los criados que a través de la puerta habían conocido las voces, abrieron luego. Todos ellos estaban en pie, como sucedía en casi toda la ciudad; mas nadie se atrevía a salir a la calle.

—Entra—dijo don Juan al sargento—Ahora cierren bien, y no abran a nadie sin avisarme; que se acueste por ahí ese soldado; búsquenle ropa y escondan la que trae y el fusil.

Caralmuro y don Plácido subieron alumbrados por un lacayo; los criados habían adivinado ya, por los acontecimientos, que don Juan volvería pronto, porque todo estaba dispuesto para recibirle.

—¿Y cómo ha salido usted?—preguntó don Juan.

—Pues me abandonaron, se fué la guardia del hospital, y yo me salí tras ella, sin sombrero y sin ropa, y hasta sin zapatos. ¿Y usted?

—Lo mismo, se fué la tropa.

—¿Conque Mondragón le dijo a usted cuánto pasa?

—Sí; y usted sabía que Leonor se había ido a la casa de Mondragón?

—Sí; y no me parece mal, porque al fin va a ser su esposa.

—Pero no le he visto ayer, ni hoy; y es raro.

—Quizá le habrá sucedido algo. Pero antes que se me olvide, que no se me olvidaría, le daré a usted una noticia. que con el triunfo de los nuestros, va a colmar a usted de felicidad.

—¿Cuál es?

—Encontré a Alejandra.

—¡A mi hija!

—Y también a Margarita.

—¡A mi mujer! ¡a mi Margarita! Pero ¿dónde, dónde?

—Aquí en México, en un mesón.

—¿Cómo no las trajo usted aquí? ¿qué será de ellas?

—Oigame usted.

Don Plácido refirió lo más brevemente que le fué posible para calmar la ansiedad de Caralmuro, el encuentro de Alejandra y el lance que le había impedido traerlas.

—Pues vamos por ellas—dijo levantándose don Juan.

—¡A estas horas, y en esta noche! ¿cómo ha de ser eso?

—¿Pero si les sucede algo? están muy expuestas.

—Más lo estarían si las sacáramos a la calle, a estas horas, con tanto soldado disperso. Piénselo usted, don Juan.

Tiene usted razón: mañana en cuanto amanezca nos iremos; me mata la impaciencia. ¡Quién sabe las miserias que habrán pasado!

—Yo les dejé cuanto llevaba, y quizá les haya alcanzado; mañana iremos, no se impaciente usted.

—¿Y Alejandra y Margarita saben que vivo, y que las busco?

—Todo lo saben, todo.

—Margarita estará muy acabada.

—No, nada de eso: parece hermana de su hija; es una mujer perfectamente conservada.

—¿Y se acuerdan de mí? ¿me querrán mucho?

—Vamos, ¡qué pregunta!

—Si estoy como loco, Dios mío, como los muchachos, queriendo que amanezca antes que los otros días.

—Poco debe faltar; son las tres.

—Dos horas es mucho.

—Un poco más, porque hasta las seis no podemos salir.

—Dios mío, Dios mío, que venga el día, que venga el día.

—Y don Juan se paseaba agitado, asomándose a cada momento al balcón para buscar en el Oriente las luces de la mañana.

XXX.

LAS DOS VIEJAS.

En otro corazón que no fuera el de Valdespino, el terrible drama de Inés hubiera producido una impresión tan profunda como duradera; pero aquella alma negra y corrompida sufrió el golpe como la conmoción que produce una máquina eléctrica en el cuerpo de un hombre; se siente por un momento que todo el sistema nervioso se agita y se descompone, y casi en el mismo instante todo se acaba y queda solo un recuerdo que bastan solo dos horas cuando más para hacerlo desaparecer.

Al día siguiente al de la desgracia, Márquez envió a llamar a don Celso, y la situación política era tan grave, que en todo el día le fué imposible volver a su casa.

A las ocho de la noche tocó el zaguán y entró precipitadamente.

—Señor,—le dijo Pilar,—hemos estado todo el día con mucho cuidado por usted.

—He tenido grandes ocupaciones.

—Yo quería ya irle a buscar,—agregó Ramona.

—Era inútil, tanto más cuanto que me voy luego.

—¡Se va usted!—exclamaron las dos viejas.

—Sí, ponme algo que cenar; pero que sea pronto.

Pilar y Ramona salieron a disponer la cena, y don Celso

se entró a su recámara. Abrió su ropero, y sacó de él un cinturón de cuero, de esos que los chinacos usan para llevar el dinero; tienen la figura de una víbora gruesa, y por la boca se pueden introducir las monedas hasta llenarle completamente; y luego con la misma hebilla, que sirve para ceñírselo, queda cerrada aquella boca.

Don Celso tenía ya preparado el suyo, porque estaba literalmente henchido de monedas de oro: se lo ciñó, y luego puso en su bolsa una cartera que contenía muchas letras de cambio, y comenzó a quemar papeles y cartas que estaban ya apartadas. Como es de suponerse, Valdespino hacía sus preparativos para fugarse o esconderse, por temor de la justicia del vencedor.

—¡Jesús! ¡cuánto humo!—dijo Pilar entrando.—Señor, ya está la cena.

Don Celso no contestó, y siguió quemando sus papeles hasta que todos quedaron convertidos en ceniza.

—Vamos,—dijo cuando terminó.

Se sentó a la mesa, y comió tan precipitadamente, que en diez minutos había concluído.

—¡Pilar!—gritó.

—Señor,—dijo la vieja.

—Ven acá; esta noche necesito irme, porque es seguro que mañana entrarán los puros, y si me llegan a coger, me fusilan.

La vieja comenzó a tener impulsos de llorar.

—Tengo que irme lejos y quizá no vuelva a verte.

La vieja comenzó entonces a llorar y a limpiarse los ojos.

—He vendido todas mis cosas, y realizado todos mis fondos, para marcharme al extranjero a vivir tranquilamente.

Pilar sollozaba hasta quererse ahogar.

—Pero no te abandono; porque sabes que no soy ingrato.

—Pilar comenzó a serenarse.

—Aquí te dejo este papel, por el cual la persona a quien va dirigido, te entregará mil pesos: con ellos puedes vivir muy bien; poner un estanquillo, una tiendita o cualquiera otra cosa.

Pilar estaba enteramente consolada.

—Además, todos los muebles que hay aquí, son para tí; procura mudarlos mañana mismo, para que no vayan a embargarte los puros, y porque el dueño vendrá también mañana. No abandones a Ramona; aquí están cien pesos en oro para ella. Ahora, adiós.

—Adiós, señor; que Dios le lleve a usted con bien,—decía

Pilar sollozando de nuevo y echando bendiciones a don Celso, que bajaba la escalera.—Adiós.

Don Celso salió a la calle, y cuando Pilar, entró del comedor encontró ya a Ramona que la esperaba. Pilar hubiera de buena gana tomado para sí los cien pesos de su compañera, pero ella lo había escuchado todo.

—Ahora sí estamos bien,—dijo Ramona.

—Sí; ¡pobre señor! Tome usted su dinero.

—¡Dios se lo pague!

Pilar tomó una vela, y comenzó, como propietaria, a practicar el reconocimiento de su herencia, acompañada de Ramona, llevando cada una una vela encendida.

Todo lo abrían, todo lo registraban, desde la sala hasta la despensa, como si fuera la primera vez que se encontraban allí.

A la una de la mañana oyeron rumor en la calle, dejaron las velas y se asomaron al balcón. Era un gran grupo de dispersos, que pasaba corriendo con dirección a Palacio.

Después venían algunas mujeres llorando, preguntando a todos por los cuerpos en que servían sus maridos, y sin emcontrar quien les diera razón. En aquella noche, todos se buscaban y nadie podía encontrarse; la confusión era espantosa; y las mujeres de los soldados corrían por las calles llorando, y llamando a gritos a sus maridos. Los asistentes, los conductores, los trenistas, dejaban abandonados en las plazas los carros, los caballos y las mulas; el pánico era tal, que no se les ocurría llevárselos.

Las dos viejas contemplaban, o mejor dicho, adivinaban todo aquello que pasaba en la obscuridad, asomadas al balcón de la casa.

Oyeron pasos y voces debajo de ellas: un soldado caminaba de prisa, seguido por una mujer que cargaba un gran bulto.

—Anda aprisa,—decía el soldado.

—Ya me canso,—contestaba la mujer; este bulto pesa mucho.

—Pues tírelo.

—No; ¿cómo lo he de tirar?

—Pues si no lo tiras, te dejo, porque yo no quiero que me vayan a coger.

—No, no me dejes, lo tiraré.

—Ahí en esa puerta.

La puerta era la de la casa de las viejas: la mujer se detuvo, se oyó sonar algo en el suelo, y luego, mujer y soldado continuaron su camino.

Cuando se perdió el eco de sus pisadas, Ramona dijo.

—¿Qué será lo que tiró?

—¿Vamos a ver?

—Vamos; porque esta noche estamos de fortuna; puede que sea dinero.

—Vamos.

Cerraron el balcón, y tomando una vela, bajaron al patio.

El viejo zapatero, que tenía a su cargo las llaves, estaba en vela como toda la ciudad, pero aprovechaba el tiempo remendando unas viejísimas botas.

Pilar pidió la llave y se dirigieron al zaguán.

Primero aplicaron el oído, todo estaba en silencio; entonces comenzaron a abrir poco a poco. Pilar sacó la cabeza y miró a todas partes cautelosamente; nadie parecía y la obscuridad más completa envolvía todo: a lo lejos oyó las herraduras de un caballo, escuchó el ruido, se alejó, y volvió a reinar el silencio.

Cerca de la puerta había un gran bulto. Entre las dos viejas lo metieron y volvieron a cerrar con llave.

—¡Cómo pesa!—dijo Pilar.

—¡Con razón no podía ya la mujer!—contestó Ramona.

—¿Y lo subimos?

—Creo que no; mejor será registrarlo aquí para no subir cargando lo que no sirva.

—Dice usted bien, veremos; alúmbreme usted.

Ramona acercó la vela, y Pilar abrió el envoltorio.

—Una chaqueta de soldado, unos pantalones, una levita de oficial, unos libros, unas botas fuertes. Y estos paquetitos, qué serán?

—Abra usted uno.

—Arrime usted más la luz.

Ramona acercó la luz. Cuando Pilar abría uno de los paquetes, una chispa cayendo del pavilo le incendió. Eran paradas de cartuchos, parque de fusil.

Un fogonazo inmenso envolvió las cabezas de las dos viejas inclinadas sobre la ropa, y sus gritos lastimeros y agudos hicieron salir precipitadamente de la covacha al viejo zapatero.

La luz se había apagado, y en medio de lo obscuridad sólo se oían los gritos de las dos mujeres, y se miraban ardiendo lentamente algunos pedazos de lienzo.

El zapatero sacó una vela, y al acercarse a las dos mujeres, quedó horrorizado.

Las dos tenían completamente quemado el pelo; y aquellas dos cabezas, aquellos dos rostros, eran una cosa informe, horrible, asquerosa.

No había allí figuras humanas; eran dos masas de carne quemada, dos botijas sangrientas y negras, en donde apenas se adivinaba la boca como una pequeña hendidura de

donde salían quejas y una respiración jadeante y desigual.

Solo por el traje podían entonces haberse distinguido la una de la otra.

El zapatero no sabía qué hacer: llamó a las criadas de la casa, y ayudándolas él y su mujer, lograron trasportar a aquellas dos infelices a sus respectivas habitaciones.

Hubiera sido un delirio pensar en un médico; y como ninguno de los presentes sabía el modo de curar aquello, se aplazó el remedio para la mañana siguiente.

XXXI.

ENTRE LOS SITIADORES.

Las noticias del estado que guardaba la plaza, llegaban continua y oportunamente al campo de los republicanos, y el general Díaz, con una prudencia notable en su edad, comprendió que la ciudad se rendiría muy pronto, sin necesidad de exponerla a los horrores de un asalto.

Se hicieron proposiciones por parte de los sitiados, pero con esa lealtad heroica que distinguió a los caudillos de la segunda guerra de Independencia en México, Díaz no quiso traslimitar las facultades que había recibido del Presidente, y se negó a entrar en convenios.

Hay una observación curiosa que hacer en la sangrienta y larga guerra que sostuvo México contra Francia. El presidente Juárez, reconocido jefe legítimo de la nación, arrebatado por los acontecimientos, había ido a establecer su gobierno a uno de los ángulos más remotos del país, y desde allí, sin tropa y rodeado apenas de una media centena de hombres constantes, dictaba órdenes que atravesando la nación, conducidas por un arriero, por un hombre desconocido y escritas en un cuarterón de papel, y muchas veces sin sello de ninguna clase, eran acatadas y obedecidas por caudillos populares que combatían a la cabeza de miles de hombres, y que cumplían sin vacilar, disposiciones que muchas veces venían a arebatarles el mando, y a poner en conflicto un ejército o una gran parte de la nación.

La salvación de la patria y el amor a la Independencia, produjeron entre aquellos hombres rasgos tan grandes, de abnegación y de lealtad, que el gobierno republicano no alcanzó ni a comprender, y que debían recogerse por la historia, antes que muchos laureles de sangrientos triunfos.

Los invasores, y una gran parte de personas influyentes en la capital, mandaron comisionados, a un general primero, y luego al general Díaz, ofreciéndoles todos los recursos y

pertrechos que tenía en sus depósitos el ejército francés, las principales plazas que ocupaban, incluso la capital, y la obediencia de una gran parte de los ejércitos imperiales, con la única condición de que no reconocieran a Juárez, y de que ellos subiesen al poder o proclamaran a cualquiera otra persona. A pesar de lo halagüeña y seductora de esta promesa, los dos generales, sin ponerse de acuerdo, y separados por más de doscientas leguas, rechazaron los ofrecimientos, prefiriendo la prolongación de la lucha a un triunfo fácil, que no estuviera conforme con sus ideas caballerosas.

La Providencia premió su lealtad, coronando de gloria sus banderas.

La línea de circunvalación en el sitio de México, era tan extensa, que se habían establecido tres oficinas telegráficas para que pudiesen comunicarse entre sí los tres jefes de las líneas en que estaba dividida la circunvalación.

La Villa de Guadalupe era el cuartel general de la del Norte, que mandaba el general Corona; Tacubaya era el cuartel general de la de Occidente, que mandaba el general Díaz, jefe también de todo el ejército sitiador; y Mexicaltzingo era el centro de operaciones de las líneas Oriente y Sur.

Durante la noche, los partes telegráficos cruzaban de uno a otro cuartel general. Todas las tropas estaban sobre las armas, y todo dispuesto para arrojarse sobre el enemigo, en caso de que impulsado por su desesperada situación pretendiese hacer una salida, buscando, no el triunfo, sino la salvación en la fuga.

Las familias refugiadas en todos los pueblos de los alrededores, velaban también con una ansiedad mortal.

Nuestros dos amigos, Jorge y Murillo, al lado de su regimiento, esperaban en una de las calzadas el momento de dar la carga. Cuando se espera un combate próximo, más que el temor, domina un sentimiento de impaciencia, que hace parecer eternas las horas, y quizá por eso, al romperse el fuego, no se sienten los hombres con esa impresión pavorosa, que es consiguiente al encontrarse frente a una muerte casi segura.

—Jorge,—decía Murillo,—he sido muy imprudente contigo, pero tú te has vengado pagándome con una generosidad, digna sólo de tí.

—No hablemos de eso; porque si algún imprudente ha habido aquí, he sido yo, que estreché mi amistad con Elena, más de lo que debiera, y no comprendiendo todo el peligro que en eso había.

—Tienes razón, no hay para qué hablar más: Elena está muy calmada, y todos podrán ser muy felices.

—¿Cómo podrán? Podremos debes decir mejor. Pues qué,

¿no te acuerdas ya de Leonor, y no consideras que dentro de dos días a lo más estamos ya en México?

—No me hables ya más de Leonor, puesto que, como sabes por Alejandra, Caralmuro conoce ya que no es su hija ella y que a lo que parece, no busca sino una posición elevada. Ha logrado seducir al viejo Mondragón, aquel amigo de Caralmuro, que vimos en su casa, y muy pronto van a casarse según tengo entendido.

—¿Pero cómo sabes todo eso?

—Un amigo que salió esta mañana de México por las canoas, que es conocido de Mondragón, me lo ha contado todo.

—Puede que todavía tenga eso remedio.

—¿Qué remedio? si esa misma persona me ha contado que ha visto a Leonor viviendo en la casa de Mondragón.

—Eso sí ya es grave. Entonces pensar en otra, que en México sobran muchachas bonitas, y cualquiera de ellas puede hacerte feliz: no hay que afligirse; el mundo es grande, tú joven, y nadie sabe lo que sucederá mañana.

—Tienes razón, soy un tonto.

La mañana comenzaba a aclarar, y todos los soldados comenzaron a moverse, porque en un campamento, aunque se pase la noche en vela, al despuntar la aurora, cuando suena ese toque que los soldados llaman de levante y las músicas y las bandas de los cuerpos lanzan al viento las notas de esas alegres dianas con que se saluda al nuevo día, todo el mundo parece despertar de un profundo sueño, y los tristes pensamientos de la noche se van como perdidos en las últimas sombras que se disipan.

Un ayudante pasó galopando junto a Jorge.

—¿Qué hay de nuevo, compañero?

—Que ya se acabó todo.

Muchos oficiales se agruparon alrededor del ayudante.

—¿Cómo se acabó todo?—preguntó Jorge.

—A la madrugada, el enemigo abandonó todas las fortificaciones, los nuestros se apoderaron de ellas, y toda la ciudad está ya en nuestro poder. Oigan los repiques de la Catedral.

Los ecos sonoros y majestuosos de la campana mayor de la Catedral de México, llevados por las puras brisas de la mañana, llegaron a confirmar la verdad de las palabras del ayudante.

—Soldados: ¡triunfó la independencia! ¡Viva México!

—¡Viva!—repitieron todos.

Y los oficiales lloraban y se abrazaban, y los soldados gritaban, y lanzaban al aire sus gorras, y las dianas atronaban los campamentos.

Aquel supremo instante de felicidad compensaba cinco

años de penalidades, de sufrimientos, de dolores; aquel era el momento sublime del TABOR; allí la patria bella, radiante, transfigurada, contemplaba su triunfo. Aquel era el instante que todos y cada uno de los patriotas quisieran haber prolongado una eternidad. ....

....

Inmediatamente que la noticia del triunfo circuló por Mexicaltzingo, todas las familias que habían salido de la ciudad, comenzaron a disponerse para volver a ella, y tres horas después, multitud de canoas se deslizaban sobre las aguas de la laguna, conduciendo a México infinidad de personas, ansiosas por volver a ver a sus amigos y cuidar sus intereses.

—¿Qué hacemos?—preguntó Alejandra.

—Qué hemos de hacer,—contestó Margarita;—volvernos inmediatamente a México; no hay peligro ya de ninguna clase, y es necesario buscar a tu padre, antes que por estos acontecimientos, vaya a tener necesidad de salir de la capital. Cacomixtle sabe dónde vive, ¿es verdad?

—Sí,—dijo Cacomixtle.

—Pues vamos,—dijo Margarita.

—¿Y Jorge?—preguntó Alejandra.

—Ha de estar tan ocupado con la entrada de las fuerzas, que ya aquí no le hemos de encontrar; quizá estará ya en México, tú no te apures, que él tendrá cuidado de buscarnos

—Pues yo me voy,—dijo Cacomixtle,—a conseguir una canoa que nos lleve, porque más tarde será imposible; las espero en el puente.

El muchacho salió corriendo, y poco después las dos mujeres salían de la casa, acompañadas de Tula y de Anita, que las iban a dejar hasta el embarcadero, y que esperaban verlas al otro día en México.

El Cacomixtle tenía ya preparada una chalupa; los tres se colocaron en ella, y conducida por un remero mocetón y robusto, en dos horas llegaron a desembarcar dentro de la ciudad en el Puente de Jamaica; serían las doce del día. Cacomixtle se echó al hombro el pequeño equipaje, y preguntó a Margarita:

—¿A dónde?

—A la casa de Juan,—contestó resueltamente Margarita.

Y el Cacomixtle echó a andar, sirviéndoles de guía.

A pesar de los repiques, no reinaba dentro de la ciudad la misma animación ni el mismo alboroto que en los campamentos.

Pocas personas se atrevían a salir; todos los vecinos estaban sobrecogidos aún por las terribles escenas que habían

presenciado, y casi todo el ejército sitiador permaneció, aun en estos momentos, fuera de las garitas de la ciudad.

Margarita, Alejandra y el Cacomixtle llegaron a la puerta de la casa de Caralmuro; el zaguán estaba abierto, y el viejo portero, con sus gafas puestas, leía un boletín del ejército republicano, con la misma fe con que días antes recorría las líneas de los periódicos imperialistas.

—¿El señor don Juan?—le preguntó Margarita.

—Salió,—contestó el portero.

Margarita volvió la cara a ver a Alejandra y al Cacomoxtle.

—¿Y don Plácido?—preguntó el muchacho.

—También salió,—contestó el portero.

—¿Qué hacemos?—dijo Alejandra.

—Los esperaremos,—contestó Margarita, y luego, dirigiéndose al viejo, preguntó: ¿tardará mucho?

—No, porque ya es hora de que coma.

Las dos mujeres y el muchacho se sentaron entonces humildemente a esperar la llegada de don Juan, en una banquita de madera, de esas que hay en México en el zaguán de las casas.

XXXII.

UN HUESPED Y UN PORTERO.

En la mañana del día del triunfo de los republicanos, después de la agitada noche en que don Plácido y Caralmuro salieron de la prisión, determinaron ambos salir en busca de Alejandra y de Margarita.

Don Plácido conocía el mesón en que ellas estaban, y allí fué, por consiguiente, adonde se dirigieron primero.

El huésped era el mismo, pero el mesón había sufrido una gran variación en sus habitaciones: un cuerpo de caballería se alojaba allí en aquellos momentos, de orden de las nuevas autoridades.

Unas compañías habían entrado ya y otras estaban formadas en la calle; oficiales, soldados, asistentes, mujeres, todos entraban y salían, haciendo un ruido infernal, arrastrando las espadas, tirando del ronzal a caballos y mulas, pisando perros, hablando, gritando, aquello era una torre de Babel, era casi imposible penetrar allí.

Por fin, a fuerza de trabajos, Caralmuro y don Plácido llegaron a la administración, el huésped estaba atarantado verdaderamente; quién le pedía la llave de un cuarto, quién le preguntaba por pastura, quién se metía como "Pedro por

su casa,'' hasta la mesa de la administración, y se ponía a escribir descansadamente; el pobre hombre contestaba al uno, reconvenía al otro, detenía al de más allá, que se llevaba una escoba, o que se salía con la pluma tras de la oreja.

Los momentos no eran de lo más oportunos para averiguar, pero la cosa era de lo más urgente para Caralmuro y don Plácido, por la misma presencia de la tropa en el mesón.

—Dispense usted, señor,—dijo don Plácido:—¿vive aún aquí la familia que estaba el otro día, bajo el nombre de Ladislao Pamplona?

—¡Ladislao!—dijo el huésped...

—La llave del catorce,—gritó un soldado.

—¿Para qué?—dijo el huésped.

—Es el alojamiento de mi capitán Rojas.

—Con permiso de ustedes, voy a dar esta llave.

El huésped entró con el soldado y le entregó la llave. En el momento de salir llega un oficial.

—Amigo, ¿no nos puede abrir aquel cuarto grande que está cerca de los macheros?

—¿Cuál?

—Uno muy largo que dice: ''Cal.''

—Pero señor, si no les sirve para nada: allí se guarda la cal, y tengo ahora una poca de madera.

—Si no más es para guardar las sillas de la compañía.

—Está muy sucio.

—No le hace, deme la llave.

El huésped se armó de paciencia.

—Aquí está la llave; no más que no me tiren la madera ni me la vayan a coger para la lumbre, porque es fina.

—No tenga cuidado.

—Conque decían ustedes que una familia....

—Que vivía en el 33: dos señoras y un muchacho.

—¡Ah! sí: que le decían....

—Amigo,—dijo llegando otro oficial, ¿no pudiera darnos una caballeriza chica que está allá adentro?

—Señor, tengo allí mis animales.

—¿Qué le hace? al fin es por poco tiempo; y usted ha de tener por aquí alguna casa conocida adonde llevarlos; es para los caballos del coronel.

—¿Cuántos son los caballos?

—Dos del coronel, dos de los asistentes, y una mula.

—Mire usted, los dos del coronel caben con los míos, pero los demás no.

—Puede que quepan; vamos a ver.

—Vamos: con permiso de ustedes, señores.

El hombre tardó en volver como una media hora.

—Con que sí.... dos señoras y un muchacho que le decían el ardillo.

—El Cacomixtle,—dijo don Plácido.

—Eso es, el Cacomixtle; me acuerdo.... Oiga, oiga, soldado, ¿a dónde se lleva esos costales? déjelos.

—Son para la pastura.

—No: déjelos ahí.

—Es orden del mayor.

—¿A dónde está el mayor?

—En su alojamiento; vamos a verle.

—Vamos: si él me responde, los llevará; si no, no.—Señores, con el permiso de ustedes, vuelvo.

—¿Será cosa de nunca acabar?—dijo don Juan.

—Así parece,—contestó don Plácido.—¡Pobre hombre! le van a volver loco.

—Y a nosotros también.

—Ahí viene.

El huésped llegó diciendo:

—Un momento, un momento: no más le entrego a este soldado unos costales, y que me den el recibo.

Fué preciso esperar que entregase los costales y que le pusieran el recibo.

—Aquí estoy ya; pero señor, esas señoras se fueron hace ya muchos días; ahora en el 33 está parte de la banda de este cuerpo.

—¿Y sabe usted a dónde se fueron?

—El muchacho me dijo que se iban para Mexicaltzingo.

—Señor, ¿no tiene usted un colchón que prestar para mi teniente, que está enfermo?—dijo un asistente.

—Vamos a ver si hay; señores, con el permiso.

—Nos vamos nosotros; hasta luego, y gracias,—dijo don Plácido.

Los dos se dirigieron a la puerta del mesón: la guardia estaba ya colocada.

—¡Atrás!—dijo el centinela.

—¿Por qué?—preguntó don Juan.

—No hay orden. ¡Cabo cuarto!

—¿Qué ocurre?—preguntó el cabo.

—Estos paisanos quieren salir.

El cabo miró al oficial de guardia.

—¡Salen!—dijo el oficial.

—¡Salen!—repitió el cabo.

El centinela terció su arma, y don Plácido y Caralmuro se encontraron en la calle.

—Ahora sí estamos mal,—dijo don Juan—¿dónde buscarlas?

—Vamos a la casa, y de allí iremos a caballo por el rumbo de Mexicaltzingo, a ver si están allí o las vemos por el camino.

—Me parece muy bien.

....

....

Margarita y su hija seguían esperando en el zaguán: Cacomixtle se asomaba continuamente hasta la mitad de la calle.

—¿Tardarán mucho?—preguntó Margarita al viejo portero.

—No sé,—contestó secamente el viejo.

—¿No vendrán a comer?

—Ellos lo sabrán. Y el viejo, sin más miramientos, se metió en su cuarto.

De repente se oyó el ruido de un carruaje, y el cupé de don Juan entró hasta en medio del patio.

El portero salió de su cuarto, un lacayo abrió la portezuela, y don Juan y su amigo bajaron del coche y se dirigieron a la escalera, sin ver al Cacomixtle ni a las dos mujeres que no se atrevían a hablar.

—Señor,—dijo el portero a don Juan, ahí están dos señoras esperando a su merced: ¿les digo que no está aquí su merced?

—¿Qué quieren?

—No me han dicho.

—Diles que vengan.

Don Juan se detuvo al pié de la escalera, y don Plácido que había subido ya algunos escalones, volvió para ver a las señoras.

Margarita y Alejandra, conducidas por el portero y seguidas de Cacomixtle, se acercaron. Don Juan no las reconoció, pero don Plácido, inmediatamente bajó gritando:

—¡Alejandra, don Juan! ¡Alejandra y Margarita!

—¡Margarita! ¡Alejandra! ¡Hija mía!

—Sí, don Juan,—dijo don Plácido;—su hija, su esposa, que usted confió a mi cuidado y que Dios se las vuelve.

Don Juan estrechaba contra su pecho aquellas dos cabezas: don Plácido, enternecido, contemplaba la escena; el portero estaba en babia.

Caralmuro comenzó a subir las escaleras abrazado de su hija y de su mujer, y don Plácido y el Cacomixtle, sin hablar una palabra, subían también tras ellos.

—Buena la hice,—decía el portero;—si me guardarán rencor: al mejor cazador se le va la liebre, ya Dios dirá.

XXXIII.

UN CASTIGO DEL CIELO.

Alejandra contó a su padre y a don Plácido, todas las persecuciones de que había sido víctima: don Celso apareció tal cual era, y la indignación encendía mil veces el rostro de Caralmuro durante aquella relación.

—Es necesario,—dijo,—castigar a ese monstruo; ni Dios ni los hombres honrados pueden tolerarle: yo sobre la tierra, en este momento, voy a hacerlo, y yo sabré hacerme justicia.

—¡Padre mío!—exclamó Alejandra,—¿qué es lo que usted intenta?

—Castigar a un malvado. ¿Usted me acompañará, don Plácido?

—Sí, iremos, y Dios nos iluminará en lo que hemos de hacer con él.

—¡Juan!—dijo Margarita viendo que Caralmuro tomaba su sombrero.

—Es inútil toda reflexión; nada oiré; Vamos, don Plácido.

—Vamos.

Era tan resuelto el aire que había tomado Caralmuro, que su mujer y su hija no se atrevieron a detenerle, y salió acompañado de don Plácido.

Caminaban de prisa, y muy distraídos cuando al llegar cerca de la casa de don Celso, Caralmuro oyó que le llamaban por su nombre; volvió el rostro, y vió un oficial que viniendo a caballo se apeaba, dejando el animal a su asistente, y corría hacia él para abrazarle.

Caralmuro iba tan preocupado, que al pronto no conoció al oficial, pero cuando se fijó en él, exclamó:

—¡Don Jorge!

—¡Don Juan! ¡Don Plácido!

—Amigo, ¡cuánto gusto tengo! ¿A qué hora ha entrado usted?

—Acabo de llegar, y los ví; y no he podido resistir al deseo de hablarles: dispensen ustedes mi imprudencia, si los he detenido.

—No hay de qué,—dijo Caralmuro;—por el contrario, no podía usted haber llegado con más oportunidad.

—¿Por qué, señor?

—Vamos a buscar y a castigar a un malvado, de quien usted habrá oído hablar.

—¿De quién se trata?

—De don Celso.

—¡Infame! Alejandra en Mexicaltzingo me ha contado todas sus maldades.

—¿Vió usted allí a mi hija?

—Sí. ¿Usted la ha encontrado ya?

—Está en mi casa.

—¿Pero cómo....?

—Ya le contaremos a usted eso: vamos pronto, antes de que se escape ese bribón.

—Permítame usted un momento,—dijo Jorge; me quitaré las espuelas para poder acompañarles.

Jorge se quitó las espuelas, se las entregó a su asistente, tomó su pistola que colgaba de la cabeza de la silla, se la ciñó, y dijo:

—Cuando usted quiera, señor don Juan.

Los tres entraron en la casa de don Celso, y el asistente quedó en la calle teniendo el caballo.

El zaguán estaba abierto, y al entrar se notaban fragmentos de trapos y papel quemados y algunas balas; en el piso había una mancha negra.

—Aquí han quemado parque,—dijo Jorge.

—¿En qué lo conoce usted?—preguntó don Juan.

—Mire usted el rastro de la pólvora, y balas sueltas ennegrecidas, y papel con que se envuelven las paradas, quemado también.

—Alguna nueva maldad de este hombre, tal vez.

Entraron al patio y no vieron a nadie; subieron la escalera, y tampoco.

La puerta de la sala estaba abierta, y los tres se dirigieron a ella.

—Nadie,—dijo don Juan.

—Nadie,—repitieron los otros.

—¡Si se habrá fugado!—dijo don Plácido.

—Es muy capaz,—contestó Jorge.

—¡Lo dicho!—exclamó Caralmuro entrando a la recámara.

Todo estaba en el mayor desorden; los roperos, los cajones, las alacenas, todo abierto, todo vacío; era seguro que allí había habido un saqueo, se había perpetrado un robo.

El dueño nunca hubiera sacado de allí sus cosas de aquella manera.

Caralmuro y don Plácido seguían registrando la casa, Jorge iba detrás.

Al salir de la recámara de don Celso, Jorge vió un papel, lo levantó, y comenzó a leerlo.

Caralmuro oyó unos gemidos, abrió una puerta, y lanzó un grito, y se puso pálido.

Don Plácido miró a los dos sin comprender la causa.

—¡Don Plácido! ¡Don Plácido!—dijo Caralmuro,—¡mire usted qué cosa tan espantosa!

Don Plácido se adelantó para ver lo que le mostraba Caralmuro.

En una pieza completamente iluminada por el sol del medio día, en dos camas colocadas una cerca de la otra, dos figuras, con el cuerpo y el traje de mujer y la cabeza horriblemente descompuesta, se retorcían agitando los brazos, y lanzando gritos inarticulados que nada tenían que se pareciese a la voz humana.

—¿Pero qué es esto?—decía don Plácido,—¿qué es esto tan espantoso?

—Dos mujeres quemadas, a lo que parece, y abandonadas aquí sin auxilio de ninguna clase, sufriendo indudablemente dolores horribles, y sin una medicina, sin nada. ¡Jorge, Jorge!

Jorge se había detenido pensativo, pero al oir que le llamaban, se acercó, y al contemplar aquel espectáculo, no pudo menos, a pesar de la preocupación de su espíritu, de lanzar una exclamación:

—¡Qué horror! señor Caralmuro. Pero estas mujeres ¿están solas?

—Quizá haya alguien por allá adentro.

—Voy a ver,—dijo don Plácido.

Salió, y poco después entró diciendo:

—Nadie, nadie: la casa está sola y robada, a lo que parece.

En efecto, luego que los criados vieron el estado de Pilar y de Ramona, aprovechando el desorden que reinaba en la ciudad a consecuencia del desbandamiento de las tropas, se fueron todos llevándose cuanto encontraron, y dejando abandonadas a aquellas dos infelices.

El cielo castigaba los crímenes de aquellas mujeres, pero de un modo terrible.

—Es necesario dar parte de lo que aquí ocurre,—dijo Caralmuro.

—Iré a avisar al jefe de la Plaza,—dijo don Plácido.

—Vaya usted pronto, porque estas desgraciadas se mueren.

Don Plácido salió a dar parte de lo que habían visto, y Caralmuro se acercó a las camas de las enfermas.

Pilar no hablaba nada; tenía una respiración jadeante y entrecortada, y de cuando en cuando lanzaba unos gemidos: había recibido el fuego más directamente.

Ramona estaba un poco menos mal, y Caralmuro creyó adivinar que decía.

—¡Agua!

—Esta mujer quiere agua, don Jorge, vea usted si hay, y tráigame una poca.

Jorge trajo un vaso con agua, pero fué imposible hacérsela beber, toda se derramó en la cama, y había el riesgo de ahogarla si se insistía en que la tomara.

—Don Jorge,—dijo Caralmuro,—permanezca usted un momento aquí mientras voy a ver a un médico amigo mío, que vive aquí cerca.

—Muy bien, señor.

Jorge tomó una silla y se sentó frente a las enfermas: luego que se vió solo sacó de la bolsa un papel y comenzó a leer en voz alta:

"Señor don Celso estoy resignada a todo: puede usted disponer de mí: venga usted a la hora que quiera, o mande usted que vaya a donde lo disponga; pero salve usted a mi madre.—ALEJANDRA."

Era la carta que Alejandra había escrito a don Celso desde su prisión, y que se había olvidado de quemar aquel malvado, o quizá intencionalmente, para deshonrar a la pobre muchacha, la había dejado allí.

Jorge la encontró, y al leerla y al reconocer la letra y la firma de su amada, había lanzado el grito de espanto que llamó la atención de don Plácido.

—¡Dios mío!—decía Jorge leyendo la carta,—¡qué funesto descubrimiento! ¡y en el día que yo creía el más feliz de mi vida! Y no hay duda: ¡es su letra....! ¡es su firma...! "Disponga usted de mí.... ¡Esto es espantoso! ¡ese infame se ha burlado de ella....! ¡Alejandra deshonrada.... infamada.... Y me lo ocultaba.... y me engañaba.... y quizá se reía de mí.... Y por esa mujer he dejado a Elena, a ese ángel de pureza....! ¡Dios mío! Pero si Alejandra sucumbió por salvar a Margarita.... ¡Pobre Alejandra! ¡pobre niña, víctima de esa víbora....! No: ella no es culpable.... ¡Yo buscaré a ese hombre y le arrancaré el corazón!

Jorge inclinó la cabeza y quedó como sumergido en un letargo, porque no sintió los pasos de una persona que llegaba, y no alzó el rostro hasta que no oyó el grito que lanzó el recién venido al ver a las dos mujeres.

—¡Cacomixtle, Dios te envía: óyeme, respóndeme: ¿me dirás la verdad?

—¿Qué tiene usted con esa cara tan espantada?

—Respóndeme, ¿desde cuándo estás con Alejandra?

—Desde que la saqué de la Diputación.

—¿Pero eso cómo ha sido? no me ocultes nada.

—¿Para qué le he de ocutar a usted nada? Yo estaba con don Celso, ya le conté a usted: me enviaba a llevar la comida y logré sacar la orden de libertad, y se acabó: ya usted sabía eso.

—Bien; ¿pero don Celso no enamoraba a Alejandra?
—¡Vaya si la enamoraba! y le dijo que si no le quería, fusilaba a doña Margarita: la pobre Alejandra lo creyó...
—¿Y qué? ¿y qué?
—Que le escribió a don Celso diciéndole que la fuera a ver: eso me lo contó ella.
—Bien; ¿pero qué sucedió? ¿qué sucedió? ¡Acaba por Dios!
—Voy, que no soy escopeta: que el viejo recibió la carta, pero cuando fué, si llegó a ir, ya yo me había sacado libres a las dos, y él se quedaría echando chispas. ¡Quién lo hubiera visto!
Y Cacomixtle lanzó una carcajada.
Jorge sintió que le volvía el alma al cuerpo; abrazó al Cacomixtle, le levantó, y hasta le besó; rompió la carta y pateó los pedazos, y se hubiera puesto a bailar si no lanzara un gemido una de las enfermas.
—¿Pero qué ha pasado aquí?—preguntó Cacomixtle.
—No sé; así hemos encontrado las cosas: tú tal vez conoces quiénes son estas mujeres.
—Ya lo creo que las conozco; son la mujer de Lalo y la criada de don Celso.
—¿Pilar y Ramona?—dijo don Juan que llegaba en ese momento con don Plácido y con unos hombres que venían por las enfermas para llevarlas al hospital.
—Pilar y Ramona,—dijo el Cacomixtle; venía yo a buscarlas para irle a avisar a usted que las castigaran de algún modo.
—Pues el cielo se encargó de eso,—exclamó Caralmuro; y seguido de sus amigos salió del cuarto, dejando la casa en poder de la autoridad.

XXXIV.

EN QUE LA HISTORIA VA TOCANDO A SU FIN.

Tan preocupados salieron Caralmuro y sus compañeros de la casa de don Celso, que apenas se acordó el primero de ofrecer a Jorge la suya, ni decirle nada de lo que se había descubierto respecto a su nacimiento.
Jorge montó a caballo y se dirigió al Colegio de Minería, donde estaba el cuartel general: al pasar por la gran plaza de la Constitución, conoció a Mondragón que caminaba a pie, llevando a Leonor del brazo.
Jorge, mal prevenido contra la joven, por lo que Murillo le había contado en Mexicaltzingo, hizo como que no les

había conocido, y se pasaba de frente sin detenerse ni saludarles, pero ellos inmediatamente le conocieron.

—¡Padre! ¡Jorge! ¡Ahí va Jorge!

—Llamémosle, hija mía; pero nada le digamos aquí, hay mucha gente.

—Le llevaremos a nuestra casa.

—En este momento Jorge pasaba cerca.

—¡Jorge!—gritó Mondragón.

—¡Jorge! ¡Jorge!—gritó Leonor.

El joven tuvo que detenerse y saludar.

—Háganos usted el favor de apearse del caballo y venir con nosotros.

—En este momento tengo que ir al cuartel general,—contestó Jorge; es negocio importante.

—No importa,—dijo Leonor,—venga usted con nosotros.

—Muy bien, señorita,—contestó Jorge.

Y apeándose, fué a colocarse al lado de Mondragón.

—Vamos,—dijo Leonor.

Y se tomó ligera del brazo de Jorge.

—¡Qué cosa tan extraña!—pensaba Jorge. Esta muchacha me trata con una confianza como si fuéramos amigos viejos: aquí pasa algo; es necesario estar sobre aviso, porque esta muchacha es peligrosa.

Llegaron a la casa, entraron a la sala y al momento Leonor, sin poderse contener, se arrojó en los brazos de Jorge, diciéndole:

—¡Hermano mío! ¡Hermano mío! ¿Me reconoces?

—¡Mi hermana!—dijo Jorge asombrado.

—Tu hermana, hijo mío, tu hermana,—decía Mondragón abrazándole también, y llorando.

—¡Yo hijo de usted! ¿qué es esto?

—La verdad, hijo mío, la verdad. Dios me ha permitido encontrar a ustedes antes de morir...

—¿Pero esta señorita no era hija de don Juan, no se iba a casar con usted?....

—¡Por Dios, Jorge, no me digas señorita; Leonor, tu hermana, tu hermana.

—Ya sabrás esas historias; por ahora no dudes, hijo mío, ten fe, esta es tu hermana, yo tu padre: don Juan, don Plácido, todos lo saben....

—¡Pero, señor!...

—Ven, hijo mío, tienes motivos de dudar: acontecimientos de esta clase no pueden creerse así no más; ven a ver a doña Salvadora, y conocerás la historia de tu nacimiento.

Y Jorge, llevado de una mano por su padre y de otra por Leonor, entró a donde estaban doña Salvadora y doña Estefanía.

La pobre vieja tuvo que contar por la décima vez aquella historia, y Jorge no pudo negarse a la evidencia; y abrazó, llorando de ternura, a su padre y a su hermana.

—Sólo me inquieta ya, hijos míos,—dijo Mondragón,—la suerte de Matilde: cualquiera que haya sido su conducta, es vuestra madre....

—¿Pero cómo....?—dijo Jorge.

—Sólo la vieja Pilar podrá darnos noticia de ella.

—Entonces pierda usted, padre, toda esperanza.

—¿Por qué?

—El cielo ha castigado a esa desgraciada; y hoy, yendo con don Juan a buscar a don Celso, hemos encontrado a Pilar y a otra vieja, que se llama Ramona, con las caras completamente quemadas, monstruosas, sin vista, sin oído, sin habla, abandonadas, casi moribundas....

—¡Jesús qué horror!—dijo Leonor.

—¿Y don Celso?

—Ha desaparecido.

—Dios le castigará.

Jorge no pensó ya en todo el día en volver al cuartel, ni en salir de la casa, y apenas le alcanzaba el tiempo para contestar a don Felipe y a Leonor, que le hablaban del cura Ruiz, de la señora Joaquina y de Alejandra.

En la tarde, un coche llegó a la casa de Mondragón, y bajaron de él Caralmuro, Alejandra y Margarita.

Jorge había contado ya a su padre su amor a Alejandra y su promesa de casarse con ella; Caralmuro por su parte había sabido con gusto la pasión de su hija por Jorge, y la noticia fué para los dos padres, verdaderamente satisfactoria.

Mondragón, Jorge y Leonor, salieron a recibir a Caralmuro y a su familia.

Todos se conocían, al menos de nombre, y todas aquellas personas se amaban y se consideraban una sola familia.

Caralmuro y Mondragón no hicieron misterio de los amores de sus hijos.

—Vamos, amigo don Felipe,—dijo don Juan: estaba de Dios que mi hija fuera esposa de un Mondragón; y sin que usted se ofenda, estoy mejor por el muchacho.

—¿Y tú también, es verdad?—dijo Mondragón acariciando paternalmente la mejilla de Alejandra.

La muchacha se puso como una amapola.

—Pues es cosa hecha, don Felipe, arreglaremos la boda, —dijo Mondragón:—quiero que sea como la de "Camacho."

—O mejor,—contestó Mondragón alborozado como un muchacho.

—¿Y Murillo?—preguntó de repente don Juan;—¿cómo no le veo aquí con su amigo Jorge?

Mondragón, antes de contestar, miró a Leonor: entonces tocó su turno a Leonor de ponerse encendida.

—¡Pobre Murillo!—pensó Jorge:—¡qué contento se va a poner! Y luego dijo en voz alta:

—Señor, si Murillo no está aquí, es por culpa mía, que buenos deseos tendrá él de venir, si supiera lo que ha pasado; pero aun no le he dicho nada. Son las siete: voy por él.

—Vé, hijo mío; ese joven ha sido tu hermano en la desgracia; que venga a participar de tu felicidad.

Jorge salió precipitadamente a la calle y se dirigió al cuartel: temía ir a la casa de Murillo por no encontrarse con Elena.

Murillo estaba en el cuartel, en una silla reclinada contra la pared; el pobre muchacho pensaba en el desengaño que había tenido, al saber que Leonor se casaba con Mondragón.

Jorge venía radiante de felicidad; Murillo le tendió tristemente la mano.

—¿Qué hay?—dijo Murillo.

—Tú siempre tan triste,—contestó Jorge procurando contenerse para gozar más con la noticia que le traía.

—¿Qué quieres? esta es mi vida.

—¿En qué piensas?

—En esa mujer, en Leonor.

—Olvídala, hombre,—dijo Jorge sonriendo.

—¡Imposible, imposible!

—Consuélate: quizá de repente serás feliz.

—Tú que sabes lo que pasa, ¿crees, podré serlo?

—Creo que sí.

—¿Cómo?

—¿Qué me darás por una noticia que te traigo?

—¿Qué quieres?

—Un abrazo.

—Sin noticia y sin nada te lo daré.

—Pues dámelo, dámelo; porque la noticia lo merece.

Murillo, abrigando una esperanza abrazó tiernamente a su amigo.

—¿Amas mucho a Leonor?—preguntó Jorge.

—Más que a mi vida.

—¿Y te casarás con ella?

—¡Oh, sería para mí la suprema felicidad!

—¿Fuera su padre quien fuera?

—Sí, sí.

—Pues bien, Murillo, Leonor es mi hermana; es hija, como yo, de don Felipe Mondragón.

—¡Jorge! no me engañes, no te burles de mí,—gritó Murillo, pálido de emoción.

—Por mi honor te lo juro, ven a mi casa.

Murillo se arrojó al cuello de Jorge, y le oprimió con todas sus fuerzas.

—¡Loco, loco! ¡me ahogas, me ahogas!

—Sí, estoy muy contento.

—Bien; pero déjame: no te pedí más que un abrazo y no tantos. ¿Tienes aquí que hacer?

—No; y aunque tuviera, ¿qué quieres?

—Vamos a mi casa, te esperan; allí está Caralmuro con su hija, que es mi Alejandra: ya sabes, nuestra buena amiga Margarita: ¡todos, todos muy contentos!

—Pues vamos, vamos.

Los dos llegaron a la casa, y Murillo fué recibido con verdadero placer por todos.

....

....

La boda de Jorge y Alejandra quedó arreglada.

Murillo no quiso quedarse atrás, y como el terreno estaba bien preparado, antes de dos días don Bartolomé de Murillo pedía a Leonor en matrimonio para su hijo Eduardo, y Mondragón no pudo negarse: la muchacha estaba enamorada, y Eduardo era todo un buen chico.

Las dos bodas se fijaron para el mismo día.

XXXV.

EN CASA DEL VICARIO.

A la derecha del camino que conduce de México a Morelia, y un poco más adelante de Toluca, hay un pueblo pequeño que se llama Jocotitlán.

Este pueblo, situado a la falda de un elevado cerro, que lleva el mismo nombre, debe a ese mismo cerro, que se descubre desde larga distancia, el ser más conocido que los otros que están en sus inmediaciones; por lo demás, nada se ve allí que pueda llamar la atención de los viajeros.

Una tarde, pocos días después de la rendición de México, un hombre vestido de cuero, montado en un hermoso caballo alazán y seguido de un criado, llegaba a la puerta de la casa cural de aquel pueblo.

El hombre se apeó con desembarazo, y entró en el curato como en la casa de un amigo: el criado se puso a pasear

frente a la puerta los caballos, que parecían venir muy fatigados.

Pocos momentos después, casi arrastrándose, apoyada en un tosco bordón, llegó a la misma puerta una mujer que tenía todas las apariencias de ser una de esas limosneras que caminan por todos los pueblos, y se mantienen en sus viajes, cansando su pobre cuerpo por no cansar la caridad que les da el sustento.

La mujer se sentó en el dintel de la puerta, y comenzó a dormitar.

Del interior de la casa salieron entonces el viajero que había llegado a caballo ,un clérigo grueso y viejo, que se deshacía en cumplimientos.

—Sí, señor;—decía el clérigo; el señor cura está ausente, pero yo hago sus veces, y puesto que usted es su amigo, tendré mucho gusto en serle a usted útil de todas maneras.

—Mil gracias: sólo me detendré aquí esta noche,—contestó el viajero; ya usted sabe cómo andan las cosas, y no quiero comprometer a usted, aunque sé que es de los nuestros.

La limosnera al oir la voz de aquel hombre, alzó la cabeza y le miró; sus ojos brillaron de una manera siniestra.

—¡Muchacho!—gritó el vicario:—mete esos caballos y que te den allá adentro la pastura: les echas de comer y luego subes a tomar algo. ¿Le parece a usted, señor?

—Sí, como usted disponga.

—Pues vamos a que tome usted su chocolatito.

El criado entró con los caballos, y luego el vicario y su acompañante se entraron también.

La limosnera les vió subir, y luego exclamó:

—¡Don Celso! ¡Infame! Dios me envía tras de tí como tu sombra. Por tí, por tus crímenes huyo de mi casa, de mi madre, de mi hija..... ¡De mi hija tan hermosa, tan simpática, tan buena.....! Y sin pensarlo, y sin quererlo, cuando solo busco un pedazo de pan con que saciar mi hambre, te encuentro.... ¡Infame! ¡Estás maldito de Dios.... y yo también!

La mujer se recostó en la puerta, y cediendo al cansancio y la debilidad, se quedó dormida.

Media hora permaneció así, hasta que los pasos de una persona que pasaba corriendo, la despertaron: era una criada del vicario: a poco salió un mozo corriendo también, y luego otro, y la primera mujer volvió acompañada de otra y se notaba un movimiento raro en la casa, como si pasara algo funesto, porque todos los que entraban y salían, estaban como espantados.

La "Guacha" deseaba saber lo que allí sucedía, desde que había visto entrar a don Celso: lo que pasaba en el

curato, tenía para ella un interés muy grande, pero no se atrevía a preguntar.

Por fin uno que entraba, se encontró con otro que salía.

—¿Qué ha sucedido aquí, Rosalío?—dijo el que entraba.

—Señor, una desgracia muy grande: que esta tarde un señor vino a visitar al señor vicario, y al acabar de tomar su chocolate, se ha caído muerto.

La "Guacha" se enderezó violentamente.

—¡Muerto!—dijo el que entraba.

—¡Muerto! Ya el señor vicario, y don Policarpo el de la barbería, le reconocieron, y dicen que está bien muerto.

—¿Y qué va a hacer el señor vicario?

—Pues ya tendieron al señor con sus velas, y yo iba a llamar a usted para que hiciera el cajón.

—Ya me habían llamado, pero yo creía era para otra cosa.

—Pues suba usted, que le están esperando.

El que iba a hacer el cajón, que era carpintero del pueblo, subió a la habitación del vicario.

En una salita pequeña, encima de una gran mesa, estaba tendido don Celso, con las manos atadas por delante, como se acostumbra hacer por allí con todos los muertos, y los pies ligados entre sí con un lienzo.

Cuatro enormes cirios ardían a los lados del cadáver.

—¿Qué dice usted, maestro, qué desgracia?—dijo el vicario viendo entrar al carpintero.

—¡Qué dice usted, señor! ¿Y cómo ha sido?

—Pues nada, tomando chocolate, de repente cayó, y ya estaba muerto; pero tan rápidamente, que no alcanzó ni para apretarle la mano; no más le absolví **sub condicione.**

—¡Pobre señor!

—Para que usted vea, maestro, cuánto importa estar preparado: nadie sabe cuándo llegará su hora.... ¡Qué se va a hacer! **Requiescat in pace.** A ver, tómele usted medida para su cajón; pero que sea una cosa fuerte, porque no más voy a depositarle mientras escribo a México, a ver si tiene familia....

El carpintero tomó medida.

—Señor vicario, la verdad es que no hay ahora buena madera.

—¿Cómo no ha de haber, con tantos montes?

—No hay, como haber Dios.

—No jure, maestro, que es pecado. ¿Pues qué no se conseguirán unas tablas buenas?

—Es difícil; porque los **naturales**, por la guerra, no han bajado en estos días, pero haré un poder, y no tenga usted cuidado.

—¿Para cuándo?

—Para mañana.

—Vela usted esta noche; ¿pues cómo he de tener el muerto en mi casa? Mañana le encajonamos, le digo su misa de **Requiem** y le deposito; por eso necesito muy temprano el cajón.

—Haré todos los **imposibles**, señor.

—Pues váyase pronto, y a trabajar; ¿cuánto me lleva por el cajón?

—Por ser para usted, señor, ahí serán cuatro pesos.

—¡Jesús qué caro! tres:

—No, señor; está cara la madera.

—Tres pesos cuatro reales.

—Tres con seis.

—Vamos, tres con seis.

—¿No me presta usted un peso?

—Siempre pidiendo adelantado; tenga usted, y no vaya a tomar pulque.

—Pierda usted cuidado.

El carpintero salió a trabajar, y veló toda la noche.

"La Guacha" consiguió licencia de quedarse allí en la noche, y hasta le dieron de cenar.

Al día siguiente, a las seis de la mañana, el carpintero entraba al curato con una gran caja de muerto, hecha de madera blanca.

—A ver, maestro, qué tal ha quedado usted,—decía el vicario.

—No quedará usted a disgusto: bien clavado, bien ensamblado, muy parejo.

—Sí, todo está bueno, pero aquí tiene un gran remiendo esta tabla.

—Es la verdad, pero ya le dije a usted, señor, que no se encuentra madera.

—Pero si este remiendo viene a quedar enfrente de la cara del difunto.

—Sí, señor; se lo puse ahí porque es donde no hace fuerza para nada; vea usted, en otra parte el remiendo cargaba el peso, y aquí frente a la cara, no.

—Vaya, tiene usted razón: aquí está su dinero; pero ayúdenos a meter a este pobre señor en su cajón.

—Con mucho gusto. ¿No le envolvemos en algo?

—Sí, en el sarape en que está tendido. Le envolveremos el cuerpo, la cara no, ¿para qué?

El carpintero envolvió fuertemente el cuerpo de don Celso en su sarape, y luego le metieron en la caja.

—Maestro, está muy oprimido.

—Señor, es bueno así, por si se le llevan, para que no se vaya jugando el cuerpo.

—Siempre tiene usted disculpa.
—La verdad.
—Clávelo usted.

El carpintero clavó la tapa del ataúd fuertemente y remachó los clavos.

La verdad era que el ataud no podía ser peor; madera vieja y mal hecha, pero no había otra cosa.

Cuatro hombres lo bajaron a la iglesia: el vicario, con ornamentos negros, le dijo una misa, y luego se depositó el cadáver en una pequeña bóveda que formaba debajo del altar mayor, y a la que se podía entrar por una pequeña puerta que carecía de llave.

Una vez depositado el cadáver, los fieles que habían asistido a la misa, salieron, el sacristán cerró las puertas, y la iglesia quedó sola y en el más profundo silencio.

XXXVI.

EL AMOR DE OTROS TIEMPOS.

Cuando todo quedó ya en silencio, dentro de la iglesia, del pie de uno de los altares se fué levantando la "Guacha," que había permanecido allí, sin que el sacristán lo hubiera advertido.

Poco a poco se puso en pie; y sin vacilar, como si la fuerza de su alma hubiera comunicado vigor desconocido a sus miembros, se dirigió a la puerta de la bóveda en que estaba depositado en cuerpo de Valdespino: llegó, la puerta estaba abierta, y la "Guacha" penetró en aquel recinto.

Era aquella una pequeña y maciza bóveda de cantería, sin más entrada que la puerta, y alumbrada por una pequeñísima claraboya, a una altura como de tres varas de la tierra.

Aquella bóveda servía como de almacén en la iglesia: había allí vigas, cajones, mesas, esculturas viejas; en fin una gran porción de objetos más o menos servibles, pero todos de los dedicados al culto.

El ataúd estaba colocado en el suelo en medio de la bóveda.

La "Guacha" se arrodilló cerca de él.

—Ya no eres nada....—dijo,—ya no eres nada; pero has muerto como no merecías morir: tú, el verdugo de la inocencia, tú, que causastes mi desgracia, mi vergüenza: ¡oh! tú debías haber sentido por lo menos los tormentos que hi-

ciste sentir a tu hija, a la pobre Inés: has muerto, y sin embargo..... no te perdono, no te perdono.

La "Guacha" quedó pensativa, y de repente se enderezó espantada; había sentido ruido dentro del cajón; quiso huir, pero el terror se lo impidió.

Se oyó entonces como si el muerto golpease la tapa con la frente, y gritos ahogados.

—¡Socorro! ¡socorro!

—¡Está vivo!—exclamó la "Guacha," ¡está vivo! Una alegría infernal brilló en sus ojos.

Don Celso golpeaba con tanta fuerza, que el remiendo de la caja comenzó a ceder; la "Guacha" le ayudó, y un momento después, la cara de don Celso apareció en la tapa del ataúd, pero no más la cara: no tenía movimiento más que en la cabeza: el resto del cuerpo estaba ligado y envuelto en un sarape, y la caja solo había perdido la pieza que cubría una parte poco mayor que la cara de don Celso.

—Gracias, gracias,—dijo Valdespino—gracias, señora; creí morir no más del horror de considerarme enterrado en vida: ahora que puedo respirar, hágame usted el favor de ir a dar parte al vicario, que me venga a sacar de aquí; pero pronto, yo le daré a usted una buena gala.

—Sí, eso será después; pero antes tenemos que hablar de nuestras cosas, señor don Celso.

—¿Qué, qué? ¿Usted me conoce?

—Mucho, señor Valdespino, mucho más de lo que yo hubiera querido.

—¿Pues quién es usted?

—¿No me conoces?

—No, no.

—Mírame bien: soy tu amor, tu pasión: soy Matilde.

—¡Matilde!—gritó espantado don Celso.

—Matilde, la misma, ¿no me conoces? Mira mi rostro, mis ojos que eran tu encanto: mira esta boca, en donde estampastes tantos besos ardientes: mira este seno que fué tu delicia: ya no es lo que era, ¿es verdad?

—¡Matilde, Matilde!

—¿Te acuerdas de nuestros amores, de nuestras citas nocturnas en casa de Mondragón, amor mío? ¿Recuerdas nuestra casita de la plazuela de Loreto?

—Matilde, por Dios, ¿qué quieres de mí? ¿qué pretendes?

—Nada, nada; un día más de tu amor, de aquel amor que me juraste, de aquel amor por el que perdí cuanto tenía sobre la tierra, por el que he perdido hasta la salvación de mi alma.

—¡Socorro, socorro!—gritó don Celso con los ojos saliéndosele de las órbitas, y el pelo erizado por el terror.

—Espera, espera, ángel mío,—dijo la "Guacha,"—voy a tomar mis precauciones como tú las tomabas en otro tiempo, para impedir que nos sorprendan en esta última conferencia amorosa.

La "Guacha" se levantó: la puerta de la bóveda se abría por dentro, y aquella mujer, con una fuerza increíble, colocó allí vigas y piedras, y mesas, y todo cuanto encontró, hasta formar una barricada; era imposible forzar aquella entrada, don Celso la miraba con terror, no podía ni gritar, hacía esfuerzos inauditos; pero estaba de tal manera envuelto, que ni un solo dedo podía mover.

Valdespino se estremeció: la calma de aquella mujer era horrible.

—Ya estamos solos,—dijo la "Guacha" sentándose al lado del ataúd; tan solos, que estamos en la tumba: el mundo no existe ya para nosotros, ni nosotros para él: vengo a tu lado a morir contigo, o a presenciar tu agonía.

Don Celso tuvo miedo, pero un miedo espantoso: aquella conciencia manchada, impura, sentía, no el arrepentimiento, sino el pavor. La "Guacha" se alzaba delante de él como un remordimiento: entonces, como todos los malvados, apeló a la humillación y al llanto.

—Matilde,—decía:—yo he sido muy malo contigo, perdóname; te lo pido por Dios, por tus padres, por tu hija.......

—¿Por mis padres? ¿por mi hija? ¿por Dios? Me das risa: ¿acaso no lo he perdido todo por tí? ¿No he sido una hija desnaturalizada, una esposa infiel una madre sin corazón, y una mujer desmoralizada y sin fe, por seguirte? ¿Lo olvidas, don Celso? No: tú me obligaste a seguirte y te sigo, aquí me tienes, a tu lado, amorosa y tierna como en otro tiempo. Valdespino, dime ahora como entonces que me amas, angel mío.

Aquellas frases amorosas, y pronunciadas con una ironía tan sangrienta, aumentaban el horror de Valdespino.

—Pero Matilde, ¿qué quieres, qué intentas?

—¿Tú no lo comprendes, amor mío? Tú me arrancaste del mundo en otro tiempo para que fuera yo tuya: y no más que tuya: yo, para pagarte tanto amor, te separo también del mundo, para que seas mío, y no más mío.

—Entonces, sácame de esta tumba, yo te juro por Dios, que te llevaré conmigo, que nos iremos a vivir en donde nadie nos conozca, que te haré feliz, que nunca me separaré de tu lado. Todo, todo cuanto quieras haré; pero sácame de aquí, por Dios, por lo que amas más sobre la tierra, sácame. ¡Oh! tú no comprendes lo espantoso de mi situación, sepultado en vida. Matilde, por Dios, sácame de aquí.

—¡Qué tonto eres Valdespino! ¿Piensas que voy a creer-

te? ¿Piensas que tengo algún deseo de vivir a tu lado? ¿Crees que te amo? ¡Miserable! ¡infame! tú como una víbora ponzoñosa, mordiste el seno de tu protector, de mis padres, deshonraste sus canas: tú hiciste la desgracia y la vergüenza de mi madre: tú gozaste mi amor, valiéndote del medio más vil y reprobado; me hiciste abandonar a mi marido, me arrancaste a mis hijos, me arrojaste a la prostitución y a la miseria. ¿Tú esperas clemencia de mí? Tú, el envenenador de tu hija, de la pobre Inés; tú, el perseguidor de Alejandra: tú, el asesino de Pablo y de don Plácido? ¡Nunca! Te odio, te detesto; vengo a verte morir con la agonía más espantosa, en medio de la desesperación más horrible; vengo a reir con tus gestos y con tus ansias, porque tú debes padecer mucho para morir: estás fuerte, y lucharás con la muerte, porque guardas la esperanza de que vengan a salvarte; y cuando te mire rabioso y expirante, entonces gritaré a tu oído todos tus crímenes, o te diré frases de amor, de esas que te agrada oír; y si quieres, bien mío, recibiré en mis labios tu último suspiro.

Y la "Guacha" lanzó una carcajada estridente y nerviosa, como la de un réprobo.

Valdespino cerró los ojos para no ver aquella figura odiosa. Matilde no era ya aquella mujer humilde y resignada; sus ojos brillaban con un fuego infernal, su boca se plegaba con una sonrisa que helaba de espanto y su respiración agitada salía de entre sus labios secos, como un aire que sale de un fuelle.

—¿Cierras los ojos, amor mío?—dijo:—no me conviene: ¡ábrelos, ábrelos! quiero verme en su luz.

Valdespino rechinaba los dientes; la rabia substituía al terror, y la rabia tanto mayor, cuanto era mayor la impotencia.

—Abre tus ojitos,—decía la "Guacha," procurando con sus mano descarnadas abrir los ojos de don Celso.

—¡Déjame, mujer maldita! ¡Vete, vete! Déjame morir aquí desesperado; pero no quiero verte, no quiero oirte: déjame!

—No, Valdespino; si sabes que te he amado tánto, ¿cómo te he de dejar? Por ahora, abre los ojos, que quiero que me veas.

—No, nunca!—prefiero no volver a mirar la luz.

—¿No, Valdespino?

—No; ¡déjame!

—Entonces yo te obligaré.

Don Celso no contestó. La "Guacha" sacó del pañuelo que tenía alrededor del cuello, un alfiler, y con una horrible

sangre fría, le clavó en uno de los ojos cerrados de don Celso.

Entonces no fué un grito, fué un rugido lo que lanzó aquel hombre: todo el ataúd se estremeció, y don Celso, buscó con los dientes la mano que le hería, pero era imposible alcanzarla.

La "Guacha" retiró el alfiler, y don Celso abrió los ojos.

—¡Infame, infame!—gritó Valdespino.

—No te enojes, amor mío, no te incomodes, que puede hacerte mal. Esto no ha sido más que la prueba, y te advierto, que si te empeñas en cerrar tus ojitos y no verme, con este mismo alfiler te los picaré tanto, que muy pronto quedarán deshechos.

—Socorro, socorro....!—ahulló Valdespino.

—No grites, porque es inútil: resígnate, que aun tenemos que vivir así, lo menos dos días; tú, tal vez, más, porque siempre creo que moriré primero: tú tardarás algo más....

—¿Pero eres una fiera, un demonio, no tienes corazón?

—¡Y tú me hablas de corazón! tú, monstruo infame; tú, serpiente vil: ¡tú no eres más que un miserable cobarde!

Don Celso no sabiendo qué hacer quiso escupir a Matide, pero su saliva cayó otra vez sobre su mismo rostro.

Matilde volvió a lanzar otra carcajada.

—Tu mismo furor me venga. No tienes valor para morir resignado, que sería tu única esperanza: pues bien, muere desesperado, ¡traidor, asesino, sacrílego, seductor, infame!

La "Guacha" volvió a lanzar por tercera vez aquella carcajada estridente que hacía estremecer a don Celso. Aquella naturaleza cansada, destruída, y que se sostenía solo por la fuerza del espíritu y como esperando no más el momento de la disolución, no pudo resistir aquella carcajada, aquel esfuerzo nervioso, violento, inusitado, y estalló, y su corazón cesó de latir.

Las constantes aflicciones, y los violentos combates de aquel espíritu habían producido una aneurisma, que reventándose en aquel momento, produjo la muerte.

Y los ojos de Matilde quisieron saltarse de sus órbitas, sus manos se crisparon, y cayó repentinamente de cara.

Su rostro, por la postura en que estaba colocada, cayó precisamente sobre el rostro de don Celso; entonces don Celso con la ligereza de un tigre que arrebata su presa, mordió los labios de Matilde, y apretó con todo el furor reconcentrado de la desesperación y de la venganza.

Pero ni un quejido exhaló Matilde, ni hizo el menor movimiento: Valdespino seguía apretando, jadeante de rabia: la frente de la "Guacha" tocaba su frente y los dos rostros estaban unidos.

Así permaneció algún tiempo, hasta que le pareció que la frente de la "Guacha" se helaba, y que de su boca no salía ni un aliento; soltó su presa, abrió los ojos, y comprendió todo lo horroroso de su situación: la "Guacha" había expirado.

El rostro de aquel cadáver estaba sobre el suyo besándole, sofocándole: intentaba apartar su rostro, pero era imposible, no tenía movimiento alguno para los lados. Hizo un esfuerzo supremo para lanzar de sí aquella cabeza, impulsándola con la frente; la cara del cadáver se alzó un poco, y luego volvió a caer pesadamente sobre la suya.

Probó varias veces a apartarla, pero a medida que iba siendo mayor la rigidez del cadáver, el empeño era más impotente.

Don Celso sentía ya el frío penetrante de la muerte en aquel rostro que estaba unido al suyo, y respiraba en la abierta boca de aquel cadáver ....

....

Tres días después, el vicario y el sacristán, que por temor de una fuerza liberal que se había alojado en el pueblo no se habían atrevido a salir, bajaron a la iglesia.

El vicario determinó enterrar a don Celso, supuesto que nadie reclamaba el cadáver.

Al llegar a la puerta de la bóveda se encontró cerrada por dentro: se atribuyó esto a alguna viga caída que impedía la entrada: a fuerza de trabajo se logró penetrar, y el espectáculo más espantoso se presentó a su vista.

El cadáver de una mujer estaba como besando el descubierto rostro de don Celso.

Los dos estaban en completo estado de descomposición.

Nadie pudo explicar el caso; pero hubo necesidad de enterrar a los dos juntos, e inmediatamente, para evitar un escándalo y una averiguación judicial.

Matilde y Valdespino durmieron el eterno sueño en el mismo lecho.

EPÍLOGO

Tres meses después de la toma de la capital, en una lujosa casa de campo de Tacubaya, se celebraron dos bodas: Alejandra daba su mano a Jorge: Leonor se unía con Murillo.

Los dos estaban retirados ya del servicio.

Elena, olvidando sus ilusiones por Jorge, comenzaba ya a amar a un joven abogado.

Diego y Rito, separados también de la carrera de las armas, ganaban su vida, como dependientes en una de las haciendas de Mondragón.

Doña Estefanía, siempre triste, pero tranquila, siguió viviendo al lado de Mondragón, y éste pasaba una pensión a la pobre Feliciana.

El Cacomixtle, como hijo adoptivo de Caralmuro, se ha dedicado a las artes, y pocos días después del triunfo entró a la litografía de la calle de Santa Clara, en donde trabaja con tal empeño, y adelanta tan rápidamente en el trabajo, que hay esperanzas de verle, con el tiempo, convertido en un Constantino Escalante.

FIN DEL TOMO II Y DE LA OBRA.

INDICE DEL TOMO II.

LIBRO SEXTO.

Fuego, Sangre y Exterminio.

LIBRO SEPTIMO.

Las Tres Huérfanas.

Págs.

ACABOSE DE IMPRIMIR ESTA OBRA
EN LA IMPRENTA DE M. LEON
SANCHEZ, EN LA CIUDAD
DE MEXICO, A 2 DE
AGOSTO DE
1923.


Ediciones
León Sánchez
MEXICO, D. F.




EDICIONES LEON SANCHEZ
ARTE Y CVLTVRA
MEXICO


UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00028706231